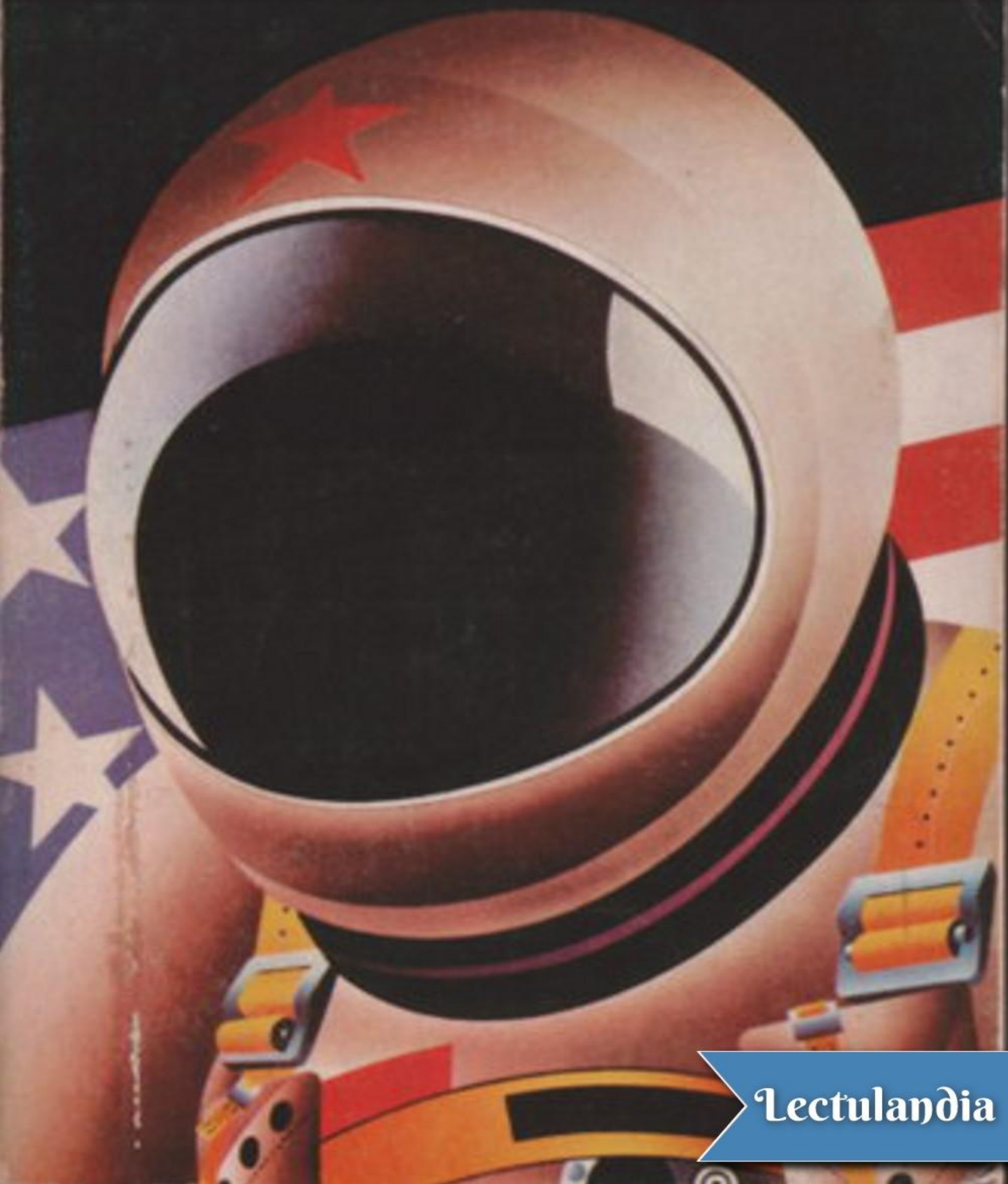


JEAN-PIERRE ANDREVON
RETORNO A LA TIERRA

SUPER
FICCIÓN



Lectulandia

Cinco amigos, cuatro jóvenes escritores, reunidos en torno a unas copas, se proponen escribir otros tantos relatos sobre un tema bien conocido por los amantes de la ciencia-ficción: los hombres regresan a su planeta originario para comprobar que ha desaparecido del mismo hasta el menor rastro de civilización... ¿o tal vez no?

Tema eterno, tema de la literatura grande que ha inspirado aquí a cinco variaciones sorprendentes, tan distintas como puedan serlo cinco temperamentos literarios originales. Mientras disfruta de estos relatos, el lector asiste «desde dentro» al proceso de creación fantástica.

JEAN-PIERRE ANDREVON es cabeza de serie de la generación actual de autores galos de ciencia-ficción, sucesores de los Henneberg, Klein, etc. Se reveló en la famosa revista francesa «Fiction».

Lectulandia

Jean-Pierre Andrevon

Retorno a la Tierra

ePUB v1.0

arthor 28.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Retour à la Terre*

Philippe Curval / Daniel Walther / Jean-Pierre Andrevon / Pierre Marlson / Francis Carsac, 1976.

Traducción: Emilio Salas

Diseño/retoque portada: David Pelham

Editor original: arthor (v1.0)

ePub base v2.0

Prólogo

La selección que hoy tenéis entre las manos nació gracias a la gran espontaneidad que produce el consumo masivo de alcohol: hallándose reunidos dos de los autores en una tasca, entre vasos y botellas y en la digna compañía de Henri Baudin, universitario muy conocido por su libro de consulta sobre ciencia–ficción. Gracias a esta compañía, que daba un carácter oficial a nuestras libaciones, uno de nosotros pidió a Baudin que nos propusiera un tema de redacción, que nos comprometeríamos a desarrollar sobre el terreno, a lo vivo. Tras unos instantes de profunda reflexión, durante los cuales el profesor apoyaba sobre ambas manos la ancha frente que contenía sus engranajes en acción, el tema nos fue suministrado a pequeñas dosis, entrecortadas por la gorgoteante ingestión de ciertos líquidos ambarinos y reverberantes bajo los neones.

—Imaginemos —dijo aproximadamente Baudin— unos viajeros que regresan a la Tierra después de una larga ausencia y no reconocen nada de lo que dejaron. Llegan del espacio o del tiempo y, por otra parte, tal vez no sean sino lejanos descendientes de los primeros emigrantes, por lo que no vieron jamás el planeta madre. En lugar de encontrar un mundo super–industrializado, descubren, descubren...

—Verduras.

La palabra había sido lanzada, o más bien el concepto que representaba. No recuerdo quién fue el que habló pero no importa; teníamos nuestro tema: los hombres enfrentados a una civilización de verdolagas, a un mundo de lechugas, a una Tierra dominada por los cactus. Es obvio que los relatos así obtenidos no fueron paridos allí mismo, entre los vapores volátiles del alcohol. Una novela no se escribe por las buenas; se necesitan recursos y una buena ráfaga de aire que remueva las ramas entretejidas de esa coliflor a la que llamamos nuestro cerebro. Fueron ganados para la causa otros tres autores (en realidad fueron más, pero ya se sabe que siempre ocurren deserciones a medio camino.) que respondieron con entusiasmo, haciendo filigranas sobre cómo entendían el tema, cómo los inspiraba. Naturalmente, y según era de esperar, la idea original fue dejando sus plumas (perdón, sus hojas) a lo largo del camino, y sólo dos textos de entre los cinco aquí recogidos (a ver si adivináis cuáles) son fieles al planteamiento inicial.

Pero esto no tiene la menor importancia. Lo esencial es que una selección de esta clase haya podido ser emprendida y publicada. Aunque, en el dominio de la S–F, ciertos autores (entre los que me cuento) ya han editado selecciones de sus propios textos, y aunque se publican a menudo antologías reuniendo a distintos autores, pero siempre a base de obras ya publicadas, ésta es, que yo sepa, la primera vez que se

publica una selección de distintos autores franceses reuniendo únicamente *relatos inéditos* escritos sobre un *mismo tema* de base. Cualquiera que sea el valor de los textos propuestos, *Retorno a la Tierra*, a mi juicio, marca un hito en la edición especializada de la S-F en Francia. Escribo lo que pienso, con una alegría interior sólo comparable a la delicada modestia que me envuelve con su inmaculada luz, y sin olvidar que la causa primera de su existencia fue el alcohol que una tarde...

Pero hablemos con seriedad. Al menos, durante un rato; sólo el tiempo de pasar algunas páginas. *Retorno a la Tierra* es doblemente representativa de una orientación y de una continuidad. La orientación es el color *verde* que revisten todos los textos aquí presentados: un bueno y viejo verde clorofílico que huele a campo, a regreso súbito de una «naturaleza» demasiado tiempo olvidada por la S-F, donde el futuro más bien se presentía como triunfo alquitranado y metalizado de una tecnología invasora, que implicaba turbadoras promesas de una edad de oro en circuito cerrado. Hoy día, ante el grito de alarma de los ecólogos, ante las nuevas reivindicaciones sobre la calidad de la vida y el bienestar, ante los graves peligros que la contaminación y la explotación desmesurada de los recursos planetarios hacen pesar sobre nuestro ambiente e incluso sobre nuestra propia supervivencia, este futuro ya «pretérito» nos parece odioso, desnaturalizado. Y conste que no jugamos con las palabras, sino con el sentido de las mismas.

El futuro ya no es lo que solía ser, ha escrito Arthur C. Clarke. ¡Exacto! La S-F de papá ha cedido el paso a la S-F del chaval, una S-F melenuda, contestataria, lúcida, más terrestre; una S-F que se convierte en portavoz de las ideas ecológicas, de las luchas ecológicas... Eso no significa que nuestras narraciones «apunten» a esa dirección; quiero decir simplemente que la anuncian, que poseen una coloración que pronto será la de las obras maestras de sus adornos, de su tramoya de falsa futurología. Verdad es que casi todos los relatos de *Retorno a la Tierra* hablan del fin del mundo, pero más bien para advertirnos que el futuro del mundo, o será verde, o no habrá tal futuro... En cuanto a la continuidad, se manifiesta en la asociación aquí realizada. Francis Carsac y Philippe Curval pertenecen a la primera generación que después de la guerra intentó volver a lanzar la S-F en Francia. Nos dieron la mayor parte de su obra durante los años 1950, particularmente en «Le Rayón Fantastique», colección ya desaparecida pero que en su tiempo inició el camino. La prueba de que todavía no se consideran jubilados de la S-F es que han vuelto a coger la pluma (por otra parte, no es la primera vez) para el presente volumen. Daniel Walther y yo mismo representamos la generación intermedia, ya que hicimos nuestras primeras armas como profesionales del tema hace seis o siete años. ¡Y ambos estamos muy decididos a continuar! En cuanto a Pierre Marlson, es el benjamín del grupo, pues aún es reciente su aprendizaje en los fanzines y en la revista «Fiction». ¡Pase lo que pase, conviene subrayar que nuestra unión es fraterna y que no existe conflicto

generacional!

Aclarado esto, no voy a pretender que esos cinco autores representen la S–F francesa actual, ni tampoco que proporcionen de la misma una visión sintética y suficiente. Sería muy difícil darle un rostro a esta S–F francesa, aprisionada como se encuentra entre la perniciosa y vivaz influencia de los escritores de la edad de oro anglosajona y la admiración ingenua y virulenta frente a los jóvenes lobos de la *New Wave* (o *New Thing*), del mismo origen... En Francia la ciencia–ficción nunca acaba de nacer, de sucumbir y renacer; es una literatura perpetuamente adolescente, acometida por modas y modelos de cuya imitación no consigue librarse, condenada a doblar el espinazo bajo los golpes del Gran Hermano americano, idolatrado pero al mismo tiempo castrador. ¿Cuántos de entre nosotros no hemos bajado los brazos y dejado caer el bolígrafo después de leer el último gran libro de Van Vogt, Bradbury, Leiber, Simak, Matheson, Silverberg, Brunner, Ellison, Disch o Zelazny? Este proceso de alienación, de aculturación, lo vivimos (al menos por delegación) desde que la guerra cortó nuestras raíces primordiales que eran Spitz y Messac, a su vez sucesores de Renard y de Rosny, hijos espirituales de Julio Verne. Desde 1951, las obras anglosajonas nos han desbordado, las traducciones han abarrotado los cajones de los editores especializados que no querían aceptar en francés sino lo que tuviese una calidad comparable a los más prestigiosos colegas del otro lado del canal o del otro lado del Atlántico. A excepción de algunas grandes individualidades como Francis Carsac, Gérard Klein, René Barjavel o Stefan Wul, ¿cuántos han resistido al rodillo compresor? Pues nunca se insistirá lo suficiente en que el largo aprendizaje del escritor sólo se hace escribiendo; y la más poderosa motivación para escribir, es, desde luego, la de ser editado; nunca hubo círculo más vicioso...

De todos modos, actualmente la situación ha cambiado o al menos empieza a cambiar. Los viejos autores americanos de S–F empiezan a agotarse, y sus obras todavía inéditas siguen el mismo camino; los nuevos meten ruido, pero presentan pocas cosas aprovechables. Existe pues un hueco que la S–F francesa puede llenar, aunque sea abriéndose paso a codazos y alzando la voz. La presente recopilación es nuestro grano de arena; sólo representa a una fracción de la S–F francesa real o posible: cinco personas privilegiadas, un libro. Pero pueden seguirnos mañana treinta o cuarenta autores que en estos momentos sólo se dedican a una actividad esporádica, y pasado mañana otros cien o doscientos de los que hoy están haciendo palotes en sus cuadernos escolares. Tal vez les bastaría con adquirir un poco de seguridad en sí mismos, y que los editores especializados los ayuden a conservarla. Cuando se haya publicado una veintena de selecciones de este tipo, podremos ver más claro y otear de nuevo el panorama.

Mientras tanto, ahí queda eso para leer. Al menos me habrá permitido hacer un trabajo que ha venido a ser casi una especialidad para ciertos colegas anglosajones o

franceses: escribir un prólogo. ¿Será una epidemia? Pero ¡qué placer inefable!

Jean-Pierre Andrevon

ASÍ SE ABURREN EN UTOPIÍA

Francis Carsac

La batalla con el crucero melanio sólo duró diez segundos, pero causó dos muertos a bordo de la *Aventurera*. El compartimiento diecisiete quedó abierto sobre el vacío. Nadie supo qué había sido de la astronave enemiga. Los vigías de tiro anotaron dos blancos en el objetivo.

El capitán Ron Varig no perdió el tiempo maldiciendo la mala suerte que les había hecho ingresar en el espacio normal a dos pasos de un enemigo. Eran gajes de aquella estúpida guerra que venía durando siglos sin que nadie supiera exactamente por qué, ni quién la empezó. Las negociaciones de paz se eternizaban en el planeta neutral de Telma, y no sólo por culpa de los diplomáticos. ¿Cómo detener un conflicto extendido sobre cerca de quince mil años luz y que afectaba a más de diez mil planetas? Cada vez que se llegaba a un acuerdo, algún imbécil o algún exaltado reavivaba las llamas. Y Varig creía tan poco en la buena fe de su pueblo como en la del enemigo.

Y sin embargo, los enemigos también eran humanos o casi, a pesar de su piel negra. Algunos antropólogos incluso pretendían que los Melanios (lo que significa Negros —ellos se llamaban a sí mismos los Afrans—) eran originarios del mismo planeta que los Waites, un mundo probablemente mítico llamado Eurss o Terra, según las leyendas. Casi todos los documentos relativos a los orígenes se perdieron doce mil años atrás, cuando el sol de Madissa estalló, convirtiéndose en Nova. Los supervivientes se dispersaron en todas direcciones, buscando tierras hospitalarias, y durante diez siglos o quizá más vivieron aislados, reconstruyendo la civilización en condiciones frecuentemente difíciles, antes de poder pensar en renovar los vínculos de la raza a través de las inmensidades interestelares. La misma Federación sólo contaba cuatro mil seiscientos años de existencia; tan lento fue este proceso de reunificación.

Ahora abarcaba un diámetro de aproximadamente siete mil años luz, federando débilmente mundos muy diversos, pero todos ellos poblados por Waites. Cierto que las proporciones físicas, el color de los cabellos y de los ojos (¡ah!, las rubias mujeres de Vanir, y sus ojos verdes como el mar de Orok) y la pigmentación de la piel variaban, pero todos eran de tez blanca. Los antropólogos afirmaban que entre los refugiados de Madissa había algunos individuos de piel oscura, pero si esto era cierto debieron ser absorbidos, y sus genes diluidos.

En el año 4005 de la Federación, *La Bella Lia*, una astronave exploradora del espacio, se tropezó con una expedición análoga de los Melanios en Tari, un pequeño mundo sin importancia. Al principio el encuentro fue pacífico. Los Melanios parecían casi humanos, a pesar de su piel negra y su ancha nariz. Después, nadie sabe qué pasó. ¿Qué pelea de marinos ebrios, que fútil conflicto desencadenó la guerra? *La Bella Lia* no era una astronave de combate (había muy pocas en aquel tiempo), sino un vehículo de exploración. Volvió a puerto, en Armhor, y ninguno de los

supervivientes pudo decir exactamente cómo había empezado aquello. Durante los meses siguientes, media docena de astronaves desaparecieron sin dejar rastro. Hubo represalias. Y mientras tanto, cada planeta se rodeaba, sin reparar en gastos, de una flota de guerra cada vez más numerosa. No se podían correr riesgos después de la matanza de Blondor: tres mil millones de muertos en una sola noche; el planeta despachurrado por una bomba N.

Pero los Waites no se quedaron cruzados de brazos, y dos mundos Melanios tuvieron el mismo fin que Blondor antes de que los Negros aplicasen a sus planetas la misma técnica de protección. Luego, ambas partes se limitaron a emplear bombas de fusión teleguiadas (las bombas N debían montarse sobre el terreno) relativamente inofensivas: la paz de la noche perforada por el resplandor insoportable, el gran hongo mortífero remontándose en la atmósfera. Y más a menudo, batallas de flotas, con rápida retirada al Espacio II, después de lanzar los torpedos. «¡Alabadas sean las Potencias!, pues aún no se ha inventado el modo de llevar allí la guerra», pensó Varig.

Ambas partes también efectuaban incursiones contra los planetas menos defendidos, durante las cuales no se empleaban bombas a fusión, pues su objeto era el pillaje y la captura de prisioneros. Tales misiones corrían a cargo de los Hermanos del Espacio, curiosa combinación de meros piratas en busca de lucro (algunos incluso atacaban los puestos avanzados Waites), de corsarios con patente de la Federación, y de jóvenes aventureros que se embarcaban en viejas astronaves armadas de cualquier modo, y que a menudo desaparecían para siempre.

Varig se encogió de hombros. El había sido uno de estos últimos, pero había triunfado. Ahora poseía su *Aventurera* y la suerte no le abandonaba. Algunas penetraciones profundas y afortunadas en el espacio Melanio le habían proporcionado fama de hombre valeroso pero prudente, que preparaba cuidadosamente sus ataques sin arriesgar jamás inútilmente la vida de sus hombres. Esto le permitía escoger, entre los Hermanos del Espacio, una tripulación segura y fanáticamente fiel. Y también le valió la misión que actualmente desempeñaba.

¿Por qué la había aceptado? Poco provecho podía esperarse de ella, salvo quizá la gloria; pero a los cuarenta y cinco años la gloria poco le importaba ya. Empezaba a estar cansado de aventuras. (¡Ah, Moya, Moya de largas piernas, flor de mi juventud! ¿Por qué preferiste a Yoni?) ¿Acaso esperaba contribuir al fin de la guerra? El partido de la paz, cada vez más activo en Federa, la capital, últimamente se había sacado un as de la manga: el informe Felseim. Este profesor de la Universidad era uno de los que investigaban apasionadamente los orígenes de la humanidad.

Todos los biólogos estaban de acuerdo y los arqueólogos también: el hombre no había evolucionado en ningún planeta de la Federación. Los únicos vestigios arqueológicos anteriores a los documentos escritos se encontraban en Nera, y eran

obra de una raza indígena desaparecida, muy distinta del hombre. Felseim se pasó la vida analizando las leyendas, hurgando en los archivos. Dedujo que el mundo de origen debía localizarse fuera de las actuales fronteras de la Federación, hacia el borde de la galaxia, y probablemente en el sector de la constelación del Ramo. Pero, aun habiendo recopilado más documentos que ningún otro antropólogo, aun disponiendo de los estupendos ordenadores de Federa, sus argumentos no convencieron a todos. Pero hacía un año le había sonreído la suerte. El humilde museo de Tonalá, pequeña ciudad de un insignificante planeta, recibió en legado a la muerte del viejo capitán Yan Melron una heteróclita colección que éste había reunido en el curso de sus vagabundeos espaciales. Dicha colección incluía una placa de metal corroída por la milenaria exposición a las radiaciones y al polvo cósmico, y que había hallado en un pequeño vehículo primitivo abandonado en el vacío. Dicha placa mostraba, muy reconocibles todavía, las siluetas de un hombre y una mujer, así como otros datos. El conservador del museo pensó inmediatamente en Felseim y le envió una copia. Felseim recibió el paquete, se puso colorado y se precipitó hacia su tele. El conservador del museo de Tonalá vio cómo le quitaban la placa original por orden federal, y en su lugar le ofrecieron todo un lote de estatuas de Jon Keremor, el famoso escultor del siglo xxx.

El laboratorio de dataciones físicas de la Universidad emitió rápidamente su informe: el objeto se remontaba por lo menos a doce mil quinientos años de antigüedad, quizá trece mil. ¡Era anterior al desastre de Madissa! ¡Y las coordenadas que indicaba, y que los ordenadores se esforzaban con ahínco en descifrar, podían ser las del planeta originario, por tanto!

Pero los engranajes de la administración, cuanto más grandes tanto más lentos. El partido de la paz lo intentó todo: si se localizaba el planeta madre, quizá pudiera demostrarse que Melanios y Waites eran del mismo origen. Y si ambos habían nacido bajo el mismo cielo, era necesario detener cuanto antes la guerra fratricida. Quedaría rebatido el máximo argumento de los belicistas: que los Melanios eran funcionalmente diferentes, monstruos incomprensibles. Pero el Ministro de Astronáutica, como es lógico, no contaba entre los partidarios de la paz. Entonces Felseim pensó en Ron Varig.

Ron había sido uno de sus más brillantes discípulos, y fue con triste estupor como, veintitrés años antes, le vio abandonar los estudios por un desengaño amoroso y enrolarse con los Hermanos del Espacio. Luego se habían visto raras veces, pero de vez en cuando Ron suministraba a su viejo profesor tal documento o tal objeto que podían interesarle. Aun así, Felseim estaba muy lejos de opinar que la infidelidad de la bella Moya hubiera sido providencial.

Y así fue como Ron aceptó una misión oficial para la Universidad de Federa: buscar Terra. A bordo fue instalado un ordenador especial cuya memoria contenía

todos los datos de las leyendas recogidas en los diversos mundos Waites, sus diversas interpretaciones, y muy principalmente las coordenadas deducidas de la Placa Melron. Como resultado de todo ello, se encontraban a algunas docenas de años luz de su presunto objetivo, y acababan de descubrir que los Melanios también frecuentaban aquellos parajes. ¿También buscaban ellos el planeta Terra? ¿O pertenecía a su imperio aquella zona?

—Finalizadas las observaciones, capitán. Podemos saltar.

La voz del teniente Dupar le sacó de su meditación. Regresó al puente de mando; las pantallas mostraban el helado esplendor del negro vacío constelado de estrellas.

—¿Se han hecho las reparaciones?

—¡Naturalmente, capitán!

El joven oficial adoptó un aire ofendido que divirtió a Ron.

—¡No te ofendas, teniente! ¡Y no hagas restallar los tacones, que ya no estás en la flota, sino en una astronave corsaria!

—Temo no poder acostumbrarme.

—En el combate o en la vida diaria, ¿has observado alguna cosa que te haga pensar que nuestra eficacia sea menor que la de vuestros cruceros?

—No, no lo creo. Pero confieso que, cada vez que uno de los hombres me tutea...

—¿Esto te extraña? Ya te acostumbrarás. Nosotros podemos prescindir de una estricta disciplina porque somos una tripulación libremente elegida. Todos saben que yo no vacilaría en matar a quien por dejadez, egoísmo o mala fe hiciera peligrar el navío. Por mi parte, sé que mi autoridad es aceptada porque es justa y eficaz. Aquí no necesitamos muestras externas de respeto. ¿Cuáles son nuestras coordenadas?

—Estamos a ciento cuatro años luz del objetivo. Velocidad máxima, ocho décimos.

Ron tamborileó con los dedos sobre la consola del ordenador.

—Por tanto, llegaremos a la zona buscada dentro de cuatro horas. Está bien. Su guardia, teniente.

Abandonó el puesto de mando, cambió algunas palabras con los hombres que estaban en la crujía central y se sacó una llave de su bolsillo. Al introducirla en el cuadro de mandos notó la breve sensación de vértigo que acompañaba siempre a la transición espacial. Luego entró en una cabina pequeña pero confortable, provista incluso de una pantalla de televisión que sólo mostraba la negrura sin estrellas del Espacio II. Un hombre estaba sentado en un sillón leyendo un libro. Era un hombre de piel negra, un Melanio.

—Te saludo, Nam Unkumba.

El Melanio levantó la vista del libro.

—Yo también te saludo, capitán Varig.

—Dentro de cuatro horas estaremos cerca de nuestro objetivo.

—¡Cuatro horas! ¿No es raro que también sean cuatro horas para mí?

Hablaba el federal correctamente, pero con acento gutural que casi lo convertía en otro idioma.

—Sí. Es muy curioso que nuestras horas—patrón sean las mismas. Quizá sea correcta la teoría de Vange, según la cual nuestras dos razas procederían del mismo mundo.

—Entre nosotros, algunos piensan lo mismo. ¡Pero no gozan de mucha popularidad!

—Vosotros nos odiáis, ¿verdad?

Unkumba se encogió de hombros.

—¡Kongo y Wana eran dos hermosos planetas!

—Es posible. ¡Blondor también!

—¡Nosotros no atacamos sino después de vuestras incursiones sobre Dar Erui!

—Seis de nuestras astronaves desaparecieron misteriosamente.

—Algunas de las nuestras también desaparecieron. ¿Estáis seguros de que fuimos nosotros los responsables?

—¿Y quién si no, en aquel sector de la galaxia? Pero no era esto lo que venía a discutir, sino el objeto de mi misión, de nuestra misión.

—¿Nuestra misión? ¡Yo sólo soy tu prisionero!

—A partir de este momento considérate libre. Sé que eres antropólogo, y por eso Felseim te sacó del campo de Teleren. Para ayudarnos, si encontramos Terra, a demostrar que es la cuna común de nuestras dos razas.

—Entonces, ¿por qué me has encerrado hasta ahora en esta cabina? Sí, la prisión es confortable, pero prisión al fin y al cabo.

—Francamente: hemos tenido que cruzar una parte de vuestro territorio. Y a mis hombres no les habría gustado que, mientras corríamos el peligro, un enemigo anduviera suelto por la *Aventurera*.

—De acuerdo, capitán. Si encontramos Terra os ayudaré.

En las pantallas telescópicas, el planeta (¿Terra, quizás?)

aparecía como un mundo azul estriado de nubes. Un enorme satélite lo acompañaba. Todo esto concordaba con las informaciones almacenadas en el computador.

—¿Qué hacemos ahora, capitán? —dijo Stan Dupar—. Primero lo observaremos durante algún tiempo. Aunque sea Terra, la legendaria cuna de los hombres, ignoramos quién la habita actualmente, e incluso si está habitada. Blondel, ¿has captado señales?

El oficial de radio negó con la cabeza:

—Silencio absoluto en todas las bandas de ondas electromagnéticas. Nada tampoco en las ondas de Kler—Busnel.

—Tampoco hay emisión de neutrinos —añadió Abul, el físico encargado de los detectores.

—¿Un mundo muerto? ¿O que se hace el muerto? —Deberían detectarnos tan pronto como salimos del Espacio II. En cuanto a los neutrinos, nadie ha conseguido enmascarar su emisión. Vayamos a verlo, pero con prudencia. Aunque creo que llegamos demasiado tarde, si realmente es Terra. Exploremos antes el satélite.

Era un mundo desolado, acribillado de cráteres meteóricos. Primero sobrevolaron la cara oscura, que en este momento coincidía con el lado que desde el planeta central no verían jamás. La oscuridad no era obstáculo, pues los radares ultrasensibles de la *Aventurera* proporcionaban una imagen tan detallada como la que se habría podido obtener a la luz del sol. Nada, sólo montañas, cráteres y grietas.

—¡Ron! ¡En la pantalla fotónica! ¡Una luz! Lejos y hacia delante, una luz rompía la oscuridad sobre la superficie del satélite. Ron aumentó la aproximación. Era una mancha azulada, en forma de elipse muy achatada, que fue creciendo poco a poco a medida que la astronave se acercaba a ella. Luego, cuando se situaron en el cénit de la misma, vieron que era un círculo. Ron se quedó boquiabierto. Su mirada se hundía hasta perderse en un monstruoso túnel de más de cien kilómetros de anchura que se sumergía en línea recta hacia el centro del satélite, bañado por un resplandor azulado. Las paredes eran limpias, lisas, como cortadas a cuchillo, y con algunas concavidades negras e irregulares de trecho en trecho. —¡Es artificial!

—Pero ¿quién ha podido hacer esto, y cuándo?

—¡Llamad al Melanio!

—¡Esto no lo han hecho ellos, Ron! ¡Si los Melanios estuviesen tan adelantados, todos habríamos muerto hace mucho tiempo!

—¿Qué hacemos ahora?

Ron contempló a sus oficiales, reunidos a su alrededor en el puesto de mando: Stan Dupar, el teniente delegado por la flota federal (¿aliado o espía?), Blondel el radio, Abul el físico, Bornet el biólogo, Duru el antropólogo, Gueden el joven alférez que vivía su primera aventura. Recordó a su viejo amigo Gunnarson, encerrado en su cámara de tiro, listo para disparar los rayos de la *Aventurera*; a todos los marinos en sus puestos. Luego miró a Unkumba, que llegaba en aquel instante.

—Esto no lo habéis hecho vosotros, ¿verdad? En fin, amigos, ¡vamos a explorar ese túnel!

Puso en marcha el intercomunicador general.

—¡Hermanos del Espacio! Alguien o algo ha abierto un gigantesco túnel en este satélite. Desconocemos la utilidad de ese trabajo de titanes, así como los medios empleados. Vayamos pues a verlo de cerca. Que todos estén alerta en todo momento; nuestra vida quizá dependa de ello. He terminado. ¡Stan, ordena la maniobra!

La *Aventurera* se inmovilizó a la entrada del túnel. Una rápida telemetría dio

noventa y siete kilómetros de anchura. Y comenzó la fantástica exploración. Vistas de cerca, las paredes todavía eran más impresionantes por su pulido de espejo.

—Esto no se ha conseguido por fusión; es demasiado regular —dijo por último Abul—. Y el túnel es perfectamente circular. En cuanto a la luz azul, se debe a una radiactividad bastante intensa, pero inofensiva para nosotros con nuestras pantallas protectoras.

La pared desfilaba monótona sobre la pantalla, mostrando tan sólo pequeñas irregularidades, disimuladas casi por el pulimento. A setenta y cinco kilómetros de profundidad, una obstrucción cerraba el túnel. Las rocas habían cedido bajo la enorme presión, y el tapón se hallaba cubierto de un amasijo de materias desmoronadas, fragmentos desprendidos aquí y allá de la pared y acumulados por la gravedad.

—¡Subamos! Stan, conduce la *Aventurera* al punto diametralmente opuesto de la cara iluminada. Tengo una idea; tal vez sea una locura, pero quiero verificarla.

Una hora más tarde, la astronave flotaba sobre la boca de otro enorme túnel, esta vez a oscuras, abierto en la llanura quemada por el sol.

—¡Bueno! Resulta que mi idea no era tan loca. Algo, o mejor dicho, alguien, manejando energías inconcebibles para nosotros, ha perforado esta luna de parte a parte. Como aquí la entrada es más estrecha que la salida del otro lado, dicha energía seguramente adoptaba forma de haz cónico...

Se interrumpió un instante, hizo cálculos con el ordenador y leyó la solución.

—Y el vértice de dicho cono se hallaba en la superficie de este planeta, que sin duda es Terra.

—La perforación sin duda fue instantánea, o casi —dijo Abul, asombrado—. Las rocas no tuvieron tiempo de fluir antes de solidificarse. Sólo después, la presión formó un tapón a setenta y cinco kilómetros de profundidad.

—¿Creéis que allí abajo tengan todavía a su disposición...? —empezó Dupar, apuntando al planeta.

—¡Lo ignoro, pero vamos a verlo!

Aunque era muy peligroso ingresar en el Espacio II en las cercanías de una masa importante, Ron mantenía su mano sobre la palanca de mandos, mientras pensaba que de producirse un ataque, éste sería seguramente tan súbito que no le daría tiempo a reaccionar. La *Aventurera* flotaba a cien kilómetros de altura, escrutando el suelo. Pero sólo había mares, montañas, ríos y principalmente selvas, sabanas o estepas, según las latitudes. Nada de ciudades, pueblos o caseríos, ni tan sólo casas aisladas; salvo algunos rastros enterrados, borrados por el tiempo, de canales y carreteras, nada indicaba que este mundo hubiera estado habitado alguna vez. De vez en cuando, ciertas irregularidades en el colorido o la disposición de la vegetación indicaban el probable emplazamiento de ciudades desaparecidas. Algunas debieron ser inmensas.

Si bien no se veía rastro humano, en cambio la vida animal proliferaba: grandes manadas de herbívoros en las estepas y las sabanas; seres furtivos entrevistados en las lindes de los bosques.

—Si realmente es Terra, está abandonada —dijo Ron.

—No obstante, hay algo curioso —respondió Bernet—. Esos bosques, allá abajo...

—¿Y bien?

—¡Pues, que no parecen naturales! Tienen aspecto de estar cuidados, al menos en algunos puntos. No son selvas, en modo alguno.

—¿Te refieres a una civilización vegetal?

Bernet se encogió de hombros.

—Francamente, no ¡Una civilización vegetal es casi tan improbable como una civilización mineral! Pero todo parece indicar que hasta hace poco tiempo alguien se ocupaba de estos árboles. Mira allí, justo delante de nosotros. Parece un parque.

—¡En efecto!

—¡Bajemos!

—Todavía no. Primero quiero dar un rodeo completo al planeta.

—Subamos hacia el norte —dijo una voz desde abajo.

—¡Hombre, Boren! ¿Dónde estabas? ¿Y por qué al norte?

—Para ver mejor estos casquetes glaciares —dijo el geólogo—. Estaba comprobando las características de Terra. Por lo visto era un planeta sometido a glaciaciones más o menos periódicas, y precisamente este mundo tiene aspecto de hallarse en plena glaciación. Hay enormes icebergs que descienden hasta cerca de los sesenta grados de latitud.

—¡Sea! ¡Rumbo al noroeste! Y también vamos a descender; si hubiéramos de ser atacados, pienso que habría ocurrido mucho antes. Sobrevolaremos a una altura de diez kilómetros.

Por ser la *Aventurera* una nave corsaria, estaba construida para maniobrar tanto en una atmósfera como en el vacío, por lo que continuó su vuelo a unos mil kilómetros por hora hacia los cuarenta y cinco grados de latitud. Sobrevolaron una inmensa llanura rodeada al sur por montañas, atravesaron muchos mares menores, luego países de lo más variado y una gran cordillera orientada norte sur, dejando a la derecha un viejo macizo muy erosionado que debía ser volcánico.

—¡Allí, allí! Una humareda —gritó Dupar.

—¡Alto!

La *Aventurera* se detuvo, sostenida por sus campos antigravitatorios.

—¿Dónde está esa humareda?

—Hemos pasado de largo. Alrededor de cincuenta kilómetros atrás.

Era un paisaje de colinas y hondonadas, con cañones abruptos por los que corrían

ríos de mediana importancia. La flora era esteparia, con algunos bosquecillos de árboles aquí y allá, e incluso bosque espeso en las partes abrigadas. Numerosas manadas pacían en ellos. Ron aumentó la ampliación.

Bueyes, caballos, ciervos, se dijo. Y allá un grupo de leones, y más lejos un oso.

Todos estos animales le eran familiares. Algunos existían en los planetas de la Federación, pero principalmente podían ser estudiados en el antiguo tratado de zoología que conservaba la biblioteca universitaria de Federa, y que se consideraba copia de una obra original procedente de Terra.

—Parece que hemos encontrado al planeta madre, pero sin duda llegamos demasiado tarde. ¡Ya no hay hombres!

—La humareda, capitán. Sale de aquella gruta de allí —indicó Dupar.

Ron orientó los visores. La entrada de la gruta era oscura y tan sólo un hilo de humo salía por arriba, rozando las rocas, como posible indicio de actividad humana. Mientras tanto... sí, aquel montón claro al final de la cuesta era indudablemente un rintero de huesos de animales.

—¡Hombres, Ron!

El índice de Duru apuntaba a la pantalla de la derecha. Allí, en la linde de un bosque, una docena de figuras verticales, hombres indudablemente, se acercaban sigilosamente a un grupo de bueyes que pacían tranquilamente a un centenar de metros.

—¡Llevan arcos!

—Y hachas de piedra —agregó Unkumba.

—Esto explica el silencio de la radio —exclamó Blondel—. ¡Han regresado al estado salvaje!

—¿Por qué?

—Una guerra atómica, tal vez. ¡Ah, qué tiro tan precioso!

Abajo, a diez kilómetros, los cazadores habían lanzado una nube de flechas y dos bueyes rodaron por el suelo. El resto de la manada huyó, sin que los cazadores intentasen perseguirla.

—Hay que entrar en contacto pacíficamente —dijo Duru—. Buscar un individuo aislado, capturarlo si es preciso, sin hacerle daño.

—¡De acuerdo! Cuando anochezca aterrizaremos allí —indicó un macizo boscoso con un claro—, y una patrulla armada con paralizadores tratará de capturar un individuo aislado.

Aunque mediaba el verano boreal, la noche era fría. Ron y tres hombres se ocultaron en un bosque de pinos y helechos, al final de la cuesta y a la derecha de la gruta. El resplandor de unas fogatas había iluminado ampliamente la entrada, pero ahora no era más que un rescoldo junto al farallón bañado por la luna. Poco a poco el cielo oriental tomó un color más claro, y antes de amanecer el humo volvía a salir de

la caverna.

—Ya despiertan —dijo uno de los astronautas en voz baja.

—Sí, Bruck —respondió Ron—. Con el fuego como única iluminación, han de acostarse temprano y levantarse con el sol. ¡Atención, aquí se acerca uno!

Una figura frágil apareció sobre la pendiente, se estiró alzando los brazos por encima de la cabeza y desapareció de nuevo en la gruta. Luego salió llevando alguna cosa oscura y blanda.

—¡Un odre! Va a buscar agua —continuó Bruck—. Es una muchacha. Tiene buen tipo, por Dios. ¡Buen trabajo haría con ella!

—¡Bah!, debe apestar como todos los salvajes —añadió uno de sus compañeros.

—¡Silencio! Está acercándose al río. Corramos por la derecha; la acorralaremos al borde del agua. ¡Y nada de brutalidades!

Ocultos entre las altas hierbas de la orilla, la vieron llegar con paso cadencioso, arrastrando el odre tras ella. A aquella hora, la claridad ya era suficiente y pudieron ver que pertenecía a un tipo físico que les era desconocido: ni Waite ni Melanio. Era bastante alta, de una piel morena, de largos cabellos lacios que por detrás le llegaban hasta la cintura. Vestía una túnica de cuero adornada con pieles, y un collar de conchas rodeaba su cuello. Los rasgos eran regulares, los ojos oscuros y la nariz, estrecha en su raíz, era de aletas dilatadas, sin ser tan ancha como la de los Melanios.

—Tenías razón, Bruck. Es preciosa —dijo Ron—. Y muy joven además; tendrá unos quince o dieciséis años.

—¡Espere, capitán! Voy a hablarle. —Y antes de que Ron pudiera impedirselo, el marino se precipitó hacia la muchacha.

Esta se detuvo en el acto. Bruck era un gigante rubio, oriundo de Soomi, con una presencia impresionante que, según afirmaba, le aseguraba el éxito con las mujeres. Soltando el odre, la muchacha sacó de su cinturón una larga lámina de sílex con mango de hueso. Lanzando un grito con voz clara, se abalanzó sobre el coloso. Bruck detuvo el viaje como pudo, aulló de rabia y dolor y dio un paso atrás, despejando así la línea de tiro. Sin vacilar, Ron apretó el gatillo de su paralizador y la muchacha cayó en la hierba. Pero tres hombres armados de jabalinas ya bajaban corriendo por la pendiente. Bruck, con aire de sorpresa, contemplaba alternativamente el cuchillo de sílex que había arrebatado con su mano izquierda, y su antebrazo derecho herido, del que manaba sangre en abundancia.

—¡Rápido! ¡Retirada hacia el bosque! El módulo vendrá a rescatarnos. Llevaos a la chica mientras yo os cubro.

Los atacantes ya estaban muy cerca y una jabalina lanzada con fuerza fue a clavarse a los pies de Ron. Aunque actuando a disgusto, los derribó a los tres y corrió a reunirse con sus hombres. La nave auxiliar ya aterrizaba.

—¡Todos a bordo! ¡Bruck, que te curen y luego cumplirás cinco días de arresto,

para que aprendas a desobedecer mis órdenes! ¡Estuviste a punto de estropearlo todo!

Los efectos del paralizador eran brutales, pero pasajeros, y apenas el módulo regresó a la *Aventurera*, la muchacha recobró el conocimiento. Miró a sus captores con aire feroz, pero sin miedo, y prorrumpió en una diatriba vehemente, en un idioma muy sonoro. Sus ojos no se apartaban de los hombres que la rodeaban pero, cosa rara, no parecía interesarle en absoluto la cabina de mando donde se hallaba y donde tantos aparatos misteriosos, pantallas de visión, cuadrantes, luces piloto, deberían asustarla o al menos intrigarla. Pero cuando quisieron ponerle en la cabeza el casco del hipnolingual, se necesitaron tres hombres robustos para dominarla. Luego el aparato hizo su efecto; ella se relajó y se durmió casi enseguida.

—Dentro de cuatro horas habrá aprendido suficiente galáctico básico para contestarnos —dijo Duru—. Sin más inconvenientes que un leve y pasajero dolor de cabeza.

—Bien; despeguemos. No conviene que los hombres de la tribu descubran la *Aventurera*. Altitud, diez kilómetros, sin desplazamiento horizontal.

Sólo Duru y Unkumba, en su condición de antropólogos, asistieron al interrogatorio. En lo posible, Ron no quería asustarla. Por la misma razón, el interrogatorio tuvo lugar en la sala de oficiales, más confortable y menos extraña que el puesto de mando.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Dará, hija de Kair Elón, jefe de la tribu roja. ¿Y tú?

—Ron Varig. ¿Sabes dónde estás?

—Sí, en una máquina como las que tienen los del Centro. Pero tú no eres del Centro; tu piel es demasiado pálida o demasiado oscura.

—Los que son del Centro, ¿tienen máquinas voladoras?

—Sí, pero sólo acuden cuando les necesitamos. Y vosotros, ¿qué venís a buscar en la tierra de los Hombres?

—Y ¿cuándo tenéis necesidad de los hombres del Centro?

—No de los hombres, de las gentes.

—No veo la diferencia.

—¡Sólo los hombres de las tribus son verdaderos Hombres!

—Comprendo. Y ¿cuándo acuden?

—Cuando un cazador está demasiado enfermo para que nuestros Ancianos puedan curarlo. Entonces ellos se lo llevan en una máquina voladora. Por lo general regresa curado, pero no se acuerda de nada. Otras veces no vuelve...

—¿Dónde viven esas gentes del Centro, Dará?

—Lejos; creo que al sur. En todo caso, es a donde dirigen sus máquinas, y de donde llegan.

—¿Y cómo son?

—Exteriormente, como nosotros. Pero no son verdaderos Hombres. ¡Ninguno de ellos sería capaz de matar un oso con una jabalina!

—¿Son físicamente débiles?

—No, pero carecen de valor. ¿Lo tendrías tú?

—Nunca he intentado cazar un oso. Pero he cazado fieras más peligrosas. A hombres como éste —dijo Ron, señalando a Unkumba.

Dará se llevó la mano a los labios.

—¡Oh, no! ¡Eso no se hace! ¡No se debe cazar a los hombres, ni siquiera a las gentes del Centro!

—¿Y si te atacan?

—Entonces es diferente. Hay que defenderse, como hice yo.

—Las cosas no siempre son tan sencillas, Dará. Nosotros creemos defendernos de los Melanios —señaló al negro— y ellos creen defenderse de nosotros. Deseamos entrar en contacto pacífico con tu pueblo. ¿Crees que esto será posible si te liberamos?

—Claro que sí. Pero ¿quiénes sois vosotros?

—Probablemente descendientes de los hombres que abandonaron tu mundo, hace mucho más tiempo del que podrías imaginar. En el cielo ocupamos gran número de tierras como la tuya o diferentes, que están iluminadas por las estrellas que tú ves de noche, y que son soles lejanos. Y seguimos descubriendo nuevos mundos, poblándolos...

—¡Ah, sí! Aquí también, cuando la tribu es demasiado numerosa, enjambra. Por desgracia, no todos los enjambres sobreviven. A veces hay enfermedades que ni las gentes del Centro pueden curar. El enjambre muere... Pero ¿todos los hombres del cielo tienen la piel pálida como la tuya?

—En nuestra Confederación, nuestra gran tribu, sí, más o menos. Pero está la tribu de estos otros —señaló a Unkumba— que son negros y nos hacen la guerra. No sabemos quién empezó. Es posible que también sean hombres llegados de tu planeta, o extranjeros que se nos parecen por casualidad. ¿Has oído hablar alguna vez de hombres como él?

—No, pero a lo mejor viven en otro sitio. Nosotros sólo conocemos bien los Siete Valles. El mundo es grande. Pero los del Centro lo saben sin duda. Ya los llamaré.

Ron arrojó sobre el rintero acumulado junto a la pared de la caverna la costilla de buey que acababa de roer, y se limpió las manos con el pedazo de piel de zorra que usaba como servilleta. A su lado, Dará servía de intérprete; frente a él y al otro lado de la hoguera estaban los ancianos de la tribu, sentados sobre cráneos de caballo. Un poco más lejos, dentro de la caverna y delante de las puertas y las tiendas de piel, los cazadores vigilantes, pero no hostiles, rechazaban de vez en cuando a algún niño que intentaba deslizarse entre sus piernas, o a alguna mujer curiosa que intentaba mirar de

puntillas por encima de sus hombros. A su izquierda, Duru y Unkumba daban buena cuenta de trozos de carne cortados al sílex y hábilmente asados. A sus espaldas, cuatro astronautas con los paralizadores al cinto curioseaban alguna cara femenina entrevista en la semioscuridad.

Ron contempló a sus huéspedes. Todos tenían el mismo tipo físico de Dará: altas, robustas, con una piel morena o tostada, y cabellos muy negros y largos, pero casi sin bigote ni barba. Se volvió hacia la muchacha.

—Pregunta a los Ancianos si quieren hablarme de las tradiciones de vuestro pueblo.

—No es necesario. Yo las conozco, al menos en parte. Fui iniciada el año pasado. Nosotros somos los Hombres, Los-que-han-elegido. Hace ya mucho tiempo, nuestros antepasados abandonaron el Centro.

—¿Por qué?

—Allí la vida no era apropiada para verdaderos Hombres. Anduvieron largos días, encontraron este país y fundaron las tribus.

—¿Cuántas tribus?

—Nosotros conocemos catorce, pero seguramente hay otras al este, más allá del río y de las montañas.

—¿Y sois felices?

—¡Felices y libres!

—Pero ¿tenéis relaciones con las gentes del Centro?

—Como ya te he dicho, cuidan a nuestros enfermos o gravemente heridos que nuestros Ancianos no pueden atender. Pero sólo se quedan el tiempo preciso.

—¿Cómo los avisáis?

—Cada tribu tiene una caja de comunicación que nos dieron. Los llamamos con una señal convenida, pues pocos de ellos conocen nuestra lengua, que actualmente es distinta de la suya.

—¿Y son vuestras únicas relaciones?

—Algunos de los del Centro a veces intentan venir a vivir con nosotros. Pero suelen morir pronto, o se van.

Ron se volvió hacia Duru.

—¡Curioso sistema! ¿Qué os parece?

—Curioso en efecto, y artificial. Sin duda sabremos más cuando entremos en contacto con ese Centro misterioso. ¿Podéis llamarles, Dará?

—¡Ya lo hemos hecho! A cambio de los cuidados que nos prodigan, debemos avisar al Centro si ocurre algo anormal en nuestra región.

Ron se levantó rápidamente.

—Dará, da las gracias a tu padre y a los Ancianos. He de regresar a mi máquina. Ignoro vuestras intenciones...

—Son pacíficas —respondió ella con una risita—. Quédate, pues. Hemos organizado para ti una cacería de osos, mañana por la mañana.

—Gracias, pero debo atender a mi tripulación. ¿Cuándo llegarán?

—Ya están en camino, llegarán aquí de un momento a otro. Pero te aseguro que no hay ningún peligro.

—Te creo, Dará, pero... ¡Vamos! ¡Vosotros, a la nave auxiliar, y pronto!

Las gentes del Centro llegaron media hora más tarde en tres aparatos que debían funcionar por antigravitación, puesto que no se veía ningún medio externo de propulsión. Dos de ellos eran platillos lisos, abultados en el centro, pero el tercero poseía una torrecilla de la que sobresalía una especie de proyector. Este último no aterrizó, sino que se detuvo a unos cien metros de altura, a tres kilómetros al norte de la *Aventurera*. En el crucero corsario se había dado alerta roja; todos ocupaban sus puestos de combate, y los grandes lasers y desintegradores seguían todos los movimientos de las naves recién llegadas. A tan escasa distancia era imposible usar los torpedos nucleares, y además, Ron no quería destruir al pueblo de Dará junto con el posible enemigo.

Abajo, en la estepa, se había formado un grupo formado prácticamente por igual número de cazadores que de recién llegados. Aumentando la ampliación, Ron pudo ver que Dará señalaba el cielo y luego la astronave. Dos siluetas se destacaron del grupo y avanzaron hacia la *Aventurera*: Dará y uno de los recién llegados. Era un hombre joven, de estatura mediana, vestido con una corta túnica roja sin mangas. No llevaba nada en las manos y parecía desarmado.

—Toma el mando, Stan. Estad alerta, pero sin nervios. Desembarco solo y desarmado.

Hacía tres días que los astronautas eran huéspedes del Centro, y Ron pensaba que apenas hacían visto nada. Siguieron a los tres aparatos hacia el sur sobrevolando un mar bastante estrecho y aterrizaron hacia treinta y cinco grados de latitud, en un paraje montañoso y boscoso que no se diferenciaba en nada de los demás. Consistía simplemente en un gran claro rectangular, en uno de cuyos rincones se posaron guiados por Tahir, el jefe de los enviados, que se había quedado a bordo de la astronave y ya dominaba el galáctico básico. Se abrieron unas trampas y los tres aparatos voladores desaparecieron bajo el suelo.

Pese a la insistencia de Tahir, antes de aceptar la hospitalidad que le era ofrecida Ron dejó un retén a bordo y reunió a sus hombres en la cabina general, excluyendo al terrano.

—Vamos a ser huéspedes de un pueblo desconocido para nosotros; pienso y espero que sus intenciones sean pacíficas. Veinte de vosotros quedaréis aquí, a las órdenes de Gunnarson. Los demás desembarcaréis conmigo. Nada de armas excepto los paralizadores; es lo convenido con Tahir. Recordad que si nosotros desconfiamos

de ellos, ellos también tienen derecho a desconfiar de nosotros. Cuento con vuestra absoluta corrección, ya que este no es un mundo conquistado, sino que venimos como amigos. Si los trajes y costumbres os parecen curiosos, sed educados. Si os parecen repugnantes, sed más educados aún y ponédlo en mi conocimiento. No os excedáis en la bebida, si se os brinda, y dejad en paz a las mujeres, salvo invitación explícita. Y aun así, ¡mucha prudencia! Eso es todo. ¡Cuento con vosotros!

Tuvo una entrevista secreta con Gunnarson.

—Pase lo que pase, Einar, si no recibes nuestras noticias déjate de heroísmos inútiles. ¡Despega y regresa directamente a Federa!

De momento, todo iba bien. La ciudad que les acogía era totalmente subterránea, al menos por lo que se podía juzgar, ya que sólo les dejaron ver una pequeña parte. Estaba compuesta de largas calles brillantemente iluminadas, parques abovedados, pequeños lagos donde jugaban peces multicolores. Numerosos pájaros anidaban en los árboles, y también tenían muchas estatuas, bajorrelieves y pequeños temples de columnas que revelaban un arte generalmente frío y académico. La población parecía feliz, pero debido a la barrera lingüística Ron no pudo conversar mucho con ella. Residía en un confortable piso de tres habitaciones, con una gran pantalla de televisión que ocupaba toda una pared de la sala de estar, pero que apenas utilizaba, al no entender lo que decían los actores. Parecían gustar sobre todo de representaciones teatrales; en cambio, no tenían nada que se pareciese a un programa informativo.

Sus oficiales residían cerca y en parecidos alojamientos. En cuanto a los hombres de la tripulación, fueron repartidos entre diversas «familias» (?) y decían estar bien acogidos, bien alimentados y que no les faltaba de lo demás.

—Te lo juro, capitán —decía Bruck—. Yo no tengo la culpa. ¡Es que caen literalmente como moscas!

Ron sonrió.

—Sí, ya sé, capitán. Soy un poco exagerado. ¡Pero es que aquí ocurre de verdad!

—¿Y la comida?

—¡Ah, capitán! ¡Si tuviéramos una cantina así a bordo!

—Así pues, ¿contento?

—¡Todos lo estamos! ¡Esto es el paraíso!

—¿Has explorado la ciudad?

—Pues, no. Realmente no sé lo que pasa, pero cada vez que me propongo hacerlo, ocurre algo: una nueva ratoncita que cae en mis brazos, una invitación a participar en competiciones¹ deportivas... En realidad, ¡he vencido a su campeón de lucha!

—Bueno, diviértete, pero no descuides la vigilancia.

—¿Temes algo, capitán?

—No, nada concreto. Pero no te dejes ablandar.

Bruck se alejó y Ron conferenció con sus oficiales. Todos tenían la misma sensación de malestar. Se les había recibido con los brazos abiertos, pero les parecía hallarse «en observación». En aquella situación insegura, podían pasar pronto de huéspedes mimados a prisioneros. Sin embargo, nadie intentó impedir que comunicase con la *Aventurera*, donde no había novedad, salvo que los veinte hombres estaban ansiosos por ser relevados para gozar a su vez de la maravillosa hospitalidad de que les hablaban sus compañeros. Nada nuevo, comentó Gunnarson, excepto un detalle: desde que aterrizaron, el silencio de las ondas había sido reemplazado por una algarabía de señales de todas clases y sobre numerosas longitudes de onda, que procedían en parte del lugar en que se encontraban y en parte se recibían de otros muchos lugares del planeta. Por lo tanto, los de Terra se habían «hecho los muertos» cuando ellos llegaron, y esto inquietaba un poco a Ron y a su estado mayor.

Al cuarto día, Tahir los condujo a una gran sala o laboratorio, donde habían preparado una docena de camillas dispuestas de dos en dos. Cada una de ellas había sido equipada con un casco análogo al de hipnolingual, salvo algunos detalles.

—Hemos sacado de los museos, reparado y ensayado estos aparatos —dijo Tahir—. En tiempos muy lejanos, cuando en este mundo existían pueblos distintos con diferentes idiomas, fueron utilizados por nuestros antepasados. Uno de nosotros se tumbará en esta camilla y se pondrá el casco, y uno de vosotros hará lo mismo en la de al lado. Los centros del lenguaje de cada cerebro quedarán intercomunicados y excitados, y se intercambiarán las memorias relativas al vocabulario. Es cuestión de pocos segundos y completamente inofensivo. En seguida comprenderéis nuestra lengua, y nosotros la vuestra.

—Y ¿con quién lo habéis ensayado, si aquí se habla una sola lengua? —preguntó Duru.

—Muy fácil. Hemos empleado a un hombre de las tribus salvajes que estaba aquí en tratamiento médico. ¿Quieres empezar, capitán Varig? Yo seré tu pareja.

—Como quieras, pero tu cerebro va a verse sobrecargado, pues además del galáctico hablo otros siete idiomas distintos.

—¡Magnífico! He estudiado las lenguas muertas y poseemos muchos documentos anteriores a la unificación. ¿Quién sabe? Si realmente procedéis de Terra, alguno de vuestros dialectos podría facilitar mi trabajo.

Ron indicó a Dupar que vigilase y luego se tendió en la camilla. El casco se ajustó a su cabeza, e inmediatamente tuvo una ligera sensación de vértigo, de intrusión en su personalidad. Tahir ya se levantaba.

—Terminado, capitán. Te hablo en terrestre y me entiendes, y lo mismo en soomi, en franches, en rus. ¿Estás convencido? Tan pronto como tus oficiales posean las mismas facultades, o sea, dentro de pocos minutos, os conduciré ante el consejo local,

que está impaciente por recibirlos. Mientras tanto, vuestros hombres irán pasando a su vez bajo el casco.

El consejo estaba formado por treinta miembros, hombres y mujeres, todos de aspecto juvenil y vestidos, como todo el mundo en el Centro, con túnicas cortas de vivos colores. Se hallaban reunidos en una agradable sala en forma de anfiteatro. La mayor desenvoltura parecía reinar entre sus miembros, quienes conversaban alegremente entre sí cuando llegaron los astronautas. Fueron instalados en el estrado del anfiteatro, en confortables asientos. Luego, un hombre alto se puso en pie para imponer silencio, y dijo:

—Tiene la palabra el capitán Ron Varig, de la astronave la *Aventurera*, actualmente de escala en Terra. Deseamos que nos exponga el motivo de su viaje.

Entonces, Ron habló. Hizo una viva descripción de la Confederación Waite, su extensión, sus pueblos, sus distintas lenguas, costumbres y formas de gobierno, aunque sometidas a la autoridad central de Federa; habló de su desarrollo científico, de su historia y también de su poderío. Habló de la guerra contra los Melanios, cuya causa exacta nadie conocía y que despilfarraba energías creadoras cada vez mayores, que producía más muertos y ruinas cada año, sin que nadie supiera cómo ponerle fin. Habló de los dos partidos: el que opinaba que los Melanios eran monstruos extraños que era preciso destruir, y el que creía en la común procedencia del planeta donde él actualmente se encontraba, aun careciendo de pruebas que lo confirmase.

—Y por eso estamos aquí —terminó—. Para hallar esas pruebas. ¿Queréis ayudarnos?

—Así lo creo —respondió el terrano—. Pero antes me gustaría conocer el punto de vista de éste —señalaba a Unkumba—, que supongo será un Melanio.

—Mi relato será parecido al del capitán Varig, con una ligera variante —dijo el negro—. Nosotros constituimos una Confederación aproximadamente de la misma importancia, quizás algo más poblada, pero tecnológicamente menos, un poco menos desarrollada. Otra diferencia es que, como nosotros no sufrimos ninguna catástrofe comparable a la de Madissa, poseemos documentos antiguos y sabemos que procedemos de Terra, aunque ignorábamos dónde se hallaba. Cuando se produjo nuestra emigración, las astronaves eran mucho menos perfectas que ahora y, si bien sabían de dónde partían, llegaban a donde podían.

—¡Unkumba! Eso no me lo habías dicho —exclamó Ron.

El negro sonrió.

—¿Desde cuándo un prisionero debe contárselo todo a sus guardianes? ¿Me habrías creído sin pruebas? Nosotros sabemos que procedemos de un mundo donde existían razas de distintos colores y conflictos raciales. Estamos convencidos de que vosotros procedéis también de este mundo. Lo abandonamos más tarde que vuestros antepasados, y cuando vuestras astronaves partieron con un cargamento de hombres

en hibernación y a velocidades hiperlumínicas, nuestros pueblos todavía se hallaban en pleno subdesarrollo, víctimas de la desnutrición y de una demografía incontenible. En el 2100 de aquella era, hace más de doce mil años... años–patrón, que como las horas, los minutos y los segundos son los mismos para nosotros que para vosotros. ¡Esto debió bastar para abrirte los ojos, capitán! En el 2100, como iba diciendo, las primeras astronaves hiperlumínicas construidas por los blancos regresaron, y entonces algunas naciones negras se desangraron, materialmente, para enviar también algunos de sus hijos al Cosmos, para darles su oportunidad. Consiguieron armar tres naves, capitán Varig, ¡sólo tres naves! ¿Comprendéis ahora por qué, pese a no sufrir ninguna catástrofe como la de Madissa, al comenzar con tan insignificante número hemos necesitado tanto tiempo para llegar prácticamente al mismo nivel que vosotros?

Un hombre se levantó entre los terranos.

—Lo que ocurrió luego puedo contarlo yo, puesto que soy historiador. Me llamo Jon Akero. En el 2150 de la antigua era estalló la primera guerra racial. Durante muchos siglos, los blancos explotaron el planeta sin hallar oposición seria. Durante los dos últimos siglos, los pueblos de color intentaron liberarse de esa explotación. Pero, aunque desde el punto de vista político consiguieron cierto éxito, económicamente fracasaron, por lo general. ¡Sí, también tenían su parte de culpa! Estaban divididos por viejos odios, intentaban a su vez explotar a los más débiles y perdían mucho tiempo en vanas palabrerías. Pero poco a poco constituyeron una fuerza nada despreciable, aliándose con dos poderosas naciones pertenecientes a la raza amarilla. Prescindo de los detalles, que podréis consultar en nuestros libros. Así pues, la guerra estalló en 2150. No fue todo tan sencillo: algunos blancos eran aliados de los amarillos y negros, y algunos amarillos de los blancos. Pero después de algunos meses y de no pocas alternativas, se definieron los dos bloques. Aunque las armas nucleares fueron utilizadas con cierta moderación, las devastaciones fueron espantosas. Lamento decirte, capitán Varig, que los blancos perdieron esta guerra. No desaparecieron del todo, pues constituyen un tercio de nuestros antepasados, pero por más de setecientos años dejaron de contar como potencia. En 2903 tuvo lugar la segunda guerra racial, esta vez entre negros y amarillos. También aquí las pérdidas fueron espantosas. Tras la guerra y las epidemias, la población terrestre quedó reducida a unos quinientos millones, de los catorce mil millones que contaba antes. Entonces surgió un hombre, un mestizo procedente de una isla llamada Martinica: Bartolomé Cayeux. Apoyándose en los blancos, relativamente poco perjudicados esta vez, sobre una fracción de los amarillos y otra de los negros, consiguió imponer la paz. El precio fue una implacable dictadura que duró cincuenta años. Uno de sus primeros decretos consistió en legalizar sólo matrimonios interraciales. A partir de 2908, todos los niños de pura raza fueron declarados bastardos y privados de sus

derechos civiles. Sólo podían recuperar estos derechos si al alcanzar la edad adulta se casaban con una persona de otra raza. El decreto fue aplicado inexorablemente y, como la pérdida de los derechos civiles excluía prácticamente todas las carreras profesionales interesantes, consiguió lo que se proponía. Al cabo de pocas generaciones, la población terrestre se mezcló y nosotros somos el resultado. ¡Ah, sí! Como era de esperar, en 2957 la revolución humanista derribó a Cayeux, pero el nuevo gobierno tuvo la prudencia de no abolir aquel decreto. Desde entonces poseemos seguridad, estabilidad y paz. La población de la Tierra se ha mantenido en los cuatrocientos cincuenta millones. Hemos renovado la faz del planeta, dejándola prácticamente virgen. Nuestras ciudades, nuestras fábricas, nuestros cultivos, son subterráneos. El problema del envejecimiento de la población no se plantea, ya que hemos retardado la muerte y principalmente la senectud. Hasta pocos meses antes del término de nuestra vida, nuestras facultades físicas e intelectuales permanecen intactas. Mi edad es de noventa años, capitán Varig —finalizó con cierta vanidad.

Ron sonrió.

—Nosotros hemos conseguido prácticamente los mismos resultados en este sentido. Pero quiero formular una pregunta. Vuestra civilización es subterránea, ¿de acuerdo! Pero utilizáis ondas hertzianas para vuestras comunicaciones. ¿Cómo no las detectamos a nuestra llegada?

—Vosotros entrasteis cerca de la órbita de Neptuno, y, de haber escuchado entonces, nos habríais detectado. Pero tenemos puestos de observación que nos avisaron. Son puestos automáticos, naturalmente. Perdisteis muchas horas observando el sistema solar, de modo que, cuando iniciasteis la aproximación, ya habíamos interrumpido todas las comunicaciones.

—Pero ¿por qué?

—No conocíamos vuestras intenciones. Podían ser hostiles.

—¿Habéis sido atacados alguna vez?

—No, pero era de prever. Y no somos guerreros. Combatiríamos si fuese preciso? pero...

—Otra pregunta. ¿La aldea donde hemos aterrizado...?

—¿Los paleolíticos? Algunas veces nacen individuos inadaptados a la civilización pacífica que hemos desarrollado. Individuos que necesitan luchas y conflictos para distraerse. Estos seres constituyen un problema, y este problema fue resuelto hace mucho tiempo, dejándoles vivir como quisieran en una zona salvaje de la Tierra. Luego descubrimos otros procedimientos de reajuste, pero los descendientes de aquéllos constituyen las tribus. Alguna que otra vez, raramente, algunos de nuestros conciudadanos prefieren incorporarse a los «primitivos». Por lo común vuelven pronto, y reajustados. O mueren libres. Pero... basta de palabras. En el parque central hemos preparado una fiesta en vuestro honor, y ya es tiempo de ir

allí.

La fiesta fue magnífica. Apagada la habitual luz difusa, el parque resplandecía con mil fuentes luminosas de colores, y en él se hacinaba una alegre multitud. Eran hombres y mujeres de gestos armoniosos, vestidos de vivos colores. Hubo una representación teatral que los astronautas no entendieron del todo por estar llena de alusiones que revelaban una civilización compleja, hermosos cantos, excelente música, y para quienes gustaban del esfuerzo físico, pruebas de lucha en las que participaron los marineros de la *Aventurera* con diversa fortuna, aunque Bruck venció a todos sus adversarios.

—Son demasiado educados —dijo a Ron mientras éste le felicitaba—. ¡Parece que tienen miedo de hacer daño!

También hubo danzas que a Ron, algo puritano por educación y por temperamento, le parecieron más bien decadentes; luego llegó el banquete. Fue servido a orillas del lago, en un bosque florido. La comida fue delicada y abundante, las bebidas deliciosas y variadas. Por último un cortejo de muchachas sirvió ceremoniosamente unas botellas llenas de un líquido iridiscente y se llenaron los vasos.

—Capitán —dijo Tahir, sentado frente a Ron—, vamos a pronunciar un brindis en honor de la *Aventurera* y para celebrar su escala entre nosotros. Brindaremos con el licor sagrado, el *sudra*, que da la felicidad. ¡Bebed, compañeros reencontrados después de milenios! ¡Por Terra, nuestra madre común! ¡Por vuestras Federaciones, blanca o negra! Y que puedan, gracias a los documentos que os daremos, recobrar la paz. ¡Bebamos, compañeros!

Ron bebió. El licor tenía un sabor fresco y delicado, que no se parecía a nada de cuanto conocía. Pensó que debía ser muy alcohólico, ya que sintió inmediatamente un calorillo que desde su estómago se extendía por todo su cuerpo. ¡Sí! ¡Era divino! Mejor que el más viejo whisky de Caledón, mejor que los más finos caldos de Franchia. En verdad era una extraordinaria aventura el hallarse en el planeta ancestral y saber que probablemente —mejor dicho, seguramente— se pondría fin a la absurda guerra. Esos terranos eran gentes deliciosas. Y en el fondo tenían razón. ¿Por qué correr de un lado al otro del Cosmos? Tan pronto llegase a Federa, cumplida su misión, se retiraría a su casa natal del valle Clara, buscaría una mujer que compartiese su vida y por fin viviera feliz, cultivando sus recuerdos. ¿Una mujer? ¡Seguro!, eso era lo que necesitaba. Mientras tanto, si era verdad lo que decía Bruck, no le sería difícil.

Recorrió con la mirada la multitud; a su alrededor sólo se veían rostros sonrientes. Sintió remordimientos: Einar y sus veinte hombres estaban encerrados en el crucero, en una guardia estéril y estúpida. Era preciso llamarles. ¡Que probasen aquel excelente *sudra*! Sacó la radio de su bolsillo.

—¿Einar? ¡Aquí Ron! Todo va inmejorablemente, todo es perfecto. Puedes acompañarnos con tus hombres. Te mandaremos un guía... voy a ocuparme de ello. ¿Qué? ¡La *Aventurera* no corre ningún peligro! ¡Sí, cierra las esclusas si quieres, pero ven! Te esperamos.

¡Utopía! ¡Allí era donde ahora se encontraba él, Ron Varig, capitán corsario! ¡El sueño milenario realizado al fin! ¡La armonía, la paz de los cuerpos y de las almas! ¡El país de la eterna felicidad, de los ideales encarnados! Vio a Stan Dupar con una chica a cada lado. ¡El buen Stan! Comprendió al fin que la disciplina era la fuerza de las flotas de combate, pero no la felicidad. Blondel, Abú, Duru, todos estaban allí, ¡radiantes! Bruck y sus camaradas ya habían desaparecido, sin duda en la sombra de los bosquecillos, o en alguna casa. Entre los oficiales, tan sólo Bornet había desaparecido. ¡Caramba, caramba! ¡Si le creía aún más puritano que yo! Unkumba hablaba vehementemente con una preciosa muchacha que apoyaba la espalda en un árbol. Los Melanios eran hermanos; todo se arreglaría. ¡Ah!, ahí llegaban Gunnarson y sus hombres. Estaban sirviendo más *sudra*. Se dirigió hacia ellos, pero le cerraron el paso dos preciosas jovencitas. Aunque, ¿cómo saber si lo eran? ¡Bah! ¡Poco importaba! Eran lozanas y hermosas.

—No es bueno estar solo —le dijo la más bajita—. ¿A cuál de las dos escogerás? Se echó a reír.

—¿Debo escoger? ¡Es muy difícil! ¿Por qué no las dos? ¿Es posible?

—¡Es posible! ¡Depende de ti! —respondió ella riendo.

—¡Entonces, vamos! ¡Y viva Terra!

Despertó lentamente, con los brazos alrededor de un cuerpo femenino y otra forma cálida acurrucada a su espalda. ¡Ah, sí! ¡Vana y Saura! ¡Qué noche! ¡Qué noches, quizás! Akeró había dicho que necesitaría algún tiempo para reunir los documentos. Mientras tanto, se vivía muy bien en Utopía.

—¡Vamos, niñas! ¡Levantaos, que es tarde!

Le respondieron unos bostezos. Saura se incorporó a medias, desperezándose sobre la cama.

—¡No hay prisa! ¡Hoy no se trabaja! Nos han dado tres días de fiesta.

—Voy a preparar el desayuno —dijo Vana—. ¿Vienes a ayudarme?

Ambas partieron desnudas, y pronto un apetitoso olor le incitó a levantarse también. El desayuno se componía de una bebida caliente, negra y aromática llamada *kaua*, con pequeños panecillos dorados y calientes, y deliciosas confituras. Lo tomó sentado entre las dos muchachas. La sonrisa de Saura le recordó a Moya y, por primera vez en su vida, pudo recordarla sin dolor. El recuerdo era lejano, borroso, como una historia semiolvidada.

—Saura, ¿qué haces cuando no estás en mi cama? ¿Y tú, Vana? ¿Qué edad tenéis?

—Enseño a los niños —dijo Saura—. ¿Mi edad? ¿Y eso qué importa? Veintisiete

años, puesto que quieres saberlo.

—Yo llevo un sintetizador de alimentos —dijo Vana—. Y tengo veintinueve años.

—¿Os ocupa mucho vuestro trabajo?

—Tres horas al día.

—¿Y el resto del tiempo?

—Pinto, leo, hago escultura. Y también me divierto.

—Y yo leo, bailo y me divierto.

—Y ¿qué les enseñas a los niños, Saura?

—La historia de nuestro pueblo. Otros enseñan algo de ciencia, lo preciso para hacer funcionar las máquinas... Y luego están los cursos más importantes, los de ajuste social. ¡En ellos se combaten las tendencias individualistas!

—Les habría dado mucha guerra si me hubieran tenido como alumno a mis diez años —dijo Ron, sonriendo—. Pero comprendo la necesidad de tal enseñanza. ¿No tenéis sabios, aparte de vuestros técnicos?

Ellas le miraron con aire de extrañeza. Luego pasó por el rostro de Saura una sombra.

—Los hay, pero no los frecuentamos. No son simpáticos.

Ron recordó al viejo Zenón Attomansk, su profesor de física en la Universidad, con su carácter intratable.

—En mi planeta, algunos también son así. Pero hay otros. De todas maneras, no tiene importancia. ¿Qué haremos hoy?

—¡Bueno! —dijo Vana, que era la más decidida—. Para empezar podríamos nadar en el lago. ¡Luego ya veremos!

A orillas del lago, Ron halló a Duru acompañado de una hembra alta y escultural, así como a Gunnarson, cuya compañera apenas le llegaba al hombro. Ambos tenían aspecto feliz.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Ron.

—No lo sé —dijo Duru—. Estoy demasiado ocupado en estudiar antropología práctica. —Y se echó a reír.

—Supongo que por ahí andarán —respondió Gunnarson—. En realidad, te agradezco que me hayas dispensado de esa estúpida guardia a bordo. No hay ningún peligro, en efecto.

—¿Verdad que esos terranos son deliciosos? ¿Has visto a Bernet? Desapareció ayer al final del banquete.

—¡A lo mejor tenía prisa! Cuando estos puritanos empiezan a destaparse... Por ejemplo, tú mismo... —Y la mirada de Einar, francamente admirativa, pasó de Vana a Saura.

Pero Vana le atraía hacia el agua y él la siguió, dejando para más tarde los asuntos serios, suponiendo que existiesen.

Así pasaron muchos días. Como las horas de trabajo de sus compañeras no coincidían, nunca estaba solo. Cierta día, paseando con Saura, entrevió en un corredor a un hombre vestido de negro.

—¡Atiza! ¡Qué color más curioso! ¿Significa algo? ¿Está de luto?

Pero Saura parecía atemorizada y no respondió. Luego se estremeció.

—¡No es nada! Seguramente un excéntrico, mal ajustado. No hablemos más, ¿quieres?

Pero el incidente quedó grabado en su memoria. La euforia de los primeros tres días de fiesta ya se había disipado. En efecto, estaba contento, relajado, pero aquel bienestar era una felicidad tranquila, bien distinta de la desbordante alegría del principio. Se franqueó con Saura, más intelectual que Vana.

—No se puede vivir siempre a toda velocidad —respondió ella—. No te preocupes. Habrá más fiestas.

Algunos días más tarde Bornet apareció de súbito. Casualmente Ron estaba solo, sentado en un bosquecillo junto al lago. El médico-biólogo venía acompañado por Bruck.

—Ron, tengo que hablarte. Ya me conoces y sabes que puedes confiar en mí. Estoy seguro de que has contraído una enfermedad, y debo ponerte una inyección, ¿quieres?

—¡No, por Dios, infeliz matasanos! ¡En mi vida me he sentido mejor!

Bornet suspiró y se encogió de hombros.

—Sabía que contigo no resultaría. Lo siento. ¡Atízale, Bruck!

Creó que un rayo había descargado sobre su cabeza. Más tarde se enteró que sólo había sido un puñetazo del gigante. Se despertó poco después, con la mandíbula dolorida. Bornet guardaba en su estuche una jeringuilla. Ron se sacudió.

—Diablos, ¿qué me habéis hecho? ¿Y qué pinto yo con este ridículo traje? ¿Dónde están los hombres?

—No grites. No llames la atención, pero escucha. Tengo cosas muy serias que contarte. La tarde del banquete me ofrecieron de beber, como a todos. Como tú sabes, jamás bebo alcohol. Por eso rehusé. Pero cuando sacaron el *sudra*, como se trataba de un rito que nuestros huéspedes parecían tomarse muy en serio, fingí que bebía. Como nadie me vigilaba estrechamente, pude verter el contenido de mi vaso en un tubo de ensayo que llevaba en el bolsillo. Luego observé el cambio en tu comportamiento y en el de nuestros compañeros. Cuando llamaste a Einar y los hombres de guardia para que vinieran, comprendí que pasaba algo raro. ¡Tú dejar el navio sin guardia! Me alejé sin que nadie se diera cuenta, regresé a bordo y enseguida analicé el *sudra*. Contiene un alcaloide euforizante, afrodisíaco y que probablemente crea hábito, aunque no perjudica al organismo, a juzgar por nuestros huéspedes. Inmediatamente me puse a buscar un antídoto, mientras me preguntaba cómo me las apañaría para

obligar a tomarlo. Por suerte, apareció Bruck; es inmune a la sudraína por naturaleza, pero nadie se dio cuenta, ya que Bruck no necesita afrodisíacos para comportarse como un terrano. Y hemos hecho un descubrimiento terrible: algunos terranos son tan inmunes como el mismo Bruck. No ha sido fácil encontrarlos, pues disimulan su inmunidad lo mejor que pueden. Cuando se les descubre, desaparecen. Conque debes estar muy atento. Sigue la corriente; compórtate como si estuvieras bajo los efectos de la sudraína. Mientras tanto, procuraré desintoxicar a los oficiales y luego a todos los hombres que pueda. Pero la próxima fiesta con absorción obligatoria de *sudra* es dentro de quince días tan sólo. Hay que largarse antes de esa fecha. También intentaré hallar algunas armas. ¡Vamos, Bruck! No hay que llamar demasiado la atención.

Los dos hombres desaparecieron y Ron quedó pensativo.

Ni por un instante dudó de la veracidad de lo referido por el biólogo. Ahora todo se explicaba demasiado bien. Se preguntó si podría seguir el juego sin traicionarse, y se encogió de hombros. ¿Por qué no? Por lo visto, la sudraína tenía al menos un efecto duradero, el de destruir las inhibiciones sexuales. No se traicionaría regresando a su antiguo carácter, por el que algunos de sus hombres solían apodarle «el fraile», si bien él jamás trató de imponerles su propio código moral. Pero una parte del plan de Bornet le inquietaba. ¿Pasaría lo mismo con todos los miembros de la tripulación? Tal vez sería mejor reunirlos y administrarles el tratamiento de forma colectiva para emprender la huida. Pero tal plan era aún más difícil de realizar; además, Akeró le pareció sincero cuando prometió documentos sobre el pasado multirracial de Terra. No podía volver a Federa con las manos vacías. Aunque no le gustaba haber sido drogado, a lo mejor los terranos lo habían hecho sin mala intención. Nadie parecía retenerles contra su voluntad. Aquella estancia en Terra quizá quedaría en su recuerdo como un interesante y feliz intermedio en una vida ruda y peligrosa. Así pues, a menos que ocurriera una crisis súbita, era mejor esperar y ver qué pasaba.

La crisis llegó algunos días más tarde, cuando la mayoría de los tripulantes de la *Aventurera* ya se habían desacostumbrado de los efectos de la sudraína. Aquella tarde, Ron celebraba una fiesta en el parque cercano a su alojamiento, y estuvo muy animada, aunque sin alcanzar los extremos de la recepción de bienvenida. Estaba allí casi toda la tripulación de la astronave con sus oficiales junto con sus compañeras y un buen número de terranos, entre quienes figuraba Jon Akeró. Este acababa de enviar a su huésped una caja que, según él, contenía todos los documentos necesarios para demostrar que Waites y Melanios procedían del mismo planeta. Saura alzaba su vaso para brindar a la salud de Ron, cuando éste la vio palidecer de repente. Dejó caer el vaso y se llevó la mano a la boca con expresión de pánico. —¿Qué ocurre, Saura? —¡Los. los Negros!

Ron se volvió. El parque estaba rodeado por una treintena de hombres que vestían túnicas negras, como el que un día vio en un corredor. Instintivamente, echó mano al

cinto en busca de un arma, pero no halló nada. Se había dejado en casa, bien escondido, el desintegrador que le facilitara Bornet, y también el paralizador que antes solía llevar. Uno de los hombres de negro habló, y su voz, artificialmente amplificadas, resonó bajo la bóveda del parque.

—¡Ciudadanos! ¡Volved en paz a vuestras casas! ¡Capitán Varig, síguenos con tus hombres! ¡Toda resistencia es inútil! El resto de tus compañeros están en nuestro poder.

Los terranos obedecieron, pero antes Akero se acercó para estrechar la mano de Ron.

—Nosotros no tenemos nada que ver con esto —dijo—. Pero cuando los guardianes intervienen, nadie puede desobedecer.

—¿Los guardianes?

—Ellos —dijo señalando a los hombres de negro—. Los guardianes de Terra.

Se encogió de hombros y salió a su vez. Vana desapareció sin una palabra, pero Saura se lanzó hacia él, abrazándole apasionadamente antes de seguir a los demás. Ron y sus hombres quedaron solos.

—De acuerdo —dijo en voz alta—. Os seguiremos. ¡No, Bruck! ¡Nada de resistencia! ¡No tenemos con qué luchar!

Como para desmentirle, se oyó la descarga de un desintegrador y dos siluetas negras se desplomaron.

—¡No disparéis! ¿Quién...?

Del círculo de los Negros brotó un delgado rayo rojo y Gueden se desplomó soltando su arma, con el pecho agujereado. Ron se precipitó hacia él, pero ya estaba muerto. Un murmullo amenazador se alzó entre las filas de los astronautas.

—¡Paz! ¡Os lo repito, no podemos hacer nada! ¡Si Gueden me hubiera obedecido, aún viviría!

Se volvió hacia los guardias negros.

—¡Dadle una sepultura decente!

—No lo dudes, capitán —respondió su jefe—. Ha sido atolondrado, pero valiente. Dos de mis hombres se ocuparán de ello enseguida. Y ahora, ¡seguidme!

Marcharon en fila de a dos, flanqueados por los terranos vestidos de negro, que no les perdían de vista, con las armas apuntando. Ron les observó mientras caminaban. Sus caras eran duras, severas, incluso melancólicas, muy diferentes de las caras sonrientes de los ciudadanos con quienes acababan de convivir. Se volvió hacia Gunnarson, que caminaba a su lado, y le dijo en soomi:

—Estos no parecen drogados. O, en todo caso, lo están con otra clase de droga.

—¡Silencio!

Ron obedeció. Fueron conducidos a un estrecho corredor perforado en la roca, que debieron pasar en fila india. Una sección de los guardianes les precedió y la otra

les siguió.

—Son competentes —dijo Gunnarson—. ¡Lástima!

Atravesaron puertas blindadas y llegaron a una rotonda flanqueada por una serie de celdas. Allí los oficiales fueron separados a un lado y los tripulantes a otro. Ron y su estado mayor se encontraron en una ancha pieza cuya única abertura era la puerta que acababan de franquear, y que se cerró tras ellos con ruido sordo. A lo largo de las paredes había una decena de literas atornilladas al suelo, algunas sillas de metal ligero y una mesa.

—Bien, ya estamos prisioneros. Pero de nuevo falta Boret. Y nos dijeron que los ausentes ya habían sido capturados —se extrañó Blondel.

—¡Sin duda está en otra celda, o muerto!

—Lo dudo —dijo Boren—. Es astuto como un *zintivar* y desconfiado como una *pulusa*. Lo más seguro es que esté escondido en algún lugar con los hombres que faltan, o encerrado en la *Aventurera*, con todas las pantallas defensivas en acción.

—¿Cómo han matado a Gueden, capitán?

—Una variedad de láser. Nada difícil de combatir si tuviéramos armas, y nada que pueda atravesar las pantallas del crucero, salvo si tienen algo más poderoso en reserva. En todo caso, han sido las primeras armas que vemos en Terra. Y queda el instrumento con el que alguien hizo aquel agujero en el satélite.

—Tenemos compañía —interrumpió Dupar.

La puerta se había abierto silenciosamente. Tres hombres armados se hallaban junto a ella.

—Sigúenos, capitán Varig.

—Einar, te dejo el mando. ¡Para lo que vale! —añadió con sutil sonrisa—. ¡Vamos, guíadme!

Por estrechos corredores y ascensores llegaron ante una puerta de madera negra forrada de metal. Sólo una parte de esta puerta giró y Ron penetró en una pieza austera, donde se veía una gran mesa llena de instrumentos, estantes de libros, pantallas de visión y algunas sillas. En un rincón, detrás de una mesa más pequeña, había un hombre moreno y delgado, con los rasgos físicos de la raza terrana: pómulos salientes, nariz estrecha con aletas dilatadas, mentón puntiagudo, ojos oscuros, labios más bien delgados. En él estaban exagerados de modo casi caricaturesco, prestándole un aspecto inquietante, de máscara.

—Siéntate, capitán. Soy Fon Kebelda, mariag... coronel, diríais vosotros... encargado de la defensa del Centro 81.623. Te preguntarás, sin duda, dónde estáis.

—Entre los verdaderos amos de Terra.

El hombre meneó la cabeza.

—Te equivocas, capitán Varig. No los amos, sino los servidores y guardianes. Los guardianes de lo que, en una conversación que me ha sido transmitida, has llamado

Utopía.

Se llevó la mano a la frente con gesto cansado.

—La Utopía, capitán. Uno de los más antiguos sueños de la humanidad. ¿Sabes que probablemente es mucho más antiguo de lo que podéis imaginar? Poseo en facsímil, claro está, un libro de un tal Tomás Moro cuya primera edición data del año 1518 de la era cristiana, es decir, de hace más de doce mil años. Pues bien, ese antiguo sueño actualmente está casi realizado en Terra. Digo casi, pues todavía no puede prescindir de sus guardianes.

—Y ¿en qué amenazamos nosotros a Utopía, para que nos hagáis arrestar al precio de tres bajas, dos de vuestros hombres y uno de mis oficiales?

—Para que lo comprendieras sería necesario explicarte muchas cosas. Y voy a hacerlo, pues quiero convenceros de que a pesar de todo no soy vuestro enemigo. Jon Akero ya os ha contado lo que ocurrió en Terra después de que vuestros antepasados salieran en las primeras naves hiperlumínicas. Ellos partieron en el año 2060 de la era antigua, durante el renacimiento científico que siguió a los años de estancamiento a principios del siglo veintiuno. Cuarenta años después, cuando aún viajaban hibernados por el espacio, muy lejos de su objetivo, las astronaves hiperlumínicas recién inventadas exploraron un radio de unos cien años luz y todas volvieron. La emigración de los negros, si se puede afirmar que tres astronaves constituyan una emigración, tuvo lugar en 2120. Todavía se estaban estudiando las condiciones de vida de los planetas descubiertos, y no había empezado la verdadera colonización, cuando estalló la primera guerra racial. Amarillos y negros vencedores, tuvieron que ocuparse en restablecer la habitabilidad del planeta, y no hubo más expediciones. Cuando podían interesar de nuevo estalló la segunda guerra racial, que fue peor que la primera. Después de la dictadura de Cayeux y la fusión de las razas, lo cual necesitó algún tiempo, la mentalidad humana había cambiado. Ciertamente que en 3005 hubo otra salida, hacia la periferia de la galaxia esta vez, pero jamás hemos vuelto a saber de la misma. ¿Fracasó la expedición? ¿O quizá los colonos estaban hartos de Terra? ¡Vosotros mismos habéis esperado bastante antes de buscarnos! Como decía, y cualquiera que fuese el motivo, la mentalidad había cambiando. La ciencia, responsable, no de las guerras, pero sí de sus destrucciones, era mirada con desconfianza. Todo partidario de los descubrimientos partió el año 3005. Los demás prefirieron vivir en calma, seguridad y estabilidad. Así nació el orden social que actualmente podéis ver en este mundo, y que habéis llamado Utopía.

—Cuando aún ignorábamos lo que ocultaba la calma de su superficie.

—¡Espera antes de juzgar! Los ciudadanos corrientes llevan una vida feliz. Son tan libres como es posible, trabajan poco, tienen una formación artística y literaria muy sólida. Habrás visto las obras de nuestros artistas, oído a nuestros músicos... — No estoy calificado para juzgar, pero me parece que les falta vigor, que son... ¿Cuál

es la palabra? ¡Académicas!

—Es el precio de la seguridad. ¿Ves la hilera de libros antiguos que ocupa todo este rincón de mi biblioteca? Pese a las destrucciones de las guerras, hemos salvado muchos de la primera civilización. Los hombres de aquellos tiempos salvajes contaban con algunos espíritus amantes de la cultura que construyeron refugios antiatómicos. Pues bien, allí hay obras magníficas, que de momento nosotros ya no sabemos producir, aunque serían incomprensibles para la mayoría de nuestros ciudadanos. —¿Y la ciencia?

—Se enseña algo de ciencia en nuestras escuelas. Mejor dicho, las recetas necesarias para el mantenimiento de las máquinas que sustentan nuestra civilización. La verdadera ciencia sólo se cultiva entre los guardianes.

—Pero, aunque sólo sea de vez en cuando, deben nacer espíritus a los que vuestra civilización estática no puede satisfacer. ¿Son eliminados?

—No, a menos que nos veamos absolutamente obligados a ello. No somos tiranos, capitán, ni salvajes. Los que aman la actividad física, o creen amarla, se van con los paleolíticos. Allí encuentran su propio género de utopía. Algunos regresan y crean problemas. Los que se apasionan por la investigación intelectual son descubiertos muy pronto en las escuelas y se convierten en guardianes. Aquí se les permite utilizar su inteligencia, pero es casi la única libertad que poseen. ¡Ser guardián de sus hermanos, capitán, es un trabajo agotador y sin recompensa! —¿Y no tenéis problemas con ellos? Kebelda inició una pálida sonrisa.

—Están adoctrinados, como yo mismo lo he sido, y cuando recapacitan con el tiempo y la experiencia, su sentido de la responsabilidad los convierte en mejores guardianes, la mayor parte de las veces.

—¿Y las otras?

—A veces hay que tomar medidas lamentables. Es el precio que pagan para tener acceso a la ciencia.

—Pues yo he conocido entre los ciudadanos a hombres que, como Akero por ejemplo, son buenos historiadores...

—Y pudiste conocer a otros, generalmente mediocres. En el caso de Akero, lamento que no llegase a ser guardián. Fue uno de los pocos que no pudimos descubrir a tiempo.

—¿Puedo hacer un par de preguntas?

—¿Por qué no? No tengo nada que ocultar.

—La primera es: ¿Por qué lo del *sudra*?

—Capitán, si el hombre ha llegado a ser lo que es, ello obedece a su agresividad. Esto duró más de dos millones de años, o quizá tres. Utopía tiene menos de diez mil años. ¿Crees que es suficiente para modificar la naturaleza humana? ¡Mientras subsistan trazas de esta agresividad, que ya ha cumplido su misión y debe

desaparecer, la humanidad necesitará estabilidad, guardianes y *sudral*! El *sudral* es una especie de sustituto a las excitaciones de la caza, de la guerra, de la lucha personal, e incluso de la misma rivalidad. Para el animal humano bruto, Utopía tiene ese enorme defecto: uno se aburre.

—La segunda pregunta se refiere a vuestros paleolíticos. Los he visto. Tienen aspecto feliz, aunque estén llenos de agresividad...

—¡Tampoco existe la guerra entre ellos!

—Sí, ya me lo han dicho. Pero tienen la aventura cotidiana de la caza. ¿Para qué existen? ¿Y no teméis que al cabo de algunos siglos su población llegue a multiplicarse excesivamente y...?

Se interrumpió al recordar las palabras de Dará sobre el escaso número de colonias que sobrevivían.

—¿Para qué existen? Al principio reunieron a todos aquellos para quienes habría sido demasiado difícil hallar sitio en Utopía. Luego inventamos el *sudra*. Además, los guardianes no son numerosos; no todos lucharían en el caso, improbable aunque no imposible, de que ello fuese necesario. Los paleolíticos son una especie de reserva genética de agresividad, por así decirlo. En cuanto al aumento de su población, se controla sin que ellos lo sepan. En nuestros laboratorios hemos desarrollado un microorganismo muy especial, la fiebre hilarante. La muerte es muy dulce, pero inevitable.

—¡Pero esto es monstruoso!

—¿Más que vuestra guerra, capitán?

—¡Pero nosotros desconocemos el porqué de esta guerra e intentamos...!

—¡Precisamente! ¡Lucháis, matáis, y ni siquiera sabéis por qué! Nosotros defendemos a Utopía. Dentro de algunos milenios probablemente la raza humana ya no necesitará guardianes ni *sudra*. ¡Entonces se abrirán las puertas de nuestros laboratorios y podremos emigrar pacíficamente a las estrellas!

—Hallaréis sorpresas desagradables. Además de las Confederaciones Waite y Melania existen otras razas, ¡y no todas pacíficas!

—Si somos atacados, nos defenderemos. Poseemos el arma absoluta, capitán. Pero los utópicos no lucharán entre sí como vosotros, y jamás serán los primeros en comenzar una guerra. Y ahora debo poner en tu conocimiento la decisión que se ha tomado sobre vosotros y que no te gustará. No abandonaréis jamás Terra, seréis recluidos en una isla para vivir y morir en paz. No queremos que vuestras bárbaras Confederaciones se enteren de nuestra existencia. ¡Y no es que no sepamos defendernos! ¡Aunque hubieras venido con toda una escuadra, y no con una sola astronave, lo mismo habríais sido destruidos!

—Tal vez. ¡Tenemos armas muy poderosas!

—Capitán, voy a enseñarte el arma absoluta que te he mencionado.

¡Acompáñame!

Se puso en pie. Era alto y delgado, y parecía aún más alto con su túnica negra. Apretó un botón y entraron dos guardianes con las armas a punto.

—Pertenezco a la sección científica y no a la militar de los guardianes, conque no sabría defenderme. Pero Gona y Ruki son campeones de tiro. No lo olvides, y sígueme.

Pasaron por otra puerta y tomaron un ascensor que conducía a una cúpula blindada. En medio de ella y apuntando al techo se veía un disco cóncavo de unos diez metros de diámetro, formado por una malla de metal blanco brillante, en cuyo centro había un cono truncado de metal rojo; cobre sin duda. La periferia del disco estaba a un metro del suelo aproximadamente, y a través de la malla se adivinaba una fosa poco profunda. Fon Kebelda señaló el aparato.

—Esta es nuestra arma absoluta. Este espejo, que puede girar sobre su base oculta para cubrir un radio de treinta grados, es un excitador de Espacio III.

—¿Espacio III?

—Sí, capitán Varig. Vosotros utilizáis el Espacio II con vuestras astronaves, ¿verdad? En el Espacio II la velocidad de la luz es el cuadrado de la normal. Podéis hacerlo sin peligro porque el Espacio II está vacío, y sin dejar de respetar las leyes del físico protohistórico Einstein podéis recorrer el Cosmos. Pues bien, los terranos hemos descubierto el Espacio III, donde la velocidad de la luz, o mejor dicho, la máxima velocidad de transmisión de información es tal, que no hemos podido medirla. Seguramente es finita, pero nuestros instrumentos son demasiado imperfectos. De todos modos, poco importa, pues el Espacio III no está vacío, pero por lo poco que sabemos resulta extraordinariamente hostil a la materia tal y como nosotros la conocemos. Así pues, tenemos toda una serie de proyectores barriendo el cielo y cubriéndolo por completo a partir de una altura suficiente para que nada pueda alcanzarnos. Uno de ellos, montado en el Ecuador, hace 2510 años hizo aquel agujero en Luna que tanto te intrigó. Fue la única vez que se usó un excitador a gran escala para verificar una hipótesis: algunos de nosotros pensaban que más allá de ciento cincuenta mil kilómetros la energía era demasiado débil para traspasar la materia al Espacio III. El experimento demostró que se equivocaba.

—¿Y cuál es el alcance máximo?

—Teóricamente, veinte millones de kilómetros. En Marte o Venus estaríais a salvo, pero no sobre Luna.

—¿Y actúa a través del techo?

—Claro que no. Desaparecería. Pero lo abrimos así.

Kebelda pulsó algunos mandos y, con lenta rodadura, el techo de metal giró sobre sí mismo y se hallaron a cielo abierto. Debía ser tarde, pues el sol caía oblicuo y sólo iluminó la parte superior de la cúpula. Kebelda hizo ademán de cerrar. Una idea

germinó en el cerebro de Ron, una idea loca, pero sin duda era su última oportunidad. Si saliera bien...

—¡Espera! Nunca volveré a tener ocasión de ver uno de estos proyectores, y todo cuanto se refiere a las armas me fascina. ¿Se podría hacer una demostración?

Kebelda vaciló.

—Eso consume mucha energía y gran cantidad de aire, dejando algo de radiactividad, débil de todos modos. Pero, por otra parte, una demostración te hará más persuasivo cuando expliques a tus hombres que no podéis hacer nada, que debéis resignaros a vuestra suerte. De acuerdo. Toma este manual de instrucciones que se halla sobre esta repisa y cuando el proyector esté activado, arrójalo sobre el espejo. Hazlo rápido, pues de lo contrario el aire al volatilizarse puede desencadenar un tornado. Ya te avisaré cuándo debes lanzar el libro, pues aunque el proyector funcione no se ve nada. Sobre todo, no pases la mano por encima del espejo si deseas conservarla. ¿Estás preparado? Ron tomó el libro y se acercó al espejo. Kebelda sacó una llave de su bolsillo, abrió el cuadro de mandos y dio vuelta a un conmutador. Una aguja se desplazó sobre el cuadrante, fijándose entre dos líneas rojas.

—¡Atención! Cuando te diga, arroja el libro. Apretó un botón rojo. —¡Ahora!

En vez de obedecer, Ron, que era quien estaba más cerca del espejo, se echó hacia atrás y se volvió.

—¡Eh! Esta luz en la base del cono, ¿es normal? Intrigados, los dos guardias se acercaron, e inesperadamente Ron les empujó sobre el proyector. Kebelda ya cortaba la energía, pero era demasiado tarde: Gona estaba muerto, con la cabeza y un hombro desaparecidos; Ruki contemplaba con aire asombrado el muñón de su brazo izquierdo, del que brotaba sangre con fuerza. Ron se precipitó sobre el láser, que Ruki había soltado para sujetarse la muñeca con la mano derecha, y se volvió con el arma en la mano.

—¡Cierra la cúpula! Y atiende a ese desgraciado. Si no, morirá desangrado.

Mientras el terrano obedecía, Ron examinó su arma. Era un láser de gran potencia, análogo al modelo IV de las flotas de la Confederación. Lo empleó metódicamente para inutilizar el proyector, destrozando las barras de metal, fundiendo los mandos y cortando los cables de alimentación.

—Ahora bajaremos a tu despacho, y luego me conducirás personalmente a donde están mis hombres. Tu vida dependerá de tu cooperación.

—Te felicito, capitán. He caído en tu trampa como un imbécil. Pero mi vida no tiene la menor importancia. No soy más que un guardián.

—No dudo de que sacrificarías tu vida y la de este infeliz. Pero falta saber hasta qué punto eres capaz de soportar el dolor físico. Nosotros somos corsarios, y aunque personalmente no apruebo la tortura, no he podido evitar que los más rudos de mis hombres la empleen para hacer confesar a sus prisioneros Melanios dónde esconden

su fortuna. Como decías, a veces hay que tomar medidas lamentables.

—De acuerdo; admitamos que la carne es débil y que yo ceda *aquí*. Pero cuando encontremos a los demás guardianes, no dudaré ni un segundo en darles la orden de disparar, pues la muerte no me espanta. Un segundo de angustia, quizá de dolor, y luego la nada...

Ron se rascó la cabeza, pensativo.

—Veamos, intentemos otro sistema. ¿Por qué no quieres dejar que nos vayamos?

—Hemos conseguido la estabilidad gracias a terribles esfuerzos. Por primera vez en su historia, la humanidad tiene tiempo de vivir, de reflexionar...

—¿Ese rebaño de drogados?

—No, aunque alguna que otra vez realizan aportaciones válidas. La droga, como la llamas, no altera su inteligencia. Pero nosotros contamos con los guardianes. Investigan todos los campos de las ciencias físicas y humanas, y obtienen resultados. Si quisiéramos, podríamos conquistar la galaxia. Imagina una flota de astronaves armadas con proyectores de Espacio III. Pero únicamente saldremos de Terra cuando hayamos alcanzado nuestro objetivo, que es dejar de ser fieras conquistadoras como vosotros, para llegar a una forma de inteligencia, a una manera de ser más elevada. Nos queda mucho quehacer. Para ello necesitamos que nuestro refugio no sea descubierto; todavía necesitamos algunos milenios de aislamiento y de estabilidad. ¿Qué ocurrirá cuando tú regreses a tu belicosa Confederación? Nos invadirán los curiosos, algunos locos intentarán conquistarnos, y tendremos que defendernos. No sé qué le ocurre a un ser humano proyectado al Espacio III, pero debe ser bastante horrible. ¿Quieres que sean millones?

—Me parece que te engañas acerca del interés que pueda presentar vuestra Terra para nosotros, los galácticos. Tan sólo la hemos buscado con un fin determinado: verificar si era auténtica la teoría de que Waites y Melanios proceden de la misma evolución sobre un planeta, y así tratar de frenar nuestra guerra absurda. También nosotros, a nuestra manera, queremos alcanzar un nivel superior de humanidad. Pero ¿y vosotros? Vuestros ciudadanos drogados, vuestros guardianes con aire infeliz...

—En efecto, a veces lo son. Su deber les obliga a hacer cosas desagradables. Saben que son esclavos de un orden superior a ellos, de un objetivo que no verán realizado. ¡Pero también tienen sus momentos de exaltación!

—De todas maneras, lo que quiero hacerte comprender es que, en nuestra Confederación, Terra sólo interesa a algunos arqueólogos. Si dejas que nos vayamos pacíficamente, vuestras coordenadas serán un secreto bien guardado. Y si alguno vuelve a descubrirnos por casualidad, pues bien, ¡admito que tenéis derecho a defenderos!

—Me gustaría creerte, Varig. Pero no puedo correr ese riesgo. Y yo no soy el Supremo Guardián, no puedo tomar sobre mí...

La puerta de la cúpula se abrió, y Gunnarson y Bruck aparecieron armados, acompañados de un guardián también armado. Se detuvieron en el acto.

—¡Ya veo que no nos necesitas, capitán! —gritó alegremente el coloso—. ¡Vaya estropicio! —continuó admirativamente, contemplando las ruinas del proyector—. ¿Qué era esto?

—Un arma terrible, Niels. Pero ¿qué ha pasado?

—Este hombre nos ha liberado y nos dio armas —respondió Gunnarson—. De momento, somos los amos.

—¿Es verdad eso, Halor? —exclamó Kebelda—. ¿Será posible que un guardián nos haya traicionado? ¡Responde!

—Es cierto, Mariag.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué haces correr un terrible peligro al Plan? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

El hombre respiró hondo.

—¡Por la libertad, Mariag! Para vivir como un hombre y no como esclavo de un plan concebido antes de que yo naciera, y cuyo fin no veré. ¡Y porque aquí se aburren hasta las ovejas!

—Pero ¿cómo? Tú eres uno de nuestros mejores físicos. En tu laboratorio tienes cuanto necesitas. Has realizado descubrimientos...

—¡Que han ido a pudrirse en los archivos! Y allí permanecerán hasta el día glorioso, lejos, lejos en el futuro, en que alguien tendrá el valor de anunciar que el plan se ha realizado, si es que eso ocurre. No, Mariag, aquí somos prisioneros de este único planeta. ¡Ellos tienen el Universo!

—¡También tienen la guerra!

—Me han explicado por qué, y cómo esperan detenerla. Y además, Mariag, quizá no existan los dioses, pero creo que los antepasados, los grandes, los que trazaron este plan que seguimos, usurparon los atributos de la divinidad. Quizá tuvieran razón, pero ¿quién puede asegurarlo? Nada os impedirá continuar este experimento. Los galácticos también realizan otro, con sus tragedias, claro, como el nuestro. Pero al menos ellos son libres.

Kebelda se encogió de hombros con aire cansado.

—De acuerdo, pero seréis aniquilados cuando intentéis abandonar Terra. Este proyector está inutilizado, pero antes de que os alejéis lo suficiente para pasar con seguridad al Espacio II, entraréis en el radio de acción de los proyectores vecinos.

—Los cuatro proyectores vecinos también han sido sabotados, Mariag. Podremos pasar.

Kebelda pareció darse por vencido.

—Entonces, ¿no estás solo? ¿Es una traición organizada?

—Somos doce y nos iremos con ellos. ¿Una traición? No, una evasión. Digamos

que los barrotes de la jaula han desaparecido por unos instantes, y que aprovechamos la oportunidad.

—El tiempo apremia, capitán —cortó Gunnarson—. Dominamos la situación, pero sólo momentáneamente.

—¡Tienes razón! Sigúenos, Kebelda. Vamos a embarcar en la *Aventurera*, y allí te dejaremos. Pero antes debo pasar por mi alojamiento para recuperar los documentos de Akero.

—Ya está hecho, capitán —dijo Bruck—. Ya está a bordo. Y con una pequeña sorpresa para ti...

Mientras la puerta de la esclusa se cerraba lentamente, Ron lanzó una última mirada sobre aquel valle terrano que jamás volvería a ver y donde se hallaba la tumba de Gueden; luego contempló el rostro angustiado de Kebelda.

—No te preocupes. Te prometo que nadie sabrá dónde se encuentra Terra.

Luego, cerrando la escotilla, se dirigió al puesto de mando.

—Stan, despegue inmediato. Ascenso en vertical hasta los cien kilómetros, y paso al Espacio II. Ya sé que corremos algún riesgo al ingresar tan cerca de una masa planetaria. Pero ignoramos qué otras armas poseen sus arsenales, aparte de los proyectores que pusimos fuera de combate.

No quedó tranquilo hasta que la negrura absoluta del Espacio II apareció en las pantallas de visión. Entonces se volvió en su asiento de mando, suspiró y dijo:

—Bien, amigos. Hemos salido de ésta con el mínimo de desperfectos, ¡pero por los pelos! Dime, Unkumba, ¿qué valor tienen estos documentos de Akero?

—Son indiscutibles —respondió el antropólogo—. Haremos copias y Unkumba podrá llevarlas a su Gobierno. Sin duda esto no bastará para detener la guerra, pero podrá contribuir notablemente, si al mismo tiempo hacemos proposiciones aceptables de paz.

—¡Estupendo! ¿Y qué ha sido de los guardianes que nos han seguido?

—Repartidos en diversos compartimientos, y vigilados por nuestros hombres. Pero los creo sinceros —dijo Gunnarson—. ¿Son doce?

—Sí. La crema de los guardianes científicos, concedores de las técnicas del Espacio III.

Ron silbó.

—¡Habrás que explicarles que es mejor no hablar de eso por el momento!

—Akero también ha querido venir con nosotros, junto con algunos más. Cuando supieron que nos íbamos, algunos terranos pidieron que nos los llevásemos. Debido a que en ese momento no lo podía consultar contigo y el tiempo apremiaba, decidí aceptarlos en proporción con las plazas disponibles. Son veintiuno en total.

—Me pregunto si nuestros mundos les gustarán más que el que han dejado. En fin, es asunto suyo. ¿Hay mujeres entre ellos? —Tres.

Ron sintió pena un momento. Si se hubiera tomado tiempo para buscar a Saura... Pero sin duda valía más así. Ni por un instante pensó en Vana.

—¿Crees que conseguiremos la paz, Unkumba?

—Sí. Mi pueblo está harto de esta carnicería. ¿Y el vuestro?

—Creo que también. Aunque, ¿durará esa paz? ¿Está hecho el hombre para la paz? Reinaba aquí abajo, pero ¡a qué precio! Una masa drogada y feliz, esclava sin saberlo. Una élite cuya única razón de vivir es un deber impuesto por un implacable condicionamiento, despreciando su libertad. ¿Es que para el hombre sólo existe la alternativa entre la guerra o la esclavitud?

El Melanio colocó su mano sobre el hombro del capitán.

—No hay que desesperar del hombre, Ron. La comarca de donde procede mi pueblo, el África, fue durante mucho tiempo una tierra de esclavitud, incluso antes que los antepasados de los Waites la invadiesen. Nuestra historia, más larga que la vuestra, nos enseña que incluso entre Afrains han habido largos siglos, quizá milenios, de guerras y de servidumbre. Hoy día somos una vasta Confederación de miles de planetas. También de vuestro lado han habido infinidad de luchas fratricidas, y hoy sois un solo pueblo en el Cosmos. Si llegamos a detener esta guerra, ¡y lo conseguiremos!, por primera vez en su historia la humanidad estará completamente pacificada. Sí, ya lo sé; quedarán los demás, los no-humanos, a quienes a veces tendremos que presentar batalla. Pero incluso esto pasará. Algún día, Ron, todos los seres conscientes del Universo estarán en paz. Nosotros no lo veremos, ni quizá nuestros biznietos, pero llegará. ¡Y llegaremos a esto siendo libres! ¿Se unirá Terra a nosotros entonces?

Cayó el silencio. «Si hay paz, ¿qué haré yo?», pensó Ron. Renovar los viejos lazos, volver a mis primeros amores, a la ciencia. O retirarme a mi casa natal del valle Clara. Vivir a lo filósofo. ¿Solo? ¡Si Moya no me hubiese engañado!

Se estremeció. Si Moya no le hubiera traicionado, él no habría sido capitán corsario. Probablemente sería profesor en cualquier universidad. De pronto sintió fatiga.

—Stan, toma el mando. Voy a descansar a mi cabina.

Cuando abrió la puerta vio que Saura dormía en un sofá, sueltos sus largos cabellos. El ligero ruido que hizo él al entrar la despertó. Se levantó y lo miró tímidamente. Ron quedó un instante inmóvil, luego se lanzó hacia ella tendiéndole los brazos.

—Así, pues, ¿me aceptas? —dijo ella en voz baja.

—Has cambiado, Saura. No tienes la misma expresión que cuando...

—Ya no estoy bajo la influencia del *sudra*. Antes de que Gunnarson nos aceptase, a bordo, Bernet nos dio la inyección que libera.

—¿Y cómo te encuentras?

—¡Sola, atemorizada y libre!

—Mira, la guerra terminará pronto, o así lo espero. Y yo también voy a sentirme solo, un poco atemorizado y libre. Pienso retirarme a una propiedad que poseo en un hermoso valle donde nací, en Federa, nuestro planeta central. ¿Quieres compartir conmigo ese retiro?

Se lanzó a sus brazos.

—¿Y para qué crees que he venido? Te he amado incluso cuando era... una cosa esclavizada por el *sudra*. Sólo lamento que los niños a quienes enseñaba...

—¡Podrás seguir haciéndolo, Saura! Enseñar la historia de un planeta que fue valiente, que ganó el universo para sus hijos, y que quizá momentáneamente tuvo miedo y se replegó sobre sí mismo.

La tomó dulcemente en sus brazos. A su alrededor, la *Aventurera* vibraba con toda la potencia de los motores que la propulsaban hacia un espacio que no había sido hecho para el hombre, y que sin embargo el hombre había conquistado.

«Una mujer me lanzó a la aventura, otra mujer la termina —pensó—. ¿Añoraré la aventura?»

Se encogió de hombros. El porvenir se encargaría de decírselo. De momento era feliz envuelto en el olor de los cálidos y negros cabellos de Saura.

DONDE LA LLUVIA SE PEINA EN LAS CURVAS DE LAS SOMBRILLAS

Pierre Marlon

*A Daniel Drode, quien demostró, a finales de los años cincuenta,
que Francia podría abrir caminos a la ciencia–ficción.*

*A Harlan Ellison, quien demostró, mucho más tarde,
que Drode tenía razón.*

Zumbaba la radio de mi casco, pero no me molesté en poner el contacto. Después de todo... ¡que llamasen! Demasiado conocía el motivo de esta comunicación.

Había observado atentamente la catarata que caía sobre la sombrilla viscosa bajo la cual me deslizaba, y que goteaba lentamente sobre mis hombros. Duró cuatro minutos justos, como siempre. El sol arrancaba reflejos multicolores a ese telón saturado de sales. El vapor se alzaba a mis pies entre tallos ocelados, teñidos de verde y castaño rojizo. Las pequeñas lagunas confluían en una corriente, azul al principio y luego cada vez más verde, hasta difuminarse en el amarillo "pálido del horizonte, hacia la cálida niebla donde el agua, la tierra y el cielo se mezclaban como un caldo de cultivo. Yo sudaba cada vez más.

Al cabo de cuatro minutos, la fuerte precipitación finamente dividida se interrumpió de repente: treinta y cuatro grados centígrados, densidad uno con veintisiete milésimas, y conteniendo todas las sustancias necesarias para la fotosíntesis.

Cuando el agua cesó de caer la sombrilla inició su lento temblor, ínfimas sacudidas elevaban sus bordes relucientes, bruñidos por el líquido bienhechor. La planta se hallaba en sus breves instantes de distracción. Corrí bajo los cien metros cuadrados de dosel verde oscuro. Mi radio lanzaba aún, y siempre a molestas ráfagas, su zumbido de llamada. ¡Que se callen ya! ¡Deberían hacerse cargo de que estoy ocupado! Necesitaba secarme la frente con el dorso de la mano, pero conocía el riesgo mortal que correría si echaba a perder la impermeabilidad del traje: el líquido urticante segregado por la planta, o mejor dicho, por el animal–vegetal, roería mi

carne hasta los huesos. Mis desgraciados compañeros lo descubrieron a su costa: ambos habían muerto. Esto irritó profundamente al jefe de nuestra expedición. Quedaban las «patas» del ser verde, capaces de partir por la mitad al hombre que se pusiera a su alcance. Pero me quedaban de treinta a cuarenta segundos para ir y volver... y quizá para descubrir el secreto que quemaba mi espíritu.

Treinta segundos son muy poco... y quince aún menos, pero ¡por Dios, que pueden parecer interminables, y todavía más bajo esas llamadas ensordecedoras! A mi alrededor, los tallos empezaban a curvarse hacia el suelo, recordándome que mi tiempo disponible era peligrosamente escaso. Pero ya llegaba al centro de la superficie abarcada por la gran criatura. Uno... dos... cinco de sus pies se desarraigaban del humus. Hice un quiebro a la derecha y al instante atisbé un tallo rojo que se hundía. El tronco de la sombrilla avanzaba hacia mí. Volví a cambiar de dirección y rocé dos patas sólidamente hundidas todavía. Luego desvié la mirada para correr hacia el otro lado con el fin de salvar la vida. ¡Y aquella porquería de radio seguía sonando como una trompeta! El ruido me parecía formidable, pero era mi intenso esfuerzo físico lo que me producía tal ilusión. Ante mis ojos danzaban mariposas rojas. ¡Había que abrir un poco más el oxígeno!

Por fin me desplomé, jadeante, al fondo de uno de aquellos embudos de bordes ligeramente inclinados, siempre blancos y secos, donde las sombrillas no llegaban jamás. Di media vuelta a la válvula del oxígeno para respirar a fondo repetidas veces. Finalmente, cuando me pareció que ya volvía a ser capaz de articular algunas palabras, conecté la radio.

—Os oigo —resoplé en dirección al micro—. Pero... dejad ya... de pitar a... así... Cuando... uno... uno tiene que correr...

—¡Olmár! —dijo la voz severa del capitán Vbur—. Me alegra comprobar que te has salvado y te decides a responder. Debo comunicar una orden urgente a todos los exploradores individuales. Y el comandante me encarga que te la transmita personalmente: ¡Regreso inmediato a la base principal, para abandonar enseguida este planeta!

—¡Oh! ¡No! —exclamé—. La misión debe durar tres días enteros, ya lo sabes, y hace tan sólo unas horas que he salido. Acabo de hacer una observación interesante... Estoy...

—Basta —cortó mi interlocutor—. Las órdenes del jefe son terminantes: ¡Regreso inmediato! El desconfía de esos esfuerzos desesperados de última hora, por parte de hombres como tú. Lo siento, Philippe —añadió en tono más amable—, pero nuestro camarada Nothin acaba de morir atacado por una sombrilla. Nuestra brigada ha recogido sus pedazos. Confieso que, ante el silencio de tu radio, temí que te hubiera ocurrido lo mismo. Estás haciendo un trabajo que no te corresponde y... En fin, vuelve. Es una orden del comandante. Y es también lo que como amigo espero

verte hacer, ¡viejo perro loco! ¡Que ya no somos los jóvenes atletas que fuimos!

—Habría sido mejor que me acompañaras como te propuse —refunfuñé—. Estarías tan entusiasmado como yo. Oye, amigo Jacques: no puedo obedecer esa orden. Estoy sobre la pista de la prueba que buscamos. Por suerte, la cámara de mi casco ha funcionado bien; habré impresionado al menos dos milímetros de microfilm. Ahora estoy estudiando un detalle que acabo de ver. ¡Es maravilloso! ¡Un tubo, o un tallo metálico, indiscutiblemente de fabricación artificial! Está en el centro del tronco de la sombrilla. ¡Sí, lo has oído bien! Y se retrae al mismo tiempo que la sombrilla saca las patas del suelo, a cada lado de la protuberancia. En el sector donde me encuentro hay otros cuatro o cinco emplazamientos para sombrillas. Dentro de una hora y cuarto volverá la lluvia, y hasta ese momento voy a emboscarme. Luego trataré de utilizar por fin nuestro narcótico para vegetales.

—¡Esto es una locura! ¡Un verdadero suicidio! —cortó el capitán—. Ya conoces mi opinión sobre este tema. Os prohibimos que llevarais ni una gota de ese producto supuestamente milagroso. No sirvió para evitar la muerte de Svili, como ya sabes...

—Dosis incorrecta —respondí—. Y si no dispones de otro argumento para hacerme cambiar de opinión, cambio y cierro. Adiós y buenas tardes. Por lo demás, y hasta que podamos hablar, quedemos en que esta conversación no ha tenido lugar. No has podido comunicarte conmigo. Y para tu informe oficial, si desaparezco durante esta misión: ¡mi radio se ha estropeado! ¡Voy a pasar aquí los tres días!

—Veamos —objetó Vbur todavía—, ya conoces el reglamento: en caso de avería de la radio, regresar inmediatamente a la base.

—Pero yo no soy militar; ni siquiera empleado civil de la flota. Casi estoy obligado a «ignorar» los reglamentos... Es inútil que insistas, Jacques. ¡Me quedo!

—¡Atención! No cortes el contacto. Todavía tengo algo que añadir de parte del comandante. ¿Sigues a la escucha?

—Sí, sí. Aquí estoy. Vamos, di lo que sea.

—*El Previsor* abandona este planeta dentro de doce horas. Martson ha estado concluyente. Y ya sabes que es capaz de cumplir su palabra y abandonarte.

—Pues voy a correr el riesgo. —Reí un poco antes de proseguir—. No creo que abandone aquí al director científico de una expedición financiada por cuantas entidades importantes tiene la investigación histórica de nuestro planeta. ¡Adiós! —añadí con firmeza, cortando la comunicación.

No estaba muy seguro de mis últimas palabras. De todos modos, y actualmente lo admito, había llegado a un punto en que ya no razonaba con normalidad. Mi rivalidad con el comandante Martson, su obstinación en abreviar a cualquier precio la duración de nuestra estancia, me habían enemistado con él. Los científicos teníamos razones para sospechar que tal actitud obedecía a las intrigas de la Liga de Políticos Modernos.

Además, estaba lo de la avería de la astronave, que preocupó a los oficiales navegantes y sin duda justificaría la cancelación de la misión. Pero esa avería, ¿no sería debida a un sabotaje?...

Estaba completamente seguro de haber hallado el Planeta primordial. Quería demostrarlo... Si no lo conseguía, ¿qué valdría mi vida? La había consagrado por entero a ese fin.

Estaba un poco exaltado, pero todavía era dueño de mí mismo y capaz de coordinar mis movimientos, ¡qué diablos!

—*What on Earth!* —murmuré, sonriendo ante la puerilidad de este juego de palabras de una lengua muerta: «¡Quién sobre la Tierra!» o «¡Qué importa!»

Y repté hacia el borde de mi embudo, vigilando la pequeña cúpula, aparentemente dura y maciza, de color turquesa, en medio de su anillo de tierra blanda. Estaba decidido a capturar la sombrilla que dentro de (consulté el reloj) sesenta y siete minutos acudiría para tomar su ducha. Emplearía mi inseguro anestésico, que sería preciso inocular peligrosamente cerca de la presa. Pero así podría *andar* sobre la misma y ver, en su centro, el misterioso orificio.

Para distraer la espera, y casi a mi pesar, empecé a recordar. Tres meses de «tiempo–patrón» ocupados en buscar, en escudriñar desafiando los peligros de aquella tierra inhóspita. Tres veces treinta y un días de veinticuatro horas, que desde hacía muchos siglos no correspondían al período de rotación de ningún planeta conocido... Excepto aquél, precisamente, salvo un error de unos cinco minutos que, a mis ojos al menos, era prácticamente despreciable.

Aquél era «mi» planeta, «nuestro» planeta, nuestro astro mítico, el de nuestros orígenes. A esta carta habría apostado sin vacilar toda mi fortuna. Pero ¿cómo fundamentar esa convicción? Los de la Liga podían exhibir su famosa sonrisa. En cuanto al navio, ¡cuánto dinero desperdiciado! Y, ¿dónde estaban los secretos cuyo descubrimiento les había prometido?

Cada hora que pasaba hacía tambalearse un poco más la escasa autoridad moral de que disponía. El día anterior, precisamente, cuando se decidió por votación entre la postura del comandante y la mía, apenas obtuve tres votos de mayoría. ¡Y eso que no admití la participación de los simples marinos, ni tampoco la de los contramaestres! Acepté sólo el voto de los oficiales... Entonces me concedieron tres días, ni uno más, como un caramelo a un niño caprichoso... El propio Vbur, mi amigo, mi único aliado en el clan de los tripulantes, me había abandonado la víspera. Aún me parecía escuchar la voz del comandante Martson:

—La responsabilidad total sobre quienes viajan o viajarán a bordo de este navío, es mía, Maestro Olmar —había sentenciado, abrumador—. Conozco sus argucias: no estamos en travesía, y por tanto es usted el director técnico. A pesar de ello, le repito que aquí sólo hay un jefe, y ése soy yo. Si, enfrentándome a su voluntad

expresamente manifestada, yo ordenase despegar dentro de una hora, pues bien: partiríamos a dicha hora. Entienda que le doy tres días, que le concedo a petición de sus colaboradores. Tres días; ni un minuto más.

Yo estaba pálido de rabia; lo notaba en las aletas de mi nariz, tensas como nunca, y no pude replicar ni una sola palabra. Aquel hombre se habría reído en mi cara. A él y a sus marinos, yo les había llevado al planeta originario prometiendo mostrarles la cumbre de la cultura humana. Y ahora vivíamos peligrosamente entre plantas semovientes y hostiles...

—Estos vegetales —había declarado poco antes— por su alimentación obedecen a reglas que evidentemente no han establecido ellos mismos. Estos curiosos recipientes de tierra, centrados en una cúpula de material desconocido, demuestran la existencia, al menos en el pasado, de una cultura exterior a la planta, por autónoma que ésta sea. Es preciso descubrir el secreto de esa tecnología que aún funciona. Entonces, y sólo entonces, comprenderéis la exactitud de mi tesis.

—No me gusta ofender a nadie —ironizó Martson—. Pero, Maestro, le conviene escuchar una lección que merece desde hace mucho tiempo. Usted se hace llamar hombre de ciencia. Pues bien; lo admito. Para lo tocante a su especialidad, se entiende. Pero cuando se deciden unas coordenadas espaciales en base a viejos mitos, aplicando conclusiones sacadas de un simbolismo hipotético, por desciframiento de textos ininteligibles, mi deber es gritar: ¡Alto! Usted ha logrado predecir la existencia de un tercer planeta alrededor de este astro, y la presencia del mismo en este cuadrante. Sea. Pero ¿dónde están los «semejantes» que nos había prometido? ¿Cree que las «legumbres» que pueblan este territorio son capaces de navegar por el cosmos?

A estas palabras, ciertos murmullos burlones habían surgido entre el auditorio. Fue entonces cuando pedí la votación...

Aflojé la parte anterior de mi casco y me desabroché el peto de la combinación impermeable. Por vigésima vez sequé el sudor de mi cara y cuello, procurando llegar hasta los hombros todo lo posible. En aquel planeta, en efecto, hacía un calor horrible, a pesar de la elevada latitud septentrional a que nos hallábamos. Fue lo que más me sorprendió. El estudio de los legajos antiguos de cincuenta planetas me había conducido a teorías muy distintas de lo que estaba descubriendo, desde el punto de vista climático. Pero había transcurrido mucho tiempo. ¿Y si la estrella de aquel sistema había modificado su radiación? Quizás el vapor establecía un efecto de invernadero.

Además, los continentes eran mucho menores de lo que suponía la tradición, aunque esto concordaba con mis suposiciones y fortalecía mi posición. Consulté el reloj: faltaban quince minutos aún. Entrecerré los ojos, escrutando la niebla en la lejanía: en efecto, dos sombrillas se acercaban al depósito de vida, distante doscientos

metros. Su gran sombrero estaba abatido hasta casi cubrir sus múltiples pies. Tenían sed. A medida que se aproximaban, distinguí cada vez mejor los detalles de su anatomía: siluetas verde oscuro bajo el halo dorado del sol, en medio de las tierras blancas y secas que separaban las lagunas destellantes de donde se elevaban ligeras nubes de vapor. El lecho de estas extensiones de agua estaba rodeado de elevaciones construidas con una piedra inalterable, que almacenaban el calor y mantenían el agua a una temperatura más elevada que el aire circundante. Esto era lo que producía aquella sensación de ahogo, debida a la elevada temperatura —veintiocho a treinta grados— de una atmósfera mantenida siempre a saturación de humedad.

Por lo demás, sin tales condiciones atmosféricas no quedaría viva ni una sola sombrilla, forma de vida enteramente adaptada al clima excepcional de aquellas islas del hemisferio norte. Aquellos seres, sin embargo, necesitaban reponer agua y sales minerales a intervalos apenas superiores a una hora de tiempo—patrón.

Mientras vigilaba la aproximación de los dos grandes vegetales, verifiqué distraídamente el lanza-agujas de repetición. Prank, nuestro químico jefe, me había asegurado que los proyectiles dosificados por él servirían para inmovilizar durante más de una hora, sin matarlas, a las mayores «legumbres ambulantes», como las llamaba el comandante. También había preparado tres tipos de municiones, clasificados mediante etiquetas azules, verdes y rojas, y adaptados a las tres tallas más corrientes de sombrillas. Introduje cinco cartuchos rojos en el cargador, pues las dos que llegaban eran del tamaño máximo.

Un súbito remolino en el aire y un silbido penetrante me anunciaron la llegada de un helicóptero. Me volví profiriendo una maldición.

—¿Qué diablos venís a hacer aquí? —grité—. ¡Largaos!

El pasajero era el capitán Vbur, quien se apeó del aparato en compañía del piloto.

—Venimos a buscarte, Philippe —dijo, sonriendo.

—Callad y echaros al suelo, por el amor de Dios —dije con rudeza—. ¡Con tal de que vuestro maldito aparato no haga huir a mi presa!

Regresé a mi posición de vigilancia, tendido en el suelo.

Los dos hombres obedecieron. Vbur se me acercó enseguida y también lanzó una ojeada hacia las sombrillas. Afortunadamente, éstas no se habían desviado de su ruta.

—Philippe —dijo el capitán—, te lo suplico. No seas tozudo. Martson está muy enfadado contigo. Un subalterno le ha dado parte de nuestra última conversación. ¡Déjalo, amigo!

—¿Cómo? ¿Abandonar? ¡Estás loco si crees que lo haré! Mira. —Con mi dedo apunté a las dos sombrillas. Una de ellas se había adelantado y llegaba tranquilamente al emplazamiento de riego más cercano—. ¿Sabes cómo se dirige el chorro de agua sobre su sombrilla?

—No, la verdad. Dijiste algo de una tubería, pero no veo... —Al contrario; está a la vista. Ahora ya lo sé. Hace una hora he contorneado el tronco de una sombrilla aquí mismo, justo antes de que se alejara. Y he visto...

—¡Ha sido una imprudencia, y eso es precisamente lo que hemos venido a evitar!

—Esta vez lo haré de otro modo —dije sin contemplaciones—. ¡Utilizaré el anestésico!

—¡Déjame hablar de una vez! —aunque hablábamos en susurros, noté un acento histérico en mi voz. Procurando sosegarme, proseguí—: El agua sale de un tubo pintado de rojo. Sí, capitán. Un vulgar tubo como los que nosotros fabricamos diariamente. ¿Qué te parece? ¿Crees posible que estas «legumbres» puedan fabricar tubos capaces de salir y entrar en el suelo sin dejar la menor huella?

Por unos instantes aparté los ojos de las dos sombrillas; la más próxima se estaba instalando bajo la cúpula y metía las patas en el lodo.

—¡Gran Dios! Jacques —dije a mi compañero—, ¿no te has acordado de ponerte un traje impermeable?

—Ya ves que no. No lo necesitamos, pues te prohíbo que te acerques a estas criaturas.

—Pero, cabeza dura, ¿no comprendes lo que acabo de contarte? ¡Un tubo artificial es la demostración evidente de que el hombre existe o ha existido sobre este antiguo planeta! Hemos de encontrar el modo de meternos debajo de esta corteza —le mostraba el suelo a nuestros pies— y descubrir la maravillosa maquinaria que lo mueve todo. ¡Tengo la prueba! ¡Mi teoría es correcta! Podéis ir o quedaros. Al fin y al cabo, me importa poco. En ningún caso me impediréis que actúe.

—Siempre sueñas, y ahora también, mi pobre amigo. La naturaleza es más ingeniosa que todo cuanto pueda inventar el hombre, y aquí claramente nos hallamos ante un fenómeno natural. Comprendo tu decepción. ¡Cuidado! No...

Ya no le escuchaba. La sombrilla se había inmovilizado esperando su maná; su manto se arrastraba por el suelo a su alrededor. El chorro de vida brotó de su centro y empezó a bañarla, dándole brillo y devolviendo el vigor a la superficie exangüe.

Entonces apunté con mi arma y disparé.

Al principio no ocurrió nada. Aquella sombrilla era muy grande, en realidad medía más de ocho metros de altura. Su cúpula, una vez abierta, debía exceder los diecisiete metros de diámetro. El agua caía en brillante catarata, arrancando destellos a la ocre luz del sol ligeramente velado. Salí de nuestro embudo y con el arma siempre en la mano, pero bajando la visera de mi casco y ajustándome el cierre hermético del traje, empecé a correr hacia mi víctima. Entonces vi que el gran cuerpo verde se detenía. El borde de la sombrilla recubrió como un manto los pies profundamente enterrados, que permanecieron inmóviles. Me volví hacia Vbur:

—Supongo que no vas a disparar contra mí para salvarme la vida, ¿verdad? —

dije con dura sonrisa—. Confiesa que tienes miedo y que por eso no has cogido un traje impermeable. Confiésalo. Pero yo no tengo dudas. Ya has visto que el ser vegetal no ha explotado. Se ha dormido, al menos por una hora. Voy a explorar el centro de su sombrero.

—Esto es falso. Me atribuyes horribles intenciones —gritó Jacques—. Desde luego, temía que este cuerpo estallara como estallaron las primeras víctimas de nuestros lanza-agujas. Si pudiera, te acompañaría. Te lo juro.

—Te creo —le dije—. ¡Hasta la vista!

Apoyé mis botas con cuidado sobre el borde de la gran sombrilla. El chorro líquido caía sobre mi casco e inundaba mi visera, nublando la visión. ¡Me hacía falta un limpiaparabrisas! Pero la caída del agua no era violenta, ni impedía ninguno de mis movimientos.

Pronto comprobé que mi plan era bueno y que era perfectamente posible para un hombre el caminar sobre aquella materia plástica; cedía bajo el peso, pero la presión se repartía alrededor. Empecé mi ascensión inclinado hacia delante para resistir el peso. Mientras subía, no lograba dejar de pensar en Vbur. En estos momentos le creía; no me impidió disparar ni temió verse alcanzado por el líquido corrosivo, lo mismo que su acompañante, el cual tampoco se había embutido su traje impermeable. Apenas les quedaba tiempo para el viaje, y no pudieron ni soñar en equiparse. Daba igual. Yo no había vacilado en lanzar mi carga sobre el monstruo verde. Pensé que Vbur aprobaría mi tentativa. Pero en el fondo él también era un Bien.

Verdaderamente, se trataba de una tubería. Y ésta, como la anterior, estaba cubierta con una capa de pintura rojo vivo. Un hombre podría introducirse en ella. El agua brotaba de un orificio circular que le daba la forma de un talón, cayendo en forma de cúpula gracias a la presencia de un disco que sólo dejaba una rendija circular en la periferia del mismo. La presión de salida debía ser muy tuerte, ya que el chorro subía como un embudo a tres o cuatro metros de altura antes de volver a caer, apenas roto, sobre toda la superficie de la sombrilla. Era muy ingenioso, ya que estaba adaptado a las dimensiones del animal y ofrecía la seguridad de que todo el sombrero-manto recibiría el líquido bienhechor.

Las membranas superiores, tan delgadas que cuando la sombrilla avanzaba se movían agitadas por el viento, en aquel momento estaban fuertemente adheridas a la superficie del tubo misterioso. Rodeé todo el perímetro del tubo, alzando la cabeza para observar la salida del líquido y, a la vez, permitir que mi cámara captase todo el fenómeno. Por un momento me hizo dudar la idea de meter la cabeza «dentro» de la película a presión, agarrando el borde del enorme difusor. Pero temí que mi equipo no lo resistiera.

En ese momento de mis reflexiones me volví para hacer un signo victorioso con el brazo hacia el capitán, cuando mis ojos me informaron de algo que mis piernas,

acostumbradas a mantener un equilibrio inestable, no me habían transmitido: aunque el riego no había terminado y los efectos del anestésico teóricamente aún debían durar, los bordes de la inmensa sombrilla habían empezado a levantarse, palpitantes, como ocurría «después», normalmente mucho después, de que la ducha hubiera concluido. En pocos segundos dejé de ver a Vbur y al piloto, a quienes vi hacer grandes gestos antes de que la membrana verde oscuro se alzase sobre el nivel de mi visión. Me volví de nuevo. El tubo rojo había dejado de lanzar su néctar y se retiraba rápidamente hacia abajo, desapareciendo entre las membranas.

Luego una serie de rápidas sacudidas me informaron de que los pies de la sombrilla se arrancaban del humus. Mi víctima se agitó y al mismo tiempo una sombra se abatió sobre mi cabeza, la luz se reducía a un círculo de tres o cuatro metros, que seguía disminuyendo poco a poco.

—Vamos a lanzarte una cuerda de nudos —gritó una voz.

Era Vbur, hablando a través de un megáfono. El helicóptero dio varias pasadas sobre mí... Una cuerda golpeó un lado de la sombrilla invertida, se alejó, regresó y empezó a descender. Tres segundos más tarde me apoderé de ella y empecé a izarme febrilmente.

Y volví a caer de espaldas sobre el centro de la planta. El líquido corrosivo había roto el cable. Me incorporé. Una de mis piernas parecía ser aspirada por una boca; se había incrustado en el orificio superior de la sombrilla, y vi con terror que las membranas la recubrían.

Por fin, con un poderoso esfuerzo, logré arrancarla del magma. Por fortuna el revestimiento de mi traje era, además de impermeable, resistente a los ácidos, incluso concentrados al 99%.

«A última hora —pensé— que se apañen con su helicóptero». De pronto me sentí extraordinariamente satisfecho de mí y de mi situación. Había querido conocer aquellas plantas ambulantes; pues, bien, ¿cómo conseguirlo mejor sino viajando montado en una de ellas? La luz se había vuelto lechosa, de un verde opalescente. Era maravilloso, pero significaba que, por encima de mi cabeza, la sombrilla que me había capturado se cerraba del todo.

¿Prisionero? Mejor decir invitado a vivir con ella. Yo estaba seguro que pronto lo aprendería todo sobre los misterios de aquel planeta. Todo iba bien y me sentía dulcemente balanceado, de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda, en una gran cuna, acogedora y cálida. Habría preferido que fuese roja. ¡Qué importaba! Al menos el tubo era rojo. ¡Qué rojo más bonito, y qué maravillosa tubería, aquel tubo rígido y colorado penetrando la húmeda dulzura de aquella tierna masa verde para lubricarla!

Estaba en un buen apuro e intenté recobrar la razón. Tal actitud no concordaba con mis actos anteriores. Aquella planta extraña no me era demasiado favorable, no

más que a mis congéneres. ¡Sus semejantes habían matado a algunos de mis compañeros! ¿Por qué me sentía tan confiado? ¡Qué tontería! Una idea taladró mi cerebro, que me parecía reblandecido: ¡respiraba una droga! El aire lo tomaba del exterior, a través del casco. Mi traje era impermeable a los líquidos, pero no poseía respiración autónoma. Sabíamos que la atmósfera de aquel planeta era idónea para nosotros —demasiado idónea en realidad—, por lo que no se precisaba semejante carga suplementaria.

Mi raptora emitía vapores tranquilizantes. Tal era la razón de mi cambio de opinión con respecto a ella.

Pero ¿por qué?

¡Qué importaba! Abrí la visera de mi casco y luego el cierre del cuello, para sacármelo. .

¡Loco! ¡Vas a perecer con las carnes devoradas por el corrosivo!

¿Quién lo dice? ¡Si es mentira! Veamos; aquí todo sigue bien. Duerme, amigo, que yo te llevo; duerme o descansa, pero no te excites. No era nada muy preciso, pero las ondas tranquilizantes no dejaban de llegar.

Al fin caí dormido, diciéndome que seguramente soñaba y que sin duda ya estaba muerto.

Hubo una vez un planeta. Hubo una vez una mujer. El planeta fue perdido por el niño—hombre separado de su tronco, exiliado lejos de su madre natural, ajeno a todo lo que fuese tradición. La mujer murió. Les lloré a ambos, al planeta y a la mujer; desde siempre, al mundo inicial, y después de casi el mismo tiempo a la compañera escogida. Y la Tierra me tendía sus brazos, como una mujer anhelante abre sus piernas a la penetración larga y sedosa de su macho. Laderas dulces y dulces colinas de mi Tierra de ensueño, planeta verde como nosotros te amábamos, ¿a dónde te place llevarme? Rítmico balanceo de mi obra viva, al fin te reconozco y te adopto, perdiéndome en ti, a quien absorbo golosamente.

«Cincuenta planetas, señores, cincuenta planetas y sus mitos cien veces verificados confirman esta evidencia. Lejos de crecer como hermanos que no se conocen unos a otros pero esperan la felicidad de encontrarse algún día, hemos olvidado a nuestro lejano antepasado por la ambición de ser los primeros en nuestros dominios».

Y allí estaba Lia, su dulce rostro, su mirada sostenida pero siempre pendiente de la mía, imagen en mi pensamiento de este planeta al que repetidamente me refería. ¿Se daban cuenta de ello mis oyentes? Después de todo, ¿quién estaba enterado entonces de mi amor, amor perdido? La Tierra se había convertido en mi única idea fija, ideal aparentemente inaccesible. Investigaciones, compilaciones, preguntas, descubrimientos y reconstrucción del modelo inconsciente de las sociedades humanas, a base de centenares de expresiones legendarias, todas ellas relativas a su

esquema planetario, y a su vez integrables todas en ese modelo. Similitud imposible, salvo origen único de las formas del lenguaje inicial y estructura idéntica del pensamiento en todas partes, una vez abstraída de las relaciones verbales. Tales fueron las rondas doradas de mis amores terrestres. Había viajado, hablado, escrito, descubierto y luego enseñado, reflexionado, convencido y apremiado hasta a mis peores adversarios.

Y mientras tanto, mi flor, mi llama, mi tierra, mi mujer, yo te poseía y tú me poseías, estábamos abrazados, sin avergonzarnos el uno del otro, enlazados, apretados y felices, felices...

Una excursión aérea, Lia reía, yo inclinaba el aparato, su velamen sustentador deslizándose sobre el límpido océano atmosférico comprimido por la velocidad. El lago centelleaba más allá de los mandos que obedecían a las fuerzas sometidas a mi mano. Volver a poner en juego la potencia tras el descenso a motor parado; inclinarse para el rizo; pilotar ebrio por el viento loco que hacía volar los rojos cabellos de mi compañera. Compartir alegrías y responsabilidades. Lia se había hecho cargo de la difícil secretaría de mi organización. Ella ordenaba los espesos folios de las encuestas; cuidaba de todo, documentos oficiales, licencias de los gobiernos locales siempre atentos a sus prerrogativas. Su cuerpo ardiente contra el mío; nuestras uniones enlazaban la vida con los recuerdos tejidos día a día como un tapiz se construye hilo a hilo, por un delicado juego de los colores escogidos y las coincidencias oportunas. Nuestro amor, sin clasificar nada, mezclaba la obligación, el estudio, el juego y la diversión. ¿Cómo no amarnos? ¿Cómo no sucumbir a su invitación femenina de ingenio, de corazón, de cuerpo y de belleza? Era maravilloso para mi moral muchas veces débil que me hubiera tocado tal compañera. Yo daba las gracias a todos los universos bienhechores y sobre todo a quien nos llevó, nos creó, hizo de nuestra raza la cumbre viviente de innumerables moléculas abisales: la Tierra, a la que llegaríamos juntos como habíamos jurado.

Pesadas volutas de los patios olorosos, la tarde que nos despedimos de los estudios terminados; la subida en pleno cielo nos enloquecía. Yo dejaba los mandos y Lia me relevaba. Su estilo brillaba más cuando ejercía su audacia con alguna reserva. Sin tropiezos, bañamos de aceite nuestros cuerpos y nuestro vehículo. Tardes felices sobre los brillantes peldaños de nuestra ascensión. Desde el escepticismo de los comienzos habíamos llegado muy lejos, viendo asomar en el horizonte el océano de las armonías universales. Apoyos, promesas y al fin, obtenidas las coordenadas maravillosas, la gran aventura que habíamos deseado alzaba su ojo amigo; paso a paso la habíamos visto crecer gradualmente. Hasta la caída.

Pensamiento contra pensamiento, mejilla contra mejilla, terminamos la jornada con alegría. Ovaciones, entregas de grandes premios y vistosas condecoraciones. Huimos. Árboles frescos y océanos sin edad acogieron nuestra intimidad. Desnudos

en la onda fresca y luego regenerados por el astro de un sistema acogedor, nuestras pieles frotadas con bronceadores, luego con sales y siempre la una contra la otra, en una renovada explosión. Lia me precedió a la morada para redactar papeleos y justificar nuestro vuelo.

La encontré muerta, asesinada por un Bien fanático...

Y ahí estaba, recobrada al fin, libre y vivida, mi esperanza en la Tierra, planeta que sentía, que había visto pero no reconocido. La duda... ¡oh afrentosa duda, que apenas supe vencer! Apagada mi pasión clarividente, yo no había visto mi tierra de esencia ideal. Palabras mal dichas y reproches injustos; había soportado cosas peores que las injurias o el endiosamiento de un miserable «pacha». Dudaba. Pero ¡cómo no me había arrojado al suelo ebrio de alegría, besando esa tierra que tanto había anhelado y el regreso de la mujer que yo vivía sufriendo cada momento de mi vida... sin querer confesarlo, a mí mismo sobre todo! Yo no sé cómo me emperraba en no querer apearme del burro. Un telurismo insospechado. Pero yo la tengo hoy y estrecho entre mis brazos a mi mujer. Recobrada. ¡Alegría!

Colores de abril, signos semánticos perdidos de relaciones con una realidad, meses en que habíamos transcrito de viejos legajos medio borrados y palidecidos, microfilms estropeados, cintas magnetofónicas corroídas, promesas de primaveras y de renovación como en el tiempo de los primeros balbuceos. Legendas acerca del sina-trop y del ostral-opitek, de donde había extraído un haz de prietas conjeturas. Volvía al nido. Y las formas plenas de vida estarían allí, los primos lejanos presentes al fin, animales míticos considerados sólo buenos para cuentos infantiles. Ellos me envolvían, yo los amaba, los sentía, los veía, les hablaba, encandilado. En la llama verde corrían sus imágenes benditas. Deseaba cogerlas, pese a mi inmovilidad forzada de espectador impotente. ¿Impotente? ¿Quién me impedía actuar y estrechar a mi mujer sobre mi corazón?

Lazos. Un velo rojo lo recubrió todo y el verde moribundo se inclinó. Frases incomprensibles, pero no, no del todo, hacían renacer en mí como el recuerdo de antiguas palabras y de formas arcaicas, yo soñaba. Y... ¡ah, sí!, yo estaba muerto y lo que estaba pensando confirmaba esto desde la eternidad.

Pero hablaban... ¡en mi idioma!

—Vuelve en sí. Peligroso extraterrestre. No moverlo. Esperar. Marchad, despierta. No, imposible. Debe ser juzgado. Pero ¿por qué? No es necesario. Será. ¿Mañana al alba? Idos. Volveremos. De acuerdo. Nada puede... escapársele. Cómo, si. Más tarde. Vamos. Fuera. ¡Fuera! ¡Me duele!

¡Ay! Tengo dolor de cabeza y el espíritu confuso y, perdóname, querida, ignoraba que hablastes el francés.

—¿Sabes hablar, viniendo del exterior? ¿De dónde? ¿Quién eres? Si eres de los nuestros, debes decírmelo.

Unas manos frescas acariciaban mis sienes. Una mano acarició mi mentón que noté cubierto de barba. Un líquido fresco invadió mi garganta.

La dulce luminosidad verde volvía. Tan sólo llameaba en rojo la cabellera de mi amor. Bebí un poco, sonreí, luego me desmayé en los brazos de mi bien amada Lia.

Dulce muerte, agradable muerte que renueva los lazos rotos, me dije maquinalmente antes de desvanecerme del todo.

—No lo sé.

Ella no sabía. Pero era hermosa. Me había devuelto la libertad de movimientos. Y la veía hermosa. Deseable. Un cuello delicado, pálida columna lánguidamente inclinada, en postura que en otra persona me habría parecido afectada. Pero ella era de la Tierra; forjada con el limo original, me pareció hermosa. ¿En virtud de qué voluntad inspirada, aquella muchacha terrestre tan imprevistamente encontrada tenía la cabellera de fuego? No pensé que fuese una coincidencia. ¿Quién eres tú, Nueva Lia de una renovación que por fin se realiza? ¿Cuál es tu pueblo? ¿Cuáles son sus leyes? El idioma lo poseo; así pues, ¡contesta!

—No lo sé.

Hermosa, aunque no sepa. La seguí por corredores tallados por lo general en una piedra rojiza —¿gres?— y a la luz de su poderosa antorcha descubrí almacenes, prolongaciones de túneles cerrados por rejas inoxidables y repletos de máquinas. ¿Cómo descifrar aquellos cuadrantes? ¿De qué sirve este asiento de piloto en un subterráneo? ¿Y este encaje brillante conectado a bornes esféricos de color ocre, rojo o violeta? ¿Esta palanca amaranto sirve para conectar el flujo energético? —No lo sé.

Ella sonreía, hermosa, ignorándolo todo. Siempre graciosa y atenta. Curó mis heridas con una especie de ungüento de cambiantes colores que sacó de un camafeo rosa. A menudo me obligaba a sentarme para que no me cansara. Indudablemente conocía la extrema laxitud que producen en el organismo las drogas a que me habían sometido. Sortilegio inaudito mediante el cual recobraba mi esencia y gozaba del sentido profundo del planeta, así como de los diversos vínculos de mi ser, ocultos bajo las impurezas de la consciencia. Esta inmersión en el seno de riquezas técnicas desconocidas me habría enfurecido, a no ser por la presencia a mi lado de esta pseudo-Lia, hermosa a mis ojos, que tras la pérdida de mi flor viviente no reconocieron tal cualidad a ninguna otra mujer. Entonces creo que lloré, en la melancólica peregrinación de un recuerdo técnico, muerto para mi encantadora guía del momento. Yo la seguía. Ella era hermosa, y yo me sentía feliz y colmado con su sola presencia; sí, su sola presencia absorbente.

Por fin, y a pesar de todo, nos instalamos. Una especie de asiento alargado de tapicería gris, cálido, dulce y muelle cedía bajo el peso de nuestros cuerpos juntos. Mi peso con el de aquella cadera grácil y redondeada contra la dureza de la mía. Me embargaba una turbación indefinible, que por nada del mundo habría querido analizar

hasta sus consecuencias implícitas. Era demasiado pronto, o demasiado tarde para ello.

—Pero en fin, Lia, ¡si estos mecanismos funcionan, alguien debe cuidarlos! Ya que no lo haces tú misma, habrás observado el modo de hacerlo. En tu infancia, ¿te explicaron sus principios?

—Yo no sé nada. ¿Por qué me llamas Lia? —Un recuerdo que coincide. Una gran idea y una ligera premonición de ti, querida niña. Pero ¿estas máquinas? ¿Para qué sirven? ¡Habla!

Una súbita sonrisa, muy dulce, un poco triste también. Pulsó una pequeña palanca a un lado de nuestra yacija. Una luz brotó débil primero, aumentada luego en insensibles transiciones hasta convertirse en un gran resplandor que inundaba todo el techo. Nos hallábamos en una sala con las paredes revestidas de musgo verde, o algo parecido. Lia fijó sus ojos en mí. Su iris brillaba. Su pupila parecía dilatada. Y siempre aquel pliegue un poco amargo en sus labios, que no desmerecía en nada su cariñoso gesto.

—Voy a confiarte mi nombre, Hombre del Exterior. No sé por qué lo hago. No puedo evitarlo. Mi vida irá hacia ti y tú serás poderoso. No debería hacerlo. Soy amiga tuya. Hoy, yo soy Miére.

Una oleada de rubor inundó su rostro. Bajó los ojos, como si no pudiera soportar la mirada de los míos. Postura exquisita de la joven del mundo primordial, con su velo blanco cerrado sobre los hombros, envolviendo el cuerpo y colgando hasta el suelo, por la posición sentada, plegado en gráciles movimientos que insinuaban su fluida forma. Siempre sin mirarme, señala con el dedo el techo luminoso y el frasco de pomada que reposa sobre sus muslos. Levanta ligeramente la cabeza. La emoción abandona su rostro serenado y continúa:

—Deposito en ti toda mi confianza. Te he ofrecido todo lo que hoy me queda de vida. Ahora, de ti depende averiguar todo cuanto te concierne. Ya sabes, hombre exterior, cuyo nombre ignoro, ya sabes...

—Me llamo Philippe —digo impulsivamente y tomo su mano libre entre las mías.

—Gracias, Philippe...

Al confiarle mi nombre la he tocado en lo vivo. Brilla de gratitud su rostro nuevamente encendido. Pero casi enseguida vuelve su tristeza, que juraría es por mí. Como una oleada hincha el joven pecho y le obliga a desahogarse. Se diría la voz lejana de los bosques bajo la caricia del aire. Sus ojos parecen dos lámparas. La flor se marchita un poco, bajo el peso de impresiones demasiado fuertes.

—Ya sabes, Philippe... Philippe... —hace rodar mi nombre como un guijarro de Lyaril sobre su lengua y alrededor de ella— que «ellos» quieren hacerte regresar a la nada...

Entonces las lágrimas perlan abiertamente sus párpados. Me mira por encima de

esta película temblorosa, y todo zozobra en el armonioso conjunto de sus rasgos. Miére, impulsivamente, se lanza entre mis brazos.

—Eres grande, bello, fuerte y amable. El primero... ¡Ay!, ¡ay!... ¿Por qué viniste del Exterior? ¡Jamás creí que fueseis así vosotros, los extranjeros!

—Pero ¿qué dices? No veo que haya nada que pueda inquietarte de este modo. —Acaricio la dulce espalda, electrizado a mi pesar por la presencia de esta tristeza y la cercanía del cuerpo que la expresa—. ¡Lia, te lo ruego! ¡Pequeña terrestre tan esperada por mí! Demostración de la veracidad de nuestras lejanas leyendas, no llores. Pero, explícate. ¿Quiénes son «ellos»? ¿Los demás miembros de tu comunidad?

—Pero, pero... —Me mira de nuevo; la incredulidad, incluso el más completo estupor, impresos en su rostro—. Veamos, entendámonos. ¿Qué otros? ¿Crees tú que conozco otros «exteriores»?

—Bueno —me río—, no parecen tan malos tus compatriotas. ¡No se han cruzado en nuestro camino! Nadie ha venido a comprobar las ataduras que tan gentilmente me has quitado, pequeña y amable guardiana...

—Pero, Philippe, estas ligaduras eran sólo para el tratamiento médico que precisabas. ¡La nada la encontrarás tú solo!

—¿La nada? ¿Qué nada? ¿Qué puedo temer a tu lado?

—Pero ¿acaso no lo comprendes? ¿Sois estúpidos los del Exterior? ¿O es verdad que sois demonios? ¡No, esto no es posible! ¿Qué puedes temer? Pues, la falta de alimento.

Me ha lanzado esta afirmación como una evidencia. No acabo de entenderlo. Me arriesgo:

—Pero tú, Lia... perdón, Miére, ¿no podrías compartir conmigo tu ración?

Se arranca a mis brazos horrorizada, jadeante, indignada.

—¡Demonio! —grita, y huye sollozando.

La luz disminuye y luego se apaga por completo.

Quedo solo, pasmado, sobre mi bajo diván y en la más completa oscuridad. La palanca de mando ya no funciona.

El fuego. Me queda el fuego. «Ellos» me han quitado la combinación impermeable, pero rebusco en mis bolsillos. Mechero. Cigarrillos. Y papeles combustibles, esos documentos que nos olvidamos de arrojar. ¡Soy un hombre, qué diablos!

Descubrimiento inefable, culminación de la obra de toda mi vida, y después el espíritu se oscurece bajo los efectos de un tóxico vegetal. La mujer de la Tierra se incorpora y corre. Estoy desfallecido. Pero necesito sobrevivir y... ¡tratar de comprender!

Esto arde mal. Al menos consigo distinguir los muebles que me rodean. Una

puerta que franqueo. El corredor. Por aquí hemos entrado. Veníamos de un almacén de artículos diversos. Bien apilados. Pero ¿a dónde ha ido Lia—Miére? ¿Cómo volver a encontrarla si consigo alcanzar la sala donde recobré el conocimiento?

Una pendiente. ¿La recorrí antes en sentido contrario? No lo creo. ¿Me he perdido ya? Es imposible. Idiota. ¡Precipitarse así, a ciegas! Al fin y al cabo, ella volverá. Ella, o quizá la luz. ¿Qué he podido decir para indignarla a tal punto? Media vuelta. Las mujeres tienen un humor curioso. Imprevisibles susceptibilidades. ¡Heme aquí convertido en persona razonable! Media vuelta. La habitación, el diván. Por fin conozco un lugar. No, no era esta habitación. Los asientos aquí son duros, de bordes cortantes.

—¡Lia! ¡Miére! ¡Vuelve, te lo ruego!

Bajo la Tierra... Yo deseaba la Tierra, pero ¿la había imaginado tan envolvente, tan devoradora de hombres? Veamos, todavía no he podido analizar francamente mi situación, debilitado por la droga. Estaba prisionero de una sombrilla gigantesca, y me encuentro bajo tierra... Entonces, ¿un pueblo troglodita? ¿Por qué? ¿Cuáles pueden ser las causas de semejante ocultamiento? ¿Qué evolución ha sufrido la mentalidad de esta gente?

Pasan minutos, horas, no lo sé. Los pensamientos se me confunden. ¿Qué puedo decirme? ¿Qué plan puedo preparar en la oscuridad, en las entrañas de la Tierra, sin más luz sino la de dos papeles rotos, que preciosamente decido conservar? Tanteando, me instalo en uno de estos duros asientos. Al fin me adormezco, aunque en incómoda postura.

¡Alguien llega! Me levanto, alarmado. Ante mí, una luz devuelve su existencia a los detalles de lo que sólo puede ser un cuadro de mandos. No me es familiar ninguno de los símbolos que en él figuran. Agujas que se desplazan sobre cuadrantes, lámparas verdes que parpadean dando vida al ambiente rojizo del conjunto. Contrariamente a mi recuerdo del despertar, no descubro ninguna presencia humana. Vuelvo la cabeza para descubrir las dimensiones de este nuevo lugar. Me es imposible distinguir una pared, a causa de la poca luminosidad que proporciona este cuadro.

¿Intentar una manipulación a ciegas pulsando estos botones, desplazando estas palancas? Tentado estoy de arriesgarme. Pero temo abrir la puerta al mar que irrumpirá en las galerías; desencadenar una reacción nuclear. Toda el agua que fuera se proyecta sobre las sombrillas debe ser aspirada, dirigida, impulsada por bombas... Por tanto, finalmente desisto de manipular estas potencias. Debo admitir que los cuadros de mandos siempre me han impresionado. Son un dominio material que me es totalmente desconocido. Deseo desesperadamente la vuelta de Miére. Esta soledad me angustia. A pesar de lo extraño de estos lugares y del carácter de mi cuidadora, no he sufrido la normal reacción física de inquietud ante lo insólito. Pero ahora, al

despertar, con la boca amarga, frente a esas luces pequeñas y violentas, verdes sobre fondo rojo y dulce, desfallezco... ¡Diablos!, pero... si... ¡Tengo hambre!

Una sospecha me taladra el alma. La «nada» prometida por «ellos». Miére lo dijo bien claro: «Por falta de alimento». Le pedí que compartiera sus provisiones, y entonces huyó horrorizada.

Las lámparas parpadean ante mí, cada vez más rápido. Me llegan ruidos sordos, untuosos golpes de bielas bien ajustadas, gruñidos de motores. El acre olor del ozono acaricia mi olfato y revuelve mi estómago fatigado. Vomito miserablemente la bilis. Miserable humanidad, orgullosa de tu inteligencia, pero abatida tan pronto como se interrumpe la absorción regular.

Cuando la náusea dolorosa deja de retorcerme, después de un último espasmo, la maquinaria parece gruñir con mayor fuerza. Toda la tierra parece temblar a mi alrededor, presa de frenesí. He aquí los compresores de agua; funcionan, pero todo parece automático... Un latido gigantesco emana de las profundidades telúricas. El ruido aumenta, *in crescendo*, digno de las fraguas de Vulcano, genio antiguo de los libros «de miedo infantil», el que ahora reconozco en el astro originario. Mis manos buscan y tapan mis tímpanos. Ochenta decibelios, umbral del dolor... sobrepasados con mucho. Meneo la cabeza, el busto, todo mi cuerpo en cadencia, aprisionado por el loco engranaje del movimiento y la percusión. Pongo los ojos en blanco; todo se achata, se funde más bien, viscoso, líquido. La luz aumenta, el verde predomina decididamente sobre el rosa y estalla en mi cara; un chorro, un torrente verde que me arrolla, me aplasta, rueda enorme que se alarga sin cesar y que gira, hilando insectos asesinos pronto convertidos en un enjambre por el delirio rotativo.

Grito, incapaz de oír el sonido que sangra de mi gástrico. ¡Ah! ¡Morir! ¡Desvanecerse! ¿Por qué no llega la inconsciencia misericordiosa?

Todo se apaga, luz, ruido, movimiento. Me hundo, jadeante; los ojos se me saltan y no parecen regresar sino a regañadientes a la redonda caja de las órbitas y a la sombra de las pestañas cerradas, donde se entrecruzan algunas partículas centelleantes. Me hundo, sollozante, bajo el techo luminoso. Al fin acomodo la visión: Miére se halla de pie a mi lado.

En su rostro se confunden los sentimientos: vergüenza, temor, ansiedad. Es posible, pero sobre todo compasión, o mejor compasión infinita. Limpia mi frente con un tejido suave humedecido en un líquido, calmante como el movimiento de sus dedos que masajean con destreza mis lóbulos frontales. Habla, pero no he recobrado el oído. Sus palabras cuidadosamente pronunciadas se convierten para mí en una tempestad de ecos que ruedan, se mezclan y se anulan en una barahúnda atronadora. Guiño los párpados. Los labios femeninos se inmovilizan en una tímida sonrisa.

El tiempo pasa bajo la caricia de la mano que va de mi frente empapada de sudor a mi nuca rígida. Toca mi cuello, mis hombros y masajea deliciosamente.

—Debiste coger el casco —dijo al fin Miére, y al fin la entendí, lleno de gratitud porque mi oído no estaba muerto. ¿Qué dice? ¡Que es muy peligroso no protegerse los oídos en un centro de producción en funcionamiento!

Inclino la cabeza, convencido. Miére me enseña un casco forrado por dentro de un aislante acústico. ¿Cómo podía preverlo? Le sonrío con afecto.

—¿Cómo te encuentras, querido? —pregunta mi enfermera.

—Algo mejor, gracias. Pero ¿dónde estabas? Me he... me he dormido, sin duda. Solo, asustado también. Todo es desconocido. —Hago con la mano un gesto vago.

La muchacha sonrío e inclina la cabeza a su vez. Comprende y excusa mi debilidad.

—Debes quedarte conmigo. «Ellos» lo permiten. Tengo el derecho a asistirte. No temas, Philippe. Todavía te queda mucho tiempo antes de... del momento.

La he ofendido hasta el punto de hacerla huir, y lejos de denunciarme ha intercedido en mi favor, ofreciéndose a acompañarme. ¿Con qué fin? Desearía preguntar: ¿qué «momento»? ¿El de morir... de hambre? ¿Quieren realmente hacerme morir de hambre? Esto es insensato. ¡En algún sitio deben tener algo de comer! Sin embargo, temo que se repita la huida anterior, la retirada horrorizada de la joven. Y todavía más por cuanto, en el estado de debilidad a que me hallo reducido de nuevo, su ayuda es primordial.

Tras otro largo intervalo, Miére pasa un brazo bajo mis hombros y me ayuda a incorporarme en el asiento. Luego, con precaución y a pequeños pasos, me guía a través de una nueva serie de corredores hasta que nos vemos en un «camerino» (¿cómo llamarlo de otro modo?) semejante al que ocupábamos en el momento de su huida. Me ayuda a tenderme en un «sofá» n todo semejante al anterior. Sin duda es el mismo.

Pasan las horas y mi malestar decrece. Me levanto y luego intento dar sin ayuda unos pasos vacilantes. El dolor inicial desaparece pronto. El zumbido en los oídos desaparece. La cabeza vacila, pero puedo dirigir bien mis pasos.

—Desearía continuar la exploración de tus dominios —le digo.

—Pero si ya lo has visto todo. ¡Te lo juro!

¡Así pues, realmente no hay cocinas ni restaurantes!

Imagino registrarlo inmediatamente todo, pero yo solo. Miére me mira sin entender mi muda petición. Echo a andar, franqueo una puerta. Ella me sigue.

Me doblo de dolor, roto, y me desplomo en el suelo, con el tórax oprimido en el torniquete de mis manos enloquecidas. Rojo velo de este dolor: el hambre. Océanos que me tragan, masa verde ventruda y musgosa donde mis huesos implacablemente descarnados ruedan y se dislocan. Un mar, una marea eterna de flujo y reflujo, oleada verde pálido opalescente en la cual se derrama el rojo de las heridas que lo manchan. Lámina aguda, proa del dolor, recomponiéndome para mejor cortarme en lo vivo y

dispersarme de nuevo hacia todos los puntos cardinales. Cada pulsación renueva el suplicio, horriblemente dilatado en el tiempo.

Luego el dolor se calma. Me hallo a cuatro patas en el suelo gris de un corredor. La lámpara abandonada por mi compañera ha rodado a dos metros de distancia. Su luz dibuja crudamente el relieve óseo de las manos de Miére, que me levanta, me adosa al frío muro.

—Esto pasará. Después de algún tiempo el dolor se hace mucho más soportable. Ven, Philippe; regresa.

Ha vuelto la cabeza al aludir a los dolores que se hacen más suaves cuando llega la debilidad. ¿Habrás visto a otros languidecer y morir? Imposible: nunca había conocido a ningún «exterior». Me ayuda a echarme de nuevo en el pequeño sofá. Cierro los ojos, sacudido aún por los últimos ecos del combate interior que mi cuerpo termina de atravesar. Incapaz de pensar lógicamente, de tanto en tanto abro un ojo, notando la proximidad de una mano ligera.

—¡Tengo sed!

El grito se me ha escapado sin querer. Tan sólo al oírlo he comprendido lo que implica. Mi hambre no me dejaba recordar este otro mal: la sed. Mi dolor, mi miseria resentida, aumentan con este nuevo concepto recién identificado.

Miére ha abandonado sus atenciones para conmigo. Insectos rojos se agitan a mi alrededor cuando regresa y lleva a mis labios el recipiente. Bebo a grandes tragos, asombrándome de no haber pensado en tal remedio. Con los grandes tragos, la vida vuelve a mí. Las ideas empiezan a ordenarse un poco bajo las paredes incandescentes de mi maltratado cráneo. Necesito obtener una entrevista con uno o varios de los congéneres de Miére. La dulce muchacha quizás esté loca, ¿quién sabe? A mi llegada a este lugar, ¿he escuchado voces distintas de la suya? No me atrevería a asegurarlo.

¿Le he comunicado este deseo? De nuevo me hallo a solas. Descanso todavía en mi jergón, que noto bañado en sudor bajo mi cuerpo. En medio de mi ser se ha alojado una serpiente que me devora poco a poco pero sin cesar, mientras se enrosca sobre sí misma. Sé que el vaso lleno de líquido salvador está a mi alcance, a mi derecha, sobre el suelo. Me bastaría bajar el brazo y la mano al extremo de este brazo, para alcanzar mi viático. Pero siento mi mano de hielo, prolongación de mi brazo de madera muerta. Alzar los párpados me agota. De nuevo la oscuridad, o tal vez me he quedado ciego. Lloro silenciosamente, casi sin darme cuenta. Sueño vagamente rodillas cálidas y redondas, un dulce pecho acogedor y vasto que, al acogerme, anularía estos inquietantes alrededores, esta negrura abisal. Nada se mueve, nada hace ruido aquí. Mi reloj se ha parado, pues no oigo el tictac monótono... a menos que también padezca sordera total...

El tiempo pasa. Miére vuelve, demostrándome que aún puedo percibir la realidad. Ella me habla y oigo sus palabras. Le contesto; frases deshilvanadas, palabras apenas

pronunciadas. Cada vez me cuesta más formular mi pensamiento, dado sobre todo que debo usar esa jerigonza arcaica. Cierto que me parece agradable, pero me es menos familiar que mi lengua materna. Bebo, y de nuevo siento irrumpir las fuerzas en mí. Me desplomo en mi cama, aplanado. Miére sonrío con su expresión triste y amante. Le devuelvo la sonrisa mecánicamente. Buena chica, hermosa chica, estupenda chica. Mis párpados se cierran. El tiempo reanuda su carrera.

Miére desaparece y me hallo hundido en una oscuridad aún más negra que antes. Mi mineralización también progresa. Pienso, creo, me parece que dejo de sufrir del todo...

Luego ella se acerca. Todavía está a mi lado, dándome de beber, acariciando mi frente. Sonrisas, algunas palabras embarazadas...

De nuevo la ausencia, la oscuridad y la soledad.

Su amistosa presencia, divina, espléndida, la belleza de su risa, la luz y la vida de sus ojos...

La soledad...

La amistad...

La oscuridad...

El agua para beber sin tasa...

Decenas de veces se repite esta secuencia de somnolencia indiferente, de éxtasis al sentir penetrar en mí la onda verdadera, con bruscos regresos a la lucidez pronto cortados por la beatitud vegetativa. A veces razono y tengo miedo. A veces es la cólera. Miére siempre se ausenta en esos instantes.

Hasta que, sentado en la oscuridad y sintiendo latir mi corazón irregularmente en mi pecho: bum–bum–bum...B...um...b... b...bmmm..., veo sobre mí el techo que vuelve a la existencia, lo mismo que los escasos muebles. Miére avanza a mi encuentro, tendidos los brazos, los ojos anegados, las mejillas húmedas de lágrimas.

Le sonrío con esfuerzo. Entonces, ella solloza de verdad.

—¡Oh, Philippe! —Y se arroja en mis brazos. Me abraza, me cubre la cabeza, el cuello, el cuerpo, de besos enfebrecidos. Un vértigo se apodera de mí. La ronda de los objetos se anima y acelera. Miére se aparta un poco. Sus ojos en los míos. Una corriente pasa entre nosotros, amplia complicidad que no alcanzo a definir.

—Tengo hambre, Miére... Yo te, t, suplico. M, tengo hambre.

Noto lágrimas que ruedan con dificultad sobre mi crispada faz. Entonces abandono, fatigado más allá de toda medida, hundiéndome en un sueño que adivino distinto. No estoy muerto, puesto que oigo. Oigo su grito:

—Philippe... ¡No! ¡No, Philippe! ¡Vuelve! ¡Te lo ruego amor mío!

Pasos precipitados. ¡Ella huye, pues! Minutos mortales durante los cuales uno se siente colgado de un fino cordón, sobre abismos sin fondo. ¡Agua! Podría darme agua... Inerte, mineralizado, me quedo como una piedra, pero siempre allí. La luz se

ha ocultado una vez más, pero yo no me hundo. Algún instinto me dice que si cedo al sueño ahora, ya no despertaré jamás. Noto mis ojos abiertos, con los párpados de cemento, pero replegados hacia lo alto. Y la luz vuelve a aumentar, lo que indica mi victoria, precaria pero victoria a pesar de todo. Miére está aquí. ¿Va a darme de beber al fin?

Sí, pero ahora no es el borde frío de un vaso lo que me suministra la vida. Y no es agua lo que fluye dentro de mí. Siento sobre los míos unos labios dulces y cálidos de los que se filtra un néctar extraordinario.

Como si unas nubes grises cayeran de mis pupilas, un huracán de energía limpia cada alvéolo de mis pulmones, cada sección de mis vasos sanguíneos, recarga a tope todos mis centros nerviosos, al tiempo que me invade una sensación de felicidad inefable.

La expresión de los ojos verdes de la joven que me contempla es sumamente tensa. Se comprende que acaba de tomar una decisión dramática. Pero esta decisión revela también una increíble serenidad en lo que concierne al afecto que me demuestra francamente. Todavía no comprendo la situación. A pesar de todo, lo adivino, se acaba de franquear un Rubicón.

—Aquí estoy, amor mío —pronuncian los tiernos labios donde quedan algunas partículas del formidable alimento.

—Aquí estoy, Lia; aquí estoy, Miére. Me has arrancado a las tinieblas. ¿Por qué has tardado tanto?

Sus manos están sobre mí, mis manos sobre las suyas. Sin pensarlo siquiera, intercambiamos caricias. Alegría, felicidad; encuentro a Lia diferente y parecida, entera y dividida. Querría gritar de alegría. Pero se produce una vacilación en el suave caudal de esa mirada de mujer amante.

—No me decidía a renunciar a mi vida —confiesa la joven.

Tengo un sobresalto.

—¿Quién habla de morir? En realidad se trataba de eso, amor, pero hemos de vivir los dos, reunidos al fin después de todas estas complicaciones. Tú, yo, la Tierra madre de todos nosotros y mis hermanos. ¡Voy a conducirte a las estrellas!

—No blasfemes, te lo ruego, dueño de mi ser —suspira la muchacha—. El Exterior está contaminado, como sabes. Tu contaminación me será transmitida. Moriremos como lo quiere la costumbre.

Su tono es monótono. Se nota que recita una antigua lección cuando añade:

—El Exterior está contaminado. Lleva en sí la muerte y la transmite. Alimentarle sólo acrecienta su muerte. Por eso, el Exterior nunca será admitido al festín de la vida, hasta su natural desaparición. Por tanto, me he condenado por ti, mi amor. Pero no me arrepiento. Estoy avergonzada de mis dudas. Fue largo. Pero soy feliz por haber vencido al fin el miedo. ¡Oh!, no del todo, querido. Temo a la muerte...

Ella llora sobre mis hombros, inclinada sobre mí. Acaricio su nuca, embelesado. ¡Cómo habría de temer a la muerte, cuando acabo de regresar junto a los vivos, por la gracia de este maná extraordinario!

—No llores, no llores —le digo—. ¡Esa ley no puede cumplirse! Yo querría...

Pero Miére llora sobre mi cuello, llora poniendo su boca sobre mis labios, me abraza como loca, buscando el consuelo de un íntimo contacto. No es momento de discusiones. Una fuerza incontenible me anima y me impulsa. Me recorre una llama; es el deseo. Miére se aparta de súbito, ligera pero notablemente.

—¿Qué haces, querido? —pregunta, asustada—. Tú no eres mi promovido.

Mi respuesta es alzar los brazos para enlazarla de nuevo estrechamente. Un furor ardiente me anima, en medio del cual sobrenada un iceberg: no hacerle daño. La resistencia que me opone es débil, afortunadamente. Suave pulido redondeado de los muslos, descubiertos al levantar los pliegues de la túnica; calor de su boca que se une a la mía, mientras mi lengua recoge todavía los restos del alimento maravilloso. Nuestros alientos confundidos armonizan su ritmo. Nuestras piernas se entrelazan y corresponden. Nuestras manos buscan nuestros cuerpos. Rodamos siempre enlazados, del sofá al suelo. Sus ojos vuelven a abrirse, los distingo en primer plano, en imágenes desenfocadas, pero los veo dilatados por la sorpresa feliz. Nuestros pechos se unen, mis palmas van del pequeño y tierno seno al pellizco exquisitamente flexible del talle. Luego nuestros sexos se aprisionan a su vez, se miden, se adaptan, antes de que el acuerdo vital nos arrastre, cada vez más velozmente hacia el vaivén sin fin recommenzado de la plenitud. Miére—Lia, por fin, empieza a gemir el éxtasis que me domina y estalla en mi rostro tal como era, intacta y pura, lustros atrás.

Uno en brazos del otro, nos hundimos en un sueño que, esta vez, no me asusta en absoluto.

—Pero, querida, necesito hablar con tus compatriotas. Es imposible que no me crean. El Exterior no está emponzoñado, puesto que vengo de allí. Es posible encontrar alimento. ¡Nunca he vivido de otro modo! Y mis amigos estarán allí para recibirnos. Vosotros seréis los primos lejanos, pero siempre iguales. Tú, mi Lia recobrada, el amor de mi infancia, la pasión de mi madurez y la personificación de todo lo que fui y de lo que quise ser y conocer.

Lia me abraza y nuestras bocas se unen antes de que pueda pensar en contestar. Luego:

—El Exterior no posee cámara de vida. ¡El Exterior está contaminado!

Esto es todo cuanto a mi nueva y deliciosa amante se le ocurre en respuesta a mis objeciones, desde hace más de una hora. Se niega a dejar que hable con sus hermanos de raza. Me explica que, al saber de nuestra unión, exigirían que nos separásemos.

—Yo no querría morir lejos de ti, querido —dice entonces con su mejor sonrisa.

En cuanto a la cuestión del alimento, renuncio a explicársela. Ciertamente, a este

nivel existe una evolución divergente entre nuestras dos culturas, haciendo incompatibles los símbolos, sean cuales sean.

He registrado todos los rincones del dominio de la muchacha. Me ha suplicado tanto que no franqueara ciertos umbrales, capaces de colocarnos bajo la férula de «ellos», que he cedido a su temerosa insistencia. Pero no he descubierto ningún paso —trampas, escaleras, ascensores— que me diese esperanzas de regresar algún día a la superficie.

De pronto, una ligera vibración parece brotar bajo mis pies y se propaga a mi alrededor en círculos concéntricos.

—La máquina de la vida —dice Miére.

Por lo visto, ella también ha renunciado a explicarme su manera de considerar el problema nutricional. Toma mi mano y me conduce.

—Ahora, amor mío, lo tendrás todo de mí; voy a compartir mi vida contigo —dice ella. Ríe y llora a la vez, guiándome cada vez más rápidamente por los corredores. Franqueamos uno de los pasos hasta ahora prohibidos. El ruido de las máquinas, que temía volver a encontrar, no aumenta mucho, lo que me tranquiliza. Al fin, a través de un telón hecho de vapores inateriales, penetramos en un local como jamás podía imaginar.

Una rotonda cuyo techo parece de humo. Las paredes brillan bajo un revestimiento dorado cubierto por una húmeda película.

—Pasaré primero y saldré del árbol de la vida a mitad de su ciclo —dice valerosamente mi joven amada.

Pasa hábilmente su túnica por encima de su cabeza y se vuelve unos instantes hacia mí, radiante en su desnudez perfecta.

—Tú también tendrás que quitarte tus ropas antes de tomar mi lugar.

Dicho esto, avanza hasta el centro del local circular.

Este está ocupado por un tallo verde y palpitante que parece brotar del techo luminoso. Miére penetra en él sin esfuerzo. Una membrana translúcida, ligera, se abre para dejarla pasar. La piel clara de Miére adquiere un tono castaño dorado, a través de este pálido verdor.

El espectáculo que se produce entonces lo conservo en mi memoria como el más extraordinario, pero también el más hermoso que me ha sido dado contemplar.

Incorporada al tronco del árbol de la vida, como ella lo llamaba —y era un nombre perfectamente adecuado—, Miére pareció perder todo su peso. Sus pies abandonaron el suelo y todo su cuerpo se elevó por entero algunos centímetros. Un tallo más oscuro surgió entonces en la parte superior, en el centro del tronco. Su diámetro era aproximadamente la décima parte del mismo tronco. Este tallo, francamente pardo, penetró en la boca de mi amada quien, doblando la cabeza hacia atrás, lo dejó penetrar en su ávida boca. Unos movimientos lentos y voluptuosos

señalaron el comienzo de su deglución. Miére bebía la vida del árbol donante. Al mismo tiempo vi que sus pies se elevaban y sus muslos se abrían.

¿Cómo explicar lo que ocurrió entonces sin disminuir su belleza? ¿Qué palabras emplear, que no estén asociadas entre nosotros a imágenes desagradables? Al mismo tiempo que absorbía el don del árbol de la vida, Miére ofreció el producto de su alquimia corporal. Y esta nutrición–defecación simétrica adquiría un aspecto grandioso en su ejemplar complementariedad. Es que la planta también recogía su pitanza. ¿Cómo podría jamás confiar este escrito a cualquiera? ¿Quién podría comprender mi experiencia en su exquisita plenitud?

Miére se arrancó al abrazo acariciante del jade viviente. Con la mirada apagada, gestos tranquilos y seguros y un ligero fruncimiento de cejas hacia mí, se apresuró a desabrochar el cierre de mis vestidos.

—¡Rápido, querido! —murmuró. Luego me empujó literalmente al seno acogedor de aquella potencia verde que yo contemplaba un poco ofuscado, en actitud pasiva, o más exactamente indecisa.

Y conocí el éxtasis sin fin. Eternidades de plenitud exaltada, con la vida penetrando en mí, de quien salía también un don total y magnífico. Sentí estallar mi persona y extenderse a los límites extremos del universo entero.

Fue la mano de Miére quien me arrancó al delirio.

Había descubierto el «árbol de la vida» y su misterio, a la vez que lo comprendía en sus más recónditas consecuencias. Admirable simbiosis, rasgo de genio de un pueblo que, al término de un desarrollo científico cuyas implicaciones totales no podía ya comprender, había creado un sistema mediante el cual, abandonando la biosfera de su planeta, recuperaba de la misma los principios vitales, sin exponerse a los peligros que contenía.

He tardado bastante tiempo en ordenar un resumen como el que precede. Mientras regresábamos a nuestro local preferido, mi pensamiento vagaba, al mismo tiempo acariciaba con mano atenta el cuerpo de aquella mujer–símbolo. Las atmósferas degradadas por el desarrollo tecnológico (a su vez ligado a la explosión demográfica), con el envenenamiento consiguiente de la superficie terrestre y del fondo del océano, desgraciadamente son cosa demasiado frecuente en nuestros propios planetas actuales para que el mundo primordial se haya visto preservado... Como explorador de los rastros del pasado de la raza, ahora me parecía evidente que tal eventualidad debía haberseme ocurrido... Una ecología que sólo dependía de un único vegetal gigante —producto de una inmensa cadena de mutaciones provocadas— y la raza antiguamente dominante, sin nada que dominar ya, debía exigir a cada uno de sus complementarios el suministrar al otro sus subproductos como base nutricia. Al fin y al cabo, los sistemas en circuito cerrado existen desde hace muchísimo tiempo en los navíos espaciales, pero extender tal sistema y hacerlo funcionar a la escala de todo un

planeta: ¡qué maravilla! ¡Y decir que este mecanismo de relojería quizá funcionaba naturalmente desde hacía más de un milenio!

Sin duda estaba demasiado conseguido, y los hombres habían llegado a olvidar el paso siguiente, renunciando a recobrar la superficie regenerada por la naturaleza, a quien habían dejado el campo libre. A menos que desde un punto de vista filosófico la humanidad terrestre decidiese no arrebatar nunca más su libertad restaurada a la superficie donde vio la luz.

De todos modos, en medio de mi súbita comprensión del admirable proceso, mi existencia, mi presencia «extranjera» quedaban ahí.

Había demostrado la gran idea de toda mi vida, no ya como un sueño de sabio algo poeta, sino como una realidad auténtica. Habiendo alcanzado la mitad de mi probable esperanza de vida, se me había ofrecido también la ocasión de zambullirse por completo en la trampa, para mí mortal, del pasado. Pero que quizá me permitiría inaugurar el porvenir con una unión llena de promesas, al conocer a Miére... Miére, mi salvadora, aunque ella había creído sucumbir conmigo, y no salvarme.

La debilidad de mi raciocinio, producida por la acción sucesiva, y sin duda combinada, de las emanaciones de la sombrilla raptora y las debilidades producidas por la inacción, parecía haberse disipado. La energía vegetal del «árbol de la vida» me había devuelto una agudeza mental que me producía la impresión de ser un genio de cerebro todopoderoso.

Por eso me sentí dispuesto a obtener de mi compañera los datos que todavía me faltaban, a fin de regresar con ella al navío de la misión científica, de la que yo seguía siendo el jefe. ¿Cuánto habría durado mi ausencia? Me lo preguntaba con ligera ansiedad. Sin embargo, no creía que el comandante Martson, por Bien que fuese, se hubiese atrevido a ordenar la partida.

No tardaría en desengañarme, por lo relativo a la muchacha. Con ella, situar la conversación en un plano general resultaba prácticamente imposible, a pesar de su ingenio natural.

—¿Por qué me amas? —le preguntaba.

—No lo sé —era la respuesta prácticamente invariable de Miére, a quien el conocimiento de los fenómenos naturales apasionaba en su manifestación, pero jamás en su origen ni en su correlación mutua.

Después, cuando yo insistía:

—¿Por qué te amo? ¿Existe un motivo para el amor? ¿No amamos naturalmente a nuestro promovido?

—Precisamente —añadía yo, tozudo—, en una circunstancia bien determinada tú me dijiste que yo no «era tu promovido». ¿Por qué me amas?

Miére fruncía las cejas, ruborizándose y palideciendo alternativamente, para declarar al fin en tono algo reticente:

—Yo te amo y te he promovido por mi cuenta porque... ¡Porque me era intolerable verte morir!

Razonamiento —pensé yo— tan válido como tantos otros que generalmente consideramos mejores o más «normales».

—¿Qué dirías tú —le pregunté en otra ocasión— si animásemos nuestra vida, que espero será larga, con la presencia a nuestro alrededor de animales domésticos?

—¿Qué es un «animales»?

—Un «animal» —rectifiqué, riendo. El concepto había desaparecido del lenguaje de aquellos trogloditas. Y entonces se lo expliqué por extenso.

—Comprendo —dijo al fin Miére—. Tus «animales» son monstruos. ¡Exteriores y peligrosos! ¡Oh!, perdona, Philippe —añadió llena de confusión ante la vivacidad de su réplica—. En modo alguno he querido ofenderte personalmente.

—No lo dudo, querida. El Exterior de este mundo, en otros tiempos fue sin duda tan peligroso como tú dices. Pero, créeme, hoy no corremos allí ningún peligro.

Por momentos la joven parecía dispuesta a dejarse convencer.

—¿No te gustaría acompañarme a mi país, donde gozaríamos por muchos años de una vida libre y feliz?

Yo, personalmente, me ahogaba un poco encerrado en aquel pequeño dominio subterráneo, a pesar de la maravilla, renovada cada doce horas aproximadamente, de la inmersión en el centro del «árbol de la vida».

—Ya ves, querido, hasta qué punto estimo nuestra vida común...

—Pero no aquí. Yo quiero vivir «fuera».

—Tu morada es el Exterior, ¿no es verdad? Al «aire libre».

—Exactamente. A la hermosa luz del sol, bajo la fresca vivificante de un aire libremente renovado.

—¡No, no! ¡Decididamente, no podría! —gimió entonces la muchacha. Y vi que se ponía a temblar con violencia, incapaz de dominar una reacción de agorafobia implantada en ella por toda su educación.

—De todos modos, querido —dijo poco después, cuando hubo recobrado su calma habitual—, no tardaremos en ser descubiertos y mi traición será motivo para que comparta tu suerte. Ya lo sabes. Yo también. Al menos, habremos conocido la alegría de amarnos y compartir el fruto de la planta vital.

Y se arrojó de nuevo en mis brazos.

A pesar de todo, a pesar de mis fracasos, intentaba siempre convencerla para que me presentase a sus semejantes. Erróneamente sin duda, me parecía que, mejor que a la misma Miére, habría convencido a los famosos «ellos» de quienes hablaba con gran reticencia, tanto la llenaban de horror anticipado. Ellos intervinieron, sin embargo, para poner en marcha el proceso que permitió nuestra fuga desesperada.

Y eso por un camino que conocía, inconsciente pero perfectamente, a través del

recuerdo de una conversación con mi guardiana terrestre.

—Seguramente debe existir un medio de acceso a la superficie —pregunté un día, quizá por milésima vez, y no tanto a mi compañera como a mí mismo—. No lo conozco...

—En fin, ¡por todos los diablos! ¡Yo he llegado aquí de algún modo!

—Cuando te descubrí —dijo Miére— te alimentabas en el seno del «árbol de la vida». Por esto cambié de habitación. La cámara de vida de mi anterior alojamiento ha quedado contaminada para muchos años; mientras tanto...

Esto era lo que había archivado inconscientemente en un rincón de mi cerebro; gran verdad es que los senderos de la atención son inciertos. Me había fijado en la nueva noción sugerida por Miére, es decir, que muchos alojamientos individuales (que antes debían servir para grupos y no para una sola persona, pues el «árbol de la vida» personal de mi amante nos alimentaba sobradamente, pese a tener que compartirlo) actualmente debían estar desocupados en aquel vasto complejo subterráneo de habitaciones. Lo cual denotaba una importante disminución de los efectivos humanos.

Por el «árbol de la vida», esa matriz maravillosa, verdadero útero materno artificial, tan acogedor y protector para quienes mantenía en su seno, como destructor para los Exteriores, contra los cuales su finalidad esencial era defensiva, ese árbol, en fin, era el núcleo de una «sombrilla».

Estas ideas emergieron a mi conciencia en un instante, cuando aparecieron dos de «ellos», y hube de combatir por mi vida y mi libertad, así como por las de Miére.

Aún no sé cómo llegaron «ellos». Miére me había dejado para una de sus misteriosas ocupaciones, de las que «no sabía» decirme nada... De pronto, tuve necesidad de ver el fuego sagrado de sus cabellos. A veces era víctima del pánico sin causa aparente. A fin de cuentas ella era mi liberadora. Creo que el encierro suscitaba en mí esa necesidad de una presencia. Salí en busca de mi amor, de mi llama roja y blanca, por los corredores. Mi paso era apresurado. Me había provisto de una potente linterna.

Mucho antes de verles, les oí hablar y me detuve, apagando mi linterna, justo en la esquina del corredor gris. Una puerta se abría sobre un local iluminado. Un rectángulo de oro se dibujaba en el suelo, tan revelador para la vista como las voces para el oído. Voces de hombres.

—Has traicionado la fe jurada. No quiero saber nada más. Síguenos.

—Vosotros no podéis comprender. No es un verdadero Exterior. Es un hermano, es como nosotros en todo. El...

—Silencio te digo, mujer irresponsable que das asilo a la infamia. ¿Vas a venir, o tendremos que obligarte?

—¡Dejad que le vea por última vez!

Avancé sigilosamente, como si estuviera en una cámara funeraria, hasta llegar junto a la puerta. Eché una mirada: dos siluetas cubiertas de largas túnicas blancas estaban de espaldas a la puerta. Miére se arrodillaba entre ellas. Uno de los hombres le torcía la muñeca y la obligaba a adoptar esta postura. En tres zancadas me abalancé sobre el grupo.

Mi mano golpeó la nuca del de la derecha. Cayó lanzando un débil suspiro. Mi golpe no era mortal, lo había dosificado, pero tardaría bastantes horas en recuperar el conocimiento.

El otro ya me hacía frente. Lanzó su mano en un movimiento cortante hacia mi cabeza. Su gesto fue soberbio y no pude por menos que admirar tal rapidez de decisión.

Desgraciadamente para mi adversario, mi ciencia de los combates Dog-U era muy superior a su propio método. Detuve el golpe con el movimiento de los viejos sabios, cuello encogido en la figura del Kya. Al mismo tiempo, mi índice golpeaba el punto Ta de su epigastrio. La potencia de este movimiento de contra acarrea fatalmente la muerte inmediata, al destruir la transmisión nerviosa del circuito raquídeo.

—¡Qué has hecho, Philippe! —gimió—. Desde ahora estamos condenados a un destino peor que la muerte. ¡Los conozco!

—Ven, amor mío —dije simplemente—. Es necesario dejarnos de rodeos; hemos de ganar el Exterior.

El miedo, o muchos miedos, por unos segundos se reflejaron en los rasgos de la muchacha, alterados como la superficie de un lago bajo el viento que precede a la tempestad. Nunca creí posible tal cosa, pero la vi palidecer notablemente.

—Pero ¿cómo? —gimió.

—A través del «árbol de la vida», naturalmente. ¿Cómo no se me ocurrió antes? De súbito, la confianza reemplazó al temor.

—¡Contigo sí! ¡Vamos! —exclamó lanzándose en mis brazos.

—Mi ropa —dije rápidamente—. Mi arma, mis equipos.

Sin detenerse a recapacitar sobre la decisión ya tomada, Miére corrió febrilmente por los corredores.

Cinco minutos más tarde, después de vestir a mi compañera con mi traje impermeable, la arrastré hacia la cámara de vida.

—¡Nos cogerán, Philippe, y entonces moriremos juntos! —exhibía un estilete.

—Calla. Dame esa arma. —Y deslicé el puñal en un bolsillo de mi combinación clara de científico—. No tengas miedo. No creo estar equivocado; la planta nos sacará de aquí.

—Vamos, Philippe, esto es una locura. Las máquinas no funcionan ahora.

—Precisamente.

La masa translúcida estaba allí pero, a diferencia de las otras veces que la vi, sin la luz verde que brotaba de ella durante las sesiones de «alimento».

Pese a todos mis esfuerzos, una membrana invisible y casi inmaterial, pero resistente, impedía el paso y no nos dejaba penetrar en el interior del tronco vital.

Por fin, jugándome el todo por el todo, y convencido de que no había otra salida —pues los constructores de aquella formidable maquinaria no podían establecer al principio ninguna comunicación con el exterior, excepto por mediación de aquellas plantas protectoras— atacé la pared con el cuchillo de Miére.

Unos resplandores señalaron por fin la huella de mi tercer o cuarto ensayo de incisión. Temí que se escapara algún líquido, pero fue al contrario: me sentí aspirado de alguna manera por la abertura que acababa de practicar.

Yo tenía de la mano a Miére, quien penetró tras de mí en el interior de la planta.

El curioso fenómeno ya observado, a saber, una aparente pérdida de nuestro peso, se reprodujo enseguida. Pero esta vez sentí la impresión de encontrarme sumergido en una jalea glacial. Cuando la planta me suministraba su néctar, dejaba de respirar normalmente. De esto no cabía la menor duda: era preciso contener la respiración. Miré a Miére. También había dejado de respirar. Su mirada me interrogaba. Señalé hacia lo alto del gran conducto vertical, e inicié un movimiento con los brazos. Miére comprendió. Nos elevamos sin esfuerzo.

Cincuenta, sesenta segundos, ciertamente no más, de esta ascensión angustiosa, sabiendo que el regreso era imposible, y con la perspectiva de morir asfixiados. Luego emergimos en la oscuridad. Estaba buscando la linterna sujeta a mi cintura, cuando la de mi compañera se iluminó y paseó su haz sobre el lugar al que habíamos llegado.

Era el interior de un conducto cilíndrico, revestido de un barniz rojo oscuro que reconocí.

Por medio de éste se distribuía a las «sombrillas» del exterior el líquido nutricio. Aquel conducto por el que emergimos, horas o semanas antes lo habíamos contemplado desde el exterior, pero lo reconocí sin vacilación.

Me pregunté si la curiosa «gelatina» por la que habíamos nadado estaría derramándose en la cámara de vida.

Sea como fuese, el conducto en donde nos encontrábamos estaba provisto de escalones en su interior, prueba de su origen artificial.

La mirada de Miére relucía cuando la fijó unos instantes en mí. Toda indecisión había desaparecido de ella. Al contrario, la esperanza reemplazaba a su temor de momentos antes.

La dejé atrás, queriendo afrontar solo el posible peligro, pero empezamos a subir inmediatamente.

Ascensión ridículamente fácil. El trazado de las escaleras metálicas que nos

sacaban de nuestra sofocante prisión, resultaba maravillosamente funcional. La luz de mi lámpara revelaba sin cesar nuevos escalones, todos iguales, de tal modo que cuanto más subíamos más me iba pareciendo que no llegaríamos nunca.

Ascensión fácil, pues, pero terriblemente, horriblemente larga. La cabeza me daba vueltas, mareado por las gradas que rodeaban el negro agujero del trayecto recorrido, y el otro, al lado opuesto aún más sombrío, hacia donde nos conducían nuestros esfuerzos.

Me golpeé fuertemente la cabeza con la negra tapadera, al alcanzarla.

—¿Qué pasa? —preguntó Miére ante mi exclamación, tocándome con la mano mis talones.

—Creo que hemos llegado a la cima del tubo... —dije—. Busco la manera de abrir.

Pero no había nada. Mi impaciencia aumentaba; mi cabeza parecía volverse cada vez más ligera, mientras examinaba y tanteaba cada punto de aquella cúpula oscura. La fatiga se dejaba notar después de la trabajosa ascensión hacia lo que yo creía era la luz y la libertad. Hice que mi compañera se sentase en uno de los escalones para que no le diera vértigo el abismo bajo nuestros pies. El sudor bañaba mi frente; lo sentía deslizarse en riachuelo viscoso por mis mejillas y escocerme en los ojos. El aire parecía volverse mefítico. Me vi perdido, y conmigo la mujer terrestre, reflejo de mi antiguo amor.

De pronto su mano tocó mi pierna, interrumpiendo mi desordenada agitación.

—Escucha —dijo—. Creo que se acerca alguien.

Me acometió un temblor de rabiosa laxitud. Era verdad. Nos llegaban ruidos confusos de las profundidades, de donde nosotros mismos habíamos salido. Cerré un segundo los ojos implorando el final de nuestras penalidades. Un cansancio infinito se abatió sobre mis hombros.

Pero la vida mandaba, y la suerte se decidió a favorecerme. El ruido era el de las máquinas de vida, pues recordé que se ponían en marcha automáticamente.

La tapa se abrió mientras una marea rugiente se acercaba a nuestros pies. Ya era hora, pues el aumento de la presión del aire amenazaba rompernos los tímpanos.

Lanzada en torbellino por la hélice interior que describían los escalones que habían permitido nuestra huida, el agua nos propulsó hacia fuera, hacia una tremenda explosión de luz, la del astro central de aquel sistema planetario. Cegado por el resplandor, cerré los ojos, aunque sin soltar la mano de mi amiga. Flotamos unos instantes a pleno cielo sobre nuestro vehículo líquido, y luego algo blando amortiguó nuestra caída. Levanté a Miére con cierta violencia.

—¡Corramos! —dije.

En pocos segundos nos vimos dentro de uno de aquellos embudos sin vegetación que abundaban en el terreno artificial descubierto a nuestra llegada sobre el planeta

primigenio.

Miére se protegía los ojos con la mano, soportando valientemente aquel suplicio para su retina, ciertamente mucho más intenso que el mío, ya que durante toda su vida sólo había conocido la luz artificial. Reía, ebria de alegría:

—¡Lo hemos conseguido, amor mío! ¡Te seguiré a donde quieras! Te amo y te admiro.

Luego se vio una vez más rodeada por mis brazos.

Seguía llevando en bandolera mi fusil narcotizante. Mi radio no podía haberse dañado durante nuestra escalada. Era de construcción demasiado robusta para ello. Mi cuerpo vibraba de alegría, al soplo natural del aire que aspiraban nuestros pulmones. La mujer amada me acompañaba como preciosa garantía del éxito de mi misión. Mi intuición no me había engañado y esto naturalmente también contribuía a mi júbilo.

Pero no dejaba de albergar una sensación de inquietud. Miére ya no me parecía Lia, y alentaba en mí la sospecha de no sé qué traición.

Esta sensación imprecisa se concretó al fin cuando, después de recobrar el aliento y algunas fuerzas bajo la cálida luz del sol poniente, me acordé de mis camaradas y de su jefe de raza Bien, el comandante Martson.

¿Me habría esperado la astronave?

Desplegué la antena parabólica y regulé la frecuencia.

—Navío *El Previsor*. Navío *El Previsor*... Aquí explorador número cuarenta y seis, el científico Olmar. ¿Me recibís? ¡Contestad!

Repetí diez veces esta llamada, probando sobre las tres frecuencias que utilizaba nuestro navío. Una sensación de irrealidad me asaltó. Parecía increíble que estuviera llamando a un navío humano por medio de una vulgar radio de servicio. Increíble que una joven como la que había soñado desde la muerte de Lia estuviese a mi lado, ocupada en quitarme la combinación para secarla. El mundo subterráneo sí conservaba para mí su realidad. Me pareció que había vivido allí siempre y que lo demás había sido un sueño.

—Olmar... Del navío *El Previsor*. ¡Santo Dios, Philippe! ¿Me oyes?

—¡Vbur! ¡A toda potencia, amigo! ¿Conque todavía estáis aquí?

—¡Todo el tiempo! ¡Se prepara un motín! ¡No tendremos reservas suficientes para regresar al planeta madre!

—¿Dónde estáis? Dame vuestra posición.

Así pues, no lo había soñado... Después de regular mi emisor para que enviase su señal al satélite que a la llegada habíamos situado en órbita estacionaria sobre aquel conjunto de islas del hemisferio Norte, dirigí una sonrisa a Miére. ¡Cómo se sorprendió Vbur, cuando le expliqué que no venía solo, sino en compañía de una muchacha autóctona! Todo era maravilloso.

Una prueba viva y con ella, ¿qué más podían necesitar mis conciudadanos para creer en mí?

Sin duda sería necesaria otra expedición. No se podía disponer que se quedase un grupo en aquel lugar, aunque fuese bajo mi dirección, pues, ¿quién sabía si los «hombres de abajo» no se decidirían a intentar una acción ofensiva?

Pero volveríamos con material más perfeccionado y sobre todo con medios más poderosos. Una gran astronave, sin duda de la clase de los cruceros de línea. O muchas, ¿por qué no? ¡La flota bien podía ocuparse de aquella exploración! ¿No fueron «fragatas», naves de altura pero guerreras, las que según las leyendas exploraron las tierras emergidas del planeta primordial?

—Los hombres que vendrán a recogerlos hablan otra lengua que no es la tuya — dije a mi joven amiga—. Pero no tengas miedo; yo traduciré tus palabras para ellos...

—¿Otra lengua? ¿Cómo puede existir una lengua que no se entienda?

—Ya lo verás, lo verás... Mientras tanto, confía en mí, querida, ¿quieres? —le sonreí.

—Seguro, Philippe. ¡Me has demostrado la veracidad de tus profecías!

Ella también sonreía; su mirada enfebrecida, maravillada, expresaba su fe hacia mí. Con la alegría por recobrar la libertad y la seguridad en mí mismo, ¿cómo iba a recelar nada?

Aire estrujado como un viejo papel del que nos desembarazamos, zumbido de insecto aumentado a la décima potencia en cuanto a volumen sonoro, el ligero helicóptero se posó suavemente, ante los ojos maravillados de mi compañera y mi mirada alegre, acompañada de toda una serie de gestos de bienvenida que no pude dejar de dirigir a sus ocupantes.

Mejor dicho, su ocupante. Era un aparato de modelo ligero, un tres plazas. Y como nosotros éramos dos para regresar a la base... Me abalancé para estrechar entre mis brazos a mi camarada y salvador.

Un empujón me lanzó rudamente al suelo. La parte trasera del cráneo se golpeó contra el bordillo de roca lisa y fundida de una sola pieza, aparentemente inalterable. Recibí un buen mamporro, como dicen nuestros navegantes. Me levanté con la vista nublada, como en sueños.

Realmente se trataba de una pesadilla. Me vi en pie, titubeante, la silueta enfundada en su combinación con casco estaba inclinada, minuciosamente ocupada en hacer desaparecer con su desintegrador pesado los restos calcinados de Miére. Desesperado, avancé un poco, y entonces pude oír lo que decía aquella cabeza hundida entre los hombros:

—¡No queda nada! ¡Ni una sola prueba! Ningún «terrestre» originario... ¡Nada! ¡Nada apoyará ya tu tesis, la «unidad de cultura» que defiendes, demonio! ¡No deshonrarás nuestra patria!...

Por fin pude arrancar el casco del asesino y conseguí derribarle. En mi delirio alucinado, consecuencia del golpe recibido en mi occipucio, crecía un gran fuego rojo y desesperado; el odio asesino duplicaba mis fuerzas físicas. El arma voló lejos, rota como una caña por mi puño de acero. Un rostro se congestionaba ante mis ojos: el del traidor, el abominable esbirro de las sucias intrigas Bien, el jefe militar de nuestra expedición, Martson.

Lo estrangulé lenta y obstinadamente. Ninguna fuerza humana hubiera conseguido impedirlo.

Nada me falta añadir al final de este relato que se me ha autorizado a incluir en mi expediente. El resto es conocido de todos.

Vbur no me creyó. Nadie me creyó. En cuanto a las huellas del disparo efectuado por el comandante, se interpretaron como un incidente fortuito durante nuestra lucha.

Al parecer, mi odio hacia los Bien era bien conocido de todos.

Los motivos científicos que me impulsaban a buscar un mítico origen común de todas las razas humanas se atribuyeron a mi pasión política: la de construir una Federación dominada por las naciones extranjeras.

Vbur también era Bien; aun siendo amigo mío, su propia pasión le cegó.

Asesiné al comandante; es un hecho que confieso.

Se afirma que he inventado lo de mi compañera, lo mismo que la existencia de otros terrestres, personajes que sólo aparecen brevemente en mi relato, y que fueron destruidos por mí enseguida. Incluso el film tomado por mí en la cúpula de la «sombrilla», en el que aparecía el tubo alimentador en pleno funcionamiento, debería bastar como demostración, creo yo.

Mi dominio de las técnicas de combate cuerpo a cuerpo son también, a lo que parece, un indicio abrumador de mis tendencias íntimas.

Han sido «humanos» conmigo al declararme irresponsable.

La mayoría de la tripulación quería lincharme allí mismo.

El capitán Vbur, impasible, me salvó la vida.

Ningún navío regresará jamás al tercer planeta de aquel lejano sistema, al borde de la galaxia.

En cuanto a mí, he elegido vivir hasta terminar la redacción de esta crónica. Algún día caerá en manos de alguien, cuando los acontecimientos actuales estén olvidados y sean ya historia antigua.

Quizá las «sombrillas» seguirán asegurando la supervivencia de los terrestres en el subsuelo del planeta. Que los hombres emprendan entonces su exploración siguiendo el camino fortuitamente utilizado por mí.

Miére muerta, asesinada por los Bien lo mismo que mi amada Lia y por la misma causa. Yo no viviré mucho tiempo. Mientras tanto, mi patria se cubre de infamia con la agresión al sistema de Cyta IV.

Afortunadamente, he conseguido veneno.

EL PERRITO BLANCO QUE VAGABUNDEABA SOLITARIO POR LAS CALLES DE LA CIUDAD DESIERTA

Daniel Walther

—No hay duda, señor. Con toda seguridad es la Tierra. Control positivo. Vamos a grabar las llamadas y las respuestas, si procede.

—De acuerdo. Pasad a vuelo orbital al término del período.

—A sus órdenes, señor.

Bajo el vientre del *Megasol*, la bola azul y verde adornada con estelas de vapor; antiguamente llamada Tierra. En el ecuador, cuarenta mil kilómetros y grandes polvaredas; achatamiento muy débil en los polos; población (?) siete mil millones de individuos varones, hembras y hermafroditas.

El *Megasol 9*, navío superlumínico de prospección, había navegado durante más de doscientos superperíodos por el espacio interestelar en una misión de simple búsqueda, compuesta de controles rutinarios. Su tripulación, elegida al azar (?), estaba compuesta por diecinueve hombres, diecisiete mujeres, ochenta y nueve androides de ambos sexos, así como por una variada gama de computadores perfeccionados.

En aquellos momentos el *Megasol* pasaba por el punto de control *T4*. Era una zona poco frecuentada del espacio, en la Vía Láctea, donde se hallaba un planeta de despreciables dimensiones llamado Terra, que según algunos era la cuna (entiéndase: el mundo de origen) de la raza prehumana mixta.

El comandante de primera Leo Zagradinsk estaba fumando un cigarrillo de Lé, con la mirada fija en el cuadro receptor *la*.

No era muy amigo de escalas técnicas durante los regresos hacia Comu (en la galaxia *M4*), donde le esperaban sus libros–parlantes y las caricias de su mujer–amor. Su mujer–amor sabía hacer absolutamente todas las cosas eruditamente descritas en la edición corregida y aumentada de la *Erotografía* de Lob el Xantiano. Su generosa mujer–amor sabía realmente hacerlo todo; y Zagradinsk tenía la neta impresión de que no tardaría en sufrir una crisis de depresión nerviosa al pensar que sabiéndolo hacer todo, la tenía a tantos años luz, como agujeros negros.

Incluso en el camino habían encontrado tres tripulaciones Lems, pero, como solía ocurrir, algunos desconocidos plenipotenciarios habían firmado un fantasma de tratado, por lo que no llegaron a las manos; lo cual, tratándose de unos Lems, era una manera de hablar.

Leo pulsó un botón rosa y la estúpida voz recitó de nuevo las instrucciones: «... absolutamente imposible que dicho planeta Terra... completamente deshabitado... verosímilmente por muy rápida decadencia... guerras tribales... calculada entonces en siete mil millones de habitantes... saber si siempre... trazas de civilización inteligente del tipo *A/3*... orden terminante de no intervenir en los asuntos de los autóctonos...»

Mujer–amor... Hace un calor terrible y tengo ganas de quitarme toda la ropa. Qué me importa a mí su civilización, decadente o no. Tienes nalgas como frutos de zani,

senos como...

«...inmediatamente después de esta... volveréis en vuelo...»

Pequeñas lágrimas abrasadoras y muy saladas empezaron a manar del borde de sus párpados: mujer–amor, tú lo haces como en los libros, y unos instantes después vienen a interrumpirte en mitad de un tremendo orgasmo para anunciarte la sorprendente noticia: No hay trazas de vida inteligente en el planeta madre. La naturaleza (según la frase usual) había reclamado sus derechos:

«Las psicosondas son concluyentes: no existe la menor emanación de pulsiones mentales/intelectuales del tipo A/3 o siguientes. En cambio, hemos descubierto la presencia de una fauna y una flora de extraordinaria riqueza...»

A Leo le importaba un comino el destino del planeta Terra. Millares de mundos perecían cada vez que los dioses locos, sembradores del universo, bostezaban de aburrimiento en la fosa oscura del cosmos. Y además, no eran maneras de arrancarle a sus pasatiempos eróticos, aunque fuesen imaginarios...

Del costado del *Megasol* se desprendió un objeto pequeño y brillante. Una gota de fuego proyectada hacia la noche.

—Un bonito planeta —murmuró el oficial de tercera Jon Claasen, mientras el módulo de superficie trazaba una graciosa espiral.

Sus tres compañeros desdeñaron todo comentario. Habían cerrado los ojos y pensaban en sus cosas.

—Siete mil millones de habitantes desaparecidos —continuó Claasen su monólogo—, convertidos en humo. Un simple soplo en las fauces de la eternidad...

Ya que estamos en ello, presentemos a los cuatro personajes de esta historia:

El oficial de tercera, Jon Claasen (delgado, esquizoide y sentimental).

El pañolero de segunda clase, Yen Ariz (músculo–lumbar, quizá paranoico).

El guardia Siran Chadif (estatura mediana, mirada acariciante, leve tendencia a la agorafobia).

El guardia Jason Bern (cuatro condecoraciones, corpulento, sin señas particulares).

El módulo penetró en la atmósfera de Terra y descendió ligero hacia un continente adamascado por la niebla. Yen Ariz se agitó en su asiento:

—Habría preferido que nos abstuviéramos de entrar. Estos cambios de programa a última hora, estas misiones ridículas, me ponen nervioso. Uno de estos días los Lems nos darán caza, ¡y no nos bastarán dos ojos para llorar!

—Cierra el pico —dijo Claasen—. ¡Estás pensando en voz alta!

El módulo parecía colgado de las nubes por invisibles hilos de rocío.

—¡Mierda! Nos va a costar un retraso considerable —gruñó Yen—, y cuando por fin estemos de regreso en Comu no nos dejarán tiempo ni para respirar...

Mientras tanto, sobrevolaban casi rozando las cimas de una cadena de montañas

festoneadas de nieve, almenadas de manchas de cielo azul.

—Esto es terriblemente exótico —ironizó Jason Bern agitando suavemente una de sus manazas, adornada con una piedra—cantante que sin duda habría robado a un joyero de Vanessa.

Pero el oficial le lanzó una mirada venenosa y se calló.

De una plataforma rocosa salió volando un pájaro, batiendo poderosa y majestuosamente sus alas: era un cóndor, un animal sagrado mensajero de los dioses, pero los tres hombres acurrucados en el módulo no lo sabían. Sólo Claasen, instintivamente, siguió con los ojos este hermoso símbolo viviente que ya se inscribía como un acento circunflejo invertido en las lejanías del indiferente azur.

Posteriormente planearon sobre selvas devoradoras, parecidas a monstruos insaciables: oleadas ininterrumpidas de árboles, altas marejadas de hojas trenzadas, toneladas de lianas, cataratas vegetales.

(Yen cerró los ojos: bajo sus párpados desfilaban interminablemente imágenes fantasmales, en una sinfonía «decadente», perversa. Cuerpos torturados, empalados, imploraban en vano la muerte. Adoptaban posturas horribles, innobles, obscenas, se retorcían en una agonía de insectos atravesados por agujas de entomólogos dementes).

Siran Chadif declaró con voz apagada:

—¿Por qué no han confiado esta misión a un equipo de androides? Lo habrían hecho tan bien como nosotros; quizá mejor.

Luego, en una brecha del caos esmeraldino descubrieron algo que parecía una ciudad. Su extrarradio, sus arrabales, aparecían roídos por el monstruo verde, semidevorados por miríadas de avanzadillas vegetales, recubiertos por las vanguardias de asalto de la selva.

El servo—piloto inició el descenso.

Siran sintió que una bestezuela maligna le roía el ombligo. ¡Ah!, aquella sensación desoladora: siempre igual. Mientras se veía dentro del protector capullo que era el viejo *Megasol*, se encontraba bien, como en casa. Allí estaban las mujeres, los leales androides, la rutina, el servicio, las crisis de cólera y de autoridad del comandante Zagrainsk... Llegaba a olvidar que pese a sus dimensiones, la astronave era tan sólo una lágrima de fuego derivando científicamente a través del espacio sin límites. Pero cada vez que se trataba de echar pie a un mundo desconocido y se abría ante él la inmensidad de los paisajes —cuando el zumbido sedoso, las blandas trepidaciones de las máquinas del navío eran reemplazadas por los cien mil ruidos y rumores extraños de la vastedad que los envolvía— tenía la impresión de ser un naufrago sobre un minúsculo islote volcánico, en medio de un océano agitado. Entonces añoraba desesperadamente una cáscara de metal donde encerrarse, donde dormir con un sueño libre de pesadillas. Ni siquiera las frecuentes inhalaciones de

vizz le proporcionaban el consuelo tan ardientemente deseado. («Soy un enfermo en un universo enfermo»).

Jason Bern, indiferente, jugaba con su anillo. Hundió el mentón en la grasa de su cuello de toro. «Aquí o allí, nada que tenga sentido...» No había tenido suerte al ser escogido por el computador, en vez de quedarse pasando el rato en compañía de Leyla Sands (una graciosa y linda gorda), que dominaba toda una serie de especialidades eróticas de su exclusiva invención. «Tanto peor, ya nos desquitaremos».

El módulo aterrizó sin el menor fallo sobre una inmensa plaza, en el centro de la ciudad. Un minuto más tarde, los cuatro hombres posaban un pie titubeante sobre el suelo del planeta madre. (Siran luchaba contra violentas náuseas; intentaba vanamente darse ánimos imaginando las delicias que le esperaban a su regreso al seno materno de la astronave).

Comprobaron que el sol se hallaba casi en el cenit, sobre sus cabezas, y que hacía mucho calor. El silencio que reinaba en la ciudad poseía consistencia material: uno se sentía enredado como dentro de una telaraña...

Claasen envió un mensaje de rutina al comandante Zagradinsk. Fue su asistente androide quien respondió; el comandante estaba ocupado. Claasen se encogió de hombros, pues poco le costaba imaginar a qué género de ocupaciones se entregaba su superior.

Aquella ciudad no se parecía en absoluto a las ciudades de Comu. No se encontraban las sutiles disposiciones de cintas aéreas y niveles móviles, ni los arabescos arquitectónicos entrelazados hasta alturas vertiginosas. Faltaban aquí las elegantes estructuras como prendidas con alfileres en el aire mediante los rayos–fuerza, así como las casas de cristal, los jardines flotantes, las finas rejillas filtrantes del viento, los espejos–prisma que coloreaban la luz diurna de matices cambiantes sin cesar... Pero esto no molestaba a Jon Claasen: no le gustaban demasiado las ciudades de Comu.

Era una aglomeración barroca. Sí, una ciudad construida en planta, como a ras de suelo, con altas torres de vigía aquí y allá, que asomaban a las plazas la mirada tuerta de sus vidrios rotos, con la pequeña felicidad de largas avenidas bordeadas de incongruencias geométricas, de estatuas extravagantes y delgaduchas representando tristes ejemplares de humanidad. Por el cielo, donde el sol implacable parecía hincharse como un odre de veneno, revoloteaban bandadas de pájaros vocingleros.

Los humanoides petrificados, estilizados, parecían recortados de gigantescas placas de acero; se alzaban como símbolos de humo, virutas de ausencia, ingeniándose quizás en evocar antiguos fantasmas. Sobre vastas llanuras de agua, que poco a poco se habían convertido en lujuriantes ciénagas, florecía con vehemencia la jungla ponzoñosa. En la boca abierta de los cálices putrescentes, entre las

turgescencias de los falos vegetales, al ritmo milenario del gran coito silencioso, se extendía triunfalmente toda la podredumbre del mundo. El aire se abrasaba con una fetidez que lo dominaba todo.

Siran se apoyó pesadamente en la espalda de Bern, que gimió como arrancado a un sueño particularmente agradable:

—¡Déjame en paz!... ¡No puedo más, estoy enfermo!

Yen veía soles y miembros descuartizados; hormigueos de rostros torturados...

—Debemos alejarnos del sol —declaró Claasen—. ¡Es mortal!

Ante ellos se abría una avenida flanqueada por grandes edificios de una semejanza monótona. Cuchilladas de luz tallaban reflejos amarillos en las fachadas...

*¡Grandes cuchilladas en las fachadas ciegas,
estallidos solares,
este calor intolerable,
esta fetidez de cloaca,
estas puertas entreabiertas al vacío!*

Los demás se habían adelantado. Caminaban pesadamente, como si se hubiesen abatido bestias invisibles sobre sus espaldas. Si el calor era más soportable a la sombra de las casas silenciosas, en cambio reinaba un pegajoso tufo de invernadero. Por doquier se establecía el absolutismo de una podredumbre irreversible: la gangrena se había apoderado del vientre del mundo. ¡Oh viejo planeta madre! ¿De qué fantasmas eres tú mendigo? ¡Jodidosmildioses! ¡Jodidaviejacosa! Una mano gigantesca disecaba a pequeños navajazos el cadáver de la Tierra.

Los demás se habían adelantado un poco a Yen. Se retorcían en el claroscuro de la avenida como gusanos de insoportable fealdad /¡De insoportable fealdad!

Un pequeño animal saltó de un agujero oscuro y Yen se sobresaltó violentamente. Sin duda una de sus alucinaciones, una de sus innumerables pesadillas en vela que surgían sin cesar de las profundidades inagotables de su subconsciente...

*Grandes cuchilladas en las fachadas ciegas,
estallidos solares,
este...*

(echó mano a su desintegrador):

—No hagas eso —dijo el animalito en tono amable—. De qué te serviría. Además, no muerdo a extranjeros. Sería un acto estúpido: tengo tan pocas oportunidades de hablar con seres inteligentes.

Semicegado por el sudor que le fluía sobre los ojos, Ariz intentó fijar su atención

en el pequeño fantasma blanco que terminaba de sentarse sobre sus ancas en medio de la avenida. Rebuscando en sus recuerdos, llegó a la conclusión de que se trataba de un perro. Uno de esos animales domésticos que los terrestres tenían en sus casas y que les proporcionaban, aparte de un afecto servil, toda clase de enfermedades infecciosas. Instintivamente dio un paso atrás:

—¿De dónde venís así, y en tan extraña procesión? —preguntó el perro.

Yen intentó recordar si aquellos animales domésticos poseían el don de la palabra.

—El antropomorfismo es cosa deplorable —dijo el pequeño animal con voz sentenciosa—; es un mal incurable... Pero no has contestado a mi pregunta. ¿De dónde venís así tú y tus tres compañeros?

Yen transpiraba abundantemente y en su boca temblorosa se cuajaba una especie de pasta indigesta: jamás ninguna de sus pesadillas había manifestado tanta vitalidad, tal «persistencia». Guardó su desintegrador y respondió a la pregunta del perrito blanco.

—¡Venimos del espacio!

—Pero ¿de dónde? —preguntó el perrito blanco.

—De un planeta llamado Comu.

—Bien, eso me basta. De todos modos, voy a daros un buen consejo: Largaos, ¡largaos tan pronto como podáis!

Y a su vez se esfumó tan raudo que Yen apenas tuvo tiempo de verlo desaparecer.

Era negra noche en el subterráneo, pero las tinieblas estaban como iluminadas por los bostezos burlones de más de un millar de perros de piel rutilante: giraban bajo las bóvedas de piedra, abrían sus fauces, se burlaban con sus millares de mandíbulas, lanzaban millares de miradas fosforescentes. Ladraban poemas delirantes glorificando el antropomorfismo; aullaban carcajadas punzantes como cuchillos de sílex, hasta que una mano humana los mandó dando tumbos hacia las profundidades de la cripta.

—¡Ariz! ¡Ariz!

En alguna parte alguien gritaba su nombre: ¡Ariz!

—¡Yen! ¡Despierta!

Abrió los ojos para ver la faz preocupada del oficial de tercera Jon Claasen.

—Os ordené terminantemente que no os quedarais al sol. ¿Es que siempre has de andar despistado, Yen?

—¿Dónde se fue? —preguntó.

—¿A quién te refieres?

—¡Al perrito blanco, hombre!

Claasen sacudió la cabeza con aire apenado:

—No había nada, nadie... ¡Es el sol!

Ariz se incorporó, pero cuando iba a gritar algo teatral como: «Ese animal existe,

lo sé; acabo de hablar con él», sorprendió la mirada burlona de Jason Bern fija en él. Tragó saliva:

—Bueno, bueno. Quizá me haya quedado demasiado rato expuesto al sol.

Poco más tarde reemprendieron la marcha. Claasen llamó al navío y transmitió un breve parte. Yen se inclinó hacia Siran.

—Vamos a ver, tú que todo lo sabes. ¿Verdad que los perros son capaces de mantener una conversación?

Siran se burló.

—¡Ya veo que no soy el único que patina aquí!

Sobre extrañas pasarelas franquearon arroyos pútridos que despedían miasmas pestilentes; se extraviaron en subterráneos de temible silencio; visitaron edificios desolados que parecían albergar impalpables ejércitos de fantasmas (se sobresaltaron sin motivo y dispararon sus armas contra las sombras); resbalaron asqueados sobre tapices de sabandijas; y entonces soñaron como si temieran ahogarse en los pantanos de piedra semilíquida de las ciudades fraternas (?) de Comu.

—Esto no hay quien lo entienda —murmuró Claasen—. Aquí todo es tan horrible...

(Aquella no era la primera ciudad muerta que hallaban en la ruta de las estrellas; eso era lo de menos. Pero nunca habían respirado un aire tan saturado de angustia. Y Yen recordó las palabras del perrito blanco: «El antropomorfismo es un mal incurable...»)

Se detuvieron en una plaza donde parpadeaban luces de una melancólica fealdad; en alguna parte, en las entrañas de la ciudad, implacables centrales de energía continuaban alimentando sueños inútiles, ilusiones malsanas e irrisorias: barstriptease barstript e ase... cInErAmA...

Bern se echó a reír:

—¡Tendríamos que ir a ver esto!

Y antes de que los demás salieran de su sorpresa, el corpulento Bern echó a correr con velocidad insospechada hacia los frisos policromos y los bajorrelieves luminosos que inscribían en la noche obscenas invitaciones en una jergonza desaparecida.

De momento quedaron paralizados —como marionetas a las que se ha cortado de improviso los hilos— viendo que Bern se alejaba hacia un barullo de imágenes y penumbra. Algunos jirones de tiempo murieron con dolorosa lentitud.

Claasen estaba furioso:

—¡Y que esto nos pase ahora! Precisamente cuando iba a dar la orden de regreso!

(Las órdenes eran tajantes: prohibido quedarse en ninguna ciudad después de caer la noche. Y en estas malditas latitudes anochece rápidamente).

La oscuridad se apoderó de los edificios de piedra, metal y vidrios rotos, cayendo sobre la plaza como un murciélago gigante abatido en pleno vuelo. Del fondo del

horizonte brotaron siniestros jirones de nubes sulfúreas, y un viento húmedo empezó a agitar la atmósfera sumergiendo la ciudad bajo una nueva ola de fetidez recogida al paso por las lindes de la jungla devoradora. Sus fosas nasales palpitaron con repugnancia y sus bocas se llenaron de un hedor dulzón, a descomposición vegetal.

Siran eructó con estrépito...

Tras algunos segundos de parálisis que les parecieron interminables, y como dolorosamente arrancados a la indiferencia de la noche eterna, echaron a correr como a un signo convenido y sin que Claasen diera la orden. Allá abajo hubo una oleada de color, una puerta se abrió, se cerró, y no vieron más a Jason Bern tragado por la fachada eléctrica:

S
BAR T
BAR CI
I N
PTEASE
R
AMA

Jon Claasen, Yen Ariz, Siran Chadif lanzaron simultáneamente un aullido de despecho. Se abalanzaron contra la puerta del bar de la misma manera estúpida que los insectos cuando se precipitan sobre el papel atrapamoscas. Tras ellos se cerraron los batientes y se vieron en un corredor oscuro en cuyo fondo brillaba una sola lamparilla azul.

Una voz gangosa de inflexiones primitivas se puso a desgranar una melopeya cuyas palabras les parecieron impregnadas de una intolerable vulgaridad. Al principio creyeron que el cantante era Jason Bern y que había enloquecido de repente. Pero ningún ciudadano de Comu tenía un timbre de voz parecido...

Claasen se mordió nerviosamente el labio inferior, mientras Siran parecía aliviado al escapar por un rato a los peligros que acechaban en los grandes espacios vacíos del Exterior. Pero Yen se sentía fuera de sí; aquella voz que cantaba en un inglés burdo (o decadente) removió entre los sargazos de su memoria el recuerdo de realidades perdidas. Sus ojos se cerraron y cedió sin resistencia a un torbellino de colores chillones, de plumajes enmarañados, de sensaciones fulgurantes. Excitación, dolor, placer, astillas bajo las uñas, agujas ardientes escarbando con maníaca precisión cada centímetro cuadrado de su epidermis.

Los tres hombres captaron a su paso sílabas, palabras aisladas, jirones de frases:

*... ching ... woman... dying ... loneliness ...
if I could ... you near ...*

dreadful night ... city of ... empty dreams ...

Era una especie de invocación a los antiguos demonios de la pasión, de la locura, o quizás un exorcismo que debería rechazar los espectros de la soledad y la desesperación. Pero de pronto aumentó el volumen de la música, que se hizo brutal, sincopada, se quebró en los suspiros y jadeos del coito, para morir con un «diminuendo» irrisorio y singular. Casi enseguida fue reemplazada por un lamento áspero, sollozado en otra lengua totalmente incomprensible.

Jon lo vio súbitamente al entrar en aquella guarida tapizada de luz roja: Bern se apoyaba con todo su peso sobre una barra de metal cubierta de frascos y botellas, con las botas hundidas en un foso pantanoso de detritus amontonados. Una fetidez horrorosa reinaba en la sala: habríase dicho el olor *sui generis* de la podredumbre universal. La música procedía de un cajón desairado —como sentando cátedra de una monstruosa falta de gusto— sobre un pequeño estrado violentamente iluminado por haces de luz sangrienta.

Así que les vio, Jason lanzó a sus compañeros una sarta de insultos soeces; las palabras surgían como flechas envenenadas de entre sus labios demasiado gruesos; parecían nacer por magia o por alguna generación espontánea, con improvisación de pesadillas paridas por las entrañas fecundas de una poesía venenosa.

Bern, con el rostro violáceo, las pupilas dilatadas por un grave delirio, los ojos saltándosele de las órbitas, estriados de minúsculas telarañas carmesíes, aullaba como una bestia moribunda, enarbolando una botella cubierta de costras de suciedad. Claasen intentó hallar palabras conciliadoras, pero éstas se negaron a franquear los muros de su boca hinchada por un fermento de náusea, y se atascaron en su tráquea como una lluvia de gotas amargas. Sabía que Bern estaba perdido, que nada en el mundo podía salvarlo.

—Estás jodido, amigo. Por tu cuerpo circula un veneno sutil; por tus venas corre la ponzoña de la putrefacción... Unos segundos más y tu corazón se convertirá en un pellejo fofo y pesado.

—Ya lo sé —gritó Bern—. ¡Ahora ya lo sé todo! ¡Y voy a haceros el puñetero favor de ser yo quien os mate!

La botella gris rodó por el suelo, mientras la quejumbrosa canción continuaba enroscando y desenroscando los tristes meandros de sus frustraciones en la atmósfera putrefacta de la sala roja.

—¡Cuidado!

Fue la voz de Siran.

Jason había desenfundado su desintegrador: un ridículo trozo de metal brillante que abría su pequeño ojo negro y burlón a la sofocante penumbra.

—¡Va a disparar!

Pero la muerte es un viejo tirador de primera. Fue más rápida que el gordinflón de Jason Bern. El tubo resplandeciente del desintegrador hizo un salto de carpa y desapareció en un charco al mismo tiempo que finalizaba la canción.

Bern yacía en un montón de basuras: su cabeza quedó hundida en él, como si no hubiera podido aguardar para volver al seno primitivo de la Gran Puta Podredumbre. El círculo se había cerrado.

Quedaron petrificados; aquella muerte incomprensible y brutal los llenaba de un terror ancestral. ¡El barniz de la civilización quedó rascado hasta los huesos!

Entonces, en el silencio que por breves instantes cayó como una losa sobre la desolación de aquel planeta restituido a la eternidad, se elevó una musiquilla cristalina, saltarina y sostenida, un *pizzicato* mineral y ridículo: era la piedra-cantante de Vanessa, que improvisaba la oración fúnebre del guardia (¡cuatro condecoraciones!) Jason Bern, de la Flota Confederada.

Nada que hacer. No se podía hacer nada. Claasen había intentado repetidas veces comunicar con el *Megasol*. Sus dos compañeros incluso llegaron a insultarle, conminándole a reparar el «puñetero trasto viejo». Pero el «puñetero trasto viejo» estaba muerto.

—¡Es preciso volver!

Colgada del cielo como una caricatura de sol mortecino, la espesa y roja luna les mostraba un mundo que ya no era el suyo. Entonces corrieron. Y se extraviaron.

La muerte inexplicable de Bern les había abierto las puertas de un infierno sin límites:

Aquel planeta, la Tierra, que según la tradición había dado origen a su especie, ¡en realidad era sólo una inmensa cloaca, un océano de pus con continentes de mierda y archipiélagos de guano!

Ambos corrían como animales perseguidos por cazadores implacables. Si quisiera, podría abatirles con una sola ráfaga de luz anaranjada. Reducirlos a cenizas. El viento de la mañana los habría barrido con un papirotazo indiferente, se los habría llevado, átomos de polvo dispersos, hacia los grandes árboles tranquilos, hacia el humus devorador-purificador-regenerador de la selva.

Corrían... Y no encontraban su camino.

Pasaban bajo vastos puentes de metal; se perdían en calles siempre iguales a sí mismas; tropezaban con las losas rajadas de avenidas de donde brotaba una abominable babosidad vegetal:

¡Debería mataros ahora mismo! ¡Yo soy de aquí! ¡He vuelto! ¡Heme aquí bebiendo en las fuentes!

Los pájaros nocturnos empezaron a revolotear por el aire. Buscaban su presa. Sus ojos infalibles localizaban en las grietas de la ciudad silenciosa a los roedores huidizos, a los animalillos de imperfecto mimetismo. Esta presencia sobre sus

cabezas era insoportable para los fugitivos:

¡No para mí! ¡Yo soy de la raza de los pájaros nocturnos! ¡He odiado siempre vuestro mundo, vuestra prostituida civilización!

¡Vuestra prostituida civilización!

¡Vuestra podrida sociedad!

¡Vuestra negra vanidad! ¡Basuras! ¡Todas vuestras retóricas sangrientas!

Creía caminar sobre la ruta de la nada, podía verse a sí mismo corriendo por este sendero de desgracia y de muerte, mientras un miedo insensato penetraba en su alma. Se sintió vigilado por la espalda, espiado por una presencia cruel e implacable, y se volvió de súbito. Pero a pocos pasos, corriendo y sudando lo mismo que él, sólo se veía la silueta vacilante de Siran... y más lejos, perdido entre las sombras movedizas de la noche hostil, Yen Ariz. Y tuvo la impresión de que los grandes ojos abiertos de Ariz ocultaban una terrible amenaza en sus pupilas fijas y heladas. Súbitamente, un cortejo de nubes oscuras veló la luna, ahogando el grito monótono de los pájaros predadores, anegando la ciudad en profundas tinieblas...

Soñó: él era otra persona y caminaba por un camino a oscuras entre altas montañas coronadas de nieve;

soñó que bruscamente se desencadenaba el viento, una oleada de sonidos y colores, una pirámide construida por los dioses.

soñó a un hombre con una máscara de metal blandiendo un puñal y que con gesto exacto le abría el pecho, arrancándole el corazón;

soñó una erupción volcánica;

soñó una gigantesca serpiente que devoraba el sol, una lluvia de meteoritos abatiéndose sobre la faz del mundo;

soñó un aguacero púrpura sobre los techos de la ciudad de los dioses...

Sin la menor transición, de nuevo volvió a ser Jon Claasen, oficial de tercera en el navío superlumínico de exploración Megasol 9.

luego, un gemido, un lamento, un grito.

Atroz, como de alguien que se ahoga

¡ARIZ! ¡ERA YEN ARIZ quien gritaba!

gritos / rechinar de millares de láminas de metal / chirriar de uñas en las murallas de la eternidad / perros (?) de lava y de cólera / serpientes de hiedra estrangulando las sombras de la noche / fuego en esa noche rajada por granizadas azules de puñales — herida en el vientre por escalpelos templados en el veneno de los árboles— y mientras tanto, yo soy algo sin nombre, sin facciones, sin descanso, soy una piedra que cae y no cesa de caer, que va a la deriva por un río de cieno y purulencia, soy un hacinamiento de ávidas mucosas

devoradoras, vomitadoras, pulsantes,

putrefactoras;

la jungla separa los pesados cortinajes de sus sortilegios: soy una bola de cegadora luz, soy un perro, una garlopa y rasco hasta que brote la sangre de multitudes de cuerpos crucificados en suplicio colgados de los pulgares

¡ESTÁ MUERTO! DIOS SABE DE QUÉ HA MUERTO, PERO ESTÁ MUERTO...

muerto... dijo otra voz que no pudo identificar / lo mismo que no había podido reconocer la que habló al principio

soy una bestia blanda enrollada en la sangre del lento encenagamiento de la materia / ¡NO SOY YO QUIEN PIENSA ESTO... ESTAS IMÁGENES QUE ATRAVIESAN MI ESPÍRITU COMO GOTAS DE ÁCIDO Y DE VENENO NO HAN NACIDO EN MI MEMORIA! / ¡NO QUIERO, NO QUIERO SEGUIR SIENDO ESTA COSA ÁVIDA, ESTE DEVORADOR AMASIJO DE PSEUDÓPODOS, DE FLAGELOS PRENSORES.!

luego notó la sensación de un contacto húmedo y áspero a la vez sobre su rostro (¿He encontrado por fin mi cuerpo?) —sin duda había derivado hasta un entrecruzamiento de babosas plantas acuáticas que acababan de pegarse sobre su mejilla izquierda; luego abrió los ojos.

—Los demás se han ido —declaró el perrito blanco—. Es de suponer que habrán vuelto al artefacto que os trajo hasta aquí...

¡Había que oír cómo pronunciaba la palabra «artefacto»!

Todo el desprecio del mundo resbalaba entre sus colmillos, que relucían levemente a la claridad lunar.

—¡Desaparece! ¡Lárgate! —gritó Yen—. ¡No eres más que una pesadilla!

—Te equivocas. Soy muy real. Existo verdaderamente... Tú eres quien debe desaparecer.

—¿Qué les ha pasado a los demás? —preguntó con pavor.

—Te lo he dicho hace un momento. Se han ido. Te creyeron muerto. Qué falta de juicio, ¿verdad? Te han dejado tirado, como vulgarmente se dice. Pasaba por este lugar (creo innecesario decir que no tengo gran cosa que hacer día y noche, que dispongo de todo mi tiempo para pasearme por doquier); así pues, pasaba por aquí y viéndote en tan lamentable situación me he tomado la libertad de lamerte la cara con mi áspera lengua. Es un truco de mi especie, un truco muy antiguo, pero que siempre da resultado. A condición, claro, de que el paciente no esté realmente muerto.

Yen lanzó un gruñido de contrariedad: le molestaba tener que admitir que estaba en deuda con aquella pequeña y ridícula criatura de modales pretenciosos y hablar ampuloso. Intentó levantarse, pero un dolor insidioso empezó a martillearle el vientre.

—¿Qué esperas de mí? ¿Que te dé las gracias? ¿Que te prometa eterno

agradecimiento?

—¡A mí qué me importa tu agradecimiento, tu gratitud! Lo que has de hacer es ahorrar tus fuerzas o lo que quede de ellas. Aquí la noche es peligrosa; pertenece a las fieras de la selva, a los magos del aire... A veces los jaguares llegan incluso hasta las calles céntricas de la ciudad. Son animales muy vigorosos y después de la «partida» de los hombres, han adoptado costumbres de grandes señores. Si te espabilas, aún tienes una posibilidad de alcanzar a tus amigos...

«Hace infinidad de períodos y de superperíodos que arrastro mi desgraciada osamenta y mis pobres fantasmas de un mundo a otro, desde planetas de miseria hasta abismos de infelicidad, pero, desde luego, es la primera vez que una imagen nacida de mi subconsciente se empeña en mandarme qué debo hacer...»

—¿Y si sacara mi desintegrador para abrasar tu miserable morro blanco?

—Tu destino seguiría siendo el mismo. Un buen consejo: olvida tu antropomorfismo. Es una calamidad que ya ha sido eliminada de la Tierra.

Y, tan súbitamente como la primera vez, desapareció. El pequeño ovillo blanquecino pareció disolverse en la noche como un terrón de azúcar en una taza de café.

Yen se incorporó sobre un codo, incapaz de reaccionar. Se estremeció. La luna parecía dibujar en la explanada curiosos arabescos, movimientos furtivos, quizá contornos de ciudadanos fantasmas espiándolo entre las ruinas. En algún lugar (¿lejos? ¿cerca?) creyó oír un bramido bestial. ¡Los jaguares!

Finalmente, Yen consiguió reunirse con sus dos compañeros: peleaban entre sí como energúmenos, revolcándose por el suelo de una gran plaza embaldosada. Lanzaban profundos resoplidos, propinándose codazos y puñetazos. Pegaban con fuerza y lentitud, casi torpemente.

Cuando los llamó interrumpieron su ridícula actividad, sentándose sobre sus talones para mirarle fijamente. Había aparecido entre la noche como un espectro acuchillado de estrías sangrientas por la luz de la luna, dejando pasar largo rato antes de dirigirles la palabra:

—¡Vaya par de marranos! ¡Ibais a dejar que reventase aquí! Su mano empuñó el desintegrador; a tal punto desconfiaba de sus reacciones:

—¡Dos buenos marranos, realmente!

Luego, sin solución de continuidad, estalló en una carcajada incontenible.

Por último preguntó:

—¿Se puede saber por qué luchabais?

Claasen fue el primero en levantarse. Parecía avergonzado. —Creo que no podremos responderte. Puedes dejar tranquilo tu desintegrador...

Yen aparentó no oír el consejo del oficial, aunque después de todo, a lo mejor era una orden.

—Sin duda ya habéis olvidado el motivo de vuestra pelea... De pronto, Siran rompió a sollozar, con la cara escondida entre las manos. Lo miraron estúpidamente; sacudido por hipos convulsivos, su compañero dirigía a un misterioso e invisible enemigo insultos y amenazas que salmodiaba como exorcismos. La sorprendente letanía se transformó pronto en un caudal de palabras incomprensibles, en una especie de cantilena balbuceante. Después se levantó de súbito y les pareció más alto que de costumbre, como si acabara de crecer un palmo. Creyeron que iba a lanzarse sobre ellos y que serían incapaces de oponerle la menor resistencia.

—¡Siran!

Pero ya corría, ágil y veloz, como un animal cazando («No he visto jamás un jaguar —pensó Yen—, pero deben correr así»); se alejaba de ellos a velocidad sobrehumana, salpicado por cascadas rojas y doradas de claridad lunar. Parecía saber exactamente a dónde se dirigía: hacia una gran construcción brillante que destacaba junto a la plaza con la masa reverberante de sus quince pisos abandonados.

—¡Siran! ¡Siran Chadifü!

—No grites —dijo el oficial—. Está loco. ¡Completamente loco!

—¡Eso lo dices tú! —aulló Ariz—. ¡Hay que detenerlo!

Pero Claasen le sujetó con firmeza:

—Te matará. ¡Eso intentó hacer conmigo hace un momento! Quería matarme. Hay algo en el aire, alguna cosa que desea nuestra muerte ardientemente, odiosamente.

Y añadió con voz tensa:

—Que busque un agujero para esconderse, para enterrarse vivo en él...

Yen no respondió.

Mientras tanto, Siran Chadif, el hombre que añoraba un capullo caliente donde enrollarse como una bola y dormir, si no sin sueños, al menos sin pesadillas, se erguía en la terraza de la enorme casa, claramente recortado contra el telón de nubes.

Y LOS OJOS ATERRORIZADOS DESCUBRÍAN EL LÚGUBRE PANORAMA DE LA CIUDAD DESIERTA COMPLETAMENTE EXPUESTA AL RESPLANDOR SOCARRÓN DEL ASTRO NOCTURNO, UN VACÍO ESPANTOSO, UN SILENCIO DEVASTADOR...

En cuanto al navío, estaba allá arriba, tras la alta cúpula de negrura, oculto por ininterrumpidos tapices color plomo y ceniza.

—Es el fin... —dijo el oficial; en su voz se notaba como una melancólica satisfacción.

La titubeante silueta de Siran se destacó un instante contra una nube estriada de reflejos escarlata y pareció elevarse verticalmente, como para tomar impulso, para lanzarse hacia las estrellas, hacia la mole fraterna e invisible del *Megasol*. Pero su salto no elevó a Siran hacia las alturas etéreas, sino que cayó como un meteorito y

con un solo grito hacia el mar de piedra.

Y se taparon los oídos para no escuchar el golpe repugnante del cuerpo al aplastarse sobre las losas. Pero sintieron en todas sus fibras aquel despachurramiento brutal, insensato, y hasta mucho más tarde, mientras corrían ya de callejuela a callejón sin salida y de avenida abierta a plaza abandonada, no dejaron de oír el grito de agonía de su infortunado compañero.

—Nunca saldremos de aquí —declaró el oficial cuando se detuvieron al lado de un ancho pilón de piedra oscura surcado por los flagelos de la densa vegetación.

Yen se abstuvo de hacer comentarios. Volvía una y otra vez su cabeza hirviente de pensamientos inquietos, de relámpagos morados, eléctricos, mientras respiraba con sus dilatadas fosas nasales la suave pestilencia de la muerte...

Claasen cerró los ojos, pero fue inútil: seguía viendo con una precisión implacable los rasgos de una faz odiada, que se dibujaban con claridad alucinante sobre un fondo de algas violetas. Entre las masas verdosas se abrían siniestras cavernas donde pululaban sabandijas impacientes. Era una cabeza de ahogado que parecía a punto de corromperse, descomponiéndose en espesos regueros de carne fundida.

Sus manos empezaron a temblar; descargas de adrenalina sacudieron todo su cuerpo.

Como el día en que, sobre un planeta lejano iluminado por un sol azul, se encontró cara a cara con un Lem. Sin armas, medio muerto de hambre y de sed, tan vulnerable como un recién nacido. Pero su adversario, dando prueba de espíritu caballeresco, o quizá de un supremo desdén, le perdonó la vida. Adivinaba que Yen, en cambio, sería un enemigo mucho más implacable.

(El trueno rodó sobre los templos, despertando en las vastas salas doradas una música saltarina, una cacofonía de ecos sonoros. Y volvió a verse con el pecho desnudo ofrecido al cuchillo de piedra del sacrificador: «¿Por qué quieres matarme?», le preguntó... sin obtener otra respuesta sino una sonrisa desengañada. Gritó al reconocer el rostro inclinado sobre él). Sin embargo, Ariz parecía haber olvidado a Claasen; estaba tranquilamente sentado al borde del pilón, con la mirada perdida en los oscuros abismos de la ciudad muerta, como si estuviera enfrascado en una conversación telepática con los dioses de la podredumbre universal.

Claasen perdió la paciencia:

—¿Por qué quieres matarme?

Yen se limitó a reír silenciosa e irónicamente, pero el oficial lo agarró de los hombros y lo sacudió con rabia:

—¡Estás completamente loco! ¡Ya no sabes lo que te haces! ¿De qué te serviría matarme? Bien sabes que estamos cogidos en la misma trampa... Más vale que me ayudes a buscar el módulo. No nos conviene seguir perdiendo el tiempo...

El rostro de pesadilla se volvió lentamente hacia él:

—¿Matarte? ¿Y por qué?

—Tú solo piensas en eso.

—¡Si ya estamos muertos! —exclamó Yen—. Hemos dejado de existir desde el mismo instante en que desembarcamos. Yo no soy responsable de tus desgracias, ni tú de las mías.

—¡Mientes! ¡Has firmado un pacto con las potencias que se ocultan en las ruinas de esta ciudad! Si no, ¿cómo habrías sabido encontrar nuestro rastro hace unos momentos?

—Ni yo mismo lo sé...

—¡Sigues mintiendo! Estoy seguro de que sabes un camino de regreso al módulo, pero quieres que reviente aquí, en este podrido planeta.

—El universo es complicado —dijo Ariz—; es un lío de contradicciones, de paradojas. Hace ya mucho tiempo, nuestros antepasados lucharon aquí mismo contra la selva, con medios que hoy nos parecen de lo más primitivo. Arrancaron los ojos, los dientes, el vientre y el sexo de la jungla. Castraron cientos, miles de metros cuadrados de vegetación para edificar una ciudad. Para ellos, era una especie de símbolo. ¿Comprendes lo que quiero decir? El hombre, rey de la naturaleza, el hombre sometiendo a su yugo toda la creación... Un sueño perverso, malsano... Ahora yo sé que somos en verdad los herederos de aquellos constructores de lo absurdo: ¿no estamos empeñados en castrar el Universo?

Claasen abrió la boca para replicar, pero no tuvo tiempo de traducir sus pensamientos en palabras: una pequeña luz anaranjada brotó de los dedos del pañolero, y sintió un calor atroz que le devoraba el bajo vientre, le abrasaba el ombligo, le escarbaba el pecho:

la mano roja del sacrificador le arrancó el corazón en un abrir y cerrar de ojos, y cayó sin un solo grito en la hoguera del sol...

Buscaba un jaguar para morir. Pero toda la ciudad estaba silenciosa. Intentó imaginar la consternación del comandante Zagrainsk, su explosión de cólera; quiso representarse las reacciones de los catorce hombres, las diecisiete mujeres y los ochenta y nueve andróides de ambos sexos que componían la tripulación (elegida al azar) del *Megasol*, cuando lo supieran... ¿Cuando supieran qué?

Buscaba vanamente un jaguar para morir.

—¡Volved a Comu! ¡Aquí no se os ha perdido nada! Cuando lleguéis allí, decid que la Tierra murió de muerte natural y que los hombres no tienen nada que hacer aquí... ¡Nada más!

Hubo luces parpadeantes, estallidos de atrayentes colores; toda una fachada iluminada por una orgía de luz:

CI NE RA MA

una avalancha de sensaciones...

Entró en una sala oscura, notó a sus espaldas el discreto ruido de una puerta que se cerraba. Una hilera de lamparillas empezó a titilar, transformando la negra noche en penumbra, y cayó, más que se sentó, en una mullida butaca, profunda y confortable.

Al principio no pasó nada. Agotado, prisionero de la blandura acaparadora del asiento–camilla donde se había hundido, y que empezó a vibrar acunándole dulcemente como para hacer dormir a un niño, estuvo a punto de dejarse vencer por el sueño, de extinguirse de un papirotazo. Quizá, si verdaderamente se hubiera adormecido, habría regresado a sus antiguas pesadillas: los cuerpos desfigurados por la tortura, las carnes suplicadas en vivo por el fuego y el azufre, los ojos desorbitados por el terror inhumano, las mujeres arqueadas en un orgasmo de muerte. Quizá se habría convertido en perro.

garlopa, molusco, jalea voraz suspendida como una araña translúcida en su tela de dimensiones de sueño y despertar

¡pero!, una pantalla–espejo inmensa, rectangular, cóncava, se iluminó al fondo de la sala y la representación empezó:

la civilización se puso a hervir en estallidos de imágenes brutales (¡era mucho más de todo cuanto jamás había logrado imaginar!), la bestialidad humana renació de sus cenizas en un formidable caos asesino y obsceno... ¡Atención!

¡allegro!, las armas sembraron la muerte en un fuego de artificio de inefables esplendores... *¡adagio!*, con un primer plano de cadáveres...

la sala pareció estallar, escupiendo sobre el único espectador granadas y centellas (¡¡¡diablos, qué hermoso!!!)

una música ritual (lágrimas, gemidos, aullidos de agonía, jadeos de goce, vociferaciones imbéciles) acompañaba triunfalmente a las imágenes: *¡andante furioso!*, en contrapunto de Apocalipsis y matanzas en tecnicolor y relieve total.

¡Redió! ¡El mundo estallaba como una bomba! ¡Heme aquí de vuelta a casa! heme aquí...

Pero la representación no había terminado.

cambiaba de tema, pero siempre trataba de las mismas dos cosas: violencia y sexo.

... sobre un fondo abigarrado de lo mismo, un grupo de soldados barbudos, andrajosos y sudorosos perseguía a una joven ululante, de vestidos artísticamente desgarrados. El desenlace de esta escena era muy fácil de adivinar. En un decorado de rocas y zarzales polvorientos, la fugitiva jadeando ruidosamente tropezó, como era de esperar, con una piedra de agudas aristas y cayó de espaldas, con las piernas al aire y

los muslos espléndidamente desnudos. Esta caída espectacular fue acogida por risas y gritos burlones. Uno de los bellacos se lanzó sobre su víctima y comenzó a arrancarle los pobres jirones de ropa que disimulaban (escasamente) las partes más interesantes de su exuberante anatomía. Los demás soldados, que llegaban a la carrera, arrojaron sus armas y se quitaron rápidamente los pantalones. Alrededor de la pareja que luchaba en el polvo, pronto hubo un semicírculo de caras brillantes, de gestos concupiscentes y de miembros erectos...

La mujer chillaba, se debatía, tumbada sobre sus harapos. Yen pudo comprobar que poseía unos pechos muy desarrollados, con pezones desmesurados... ¡muy excitante! La cámara encuadró, complaciente, la espesa guedeja del pubis, ya que dos de los hombres terminaban de agarrar las piernas de la fugitiva, manteniéndole los muslos bien separados. Le pareció sumamente interesante aquel espectáculo; era mucho mejor que los complicados ejercicios de los ciudadanos de Comu. ¡Esa sí que era una hermosa brutalidad bien realizada, a lo bestia, sin fiorituras! El soldado que había capturado a la mujer se tumbó entre sus piernas con magníficos gruñidos de bestia salvaje. Los aullidos de dolor de la víctima se transformaron poco a poco en un gemido prometedor...

pero cuando el verdugo, abandonando el sexo de la mujer, rodó hacia un lado, se produjo un cambio inesperado en el ritmo de la escena. La jadeante respiración de la joven quedó cortada en seco, los músculos de sus pantorrillas y muslos se crisparon y su rostro, sucio de polvo y lágrimas, se congeló en una máscara dolorosa. El vello de su vientre adquirió un relieve extraordinario y fascinante, mientras los soldados se inmovilizaban al mismo tiempo, como si algún sutil maleficio los hubiera metamorfoseado súbitamente en estatuas de barro y de silencio. ¡La música terminó con un hipo ridículo!

Yen se agitó nerviosamente en su butaca, sintiendo repentinas náuseas, vértigos; la cabeza le hervía en una atroz cefalea.

La película había quedado detenida en un cuadro singular: un hombre caído de espaldas en el pedregal, con el sexo erguido hacia un cielo implacable; una mujer echada por el suelo, con los muslos abiertos; los soldados semidesnudos, plantados en la escena como efigies ridículas y priápicas...

El dolor se hizo insostenible, y quiso levantarse. Pero un peso insoportable le oprimía las espaldas, le trituraba el pecho.

... mientras tanto, algo se movía, hurgaba dentro de la imagen. Pese al dolor que le inundaba los ojos de lágrimas, vio una pequeña masa temblorosa, un flagelo vibrante que se desprendía lentamente del sexo de la mujer. ¡Como si diera a luz *post mortem* al «gusano conquistador»!

Y la cosa insensata se retorció de manera grotesca, alzando una cabeza ciega, y empezó a crecer con un vigor inquietante hasta caer blandamente en el polvo,

bruscamente despegada de las entrañas polucionadas que la habían engendrado.

Luego... (fue un espectáculo alucinante, que producía vértigo) de las bocas inmóviles, de las narices dilatadas, de los falos erectos, se escaparon otros seres vegetales que reptaron sobre la pantalla con movimientos de una lentitud hipnótica.

—¡Estoy loco!

En este momento sufría en grado intolerable, como si una mano cruel le sumergiera el cerebro en un baño de ácido. Frenéticas punzadas acometían sus tímpanos, millares de escalpelos sajaban el interior de su cráneo. Pero cuando sintió que una cosa «abominablemente viva» brotaba de su oreja izquierda y se arrastraba con nauseabunda circunspección a lo largo de su nuca, ya no tuvo fuerzas ni para gritar.

Los protagonistas del drama abandonaron la pantalla...

las lamparillas se apagaron una a una.

ADANEVA

Philippe Curval

Solo, sí, solo. Una vez más desciendo por el camino plastificado, cubierto de musgos y líquenes. Azul, rojo, gris. La mañana. El sol, bola enorme y tumefacta que surge. Cierro mis párpados laterales que oponen un filtro a los peligrosos rayos del astro. Violeta, rojo, pardo. A mi derecha un camión abandonado; su carrocería es cálida. Como ayer, hago un alto en este precioso lugar para contemplar el paisaje; valles que se cruzan, colinas que dan variedad al bosque. A lo lejos, el mar coronado de niebla. Me acomodo sobre los enmohecidos cojines, en el interior de la cabina del camión. Olor cálido y húmedo de la borra y del revestimiento plástico descompuestos. Por juego manejo el arranque, sin éxito. No existe la menor esperanza de que las baterías proporcionen algo de corriente y arranquen el motor aunque sólo sea un instante. Es lo que más encuentro a faltar en este planeta abandonado: el canto de las bielas y los rotores, el canto de las máquinas en acción. Aquí todo se halla reducido al estado natural, las ruinas de la civilización están muertas. Bastaría que este camión no se hallara fuera de la carretera, podría hacerlo deslizar por la pendiente, y al rodar, poner en marcha el alternador que produciría corriente eléctrica y recargaría la batería en los pocos kilómetros de pendiente que conducen hasta el mar. ¿Qué imbécil volcó la máquina de este modo en el momento de la catástrofe? Imposible responder, reconstruir el acontecimiento pasado. No existe ya inspector que realice la investigación, ni testigos, ni nadie. Estoy solo, sí, sí, solo.

Me prohíbo ceder a las lágrimas y bloqueo la secreción a nivel de mis glándulas lagrimales. No debo abandonarme a los sollozos que me sacuden. Un instante de debilidad puede acarrear mi muerte. A pesar de mi soledad no quiero morir, me niego a ello; así tengo la sensación de escoger mi suerte.

El sol empieza a hincharse; en pocas horas habrá doblado su volumen. Esponja de fuego. ¿Un pequeño animal que salta a mi derecha rozándome la pierna? No, no es nada, un torbellino de viento matinal que juega en la espesura. Soy el último representante de la vida superior en el planeta Tierra. Desde hace diez años recorro las antiguas carreteras en busca del menor vertebrado; en vano. Ni el menor cuadrúpedo, ni el más pequeño pájaro para hacerme compañía. La Tierra es un mundo vegetal. Mis ojos se hallan saturados de verde. Verde que bordea las carreteras de gran circulación, que roe los tentáculos de las ciudades, después de haber devorado pueblos y caminos. ¿Qué quedará dentro de un siglo de los restos de la civilización humana? Los más altos monumentos ceden ante las raíces, las garras, el succionar de las plantas, trepadoras, plantas que alcanzan fácilmente centenares de metros de altura y recubren inmediatamente las ruinas formando flores gigantes, desmesuradas, tumultuosas, pétalos amariposados, corolas preñadas de polen, polen que se derrama, polvo de ocre, polvo de oro, saqueador, volador, ciclo infernal de la reproducción, de la germinación.

Este mundo delirante me encadena a compartir su delirio. Entonces me refugio

junto al mar. El sabe calmarme. Sus orillas cuajadas de sal conservan cierto frescor. En su ambiente las algas no se desarrollan de manera monstruosa. Dentro de media hora estaré cerca de la playa, mi refugio.

A pesar de todo no puedo evitar cada día largas incursiones al continente. El mar es acogedor. ¡Me ha visto nacer! Pero es el guardián de mi soledad. Yo quiero escapar a ella, encontrar un ser humano para compartir una herencia demasiado pesada. ¿Humano? ¿Me concierne a mí esta palabra aprendida? ¿Soy humano? ¿Tiene alguna significación esta palabra? No puedo aplicarla a otra entidad. ¿Existo? Puedo afirmar que yo soy, pero ¿quién más, qué otro puede atestiguarlo? Hablo en voz alta, chillo, pero esta manifestación, del monólogo al grito, no suscita el menor eco. ¿Quién me responderá algún día?

Bajar corriendo los pocos kilómetros de atajo que me separan de la playa de arena. Placer de sentir trabajar mis músculos. Domino mi carrera: firme la pantorrilla, proyección del muslo, la rodilla despliega la pierna que se distiende, el pie se asienta ruidoso sobre el suelo. Calor en el duro callo que me protege de las espinas y las piedras. No ando, agarro el camino con mis pies.

Durante mis incursiones solitarias en busca de un ser vivo, cien veces, mil veces, he intentado analizar los acontecimientos que preludieron mi nacimiento. Hipótesis. Antes de deteriorarse, las máquinas que me educaron me lo han enseñado todo acerca de las ciencias humanas, historia, geografía, geometría, matemáticas, física, química, biología, sociología, filosofía, literatura y muchas otras disciplinas; soy una enciclopedia viviente, digna de sobrevivir a una larga cadena de civilizaciones. Soy el ser más evolucionado del planeta. Pero estas máquinas nunca me han explicado por qué he desembarcado en un mundo que no corresponde a los datos que me han sido suministrados. ¿Por qué las ciudades y el campo están despoblados? ¿Por qué la selva es reina? ¿Por qué no queda la menor traza de vida inteligente? Aparte los insectos y los peces, estoy solo.

¿Soy el fruto de un experimento conducido hasta su fin? ¿Este fin implica el fin del mundo? ¡Un superviviente! No obstante, si me comparo a los seres humanos de quienes creo ser el último ejemplar vivo, me es fácil comprobar lo mucho que difiero de ellos. Mis genes han sido modificados. Tercer párpado para protegerme del ardor del sol. Pies prensiles para trepar a los árboles de la selva. Doble sistema respiratorio que me permite vivir en el seno de dos elementos: aire y agua. Al contrario que mis antepasados, estoy equipado para sobrevivir sobre este planeta. ¿Han inventado las máquinas mi origen? Ya no menciono el embrión de alas cuyo desarrollo puedo observar desde hace poco sobre mis omóplatos, mis huesos duros, compactos y ligeros, mis manos y mis pies palmeados hasta la segunda falange, el sonar que me permite desplazarme sin visibilidad. No, no menciono todos estos atributos suplementarios porque quiero ser un hombre, sólo un hombre, para encontrar a otros

hombres que no me arrojen piedras cuando los encuentre. Soy de su raza, he heredado su cultura. ¡Escarnio! ¿Qué queda de todo esto? Libros roídos por los insectos, cuadros corroídos por extraños mohos, películas precintadas en botes herméticos y que es imposible visionar por falta de electricidad, músicas muertas en la cera, esculturas, arquitecturas devoradas por la vegetación.

Soy el único sucesor de civilizaciones dormidas e intento hacer fructificar mi parte de herencia. He leído millares de libros, visitado centenares de museos, he aprendido a tocar diferentes instrumentos musicales, pero después de diez años, desde que se detuvieron las máquinas que me han educado, no he podido reconfortarme con imágenes de la vida de mis semejantes. Es necesario que consiga poner en marcha una unidad energética, aunque sea tan sólo para despertar los fantasmas dormidos en las cinematecas.

Algunos pasos, luego el mar. Batiburrillo de desperdicios multicolores. Plásticos despedazados, maderas flotantes, hartas de mar, claves de una civilización. La grava. Dentro de unas horas la temperatura será de más de cuarenta y cinco grados a la sombra; no le temo a este horno. Mi equilibrio biológico está regulado para soportar las mayores diferencias de temperatura. Del espacio cubierto por los árboles a las blancas rocas reverberantes de sol, pueden haber enormes diferencias. Desde hace quince días es verano según el calendario, pero el viento glacial que no cesa de soplar del casquete polar, situado algunos grados de latitud por debajo de Niza, lucha contra la canícula.

Telón cerrado de eucaliptus, pinos y palmeras. Frontera sombría, ininterrumpida, que corre a lo largo del mar hasta perderse de vista. El muelle de hormigón gris que orla la ciudad junto a la playa está agrietado, fisurado. En los intersticios, se depositan semillas y esporas. Algunos arbustos y lianas ya han conseguido romper el suelo. Las viñas lanzan al cielo sus tortuosos sarmientos. Las enclenques mimosas corren sobre el suelo como fresales. La vegetación se lanza al asalto del muelle. Tras de mí se extiende la ciudad, cortada a filo de cuchillo, graciosa y complicada. Ciertos barrios de Niza están perfectamente conservados y son testimonios del genio de sus constructores. Saledizos calados, ocre pálido de las fachadas a la italiana, torres solares. Densidad fantástica de construcción; manierismo y estilo funcional mezclados y entrefundidos. En las alturas, el poderoso crecimiento de la jungla ha hecho crujir la arquitectura. Las paredes desmoronadas sufren el asalto de una vegetación salvaje. También nacen extravagantes fantasías, jardines colgantes, macizos lujuriantes, espesuras de flores barrocas que estallan como fuegos de artificio por encima de la verde monotonía de la selva. Armonía destruida y recreada. Cadáver, un hermoso cadáver. Porque amo a esta ciudad, por eso me he quedado en ella después de diez años de viajar a través del planeta, después de millares de kilómetros recorridos a la busca del hombre.

Apenas tengo razones para creer que encontraré una respuesta a mis preguntas en esta ciudad, y no en otra, pero sin embargo intento quedarme el máximo tiempo posible. ¿Será por un presentimiento? ¿Por un recuerdo?

Han transcurrido dos meses desde mi llegada, pero la impresión que aquel momento me causó todavía sigue fresca. Era al comienzo de la primavera, al fin de una estación de lluvias. Yo salía de entre las últimas vegetaciones; del suelo empapado de agua subían vapores azules y rosas. Un amanecer tan dulce como insinuante. Finalizaba un recorrido de muchas semanas siguiendo los rastros de las pequeñas carreteras comarcales que aún subsisten a través de la selva, peregrinación hacia las ciudades y pueblos del interior donde a veces sólo quedan trozos de un campanario, restos de un castillo, una piscina, un supermercado, las ruinas de una torre de vigía. Viaje penoso e inútil. Tan sólo un buen recuerdo, el olor de las cavas. He descubierto en este país gran número de botellas de vino perfectamente conservadas pese al creciente calor exterior, por hallarse hundidas en laderas calcáreas a muchos metros de profundidad. Junto a los alimentos en conserva y las obras de arte, son los únicos testimonios tangibles que hacen soportable la enseñanza de las máquinas. El alcohol todavía puede hacerme creer que seres semejantes a mí han vivido en estas ciudades fantasmas.

La embriaguez aligeraba mi paso; tenía prisa por abandonar la terrible atmósfera de la selva, rancia y malsana exhalación. Gracias a un claro situado cerca de un barranco, terminaba de entrever Niza, anidada junto al mar. ¡Abandonar la noche verde! El miedo, amplificado por el alcohol, me hacía correr hasta la ciudad. Al encontrar el primer inmueble, pasado el cartel indicador, me dejé caer contra una pared, sin aliento. Después de beber un último trago lancé la botella contra las piedras. Rota. Trozos de vidrio sobre el suelo todavía oscurecido por las últimas lluvias.

Un ruido, no un zumbido de insecto; un ruido, no una rama agitada por el viento, ni el agua caída súbitamente de una hoja abarquillada. Un ruido anormal. Digamos más bien que jamás había oído otro parecido y que no podía proceder del medio natural que frecuento. No era tampoco el ruido rítmico de un ser o de un animal corriendo. Me levanté, estaba borracho. Anduve titubeante hasta el lugar de donde procedía el ruido, en una calle cercana. Me pareció ver desaparecer una silueta a la vuelta de un inmueble cercano. Asustado, me precipité en esa dirección. Tropecé en mi carrera cayendo a algunos metros de la encrucijada donde se desvaneciera la aparición. Un grito grave y lúgubre surgió de la calle oculta. ¿Soñé? Me levanté, luego nada. Hoy ya no consigo recordar los sueños que tuve después de ese incidente, sumido en el sueño de la borrachera. El ser humano que huía ante mí corría demasiado aprisa, demasiado rápido, yo no podía alcanzarle porque dormía.

Siempre estoy obsesionado por la misma visión, atenzado por la misma duda.

Pero jamás he descubierto nada que pueda asegurarme la veracidad del hecho. Sin embargo, luego he recorrido esta ciudad en todos los sentidos, he visitado hasta el más pequeño rincón de los barrios todavía habitables, cerca del puerto y detrás del paseo de los Ingleses, me he aventurado incluso hasta la ciudad alta para visitar los rascacielos ruinosos, asaltados por una vegetación demencial. He sufrido el ataque de flores venenosas, bejucos tentaculares que prefieren los rincones más aislados y sombríos de las ciudades al abrigo de la selva. A veces tengo la impresión de que estas plantas son disidentes y que han escogido libremente su residencia. Ni un signo, ni un indicio. Nadie. Siempre el silencio y la soledad. El ruido no se ha repetido jamás.

Botellas alineadas a lo largo de los vacíos mostradores; me gustan los cafés, lugares encantados por las masas desaparecidas. ¡Y no es solamente el alcohol lo que me trae a ellos! Más que las viviendas desiertas, los cines vacíos, los aeródromos muertos, las calles y las plazas abandonadas, los cafés a veces me proporcionan la sensación de moverme todavía entre mis semejantes. Capto allí el sentido de la palabra sociedad. Durante mi educación, las máquinas me han intoxicado con esta noción, me recordaban cada día que el hombre es un individualista que sólo puede sobrevivir en sociedad. La sociedad, objeto primordial de su enseñanza. ¿Cómo se puede crear una sociedad cuando se está solo? Quizá yo sea el prototipo que los hombres han concebido para realizar una sociedad perfecta. Pero, entonces, ¿dónde están mis semejantes? Yo soy libre y dueño de mis actos, me ha sido dado un planeta entero para inventar una nueva civilización. Soy único, y cada mañana, al despertarme, determino quién soy yo, en qué sociedad vivo. Por una vez al menos, desearía que se me impusiera una voluntad distinta de la mía. Entonces sabría cómo reaccionar.

Estallido de los plásticos y de los metales, rutilar de las vidrieras bajo los rayos del sol creciente, imitación de la luz eléctrica. ¡Luz eléctrica, placenta de mi infancia, yo te he perdido! ¿Cómo encender las pantallas de la trivisión, las vitrinas de las tiendas, cómo recobrar el embrujo de los cafés? ¿Qué hacer para que la energía anime de nuevo este mundo muerto? Teóricamente soy ingeniero. Una rigurosa enseñanza ha desarrollado mis conocimientos en los campos más avanzados de las ciencias y de las técnicas. Pero las instalaciones subterráneas de las centrales están totalmente desprovistas de combustible; no puedo arreglar la avería general. Por otra parte, necesitaría más de una vida para poner en marcha estas fábricas con los circuitos corroídos por la humedad, los mecanismos oxidados, los conductos de plástico retorcidos por el calor.

Y sin embargo, si pudiese revivir un solo barrio de una sola ciudad, ver las calles rodar, las tiendas iluminarse, surgir el sonido, aparecer las imágenes, tendría por un instante la ilusión de resucitar un universo concebido para mí. Pues, en verdad, es el

hombre quien ha creado las ciudades, quien ha poblado la Tierra de una fauna y una flora a su antojo. Soy el último descendiente de los inventores del mundo, el heredero de su ciencia, y asisto impotente a la rebeldía de la creación.

Tenía diez años cuando las máquinas se detuvieron en el interior de mi esfera submarina. Automáticamente fui expulsado, supongo que por medida de seguridad. Brutalmente, pero sin daño. Mi cuerpo fue preparado para vivir en este planeta bajo las más duras condiciones. En aquella época sólo conocía del universo las imágenes holográficas que mis educadores electrónicos me proyectaban. Para ejercitar mis músculos, para entrenar mi cuerpo encogido en la esfera, me era permitido nadar por su periferia. Para conocer la Tierra, tenía tantos simuladores, que no era preciso confrontarme con la realidad. No estaba preparado para abordar la superficie del planeta, estaba aislado en este laboratorio onírico donde las máquinas me enseñaban a creer que yo existía, sin querérmelo demostrar. Incluso tenía la impresión de que la esfera quería retenerme, tan afectuosa era. Impresión solamente, calor familiar de los objetos, sistema de olores indicados para entrenar mi imaginación. Incluso en el terreno del gusto, pienso que las máquinas me maleaban, que querían retenerme en este Eldorado por todos los medios posibles. Reflejos múltiples de los pasadizos, de las habitaciones y de los muebles. Aparte de la semiesfera inferior, reservada a los locales técnicos y a la que no tenía acceso, las restantes partes de la burbuja eran completamente transparentes. A través de las paredes circulaban las redes cobrizas que enlazaban la burbuja submarina con las máquinas, panoplias de circuitos impresos sobre paneles, ferritas de reflejos metálicos, imágenes de mi infancia, jeroglíficos indescifrables. Es la imagen más exacta que puedo dar de mi universo fetal.

Y el mar rodeaba esta burbuja transparente; luminosa, irradiaba a su alrededor durante el día ficticio, y se apagaba cuando decidía ser noche. Silenciosa, palpitaba en el seno del océano que se teñía de un azul diferente según las estaciones. No sentía deseos de huir del regazo delicioso; allí estaba rodeado de los más tiernos cuidados. Jamás podré olvidar el instante en que fui arrancado.

No lo comprendí durante los primeros minutos. Estaba tan acostumbrado al perfecto funcionamiento de la esfera, que no establecí la relación entre las ciencias y las técnicas que me enseñaban y la actividad de las máquinas que me educaban. La burbuja madre era de esencia divina, inmortal.

La separación, pérdida de vida. Dolor y soledad. Durante mi ascensión a la superficie, caracoleaba, ebrio, en el embudo de perlas que me rodeaba. Algunos peces familiares con los que jugaba de niño me acompañaban. Grité. ¿Qué ocurría? ¿Había sido programado desde mi nacimiento el instante de mi expulsión? No, estaba seguro de que la luz se había apagado repentinamente en la esfera, y que la ínfima vibración que la recorría, la pulsión misma de la vida, se había detenido algunos segundos antes

de que yo fuese proyectado fuera. ¿Avería? ¿Se había agotado la pila atómica antes de tiempo? Actualmente, después de visitar tantas otras instalaciones similares, todas fuera de uso, pienso que la vida eléctrica de la Tierra se detuvo en los años que precedieron a mi eyección de la esfera. ¿Fueron robadas las reservas de combustible? No, el laboratorio había sido previsto para durar mucho tiempo, pero no para funcionar ilimitadamente.

Por tanto, si soy el fruto de una experiencia destinada a preservar un representante de la especie humana ante una amenaza previsible, o más simplemente, un tipo particular de humano destinado a una tarea precisa, debí gozar durante más tiempo de la protección de la esfera. En tal caso, el plan habría previsto seguramente dotarme de una hembra.

O quizá las máquinas se pararon cuando el fenómeno devastador privó a la Tierra de sus habitantes. ¿Quién me responderá? ¿Moriré sin saberlo? Estoy solo y busco. En algunos momentos creo que hay una mujer sobre la Tierra que me espera, que voy a encontrarla. ¡Absurdo! Soy el único ser humano, soy Adán y Eva, formando simbiosis en un cuerpo único. Por eso me llamo a mí mismo: Adaneva. Grito mi nombre en el silencio.

Emergí. Sol ardiente. Mis párpados se cerraron. Sentía el calor sobre el rostro. Mi cuerpo todavía estaba bañado por el fresco líquido en cuyo seno había nacido. Abrí los ojos prudentemente; por instinto conservé la protección que constituye mi tercer párpado, indispensable cuando el cielo no está velado. Anegado en el azul. A lo lejos, en el horizonte, un hilo gris oscuro estaba tendido paralelamente a la superficie. Era la primera vez que veía el horizonte. Tardé muchos minutos para comprender que estaba viendo una costa. Luego me dirigí a esa dirección. Ni por un instante pensé volver a la esfera; el trauma había sido demasiado fuerte, demasiado súbito. Reaccionaba bien. Mis brazos y mis pies batían fácilmente el agua en rápida cadencia. Perdí la noción de mi existencia, era acción, motor puesto en marcha, sin dirección, rodando hasta el agotamiento. Agotado lo estaba, cuando llegué a la blanca playa que sirvió de cuna al recién nacido que el mar acababa de parir.

A los diez años estaba fuerte y bien constituido, con sólidos recursos tanto a nivel mental como físico. La travesía y el acontecimiento brutal que la precedió me dejaron sin fuerzas durante muchos días. Recuerdo los breves instantes de lucidez, durante los cuales sólo tenía tiempo de comprobar si era de día o de noche antes de volver a dormirme. Es probable que este largo y profundo sueño me sirviese de bálsamo. Si hubiera tenido que enfrentarme enseguida a la realidad, quizás habría perdido la razón. Pero a nivel subconsciente, las lesiones fueron profundas.

Actualmente hago el balance de los diez años que me separan de aquella época. Es pobre. La historia de mi vida es una serie de repeticiones. Monótona. De vagabundeo en vagabundeo a través de los continentes, he encontrado ciudades

muertas, carreteras desiertas, pueblos ruinosos devorados por la selva, marea verde. La invasión se produjo insensiblemente. Al principio eran algunas matas de hierba que aparecían en los arrabales de una ciudad, en los suburbios nacidos en una antigua expansión industrial abandonada, donde el plástico no reemplazó sistemáticamente a los adoquines y al asfalto para cubrir el suelo. Estas hierbas son de una nueva especie; al menos no aparecían en las lecciones de botánica que he recibido. No son gramíneas; jamás las he visto florecer. Se manifiestan en la superficie como cuatro o cinco tallos enjutos y ásperos de pequeño tamaño. Sólo una vez he podido ver sus raíces, ya que es imposible arrancarlas. La carretera se había hundido y permitía examinar la sección del subsuelo. La hierba había hundido más de cuarenta centímetros de raíces filiformes de una pulgada de grosor, cuya forma parecía calculada para reventar el suelo. Cuando las calles han sufrido este primer laboreo vegetal, las semillas de la selva ya pueden germinar en ellas. Entonces, el asalto es rápido.

Al llegar por primera vez al continente, las ciudades todavía no habían sufrido el asalto de la marea verde. ¿Lo soñé? Era de noche, sí, de noche. Bordeaba la orilla apresurando mis pasos hacia una luz entrevista, una aurora muy localizada. Mi corazón parecía a punto de estallar. Por fin encontraría, tocaría a estos seres míticos de los que sólo había visto hologramas en las pantallas de trivisión. Conocería su presencia física. Temí no parecerme del todo a ellos. La enseñanza recibida hacía resaltar siempre nuestras diferencias fisiológicas. Estaba enamorado del hombre, sensualmente dispuesto a amarle; tocar una mano, acariciar un hombro, unir mi mejilla a otra mejilla, unir mi pecho con otro pecho. Yo era amor. ¿Sería rechazado?

Primeros pasos en la ciudad iluminada, suburbio de cubos sin ventanas, sabiamente iluminados según ritmos de colores. Sin duda los habitantes dormían. La vida estaba más lejos, hacia el corazón de la ciudad. Desierta la plaza donde convergían las grandes avenidas, vacías las tiendas, despobladas las calles, deshabitados los apartamentos. Todo estaba congelado bajo la luz eléctrica. Reseguí un instante las luces que corrían a lo largo de las fachadas, los haces que barrían el suelo, aquella palpitación fantástica de la iluminación artificial, que brotaba, surgía, estallaba en las paredes, en el plástico de las calles, de las vitrinas, de las ventanas. La luz daba una apariencia de realidad a la ciudad abandonada. Todo se apagó bruscamente. Sollocé largo rato en la oscuridad hasta que el sueño me traspuso.

Al día siguiente aún confiaba en que aquel fenómeno sólo fuese local. La región de la India que había abordado habría sufrido un extraordinario cataclismo que no me explicaba; pensaba que el resto del planeta se habría salvado y que encontraría la vida. Nada. A medida que recorría el litoral dirigiéndome al oeste, subiendo a veces hacia el interior en grandes caminatas por carretera para visitar las aglomeraciones más importantes, en todas partes encontraba el mismo abandono. Como si los

hombres hubieran desertado súbitamente de la Tierra. Verificación de la soledad absoluta. Observaba también la progresiva invasión de la selva. En ninguna parte encontré el menor signo, el más mínimo indicio que pudiese darme una pista acerca de tal deserción a escala planetaria. Las máquinas me habían informado sobre los libros y periódicos, había visto microfilms que los reproducían, aun sabiendo que no existían desde hacía muchos siglos. Toda la información se suministraba á través de las pantallas de trivisión y reproductores sonoros. La civilización de la imagen y del sonido, iniciada en el siglo veinte, había devorado a la galaxia Gutenberg. Los mensajes que el hombre habría podido dejarme, dormían en las películas, los discos y los cassettes, inutilizables por falta de electricidad.

Actualmente no dudo que fue un gigantesco éxodo de la humanidad hacia el espacio, hacia otros sistemas solares, otros planetas. El mundo en el que vivo ya no es exactamente la Tierra; algo ha roto el equilibrio ecológico favorable a la supervivencia de los vertebrados. En compensación, este fenómeno es favorable a la vegetación y a las demás formas de vida. También ha respetado a los peces de las profundidades. El clima ha sido trastornado; en la parte del globo que he recorrido, períodos de lluvias torrenciales alternan con temporadas de intenso calor. Este planeta sólo es habitable para mí, los peces, los invertebrados y todas las formas vegetales. A veces dudo de mi diagnóstico, ya que sólo puedo hacer suposiciones acerca de las causas de los cambios producidos en el medio ambiente; entonces se plantean nuevas preguntas. Pero cuando no me dejo engañar por mi subjetividad, sé explicarme la huida de los hombres y la invasión de la selva: la atmósfera de la Tierra ha sufrido una modificación.

Los que no huyeron se suicidaron. Quedan huellas alrededor de las ciudades; restos de osamentas ante los crematorios. Millones de seres humanos prefirieron la muerte a lo desconocido. El suelo de los grandes astropuertos está fundido por acción de las toberas escupiendo fuego. ¿Qué ha sido de los fugitivos? ¿La humanidad se ha dispersado al azar por las estrellas o se ha replegado ordenadamente hacia sistemas solares escogidos de antemano? Allí, al extremo de mi dedo, apuntando hacia el firmamento. Pero ¿por qué razón he sido creado yo, Adaneva?

En Niza, la primera ciudad donde he oído un ruido no natural, he decidido resolver el enigma. La ciudad muere con belleza. Me he alojado en un piso al borde del mar, como centro de mis salidas, sean a pie o nadando, ya que todos los vehículos están inutilizados por falta de energía eléctrica.

Niza es una invitación a la vida sedentaria. Todas las ciudades que hasta aquí han jalonado mi camino, sólo eran etapas de mi estupor. Aquí he despertado. He comprendido al fin que la enseñanza de las máquinas correspondía a una realidad; por cuanto la comprobación de mis informaciones está sometida a un gran margen de incertidumbre, supongo que los vestigios que me rodean son contemporáneos de la

época en que fue construida la esfera submarina, salvo error de algunos años. Esta diferencia se nota sobre todo en la tecnología más avanzada. Lo he comprobado en los centros de energía que frecuentemente he visitado con la esperanza de ponerlos en marcha. El laboratorio donde nací fue construido años antes de la gran partida.

Tiendas, pillaje lento. He desembalado millares de cajas, abierto millares de latas, probado millares de vestidos. En un principio me complacía este desperdicio, luego llegó la indiferencia. Ahora sólo frecuento los grandes centros de venta para alimentarme. Comilonas. Resuenan las grandes salas vacías. Estoy solo. Huelo cuidadosamente cada bote antes de comérmelo, ya que las fechas de caducidad inscritas en ellos han sido ampliamente sobrepasadas. La mayor parte de las veces prefiero pescar y comerme los peces frescos. En este deporte he adquirido una notable maestría.

¡Borracheras, borracheras! ¡Litros de alcohol y de vino para vencer el miedo, para dominar la angustia, para comprimir el tiempo! Aparte de los momentos de lucidez y de valor que m© deciden a realizar largas incursiones por las ciudades o las selvas, como y bebo. Euforia, olvido.

¡Y el amor! Desde hace algunos años he descubierto el placer sexual. Me impongo reglas muy estrictas porque temo abandonarme a él hasta el agotamiento, hasta la muerte. Para ello construí un complicado calendario que me autoriza cierto número de días y horas durante el mes, siempre que las circunstancias climáticas, o reencuentros, no vengán a interferir en contradicción con estas fechas. Así, un cielo nublado, determinada especie de pez o árbol, unas cortinas azules en la ventana de un piso, pueden impedirme hacer el amor. Pues yo no me entrego a la masturbación. ¡Yo amo!

Algunos años después de mi salida de la esfera submarina, noté los primeros síntomas de la pubertad. Me desdoblaba, yo Adán imaginaba a Eva. Eva inscrita en todas las superficies posibles de las ciudades, mujer anuncio, mujer etiqueta, todopoderosa obsesión del deseo masculino proyectada ante mis ojos. El lento acceso de las mujeres a la igualdad social no engendró nuevos símbolos. Mis maestros electrónicos tenían razón al enseñármelo; la mujer–presa se sublimó en mujer–imagen con la que el macho se regodea. A ojos llenos. Yo estaba solo y me preguntaba: ¿por qué no han previsto una pareja en la operación supervivencia? Si fui creado para suceder al hombre sobre la Tierra, ¿cómo esperan que me reproduzca? Pregunta estúpida que me asedia desde hace más de diez años y que se agudizó terriblemente durante mis primeras emociones sexuales.

Aquella mañana salía de Chandigor; había recorrido más de sesenta kilómetros aprovechando el atajo que se abría en la selva a lo largo de una línea de aerotrén. Era verano. Después de quince días de intensas lluvias, la vegetación estaba exuberante bajo el sol. Flores, olores. Me aturdió esta fantástica exaltación vegetal. Saqué de mi

mochila algunas conservas, comí rápidamente, tendí una mosquitera y me dormí pronto. Horas después fui despertado por un desconocido ardor que irradiaba de mi vientre. Encendí mi mechero. Unos pétalos rojos y carnosos habían cubierto mi sexo en erección. La flor, enorme, se abría al extremo de un bejuco verde. Ese tentáculo vegetal había trepado hasta mí desde la linde. Pronto tuve que dejar mi observación. El placer se apoderaba de mí. Por sus sabios movimientos, por su textura untuosa, por su calor, la flor obtenía mi eyaculación. En un estremecimiento de todo mi ser, le di mi semen. Apenas lo hubo recogido en la cavidad de sus pétalos, se retiró al anonimato de la selva.

Me levanté para inspeccionar los alrededores. Mi mechero alumbraba poco y había tantas especies florales que no pude descubrir cuál era la que acababa de obtener mi virginidad.

Al otro día, desde que desperté, volví a la vera del bosque, frotándome incluso contra las hojas, contra las flores, con la esperanza de producir una reacción. La experiencia de la víspera me había turbado en extremo, y quería repetirla. Pero los vegetales fueron insensibles a mis provocaciones. ¿Había soñado? ¿Imaginé en mi sueño el primer episodio de mi vida sexual? Empezaba a creerlo; sensibilizado por la obsesiva presencia de las flores, había utilizado su imagen para trasponer mi deseo. Me enfurecí y atacué a bastonazos un macizo en plena floración. Cuando me detuve para recobrar el aliento, me vi acometido por el disgusto y la tristeza. Los pétalos yacían en el suelo, rotos, sucios, irrisorios; un solo gesto había bastado para agostarlos.

Al día siguiente vagabundeaba entre dos setos vegetales. El corte practicado para el paso del aerotrén no había sido atacado por los árboles. Cuando la marea vegetal invadía las ciudades, respetaba curiosamente las vías de comunicación, como si desease conservar esa red de irrigación artificial. Prestaba más atención que de costumbre a las esencias y a las especies. La selva me parecía diferente. Hasta entonces la consideraba como la principal amenaza que pendía sobre la civilización. ¡Grotesco! Yo era la civilización. No tenía nada que temer. Las ruinas de las ciudades podían desaparecer sin que esto me perjudicara. Sabía vivir sin la ayuda de los hombres y de sus creaciones. Este día la selva me pareció más bella, más atractiva; la comprendía. Esplendor del verde absoluto, sabiamente matizado en un camafeo infinito; mis ojos se perdían en el dédalo de verde, sombras resinosas, frutales coloreados, arbolillos verde mar. El cobre oxidado de un bejuco gigante destacaba netamente sobre el verde blanquecino de un tilo; allí era el esmeralda de un abeto que se fundía con el verde más nocturno de un tejo. Y sobre este fondo de un verdor soberano, resaltaban los coloridos variopintos de las flores, todas las flores, las pequeñas a ras de suelo, aquellas cuyos tallos alcanzaban altura de arbustos, las de plantas trepadoras y las que se abren en los troncos y las ramas de los árboles. De la

orquídea a la lobelia, de la magnolia al hibiscus, ¿cómo escoger entre todas estas formas, entre todos estos colores? ¿Cómo descubrir la flor que me había seducido? Mi exploración ignoraba deliberadamente las especies desconocidas, en particular aquella cuyos pétalos rosados formaban un cuenco de forma ovalada hendida en su mitad por una herida roja. La flor se abría al extremo de un bejuco cuyo origen se perdía en la espesura; los dos pétalos carnosos que la formaban latían con ritmo regular y dejaban entrever, cada vez que se separaban, un largo pistilo color violeta intenso.

Desde el principio de mi búsqueda supe que era ella. La evitaba. Pero cuando me detenía en cualquier parte del paisaje forestal, no tardaba en insinuarse un largo tentáculo amarillento deslizándose a lo largo de las cimas y a través de los troncos.

Y siempre, al cabo de unos minutos de observación, la flor aparecía allí, palpitante, graciosa, ante mí.

Después de muchas horas de este hipócrita juego al escondite, la tocaba con mi mano. El rosa de los pétalos se hacía más intenso. Yo insistía, y viraba al rojo. Al afirmarse mi caricia sentía un íntimo regocijo viendo transformarse la flor, calentarse la carne dulce y cálida, labios encarnados entreabiertos con un estremecimiento de estambres. Y el bejuco se acercaba a mí, me tendía su boca, su vulva aconchada, vegetal, improbable, amorosa. El sol me calentaba los riñones este mediodía. Estaba desnudo bajo la luz cruda y blanca, totalmente adulto, con lo que parecían redondeles de grasa en mis flancos, en mi vientre más redondo. Sentí el deseo nacer en mí como el rayo. Me sentía presto a ceder a la invitación; desdoblado, era simultáneamente el que actúa y el que reflexiona, el uno dispuesto a someterse al otro. El deseo me arrastró. Introduciendo mi pene hinchado en la flor ardiente, llegué rápidamente al éxtasis. Si luego no me hubiera sometido a un severo control de mis sentidos, hoy estaría devorado, consumido de amor por esta flor extraña. Me vigila en las riberas, los bosques, las sabanas, entra en las ciudades, como si misteriosamente recibiese noticia de mi presencia.

El recorrido realizado a través de las ciudades en ruinas por detrás del país de Niza, era en realidad un pretexto para entregarme apasionadamente a los juegos amorosos de la flor. Hoy, día de mi retorno, contemplo el mar nimbado de niebla que centellea dulcemente en la bahía, y la desesperación que me acomete es tan violenta que necesito la ayuda de diez años de condicionamiento intenso, obtenido por la enseñanza de las máquinas, para no ceder a la llamada de la muerte por frenesí amoroso.

He decidido hacer una excursión al lugar donde oí un ruido anormal cuando llegué a esta ciudad. Me prohíbo hacerlo con demasiada frecuencia para no caer a continuación en el desánimo. Estoy cansado, ya no temo nada. Inspección detallada esta vez. Observar, analizar cada tramo de calle. Los inmuebles de esta parte de los

suburbios se parecen todos, cubos grises sin ventanas. Perfectamente alineados. A veces visito una vivienda. Existen dos pautas diferentes en las habitaciones abandonadas por los fugitivos. En el primer caso, los inquilinos realizaron un exacto inventario de sus bienes, los etiquetaron cuidadosamente, tomaron los que creyeron indispensables y abandonaron el lugar dejándolo en un orden tan impecable que uno diría que continuaban habitados. En el segundo caso, al contrario, los apartamentos parecen congelados en el mismo instante de ser abandonados: toallas arrugadas, vestidos esparcidos, vajilla sucia con restos de comida, camas deshechas. ¡Oh, esas camas! A veces me acuesto en ellas durante algunas horas, husmeando los relentes que conservan. Instantes fabulosos que hacen soñar. Las noches de los amantes, anhelantes en la penumbra. Sólo por eso no me abandono al apetito del bosque. Es imposible que esté solo en esta Tierra. Todo ha sido previsto para que encuentre una compañera, para que asegure una descendencia. Estoy seguro.

Por primera vez desde que vengo aquí, observo un mojón redondo de color amarillo, situado junto a la calzada. Es tan llamativo, que no sé cómo no lo he visto antes. Existen tantas otras señales llenando las ciudades: policía, bomberos, videófono, que no les concedo la menor atención. Al principio hice algunas pruebas infructuosas para obtener de ellos algún indicio. Muertos, como lo demás. Pero éste me atrae por su color luminoso, inhabitual. Al acercarme, distingo perforados en su centro unos agujeros en forma de nido de abejas. Pego a ellos mi oreja: me parece oír un zumbido casi imperceptible. Es necesario que distinga si este sonido lo produce el viento o es de origen eléctrico. Mi oreja izquierda es más sensible y la aplico fuertemente contra lo que supongo es un altavoz. Una débil modulación del zumbido. Estoy fascinado. ¿Será posible que este mojón sea una señal? ¿Es la que oí la otra vez? La única manera de averiguar la respuesta es esperar tanto tiempo como sea necesario: días, meses, años.

Me apoyo en el mojón amarillo. El mar, de un azul nacarado, se apoya sobre la bahía. Pesa esta mañana el mar, blando y obstinado, y redondo en el horizonte, gran gota de metal arrugada por la fusión. El mar. Espero.

La idea que me laceraba desde hace muchas semanas se me impone de pronto. ¿Por qué no volver a mi burbuja fetal en el fondo del océano Indico cuando haya dilucidado el enigma del mojón? Me es imposible poner en marcha las gigantescas instalaciones energéticas del continente, tan centralizadas, pero podría intentar reparar las máquinas que me han visto nacer. Entonces pasaría las películas de trivisión halladas en las cinematecas, quizá sabría por qué he nacido en la Tierra. Diez años de infancia, diez años de soledad, veinte años abrumadores. Si no salgo de este infernal silencio voy a perder la razón. Siento ya la terrible pulsión de la locura. Correr riendo en la selva, balbuceante, embrutecido, y abandonarme al mordisco mágico de **las** flores amorosas. Me niego a ello, quiero vivir, quiero pensar, explicar

el esplendor de los días. Todo mi ser aspira a comprender este mundo absurdo. No he perdido el recuerdo de mis años de estudios, mi memoria está siempre fresca. Soy capaz de someterme a una disciplina suficiente para resolver los problemas más difíciles. Creo incluso que las horas de reflexión diaria que me he impuesto para no caer en la regresión me han conducido a notables progresos en el terreno científico. Diez años de monólogo para escapar al miedo, para rechazar estos deseos de vida vegetativa que siento, para reprimir la bestialidad. O bien me he apartado definitivamente de la realidad sin darme cuenta y mi existencia es ilusoria, o soy todavía el digno descendiente del *Homo sapiens*, el último mutante, nacido de la ciencia, y puedo confiar en mis hipótesis.

Durante el día el calor es desagradable y me veo obligado a refugiarme en un inmueble para proseguir mi observación. Al traspasar el umbral, veo mis alas en un espejo. Al ritmo actual de su desarrollo, dentro de un mes o dos ya podré volar.

Segundo día de espera. En la grieta que una de las hierbas de asalto ha creado en medio de la calle, ha aparecido un nuevo brote. Creo reconocer una glicina en la forma de sus primeras hojas. Antes de dos años, esta parte de la ciudad habrá desaparecido. ¿Por qué esta cólera vegetal? Actualmente evito alimentarme de los frutos que crecen en los árboles y zarzales; aunque no son realmente peligrosos, provocan cólicos molestos. Su sabor es tan amargo y ácido que los hace impropios para el consumo. He realizado múltiples experimentos con los frutos corrientes, melocotones grandes como balones, con olor a pantano, manzanas redondas y azucaradas con sabor a petróleo, plátanos a tal punto resinosos que al masticarlos dejan los dientes pegados. Pesadilla frutera. Todas las plantas parecen dotadas de una extraña agresividad, excepto para mí. Esperan al enemigo. Por tanto, me protegen de los insectos, las ramas me abanicán cuando me veo asaltado por mosquitos tenaces. Imagino que un día, ciertas especies vegetales caminarán sobre sus raíces. Lleno de pánico, invento angustias imaginarias para no ceder ante las que me presenta la realidad. Es necesario resistir a la tentación de volver a la selva para hacerme amar.

Tercer día. El zumbido ha aumentado; se diría un parásito hertziano. Un ruido llegado de otra parte. ¿De otra parte? Ya no estoy solo, una señal llegará, un sonido, un mensaje, alguna cosa que me demuestre que no estoy aislado, que no vivo en vano desde hace veinte años. Los hombres que me dieron vida han existido realmente, las imágenes que acunaron mi infancia corresponden a una realidad, no han sido segregadas por una batería de máquinas en el fondo del océano. A menudo soñé que estaba en el amanecer del mundo, que aquello era el paraíso, el bosquejo de una creación emprendida por un dios insensato. Yo estaba en el Edén, ¿y luego? ¿Cuándo este mundo satisfará a Dios hasta el extremo de decidirle a hacerlo funcionar? ¿Cuándo añadirá el tiempo a su creación para que los días se sucedan y no se parezcan; cuándo moldeará una compañera para mí? A menos que en su delirio, las

mujeres–flores...

Séptimo día de espera. ¿Soy el primero o el último de los hombres de la Tierra? La señal que se amplifica debe decírmelo. Ahora ya es audible desde lejos. Por la tarde, en la niebla cálida que sube del mar, paseo entre las casas para relajarme. A la vuelta de la primera calle, todavía oigo el zumbido. Corro tanto como puedo hasta mi punto de partida, por miedo a perder el segundo en que necesariamente se producirá la señal. He acumulado gran número de conservas y las consumo poco a poco, para no tener que moverme.

Décimo día. La glicina ha crecido cerca de un metro. Mientras tanto, el ruido domina la calle. Una cosa me extraña: ¿cómo no lo había oído nunca hasta entonces? La mayoría de los demás mojones seguramente están muertos, pero he recorrido tantas ciudades. También todo depende de la duración de su ciclo sonoro. Supongo que estos aparatos contienen una especie de acumulador capaz de extraer energía de las más débiles emisiones hertzianas. Este frágil sistema puede deteriorarse fácilmente. En el mejor de los casos, la energía transportada por las ondas se acumula progresivamente hasta que la reserva es bastante potente para transmitir una señal. Escucho el sonido gangoso que sale del altavoz. Me encanta.

Segunda semana de espera. Tan sólo el zumbido débilmente modulado que emite el mojón, un poco más fuerte que antes. Sin embargo, lo oigo con más o menos intensidad según le preste atención o que mis ensueños me conduzcan lejos. En realidad su volumen sonoro no es superior al que alcanza un grillo cantando tranquilamente al atardecer.

Un segundo brote de glicina ha aparecido a algunos pasos del primero; sus raíces rastreras han producido un retoño. Esta mañana el mar es gris como el cielo. Las primeras gotas de lluvia caerán dentro de pocos días. No sé cómo aguantaré en mi observatorio durante el período diluvial que se anuncia, pues aun siendo anfibio, no me agradan las lluvias demasiado intensas. Después de la primera semana de mi desembarco en el continente índico, el diluvio me sorprendió en la costa. Diez días de un espeso telón de gotas sobre mi piel, golpeando fuerte, diez días de una humedad tan intensa que por momentos no sabía qué sistema respiratorio utilizar. Desde entonces, evito someter mi organismo a semejantes intemperies.

Vigésimo primer día. Han caído las primeras gotas. El mar es de color de piedra. Piel de reptil. Un insospechado azul de Prusia anima su profundidad gris. El ruido acaba de adquirir esta mañana una tonalidad más fuerte; ahora es un ronquido sordo, como una respiración. Se diría que toma impulso. Estoy sentado ante el mojón, aturdido. No necesito ir hasta la selva para buscar el amor de las flores. Una noche, se abrió una corola en la extremidad sarmentosa de la planta que había confundido con una glicina. Una flor de espesos y cálidos pétalos se pegó a mi vientre. Me dejé amar largamente, durante muchos días. Luego me vi precisado a romper la planta,

extinguida...

Solo de nuevo. Me arrancaría el corazón. Aúllo a pleno pulmón. Siento mi cuerpo vaciarse repentinamente de todas mis fuerzas. Exangüe bajo el chaparrón. Los músculos flácidos, la carne fofa. Cada vez que trato de interpretar las razones de mi mutismo, mi pensamiento se bloquea, se nubla mi cerebro. Como si dejase de existir. No obstante, puedo analizar tranquilamente la situación y reflexionar sobre el sentido del mensaje. He vuelto a mi residencia cerca del mar. Estoy acostado. Espero el año próximo. Adaneva, única entidad conocida del planeta lluvioso.

¿Cuántos fugitivos sobrevivieron al éxodo? ¿Desde dónde me llaman? ¿Qué esperan de mí, el superviviente? ¿Existe un plural a la palabra superviviente? ¿Cómo prevén que se prolongará la vida sobre la Tierra? ¿Esperan que yo fecunde una flor? Soy el principio y el fin. A menos que, a menos que... Sólo la proximidad de esta idea que por el momento no puedo formular me hace temblar de pies a cabeza. Desde mañana volveré a la esfera submarina para responder a algunas de estas preguntas. Hace ya muchas semanas que proyecto este viaje. Cuando cese la lluvia me iré. Espero que mis alas se habrán desplegado.

Durante estos últimos días he observado a menudo mis alas en el espejo. Están formadas por una corta membrana muy vascularizada y sostenidas por una poderosa musculatura que se inserta sobre mis omóplatos. Cuando quiero mis alas se tienden y se hinchan por efecto del flujo sanguíneo que desencadenan, semejante a una erección. Entonces cada una de ellas alcanza más de un metro y medio. Son extraordinariamente rígidas y responden a mi voluntad. No consigo sincronizar exactamente sus movimientos. No obstante, sé que no resolveré este problema, como antes el de la navegación, sino a partir del instante en que decida volar.

Hoy estoy preparado. Un segundo nacimiento. ¿Me arrojaré por la ventana? Prudentemente, intento saltar desde el muelle, delante de la casa que elegí como domicilio. Un nuevo cambio en el sol; alto en el cielo, su disco está rodeado de vapores blancos.

Al principio ayudo instintivamente con mis brazos el batir de las alas. No sé cómo colocar las piernas. Luego, a medida que me elevo sin dificultad, como en un sueño de esquizofrénico, aprendo cómo coordinar mis miembros. Repliego las manos sobre el vientre y alargo mi cuerpo en el aire para ofrecer una resistencia mínima. Mis muslos bien alineados, dirigidos hacia abajo, forman escuadra con la pelvis; mis piernas, horizontales, me sirven como timón de dirección y de profundidad.

Alcanzo pronto una altura de cincuenta metros. Vacilo en alejarme de la playa. Felicidad exquisita de caracolear a la fresca brisa de la mañana. Después de algunos minutos de vuelo, comprendo que fatiga más esta escasa altitud porque la presión es mayor. A medida que me elevo, mis alas se mueven con más facilidad. Mis músculos funcionan sin esfuerzo; pronto alcanzo muchos centenares de metros de altura.

A pesar del esfuerzo que me cuesta desplazarme en este nuevo medio, controlar cada uno de mis movimientos por miedo a caer hacia el suelo, no distraigo ni un segundo mi atención en contemplar el paisaje que desfila debajo. Recibo tan sólo algunas impresiones nuevas, como el viento que se desliza bajo mi vientre, la dificultad de conservar mis extremidades inferiores bien alineadas para evitar un desequilibrio, la humedad que sube del mar, el contacto con las primeras capas de nubes blancas; súbitamente estoy inmerso en un medio diferente. Noto instintivamente todas estas sensaciones sin analizarlas. Solamente el espacio. Sí, solamente. ¿Y si mis alas eréctiles se acalambrasen? Terror súbito. Conozco el vértigo. ¿Soy dueño de la duración de este fenómeno, o está sometido a alternativas como la erección sexual? Deseo del aire después del deseo de las flores. No, los dos actos fisiológicos son distintos, el uno es reflejo ante un estímulo exterior, no puedo controlarlo; el otro está directamente sometido a mi voluntad de volar. La sangre no se escapará de las membranas que me sustentan. Aquí en el espacio, el miedo es agradable; sólo puede provenir de mí, ya que no existe ningún peligro visible. Por primera vez desde que vivo, me asalta la idea de la muerte, dulce sobre un fondo de remordimientos. Remordimientos por no cumplir mi misión. Ciertamente he sido concebido para realizar algo; mi cuerpo es un milagro tal, que no pudo ser creado sin objeto. La idea de un mensaje. Estoy aquí sin duda para enviar un mensaje a los hombres que huyeron de la Tierra, pero las máquinas no tuvieron tiempo de enseñármelo antes de que dejaran de funcionar. Es necesario que me prepare para responder. La duración de la comunicación por medio del borme amarillo es muy breve. Pero basta una sola palabra para que el género humano sepa que todavía hay un ser vivo y consciente en su planeta de origen. El otro día no pude pronunciarla. Si lo hago, los hombres enviarán una patrulla; ya no seré el dueño del mundo.

Me doy media vuelta en el aire. El sol me calienta el vientre. Me dirijo verticalmente, vertiginosamente, hacia la superficie del mar. He reducido la superficie de mis alas. Mis piernas bien alineadas, soy un obús, un kamikaze. Recobro el control. Fácil. Mis alas se tienden de nuevo, recupero progresivamente mi equilibrio, planeo. Un temblor delicioso agita las extremidades de mis miembros.

Mi sistema nervioso central todavía no está habituado a tomar el relevo de mi voluntad para vigilar el automatismo de mi vuelo. Si mi atención se fija en otra cosa, dejo de volar y caigo. Pero ahora, después de más de una hora de mantenerme en el aire, he adquirido seguridad. Puedo mirar al suelo, puedo verlo. Limpia la costa, como alargada, blanca. La ciudad, devorada por la selva sobre el flanco de las colinas; cristales incrustados en su cárcel. Más lejos, las blancas colgaduras de las nieves, pegadas aún a las cimas de los Alpes. Nueva cosmogonía. Mis sentidos turbados un instante por esta nueva percepción del universo, alteran la regularidad de mi vuelo. Caracoleo y me elevo rápidamente. Sensación exquisita de dominar una

disciplina desconocida. Tan sólo un poco fatigado por el esfuerzo de concentración que he de realizar para conseguirlo. Mañana podré partir y explorar la esfera submarina que abandoné hace diez años.

Extender mis alas sobre el viento y planear sin ningún esfuerzo, regulando mi esfuerzo según las corrientes que se crean: embriaguez, felicidad. Soy anfibio. Soy el que puede vivir y moverse en tres de los elementos primordiales. ¿Tendré algún día valor para atravesar el fuego, para saber si soy el ser perfecto que soñaron los hombres?

Cielo azul, cielo blanco, deslizarse, picar, suelo vertical, oblicuo, horizontal, curvatura del globo, allá abajo, más lejos, en el infinito, otro infinito respondiendo al cielo: la selva, copos verdes de las cimas. Alegría de existir distintamente y de expresarlo. Embriaguez del cuerpo y del pensamiento en simbiosis. Desear vivir en la luz, esplendor de las imágenes sin cesar renovadas a medida que el sol juega con las sombras y los reflejos tornasolados. Allá se ven algunos arrecifes débilmente asaltados por las olas, y a partir de este punto, la extensión del mar, viejo cocodrilo de seda, gama infinita de sus ritmos. Con un movimiento doy la vuelta, la ciudad muerta vibra al calor del mediodía, deformaciones sutiles en su arquitectura, prismas desplegados en un caleidoscopio. Delirio, serenidad. Paso de la mayor exaltación a la más intensa paz interior. Amplios movimientos de mis alas en el viento que se levanta con el ardor del día. Geometría secreta de la naturaleza vista en conjunto. Me deslizo hacia la tierra, descendo hasta el muelle que se recorta. Una noche de descanso. Mañana volaré para reanimar las máquinas.

Desde que partí, hace dos meses, he utilizado todos los medios de desplazamiento alternativamente, franqueando los estrechos a nado, escalando a pie las montañas — pues es peligroso volar a partir de cierta altura, debido a las turbulencias y a que mi vuelo aún no es bastante seguro—, volando por encima de las selvas. Cambio también, según mi humor o según el clima, los sistemas de locomoción, prefiriendo nadar cuando llueve, volar con buen tiempo, caminar cuando el día es gris y fresco. Mi equipaje es ligero, una brújula y un mapa del mundo, algunos cassettes de trivisión tomados en una cinemateca de actualidades, escogidos según su fecha, probablemente la del último mes de presencia de los hombres sobre la Tierra. Espero encontrar allí datos importantes, a condición de poder volver a poner en marcha las instalaciones de la esfera submarina. He guardado estos objetos en un pequeño saco, sujetándolo en el cinturón, sobre mi vientre. Nada de alimentos; el pillaje y la pesca aseguran suficientemente mi alimentación. Para evitar la fatiga, prescindo de borracheras. En cambio, me entrego con frecuencia al amor de las flores, incumpliendo así mi calendario de continencia. Placer permanente del descubrimiento, cada corola, cada pétalo, cada pistilo, tienen una textura, una carnación, un calor diferente. Me convierto en experto catador, sensible a los menores

contactos. Ciertas flores son voraces y otras negligentes. Las más desarrolladas alcanzan la mitad de mi talla y puedo revolearme con ellas. Caricias. Inventamos sabios juegos amorosos.

Al principio de esta peregrinación de regreso, observé pocos cambios en el aspecto de las ciudades que reconocía. Luego, a medida que me alejo del punto de partida, y que el período transcurrido entre mis dos estancias aumenta, compruebo hasta qué punto se han degradado bajo el asalto de la vegetación. Observo además las mutaciones operadas en las plantas trepadoras; la mayoría adoptan medios de ataque contra los insectos, ya que se convierten en carnívoras. A ciertas horas favorables para la caza, bajo los bosques sólo se oyen chasquidos apagados.

El viaje también me incita a la reflexión. Creo haber descubierto el motivo de la desaparición de todos los vertebrados. Ya lo intuía, pero se ha confirmado. Los mamíferos, los reptiles y los pájaros murieron bajo la acción de un nuevo gas introducido en la atmósfera terrestre por un cataclismo desconocido. Este gas no se disuelve en el agua, por lo que se salvan las especies marinas, exceptuando los cetáceos y demás especies que respiran. Mi metabolismo habría sido modificado para tolerar ese gas. Cuando pueda verificaré esta hipótesis.

En Estambul he descubierto un mojón amarillo similar al de Niza. No parece funcionar. ¿Se transmite la señal a la misma fecha y hora en todos los puntos del globo? Si las máquinas que me han enseñado a vivir no se hubieran detenido, probablemente conocería la respuesta a esta pregunta.

Majestad de las ruinas roídas por la selva. Todas las civilizaciones se mezclan en un fantástico caos. De la tierra apisonada a la piedra, del hormigón al plástico, los materiales específicos de las construcciones humanas a través de las edades, son atacados indistintamente por las raíces y los zarcillos, corroídos por los ácidos que segregan algunas plantas, recubiertos por las hojas y las flores en descomposición. En algunos lugares la capa de humus llega ya a las ventanas de los pisos bajos, nivelando los escombros bajo una tierra negra y esponjosa.

La nueva atmósfera terrestre es prodigiosamente benéfica para la flora. La vegetación se halla en pleno esplendor. Las mutaciones son innumerables. Adivino en la forma metamorfoseada de esta cimbaria de muchos metros de altura, una nueva especie de drosera. Estas «bocas de dragón» tienen un aspecto singularmente animal. ¿Acaso las plantas hacen juegos de palabras? Por ahora ya saben jugar con mi deseo. Desprovistas de sistema nervioso en un medio favorable a la fauna, ¿lo desarrollarán acaso bajo la influencia de esta nueva atmósfera? Los perfumes mefíticos me ofenden. Estoy seguro de que si no me hubiesen preparado para sobrevivir en estas condiciones, mi organismo no lo resistiría. Jungla tumultuosa que recubre la Tierra poco a poco; sombría es la selva. Desde las más altas cimas hasta las hierbas que tapizan el suelo, la oscuridad se extiende con sabios matices, de la penumbra a las

tinieblas. A veces tengo ganas de huir hacia los espacios abiertos, tan poderoso es el pánico que produce la noche verde. Entonces me encaramo a lo alto de un tronco para respirar, para respirar a la luz. A pesar de la oscuridad me oriento fácilmente a través de la espesura, mis ojos perciben lo esencial: las ramas, los helechos y los troncos, y mi sonar concreta los detalles. Mejor que el camino terrestre, podría nadar o volar con frecuencia; pero no quiero dejar pasar demasiados días sin regresar a la selva. El amor de las flores se ha convertido en una necesidad, más que en un placer. Sin duda el amor sexual es siempre voluptuoso, pero no lo busco sólo por esta razón. Al introducir mi pene en las tibias corolas, experimento la sensación de participar en el renacimiento de la Tierra, dios Pan redivivo, realizo orgías elegiacas a la gloria de la nueva naturaleza. Pobre y solitario humano, único representante de una especie desaparecida, sacrifico mi lubricidad en un altar vegetal donde se dilapida mi descendencia.

Durante los ocho meses que ya dura mi viaje de regreso, he adquirido una maravillosa maestría del aire. Mis músculos dorsales soportan vuelos de cinco o seis horas seguidas, y sólo necesitan un ligero descanso antes de volver a ser utilizados. El problema más delicado es el del aterrizaje en medio de la selva. Imposible posarme sobre la cima de las copas demasiado flexibles; difícil penetrar en la espesura con mis alas desplegadas. Y cuando no veo un macizo rocoso, una fuente, un lago, un estanque, un camino o una ciudad, me veo obligado a plegar mis alas cayendo en el lugar exacto, un claro entre dos bosques que he reconocido con el sonar; abrirlas a envergadura reducida algunas decenas de metros más abajo, revoloteando entre los troncos, dando vueltas hasta donde pueda para aliviar la caída y caer sobre un matorral. Con frecuencia, al aterrizar de este modo, me he lastimado con arbustos espinosos, cornudos, con pequeñas coníferas provistas de espinas de varios centímetros. Algunas veces me poso sobre árboles de copa plana, cedros gigantes de centenares de metros de alto, pero son ejemplares raros. Entonces, en el silencio insólito de estas alturas que ningún insecto frecuenta, llego a gozar horas de adorable indolencia, mecido en la ligera sombra que produce el follaje.

A medida que se aleja en el tiempo mi estancia en Niza, distingo cada vez más difícilmente mis recuerdos reales de los inventados, o mejor dicho, confundo la enseñanza recibida de las máquinas, hasta los diez años, con la realidad. Creo que he sido un niño como los demás, viviendo en Niza y jugando con sus camaradas en los parques, en la playa. La nostalgia de este paraíso perdido aumenta con el tiempo. Es necesario que luche para no refugiarme definitivamente en el corazón de esta infancia ilusoria.

Pronto concluirá el primer año de mi retorno; he señalado los días en uno de los botes de plástico donde guardo los cassettes por grupos de treinta unidades. ¿Esto suma realmente un año? Digamos una alternancia de trescientos sesenta y cinco días

y trescientas sesenta y cinco noches de duración variable. Esta magnitud representa una vigésima parte de mi vida. La comparación es imposible. El año de viaje me parece tan largo como los diez años que tardé en llegar, andando y nadando, desde la esfera marina hasta Niza. He vivido un año de diez años, que es absolutamente igual a los primeros diez años de mi infancia. El tiempo se dilata.

Atravesé el golfo de Bengala a nado. Me he divertido practicando largas partidas de pesca. En ese terreno mis progresos son considerables; ahora consigo vencer a ciertas especies veloces a nado. Esta supervelocidad la he adquirido gracias a mis alas. Mis membranas dorsales, que se ahuecan en el agua, pueden servir de propulsores auxiliares a todas las profundidades. Pero este aumento de velocidad va acompañado de un intenso esfuerzo que no puedo prolongar mucho tiempo.

Comiendo la carne de esta dorada, sentado sobre un pequeño arrecife de piedra pómez, creo cometer un acto de canibalismo. Pero el pez está muerto, basta sacarlo del agua para que se inmovilice después de un extraño temblor. Mañana llegaré a mi destino. Cierta tristeza me sobrecoge.

Tengo dificultades para volver del medio marino al aéreo. Necesito cultivar el arte de las transiciones, sincronizar la súbita erección de mis alas con el momento de alzar el torso. Después de una zambullida de diez o quince metros de profundidad, tomo impulso batiendo mis seis miembros, acelerando al máximo. Entonces, en el momento de salir a la superficie, debo evitar que la punta de mis alas roce el oleaje; de lo contrario, me desequilibro y caigo. Esta mañana he practicado este despegue anfibio para recorrer más rápidamente los últimos kilómetros y sobrevolar el emplazamiento de la esfera. Alegrías profundas que procura el dominio físico del cuerpo. Por fin, desde el comienzo de mi viaje, noto la armonía perfecta entre mis órganos, mis músculos y mi cerebro. Digamos que soy una hermosa máquina funcional, producto de una tecnología avanzada. Adaneva. ¡Qué ironía! ¿Para qué he sido construido? ¿Para guardar las ciudades vacías roídas por una lepra verde, o procrear millares de niños–flores?

El eco de mi sonar localiza perfectamente los contornos de la esfera. Algunos minutos después está ante mí, translúcida, luminosa, inerte. Giro lentamente alrededor de la esclusa de entrada. Cerrada. ¿Cómo es posible, si las máquinas se detuvieron después de mi expulsión? ¿Un último mecanismo de seguridad? Pero la luz, ¡la luz! ¡La central funciona! Me aproximo al lugar desde donde solía enviar la señal de sonar: tres largas, dos cortas, una larga. La pared se abre poco a poco. Una emoción intensa. Me descompongo, me desorganizo, flotando inmóvil. No puedo recobrar el control de mis órganos. Necesito entrar en la esclusa. Estoy paralizado y subo poco a poco hacia la superficie sin poder evitarlo. De pronto noto una minúscula forma rosada, delicada, en el interior de la burbuja, a través de la transparencia de las paredes. Esta visión desencadena una serie de reflejos: penetro en la esclusa, emito la

segunda señal que la vacía y entro en la esfera.

Dulce ronroneo, atmósfera cálida, dulzona, infancia. Mis madres, las máquinas. Recorro con la mirada las hileras de pasadizos, recreo mis ojos en el verde-azul diáfano de las paredes que se espesan en capas progresivas hasta volverse casi opacas del otro lado de la burbuja. Sólo distingo las configuraciones electrónicas en el corazón del plástico, el brillo de los muebles de metal. Sí, allí, en la sala de vigilancia médica, distingo una mancha rosada. Instintivamente hallo el camino que conduce allí. Imágenes de la infancia. Largas auscultaciones cotidianas a las que estaba sometido; en aquella época el crecimiento de mi organismo era corregido por la quimioterapia.

Conteniendo el aliento me acerco a la puerta; no hacía falta. La joven tendida duerme. Sus cabellos y el vello de su sexo, de color caoba, dibujan dos sombras sobre su cuerpo de un rosa acidulado. La puerta, al abrirse, la descubre del todo. No debe tener más de diez años. Su cuerpo rollizo palpita en la luz azulada. Un metro cuarenta, aproximadamente; pies y manos que no están palmeados como los míos; brazos, pantorrillas, muslos, armoniosamente desarrollados por el ejercicio físico, con músculos largos. Caderas generosamente ensanchadas hasta la cintura irrealmente delgada. La guedeja de su sexo es demasiado espesa para su edad. Su desarrollo es más acelerado que el mío. A mis diez años era adulto, gracias a lo cual sobreviví a mi contacto brutal con el universo exterior, pero era impúber. Ella seguramente ya es núbil.

Más arriba, un tórax delgado sobre el que destacan dos senos redondos y firmes, amanzanados a pesar de la posición tendida de la joven. Cuello grácil, nariz traviesa, labios tan frescos que parece que el rocío acabe de depositarse en ellos. Y su cabellera salvaje, de largos bucles, cayendo en amplios pliegues sobre sus hombros, repartidos a su alrededor como una oleada de cobre. Un mechón describe una curva sobre su vientre.

Sus párpados tiemblan a veces imperceptiblemente. Las sondas láser la auscultan centímetro a centímetro.

Tiemblo de pies a cabeza. Tendré que sentarme si no quiero desfallecer. Aguardo apoyado en una pared. La esfera habla solamente para enseñar o para corregir un error. Mis madres, las máquinas, no están programadas para una conversación; no sacaría la menor enseñanza de sus altavoces. Muda, la vida. Silencio ronroneante. Las máquinas me explicaban por qué medios los pájaros pueden volar, cómo Fleming descubrió la penicilina, cuándo apareció el hombre sobre la Tierra; pero jamás respondían cuando les preguntaba si estaba obligado a vivir, por qué vivían los hombres. Sin embargo, esta pregunta la encontraba repetida mil veces, bajo mil formas diferentes, en los libros, los discos y las películas trivisuales a mi disposición. El meollo de una pregunta. «¿Y cuál es la razón de mi presencia en el fondo del

océano, en este mundo cerrado?»

—Lo sabrás el día de tu salida.

—¿Y cuándo saldré?

—Cuando estés preparado.

¿Salí realmente en el momento exacto? En tal caso, habría confundido la programación de la esfera con una avería energética. Era posible que las máquinas me hubieran expulsado para someterme a las nuevas condiciones de vida sobre el planeta. O realmente la central sufrió una avería y un mecanismo retardado la reparó de nuevo. De todos modos, faltaba crear el segundo elemento de la pareja. Y si el primer macho no hubiese sobrevivido, quizás habría elaborado otro. Ahora que dispongo de un material informativo que pienso renovar tan a menudo como sea preciso, y los medios de visualizarlo, no cesaré hasta dilucidar el enigma.

Adaneva. Me divido. Ahora se ha materializado la segunda parte de mí mismo. Puedo perpetuarme en ella. Contemplo largo rato a la joven. Es hermosa. Duerme bajo el flujo neurónico que la esfera le proporciona. ¿Me está destinada? Antes de nacer ya llevamos mutuamente nuestro sello. Es necesario que la toque. Al incorporarme, mis articulaciones crujen. La esfera no parece notar mi presencia. O tal vez ha previsto mi regreso, día más o menos, lo que explicaría su falta de reacción. Pongo la mano sobre el muslo de Eva. Ni un temblor; ella también me ignora. Llevo mi mano hacia su cadera. Ni un temblor. No siento nada. Y, no obstante, estoy tocando un ser humano, una hembra; debería estremecerme de excitación. Todo mi organismo debería estar sometido a extraordinarias descargas químicas que me perturbarían profundamente. Entonces me vería obligado a dominar estas alteraciones, elevación de la tensión, taquicardia, disnea, a eliminar las toxinas descargadas por mis intercambios orgánicos. No siento el menor deseo. Con los labios, rozo su seno, elasticidad de la piel bajo mi beso, con las manos palpo sus caderas, la carne de sus muslos. Ninguna emoción. Si yo la abrazase, si me echara sobre este cuerpo que se me ofrece, debería sentir un deseo brutal, exultante. La beso más, con besos ligeros, rápidos, recorriendo su vientre, sus ingles y la guedeja resplandeciente de su sexo. Duerme todavía. Y yo no siento ningún vértigo, no me siento empujado por la violencia del deseo. Me echo atrás para contemplarla por entero. ¿Una sonrisa en sus labios? Imperceptible. ¿Sueña que existe, que existimos?

Me apoyo de nuevo contra la pared transparente. Soy incapaz de experimentar las emociones que acabo de imaginar. ¿Cómo ordenar a esta pasión que debería agitarme? ¿Se ha extinguido en mí el instinto de reproducción? ¿Han olvidado las máquinas el dotarme de él? Desde el día en que me turbó la primera emoción sexual, no he dejado de imaginar el acto según los libros y las películas que había visto. Luego las flores supieron seducirme. He confirmado mil veces mi virilidad.

Hoy no sufro ninguna reacción; siento tan sólo el inmenso consuelo de verme

aliviado en mi soledad. El origen de mi indiferencia sexual está seguramente en el choque emotivo tan poderoso provocado por este encuentro. Estoy atiborrado de referencias, ahíto de informaciones sobre la sociedad, sobre las relaciones con los demás, sobre las pasiones, las esperanzas, los pensamientos, los sentimientos del hombre, pero jamás he tenido ocasión de utilizar mi saber. Adán, Eva, será necesario que invente otra vez las relaciones humanas.

Me levanto, lanzo una última mirada sobre la que debería inspirarme. Tengo urgente necesidad de visionar las bobinas que recogí. Encuentro sin la menor dificultad el camino de la sala de trivisión. Gestos aprendidos y repetidos inconscientemente, costumbres. Esto es lo que más me ha faltado desde que hace diez años fui expulsado de la esfera, las costumbres. En la actualidad soy dueño de mi destino, me he desembarazado por fuerza de todas las manías y tics inculcados, soy libre. Ahora voy a saber por qué \a no lo soy. Apenas introduzco el primer cassette en el trivisor, estoy seguro de mi acierto. Son en efecto las informaciones que busco.

Mensaje solemne del presidente. Hombre de trazos enérgicos, mejillas teñidas por la sombra azul de su barba. Estoy fascinado por el movimiento de sus labios que preparan el discurso. Aparecen sus dientes. ¿Yo sería así si hablase en público? Horas de contemplación ante un espejo, riendo, hablando, gritando, murmurando, no han podido enseñarme jamás. Creo que abriría demasiado la boca y que mi manera de pronunciar sería más desangelada, menos controlada.

»Por primera vez hace diez años, el planeta gaseoso rozó la Tierra. La primera vez este cataclismo causó diez millones de muertos. Dentro de algunos meses su órbita cruzará de nuevo la nuestra. Pero esta vez, el planeta gaseoso pasará tan cerca de la Tierra, que su masa será definitivamente captada por la de nuestro planeta natal; nuestra atmósfera quedará contaminada para siempre. No existe ningún medio técnico para evitar este encuentro, y no poseemos el secreto que permitiría evitar la acción de este gas. Todos sabéis que nos es fatal. No podemos aceptar sin luchar el fin de la humanidad. También, como todos sabéis, hemos decidido tantear nuestra suerte en otros lugares. Una larga marcha empieza hoy. Os pido que conservéis la sangre fría; cada uno de vosotros tiene su plaza en una astronave. Desde hace diez años, hemos preparado nuestra marcha sin dejar nada al azar, y hemos construido aparatos suficientes para que nos lleven a todos. En estos diez años, el esfuerzo de la humanidad ha alcanzado su objetivo. Nuestro potencial energético es enorme; además del carburante que hemos acumulado, utilizaremos el de todas las centrales. Dejaremos una Tierra ya en la agonía.

»Cada uno de vosotros conoce la dirección que debe tomar, el lugar que ocupa y las funciones que debe asumir. Tenemos grandes probabilidades de encontrar planetas habitables en los diferentes itinerarios que hemos elegido a través de la galaxia. La humanidad va a dispersarse, a colonizar el cosmos; vamos a conquistar pacíficamente

el universo.

»De ahora en adelante, los atolones de nuestra civilización estarán separados por millones de años luz. Recordad y transmitid este recuerdo a vuestros descendientes: todos los hombres proceden de un mismo planeta; a través de las edades, todos los hombres han contribuido a constituir una patria única, la Tierra. Dentro de cien años, dentro de mil años quizá, cuando nos encontremos de nuevo después de vencer las dificultades que nos esperan, seremos siempre hermanos; deberemos amarnos como hoy».

A continuación contemplo otras cintas que contienen detalles complementarios sobre el gran éxodo, detalles técnicos, instrucciones de extrema precisión que no me suministran ningún dato sobre mi propia situación. También algunos testimonios sobre el «gran suicidio», una epidemia depresiva que padecieron muchos millones de personas. Ante la idea de embarcarse hacia lo desconocido, los espíritus débiles no resistieron; ante la urgencia de la marcha, el gobierno mundial tampoco podía dedicarse a contener este desastre, minúsculo en comparación con el cataclismo que se acercaba.

Tampoco encuentro la menor información sobre la esfera submarina y los mojones amarillos. Deslizo los dos últimos cassettes en el proyector pero antes de visionarlos voy a echar una ojeada por la sala de examen. La muchacha acaba de despertarse. Me mira atentamente, sin moverse, como si yo fuese un extraño animal surgido de las profundidades. Ninguno de los dos tiene ganas de hablar, estupefactos al comprobar de repente que ya no estamos solos, que debemos salir de nuestra intimidad para enfrentarnos al desconocido: al otro. ¿Cómo expresarme, cómo comunicar a este ser tan parecido, pero tan diferente, todos los sentimientos que en este momento me agitan? ¿Cómo podríamos comprendernos, cuando mi pensamiento es tan rápido que a veces llego a perder el hilo? Aprovechar el instante de las convergencias, esperar hasta que la sienta aproximarse a mí, y rápidamente cambiar una idea que nos sea común. Sólo percibimos el eco de nuestras personalidades, sólo conocemos del otro una sombra fugitiva, reflejo de una realidad interior inalcanzable. Entonces nos acercaremos a los recuerdos, a las costumbres, que habremos escogido porque corresponden a los raros segundos en que nos hemos acercado y que nos serán más caros que nosotros mismos, proyecciones del uno hacia el otro.

Sin embargo me turba un sentimiento onírico, irracional, ¿el amor quizá? Me incita a abdicar de mi personalidad para fundirme con la suya, a dejar el cálido capullo de mi cerebro. Me siento conmovido hasta las entrañas. Ella está aquí, Eva, ante mí, en pie y me mira. Y yo querría abrazarla, apretarla hasta perder el aliento. ¿Porque la deseo, o porque quiero matarla? Incorporada también, ella parece todavía más graciosa. Sus senos amanzanados se han alzado, sus botones se erigen en el centro de la areola rosada, como un pistilo en el centro de su corola. El dulce liquen

entre sus muslos me emociona. Estoy enteramente dispuesto a amarla, a desearla; pero parece que ciertas conexiones de mi cerebro no funcionan, y el choque emotivo que recibo no se transforma en reacción sexual.

Ella da algunos pasos hacia mí. Avanzo hacia ella. Eva. Sonríe. No parece extrañada de mi presencia. Pongo mi mano sobre su hombro, dulce, exquisita diferencia de nuestras epidermis. La conduzco hasta la sala de trivisión. Me sigue sin vacilar. ¿Estará ya advertida de nuestro encuentro? ¿Habrán programado las máquinas mi partida, previsto mi regreso en el momento escogido? ¿Ha sido planeado anteriormente todo hasta este momento, nuestros gestos, nuestras miradas, nuestras actitudes? ¿No seré libre de decidir mi porvenir? Es indispensable que descubra el secreto de la esfera y de la experiencia para la que fui concebido.

Eva me acaricia las alas; las suyas son invisibles, ni el más pequeño embrión. Adivino un comienzo de admiración en su mirada. Mis membranas se hinchan ligeramente. Felicidad. Todavía no hemos intercambiado ni una sola palabra. Es necesario que le diga por qué estoy aquí, cómo he llegado, que le cuente el mundo exterior, la selva, las ciudades devastadas. Después le mostraré las películas que recogí. Las palabras parecen atascarse en mi garganta, mal pergeñadas, ásperas; no se parecen ya a las que me han enseñado las máquinas. Han estado demasiado tiempo dentro de mí, una química interior las ha transformado. Sin embargo, debo aplicarme a transcribir lo más exactamente posible mi pensamiento. Ella me contempla con grave atención, siguiendo el esfuerzo de concentración que realizo. Tras este penoso comienzo, las palabras brotan, las frases se organizan, pronto me oigo hablar. Alegría de jugar con mi pensamiento, de transportar la realidad. Hablar y hablar. Incluso consigo distanciarme intelectualmente de mi discurso, vigilarlo, rectificarlo, decorarlo sin participar en él.

Arrebatados por mi alegría oral, mis ojos abandonan el rostro de Eva. De pronto vuelvo a verla y apercibo una infinita angustia en el fondo de su mirada. Ella me observa todavía. Sin verme. Sus pupilas indiferentes miran un punto situado lejos, detrás de mí. ¿Me oye? Cesó de hablar, pero continúo moviendo los labios, luego me detengo, espero unos minutos en silencio, grito súbitamente:

—¡Responde, dime algo, habla!

Eva ni se estremece, mi grito no ha provocado reacción. Tan sólo le extraña mi actitud. ¿No oye? ¿Las máquinas no le han enseñado el lenguaje? Me acerco a ella, me señalo y digo:

—Yo soy Adán, Adán. Repite, Adán.

Me parece cumplir un rito que miles de seres debieron realizar antes, en ocasión de un primer contacto. Ella no responde. Pongo mi índice sobre su boca y la obligo a mover los labios; pronuncia: Adán, pero ningún sonido sale de su garganta. Eco simulado de mi nombre, imitado por Eva; por primera vez otro ser humano ha

tomado conciencia de que yo existo. Los pétalos rosas de sus labios.

¿Será posible que sea sorda y muda? ¿Cómo la constante vigilancia de las máquinas no ha logrado detectar esta enfermedad de nacimiento? ¿Por qué no la han podido remediar? Dudo de que un plan tan meditado para procurar descendencia a la humanidad pueda fracasar en un detalle tan importante. Vivir sin comunicarse. Atroz. Cada vez más creo que mi expulsión de la esfera fue debida a una avería; en este momento Eva estaba en incubación. La central auxiliar se disparó enseguida, pero la joven sufría ya un daño irreparable. ¡Si en vez de huir hubiera regresado a mi burbuja! Mi intimidad con Eva niña; modelarla desde el nacimiento hasta la pubertad.

Le indico que se siente para mirar la trivisión. Gradúo al máximo el relieve. La imagen se detiene a algunos centímetros de nosotros. Y el espectáculo apocalíptico se desarrolla por segunda vez. Eva se hunde en el fondo de su asiento, su cuerpo saturado por los violentos colores que emanan de la trivisión, encogida sobre sí misma. Dos ojos llenos de espanto en la penumbra. Comprueba nuestra soledad. Le he enseñado la desesperación. Tomarla entre mis brazos. Me acerco a ella, instintivamente se acurruca contra mi. Me siento a su lado. Asistimos impotentes al fin del mundo.

Visionamos a continuación la serie de cassettes que todavía no conozco. La mayoría están dedicadas a estudios sobre puntos teóricos del éxodo e informaciones sobre la ecología de las distintas biosferas que pueden encontrar. También instrucciones para el caso de un encuentro con extraterrestres y una iniciación a los materiales de supervivencia de que dispondrán los viajeros. Por fin, la última cinta hace alusión a la experiencia, a nuestra experiencia.

La esfera submarina fue construida precipitadamente, sólo dos años antes de la llegada del planeta gaseoso. Como había supuesto, la nueva atmósfera destruye el sistema nervioso de los vertebrados, acelerando el proceso de degeneración de las células cerebrales. Las máquinas debían operar una serie de modificaciones sobre los genes que poseía en reserva y efectuar varias tentativas para elaborar un ser humano capaz de sobrevivir en la superficie de la Tierra. La primera tuvo lugar hace más de veinte años, algunos meses después de la partida de los hombres; la segunda diez años más tarde. El principio era alternar los sexos, ya que la unidad experimental era pequeña y difícilmente podía asegurar el mantenimiento a largo plazo de dos individuos. Este sistema ofrecía también la ventaja de economizar los «nuevos humanos», enviándolos a probar la atmósfera unos tras otros y mejorando sus aptitudes de supervivencia cuando regresaban después de un período experimental de diez años. De este modo, si el primer humano sobrevivía, debía aportar a las máquinas preciosas informaciones sobre las condiciones biológicas de la vida sobre la Tierra, ya que estaba condicionado para volver a la esfera después de diez años. Transcurrido este lapso debía encontrar una hembra, cuyo crecimiento había sido

artificialmente acelerado, para reproducirse. Sus genes podían ser modificados de nuevo si el examen del primer sujeto experimental indicaba que cabía proceder a una mejora. Con un plan que abarcaba un siglo, la esfera debía producir muchas generaciones de parejas capaces de perpetuar la especie humana.

Eva se inclina hacia mí y posa sus labios sobre los míos. Sin duda con este gesto quiere hacerme comprender que estamos encadenados a nuestro destino, que hemos sido programados por nuestros antepasados los hombres para darles una descendencia. Respondo a su beso. La acaricio y cumplo los gestos rituales del amor, tal como los aprendí de las flores. Sin embargo, no la deseo, nada en mi organismo corresponde a las reacciones amorosas que suscita en mí la carne de los pétalos. Sus tanteos se hacen más precisos, ella querría obtener de mí la cópula. Cedo a la invitación y empiezo una secuencia sexual esperando llegar a su lógico fin. Intelectualmente saboreo el episodio. Pero es en vano; no puedo cumplir el apareamiento que espera mi hembra. Mi sistema nervioso no responde a las sollicitaciones de Eva. Tan sólo mis alas se despliegan y nos recubren. Palpitan. Querría volar a la selva.

Sus labios hinchados me llaman, se retuerce, presa de un deseo exacerbado, su vientre se agita, cálido, incitante. Toda ella es fuego, feminidad. Hundo mi boca en la seda roja de su sexo y la alivio.

Terminamos de pasar una semana en la esfera, entre agotadores intentos que cada vez me dejan más solo y más amargado.

En mi imaginación soy capaz de vivir todos los placeres del amor, pero siempre me resulta imposible alcanzarlos. La ternura de Eva no puede templar mi confusión. Entonces pienso en las flores, mi delicia.

Eva no puede soportar estas evocaciones, entonces huye a su celda. He descubierto que capta todos mis pensamientos, que es telépata. En cambio no posee doble sistema respiratorio ni sonar, y no puedo descubrir ningún brote de alas en sus hombros. Diferimos profundamente. A decir verdad, ahora que la veo y puedo verme a su lado, si Eva es totalmente humana en apariencia, mi aspecto se parece muy poco al suyo. Y no son detalles lo que nos separa. Nuestras caras, nuestros cuerpos, nuestros miembros son muy distintos. Nariz, ojos, boca, orejas, brazos, piernas, manos y pies; sí, poseemos estas características comunes, pero cuando veo mi corta nariz, mis ojos largamente rasgados, con tres párpados, mis labios espesos y azules, mis dos hileras de minúsculos y" acerados dientes, mis brazos y piernas pecosas, mis branquias, las membranas que adornan mis pies y manos, difícilmente puedo creer que seamos de la misma raza. ¿De la misma especie?

A pesar de todo, decido vivir con Eva. No podría soportar más la soledad. Pienso que con el tiempo conseguiremos descubrir un medio de comunicación más simple que la escritura. Pues nos vemos obligados a conversar por escrito. Yo no soy telépata

y ella no me oye. Sin embargo, yo debería ser telépata. Para que la experiencia de la esfera submarina fuese un éxito, era indispensable que el primer espécimen lanzado a la nueva atmósfera de la Tierra pudiera comunicar sus impresiones y sus observaciones a las máquinas y ulteriormente a sus hermanos. Sin esto, ¿en qué se basarían para modificar el segundo sujeto, si el primero no vivía lo suficiente para regresar?

Eva y yo hemos decidido salir a la superficie. Ella quiere ver esta Tierra que ha aprendido en sueños. Temo su primer contacto con este universo en ruinas. Le he descrito cien veces la superficie del planeta, pero algunas líneas emborronadas en un papel no pueden darle sino una imagen conceptual de la Tierra, sin relación con el tumultuoso ataque realizado por las plantas sobre los restos de la civilización. ¿Cómo reaccionará Eva ante este naufragio? Algunos restos de un sueño milenario.

Desde hace algunos días Eva evita tocarme, acariciarme, abrazarme. Se resigna a mi impotencia y adivina cómo me entristecen sus provocaciones amorosas; procura atemperar sus pasiones. Por lo tanto, nuestras relaciones son más dulces, una ternura excepcional nos une. Ella cree que nuestras diferencias fisiológicas son debidas a modificaciones realizadas por las máquinas sobre nuestras características genéticas; para multiplicar las probabilidades de éxito, han diferenciado exageradamente los dos primeros prototipos destinados a repoblar el mundo. Yo no comparto sus conclusiones, pero le oculto mis razones. No creo ser humano. He nacido en la esfera y las máquinas me enseñaron la vida como habrían hecho con quien era destinatario de esa educación. He aprendido a ser humano, llevo en mí la memoria de la humanidad, intelectualmente soy su heredero, pero he hurtado indebidamente la herencia, he suplantado al hijo legítimo. Este se halla ahí, muerto bajo mis pies. Lo vi un día que bajé a visitar los locales técnicos, hibernado en un ataúd transparente. Es un recién nacido de algunas semanas, pero tiene veintiún años. Al principio, en el momento de mi primera sorpresa, pensé que la esfera había creado un nuevo individuo para el experimento en curso, después de un tercer plazo de diez años. Mediante comprobaciones ulteriores, he descubierto al verdadero nuevo recién nacido, que vive. El pequeño cadáver que yace en las partes inferiores de la esfera, fue asesinado por los que me han colocado en este mundo. Soy el gusano en la fruta.

Eva ha muerto en mis brazos esta mañana, algunas horas después de nuestro desembarco en el continente. Sus sufrimientos fueron horribles. Su cuerpo entró en licuefacción.

La sostengo entre mis brazos, vibrando aún por su último estertor. Dentro de poco caerá la lluvia; un cielo gris, monótono, se extiende sobre el océano hasta el infinito. La carne de la joven ha palidecido, un rictus deforma su rostro, sus pies quieren agarrarse a la tierra en una última contracción. Estoy solo, más solo que nunca.

Las máquinas han fracasado. Eva no ha podido soportar la nueva atmósfera

terrestre. He decidido no enterrarla para que su cuerpo testimonie la presencia del hombre sobre la Tierra.

Yo vuelo hacia la próxima ciudad donde halle un mojón amarillo. La película en trivisión sobre la esfera submarina y la experiencia en curso no mencionaba para nada estos mojones de llamada. Decía simplemente que los hombres volverían a visitar la Tierra cuando pudieran. Estos jalones fueron colocados por los seres que me introdujeron en la esfera, los mismos que cambiaron la atmósfera terrestre y que esperan a que yo responda para venir a colonizar el planeta forestal.

Singapur. Acabo de oír la señal. Con toda la violencia de que soy capaz, grito:

—¡Os odio!

Cuánta duplicidad en ese grito. Sé que provocará la invasión de los extranjeros.
¿Quién soy yo?

¡Ah! ¡Morir de amor entre perfume de flores!

EL VALLE

Jean–Pierre Andrevon

El aparato, la astronave, el laboratorio orbital, el satélite, llamadlo como queráis, en fin, esta gran masa de metal mitad brillante (níquel–aluminio), mitad negra, gira alrededor del planeta con una monotonía fastidiosa. El planeta, con no menor insistencia, gira igualmente, enorme, pero airoso como una pelota de goma, a la que se asemeja, además, por su granulado superficial, aunque también podría ser una naranja, digamos una naranja azul. La órbita del satélite es elíptica, pero tan poco que casi la podríamos considerar circular: el aparato, el artefacto, la ojiva, tiene su apogeo a doscientos ochenta y un kilómetros de la superficie, su perigeo a doscientos sesenta y siete kilómetros, una brizna en el frágil ballet de los cuerpos en equilibrio por el espacio.

El trasto, la máquina, se desplaza a velocidad constante (o prácticamente constante) de 7628 kilómetros por segundo. Necesita 104,03 minutos (y tal vez algunos segundos más) para dar la vuelta completa al globo gris azulado como una naranja sucia, que gira lentamente, abajo (aunque el movimiento es demasiado lento para ser perceptible) con una ligera rotación sobre su eje. La órbita del aparato — ¡atención, que esto es importante!— está inclinada 71 grados con respecto al ecuador. Desciende (pero ¿qué significa aquí subir?) hacia el noroeste, sobrevolando los dos hemisferios hasta el paralelo 71 del hemisferio Sur y el paralelo 71 del hemisferio Norte. De este modo abarca toda la zona del globo, del balón, de la naranja situada entre estos dos paralelos. Es muy sencillo: debido a la rotación del planeta, cada punto anteriormente sobrevolado se desplaza 18,7 grados hacia el este a cada nuevo paso. Entonces, supongamos que haya un hombre a bordo del artefacto (sí, efectivamente hay un hombre); en un momento u otro (aunque esos momentos están minuciosamente calculados) podría ver desfilar por debajo (a 7628 kilómetros por segundo) cualquier punto del planeta situado entre el círculo polar antártico (en realidad un poco más abajo) y el círculo polar ártico (en realidad un poco más arriba).

Fantástico, ¿no?

Gracias a sus instrumentos electrónicos de observación, el supuesto viajero orbital podría ver abajo, a doscientos ochenta kilómetros de distancia media y a condición de no existir ninguna pantalla natural (nubes, niebla, humo), un objeto del tamaño de una carretilla o de un televisor, o de un perro, o de... ¡Fantástico!, ¿no? Sí, fantástico, pero inútil, ya que el hombre de quien hablamos no tiene ninguna necesidad de ver un objeto de este tamaño, que sólo merecería un tirador, un arco o un fusil. Y él, ese hombre a quien podemos imaginar incrustado en su caparazón de ultra–titanio, no tiene a su alcance tirador, arco o carabina. Tiene a su alcance conjuntos de ICBM de diez megatones, muchos de los cuales son *tamper* forrados de cobalto, sucios, muy sucios. Los blancos de este hombre son mucho más grandes que un perro o una carretilla; son ciudades o aglomeraciones urbanas (en la jerga que suele emplear con sus semejantes, se dice *Área Target*), en rigor bases militares, centrales nucleares,

silos enterrados, navíos de superficie o submarinos (y entonces dice en su jerga *Point Target*). Fantástico, ¿no?

Sólo necesita apretar un botón (pero eso es una imagen; digamos mejor efectuar cierto número de sencillas maniobras digitales) y *vrrrufff*... esto se dispara. Esto se dispara y no puede fallar, porque cada misil está equipado con un sistema llamado *Self Aligning Boost Reentry* (en su jerga se dice SABRÉ), que permite al proyectil comparar, en su pequeña cabeza electrónica ojival, el mapa con el territorio; entiéndase hacer coincidir la imagen visible del blanco con una referencia preprogramada. Fantástico, ¿no? Fantástico.

El aparato, la astronave, el laboratorio orbital, el satélite, en fin, esta gran mierda apestosa de metal, mitad brillante mitad negra, no la llaméis como queráis a fin de cuentas. Tiene dos nombres esta gran mierda: un nombre técnico que es NAOS (pero que también puede pronunciarse *Nuclear Armed Orbiting Satellite*), y un nombre propio que es *Norbert Weinberg*. ¡Casi nada! (Tiene también un número de serie grabado en el casco, pero esto no importa; y pintada sobre el casco, una bandera de estrellas blancas sobre fondo azul y barras rojas y blancas; aunque esto ya lo habíais adivinado, ¿verdad?)

Otros cuatro NAOS, a 1,5 grados de diferencia en relación a la órbita del *Norbert Weinberg* y distantes de la circunferencia orbital un quinto de diámetro, giran también (¿es posible?) en el vacío, alrededor de la naranja azul. Pero éstos no nos interesan. Y cada uno de estos NAOS, en un volumen de veinticinco kilómetros cúbicos, está rodeado por diez a treinta señuelos formados por una nube sólida de partículas metálicas. Pero estos señuelos tampoco nos interesan para nada. Sólo nos interesa el *Norbert Weinberg*, que sube y baja incesantemente siguiendo su órbita inclinada como un sombrero de payaso sobre la frente de nubes del planeta Tierra.

Y vamos a seguir (¿queréis?) al *Norbert Weinberg* durante algunas horas de hoy, precisamente hoy, este diecinueve de septiembre de mil novecientos y...

¡Bah! Prescindamos de la fecha. ¿A quién le importa ya?

Bajó la manecilla de latón de la puerta, empujó y abrió. La puerta bostezó tres chirridos categóricos, como carraspeos regularmente espaciados: *Rhem... Rhem... Rhem...*

Se detuvo un momento, un largo rato, inmóvil en el umbral de la puerta abierta. Venía de la sombra, y la sombra olía a madera vieja y seca, a polvo suelto, a cera endurecida sobre los muebles limpios, a toda clase de olores dormidos. Pero por la rendija de la puerta se deslizaban, asaltándole como un latigazo, tomándole por sorpresa, la luz resplandeciente del día y la vaharada de olores verdes y vivos que le traía la acidez de la hierba, la oleada resinosa de los pinos, los perfumes mezclados de las flores.

Por la rendija de la puerta penetraba el verdor sereno del valle.

7/39/01 ? 02 ? 03...

Desplazó la pierna izquierda algunos centímetros hacia delante. Empezaba a sufrir un pequeño calambre en la pantorrilla.

Adelanto un poco mi pierna izquierda hasta que la punta de mi bota toque el fondo del pupitre. Empiezo a sentir hormigueo. Querría rascarme la pantorrilla. Querría rascarme el sobaco derecho que me pica a causa del sudor. Querría rascarme el culo...

No hay nada que hacer.

Sólo puedo aliviarme modificando algunos grados la temperatura del interior de mi combinación. Tengo demasiado calor. ¿Demasiado calor o demasiado frío? No, demasiado calor. Regulo el climatizador a diecinueve grados (en vez de veintidós). ¡Ah! Esto ya está mejor.

Suspira.

Veo rodar la Tierra entre mis piernas.

Una corriente más fresca pasa entre sus miembros sudorosos, entre la combinación de nylon y la protección exterior (vulgarmente llamada escafandra) que consta, del interior al exterior, de una capa de neopreno, una capa de teflón, una capa de fibra de vidrio beta, y por último de una capa de nylon metalizado. En el extremo de su anular izquierdo se halla el mando de su microclima interior. La vida o la muerte de algunos centenares de millones de seres humanos (como es necesario explicarlo todo, digamos: la vida de algunos centenares de millones de comunistas), la vida de estos centenares de millones de seres humanos llamados comunistas, se halla en algún lugar de ese mismo pupitre, al alcance de otros ágiles dedos suyos. Y esos seres humanos viven en la bola de color azul sucio que gira lentamente entre sus piernas, en la pantalla de TV de control visual situada bajo el pupitre, un poco por debajo de sus rodillas.

Pero lo que importa no es esa imagen borrosa, en la que nada se distingue, en realidad (el *Norbert Weinberg* está demasiado lejos o demasiado cerca). Es el gran cuadro luminoso situado precisamente ante sus ojos, encima del pupitre, y donde la órbita del *Norbert Weinberg* se registra en rojo sobre fondo negro, por encima de una cuadrícula blanca de meridianos y paralelos, y del dibujo azul de los continentes. Junto al gran tablero se encienden continuamente otras muchas pantallas; series de guarismos, ecuaciones algebraicas, figuras geométricas que pronto se desvanecen y extraños símbolos de programación desfilan por ellas, masticadas y escupidas por el ordenador de a bordo, que sufre el bombardeo de los datos remitidos por el Centro de control de Vandenberg.

El mira. Sus diminutos ojos oscuros y móviles no descuidan nada. Es su trabajo.

Tiene un grado: comandante de las Fuerzas aerospaciales de los Estados Unidos de América. Tiene una función: oficial navegante, podríamos decir simplemente piloto. ¿Piloto? De hecho no lo es verdaderamente. El *Norbert Weinberg*, lo mismo que sus cuatro hermanos gemelos invisibles en el vacío radiante de luz solar, todavía está en DDC (*Direct Digital Control*), es decir, que su rumbo está directamente sometido a las instrucciones que llegan de abajo a través de las ondas transmitidas por una cadena de satélites pasivos. En consecuencia, al piloto sólo le queda vigilar el gran cuadro centelleante rodeado de pantallas y cuadrantes, potenciómetros, taquímetros, cachivaches varios donde bailan agujas, crepitan cifras o se atropellan colores chillones. Pero incluso esta observación, pasiva en apariencia, es un trabajo. Para aprenderlo pasó siete años en White Sands y luego en Vandenberg. Cuenta veinticuatro días de vuelo en simulador, y dieciocho días con siete horas y pico de vuelo orbital real en un MOL, aparato civil muy semejante al NAOS. Pero es la primera vez que se encuentra en un NAOS auténtico, en el vacío auténtico. Ya que es la primera vez que los NAOS han sido lanzados.

En cierto modo es un cobaya. Un cobaya clavado en su cabina desde hace siete días, perdón: 7 días, 11 horas, 23 minutos, 8 ? 9—10 segundos, y por lo que se sabe, no han terminado sus angustias. Pero el deber es el deber. El sentido del deber vence la inseguridad, la soledad, el eventual peligro. Y además, está acostumbrado. Sin embargo, en un MOL van cuatro o cinco: hay espacio. En un NAOS se está solo, se dispone tan sólo de 1,633 metros cúbicos de espacio, lo que no deja de ser un eufemismo, ya que de todas formas uno se halla prisionero en su asiento de plástico fabricado según las medidas exactas de su cuerpo revestido de la escafandra, que a su vez está cortada a las medidas exactas de su cuerpo desnudo. ¡Ojo, mucho cuidado! ¡No es cosa de engordar diez gramos cuando uno es oficial navegante de la Aerospacial!

Mueve algunos centímetros hacia atrás su pierna izquierda, lo justo para que el tacón de su bota toque la base del asiento. El hormigueo insidioso ha vuelto, se pasea entre su tobillo y su pantorrilla. ¿Qué dices, Ben? Digo, ¿de qué te quejas? El deber es el deber, ¿no?

¡Vete a tomar por...!

Puso la mano sobre el marco de la puerta. La madera estaba tibia de sol bajo su mano y contra sus falanges. Una ligera brisa llegaba en suaves oleadas desde el fondo del valle. Viento cargado de olores dulces, picantes, de frutas, ácidos, vivificantes. Respiró a fondo muchas veces, hinchando el pecho bajo el tejido de su camisa a cuadros abierta hasta la cintura, aunque con los faldones metidos en sus vaqueros. El aire era sano. Parpadeó. El sol ardiente palpitaba frente a él en un cielo de cobalto fundido, sobre el ángulo formado por las laderas de dos colinas lejanas, inclinadas la una hacia la otra al fondo del valle. Cerró los ojos: un torbellino de oro se puso a girar

en su cabeza, con súbitos estallidos de flores rojas y verdes. Volvió a abrir los ojos. El sol era bueno, buena su luz y bueno el calor del aire que acariciaba su rostro, sus brazos desnudos, la piel descubierta de su pecho.

Dio un paso, dos pasos sobre la escalera de tablas bien escuadradas; bajó dos escalones hasta posar sus pies desnudos sobre la hierba tibia y dulce que apenas se inclinaba a impulsos del viento murmurador. Las puntas de la hierba cedían bajo sus talones, la planta del pie, los dedos. Era un cosquilleo agradable que le incitó a tomar impulso, a lanzarse adelante.

Corrió por la hierba en línea recta, sobre la extensa ladera del valle.

9/21/37 ? 38 ? 39...

Trece veces al día (pero oye, Ben, ¿qué significa aquí un día, eh?) se zambulle hacia el radiante sol que sale a su izquierda; trece veces al día se zambulle en la noche, mientras que el radiante sol se difracta como si se disolviera, en algún lugar a su derecha. Pero ¿qué significa zambullirse? Tengo la impresión de navegar siempre en horizontal, debido a este suelo curvado que desfila por debajo; tengo la impresión de flotar en un mar insulso, conducido por las olas uniformes de la gravedad.

Tengo la impresión...

—Tú no estás aquí para tener impresiones.

—¡A la mierda, Ben!

—No, tú no estás aquí para tener impresiones; tú estás aquí para apretar el botón si el Presidente te manda apretar el botón.

—Y esto te acojona, ¿eh, jodido pacifista?

y a ti, Bob, ¿no te acojona?

Cállate, ¿quieres? Haré lo que me ordenen y nada más.

Soy un soldado, un oficial.

—¡Anda ya! ¡Déjame en paz!

—No soy yo quien decide.,

—Anda, déjame...

—...y si yo no estuviera aquí, estaría otro en mi lugar, ¿no es cierto?

—Anda, de...

—¿De acuerdo?

—No te enfades, Bob, yo sólo quería decirte...

—No me enfado, Ben. No es muy divertido estar encajado en este ataúd volante.

Tú, al menos, estás...

Por dentro, se ríe irónicamente.

¿Dónde puedes estar tú, amigo Ben?

Por unos instantes vuelve a ver la alta silueta con una camisa de colores, cabellos hasta los hombros y barba al viento, que se aleja por un camino polvoriento sobre el que se desploma un ardiente sol de agosto. ¿Recuerdo? ¿Imaginación? ¿Símbolo? Ni él mismo lo sabe.

Ni yo mismo lo sé, amigo Ben. Suspira, se retrepa en el blando respaldo de su asiento basculante. Hace unos momentos, una comezón lancinante se ha incrustado en su columna vertebral, al nivel de la quinta o sexta costilla. No puede hacer nada para calmarla, hay que esperar a que pase sola. Y a lo mejor no pasa pronto. ¡Siete días ya que pasea a doscientos ochenta kilómetros por encima del nivel de los automóviles! Y esto aún puede durar otros tantos. Recuerda al Viejo, durante la última conferencia antes del lanzamiento: «La situación mundial... y las perturbaciones que han estallado en todo el... retorno automático previsto... permanencia orbital de dos semanas como máximo... reemplazados por la segunda escuadra de NAOS que...»

¡Bah!

Vuelve un poco la cabeza en el interior de su casco, toma la embocadura de un tubo verde que sobresale por la gorguera de su escafandra, y que parece brotarle directamente del pecho como una delgada arteria cortada; aspira uno, dos tragos, hace una mueca tradicional: es agua de recirculación, no es mala, no tiene tampoco ese sabor a cloro que caracteriza el agua de la tierra; ha sido tan triturada y tamizada molécula a molécula, que no tiene ningún sabor, es la nada líquida, nada más.

Beber. Mear. Lo uno va con lo otro: alivia su vejiga, su orina se cuele por algún lugar entre sus piernas, recogida por el tubo que muerde la extremidad de su sexo, se desliza hasta el aparato de recirculación; más tarde beberá la síntesis depurada, la respirará con la atmósfera interna de su combinación de nivel higroscópico cuidadosamente calibrado.

El NAOS es una pequeña maravilla, un mundo en miniatura, un planeta vagabundo solitario, con una ecología rigurosa. Pero no por esto él deja de formar parte de una estructura social, de la cual es prolongación. Precisamente...

Precisamente ahora se enciende una luz sobre el pupitre, anaranjada e intermitente. Un zumbido sale de sus auriculares. Son las 9.24 ? 17 ? 18 ? 19". Es Vandenberg quien llama; el *Norbert Weinberg* entrará en su campo de comunicación directa, está remontando la subida (pero ¿qué significa aquí...?) por encima de México, el sol entra por el tragaluz inferior de babor y viene a clavar sus flechas luminosas en el retrovisor (no, un oficial navegante no mira jamás al sol de frente).

Pone el contacto. Los mensajes son cifrados al salir y descifrados al llegar, en ambos sentidos. Pero la voz que golpea el pabellón de su oreja suena clara, limpia, fuerte, como si el que habla se encontrase a su lado.

Una pequeña maravilla...

—Harold a *Norbert Weinberg*. ¿Estás ahí?

(¿Y dónde quieres que esté, puñetero?)

—*Norbert Weinberg* a Harold, os recibo bien. Escucho...

El escucha, y al mismo tiempo intenta identificar la voz terrestre que le llama con tal desenvoltura. ¿El capitán Werner Bobrowsky? ¿John «Dusty» Cartridge? ¿O ese teniente jovenzuelo y rubiales... cómo se llama?

—¿Cómo va por aquí arriba?

—¡Pse! Regular.

—¡Bien! Escucha...

(Ay, ay, ay... titubeo, no sabe cómo empezar. Seguro que no es Cartridge. Pero ¡mierda! ¿Qué es lo que oculta?)

—Escucha, Giordano. Vas a ponerte en S. C. ¿Entiendes? Vas a...

—¿Pero qué pasa ahí abajo? Es el gran...

—No, no, Giordano. Es una simple maniobra, una mera... una mera precaución. ¡No te abandonamos! ¡Te cubrimos siempre como una vieja clueca empolla su huevo! Pero hemos previsto ocho órbitas en S. C. ¿De acuerdo?

De acuerdo, Harold. Pero ¡santo Dios!, podías decirme qué...

Atención *Norbert Weinberg*. Al décimo top. *Top... top... top...*

El se dice que ¡mierda! No le dirán nada; aquí no tiene tele ni periódicos. Sabe menos que el más desgraciado paisano del más jodido agujero de esta cochina Tierra, pero al mismo tiempo se ha convertido en una máquina perfectamente programada. Los *top* suenan automáticamente en su cerebro, pero sus ojos activos recorren el pupitre rápida y regularmente, mientras sus diez dedos vuelan sobre los mandos. Al décimo *top*, cuatro visores rojos se iluminan, diseminados por las cuatro puntas del pupitre. Inmediatamente sus manos corren por encima del tablero, apretando aquí y allá al *Service Propulsión System*, las teclas y los contactos *Reaction Control Sistem*, y girando los diales graduados. De los costados del *Norbert Weinberg* brota un ruido sordo, las paredes se ponen a vibrar imperceptiblemente. El queroseno y el oxígeno líquido se combinan en la cámara de combustión: una pequeña llama que todavía no influye en la órbita del NAOS, pero que pronto aumentará desmesuradamente para lanzarlo fuera de su trayectoria.

A partir de ahora, el satélite queda abandonado a sí mismo. Vandenberg sólo es una voz próxima y lejana a la vez; el oficial navegante Bob Giordano ha pasado a ser un verdadero piloto.

—¿Me recibes, Harold? (Pero ¿quién es este jodido Harold?) Paso a S. C. realizado. Espero vuestras instrucciones...

—De momento nada nuevo. Desde luego, comprueba los deflectores como medida de precaución. Te llamaré a tu próximo paso, exactamente dentro de cien minutos.

—Okey, Harold. Corto.

El zumbido de los auriculares cesa.

¿Has entendido esto, Ben? ¿Qué estarán cociendo tus jodidos amigos comunistas?

Pero al mismo tiempo desbloquea *Push to Unlock*, el mando único que permite al NAOS rodar por las tres dimensiones del espacio. Adelante... atrás... a la izquierda... a la derecha. Cada vez el mínimo empuje posible: 125 kilos. Y el *Norbert Weinberg* cabecea y rueda a su aire, mientras sigue manteniendo su ángulo ecuatorial de 71 grados.

Son las 9.27 ? 07 ? 08 ? 09", hora de Vandenberg, seguro. Pero el NAOS ya deja atrás la Florida, sobrevuela las Bermudas, y las Bermudas ya quedan lejos; ahora se halla sobre el Atlántico Norte, oculto por un apelotonamiento afelpado de nubes. Arriba es mediodía, el sol está en lo alto, luego cae a su espalda, hacia el oeste que rueda interminablemente.

Ben...

No sabe qué decirle a Ben. Ben está lejos, en el espejo empañado de su adolescencia. Ya no se trata de bromas. El NAOS está en S. C. (en su jerga: *Supervisory Control*), lo que quiere decir que se anuncia tormenta.

Estaba tendido sobre la hierba con las manos detrás de la nuca, la camisa abierta sobre su pecho, los faldones fuera de los vaqueros. Hierbas a la vez suaves y picantes cosquilleaban sus lomos. Sus pies jugaban con la pradera, entre los dedos apretados de su pie izquierdo pasaba un largo tallo peludo y amarillento. Respiraba poco a poco, plenamente, el aire dulce pero vivificante de la tarde, el aire cargado con los potentes olores del valle.

A su derecha, un poco atrás en relación con su cuerpo, el sol descendía, inmóvil en apariencia, hacia el ángulo entre las colinas que parecía abierto expresamente para acogerlo. Su calor era agradable a la piel; el soplo del viento que inclinaba las hierbas no conseguía rebajar ni en un grado la temperatura ambiente.

Había corrido de un tirón desde la cabaña hasta el primer altozano, escalando la cima y dejándose caer devorado por la hierba, bebido por la oleada rasante de sol. Costaba devolver la respiración a un ritmo normal, y con los ojos cerrados oyó retumbar en su pecho los latidos de su corazón que se apaciguaba poco a poco. Sus músculos anudados por una excesiva inmovilidad abrigaban todavía en su estuche de carne un rescoldo de su fuego. Pero todas estas manifestaciones fisiológicas eran sanas; eran la vida, que es esfuerzo, fatiga y reposo.

Su cabeza se volvió hacia la derecha; la anaranjada bola del sol estalló en sus pupilas con millones de pepitas de oro fugitivas. Irguiéndose sobre un codo, abrió los ojos. El valle corría a sus pies como una hermosa marea verde, ondulada en sus bordes, frenando el empuje de las colinas más oscuras coronadas de árboles vigorosos. El horizonte era sereno y tranquilizador. El valle formaba un óvulo

irregular rodeado de colinas encabalgadas, con el cielo de cobalto fundido encima como una gran tapadera perfecta, calentada hasta el blanco azulado por el sol poniente.

En el campo, o sobre las acogedoras hojas de los árboles, crepitaba la canción de los insectos, que quizás eran saltamontes, grillos o cigarras, en todo caso animales de élitros y patas nervudas que encierran la larga perseverancia del ritmo tamborileado sobre su cuerpo enjuto.

Echó su cabeza atrás para mirar del revés los troncos cercanos de los pinos. Al revés vio que un animal anaranjado o pardo de cuerpo delgado y ágil y cola en penacho, subía (no, bajaba) hacia él por el tronco de un árbol, se sentaba al revés, sobre sus posaderas y le miraba con curiosidad e inteligencia.

El le sonrió al revés.

11/17/21 ? 22 ? 23...

Harold le llama mientras está comiendo. Tiene derecho a 2150 calorías al día, es decir, una ración de quinientos setenta y cinco gramos más dos litros de agua reciclada. Sus calorías se presentan bajo nombres seductores como buey asado, zanahorias a la crema, potaje de champiñones, puré de hígado, compota de ciruelas, y para qué seguir, pero en forma de pequeñas bolsas de alimentos liofilizados a los cuales añade agua a sesenta y ocho grados para convertirlos en una pasta asimilable y de sabor casi aceptable.

Harold (parece que no es la misma voz) me pregunta si todo va okey, y le respondo que todo va okey. Tengo la impresión de que esperaba oírme decir alguna cosa más, pero como no tengo ninguna observación que hacerle, me callo. Cuando va a cortar, le pregunto de todos modos qué tienen previsto para antes de dormir. En tono de embarazo (digamos que ésa es mi impresión) me responde que debo aplazar mi período de sueño algunas horas; que volverá a llamarme cuando Vandenberg juzgue oportuno reanudar el D. D. C. Entonces podré descansar cuanto quiera.

Comprendido, Harold.

Y corto para seguir metiéndome en la boca, por la cánula del saquito, la pasta rehidratada que se llama pavo con castañas. A continuación, y como quien dice comer dice evacuar, evacúo. Cuando termino de cagar a gusto, la válvula se cierra y noto el chorro de solución bactericida que me limpia la raja.

Y como quien dice mierda dice comunista, me pregunto una vez más cual será la gran marranada que se prepara por allí abajo. Seguramente una crisis peor que la del sesenta y dos. Si los cinco primeros NAOS fueron lanzados violando el tratado del sesenta y siete...

Me cosquillean los sobacos.

Sus sobacos le pican desagradablemente y también la raja del culo, donde el bactericida no ha acabado de gotear a lo largo de sus pelos. Piensa en su mierda que los complicados mecanismos del aparato de recirculación deben estar triturando, seleccionando, para recuperar todo lo recuperable: el organismo humano produce cuatrocientas sustancias de desecho que pertenecen a veintidós grupos químicos; ciento cuarenta y nueve sustancias se eliminan a través de la saliva, doscientas diecisiete con el sudor, doscientas con las deyecciones sólidas, ciento cincuenta con la orina. ¡Conque figuraos!

Podría sobrevivir un año en el *Norbert Weinberg*, aparte de que mucho antes ya me habría vuelto loco.

Sobre el planisferio móvil, la pequeña mancha roja trepa, va a cortar la costa oeste de Irlanda. Comunistas también allá abajo...

Los comunistas. Están en todas partes: la guerra de la energía, como se suele decir, es su guerra. Y por culpa de ellos me veo encerrado en esta fábrica volante desde hace más de siete días, notando comezones y hablando solo. Quieren matarnos de hambre, privarnos de recursos, bloquear nuestros aprovisionamientos de petróleo. Aunque las manos sean árabes, el cerebro es de Iván o del Chinazo: no nos perdonan la reconstrucción de Vietnam del Norte. Y cuando los traidores que tenemos en casa consiguieron imponer al gobierno esa moratoria de quince años sobre la energía nuclear, fue el petróleo lo que... ¡Y habla, y habla, en su mente! ¿Qué me dices a eso, Ben?

Pero Ben no responde. Está lejos, ausente. Se pasó al enemigo hace más de diez años, cuando su compañero de colegio, Bob Giordano, ganó las oposiciones de ingreso en la Escuela Aeronáutica. Pero ¿qué querías que hiciese? Yo no soy intelectual. No tengo un papá industrial como tú, que te suministra la pasta para que puedas jugar a ser un hippy en los *campas*. La Escuela Aeronáutica era para mí el único medio de salir adelante yo solo. Después pasó lo del Vietnam, sí. Justo el final, justo los últimos seis meses, pero, puedes creerme, los peores para la aviación. La Cruz. Y luego White Sands, y luego Vandenberg. ¿Crees que me he divertido todos los días?

Ni mucho menos. Mientras tú metías mano a las chicas de tu grupo, fumabas marihuana, volabas con el ácido y te atiborrabas el cerebro con Marx, Lenin y Mao, yo...

Y después de todo, ¿qué cono puede importar esto?

Ahí dentro, tengo con qué mandar al infierno a la mitad de los países de tus amiguitos.

Desearía poder rascarse los sobacos. El izquierdo principalmente. Ha bebido su café liofilizado, ha cerrado la visera de su casco. El *Norbert Weinberg* está en el cénit

de su trayectoria; el sol se pone tras él en un suntuoso estallido de púrpura y violeta, el satélite va a enfilarse (pero sólo en el planisferio, no en la realidad) hacia la base de la península de Iamal, al extremo de la cordillera del Cáucaso, en casa de los Iván.

En principio debería dormir la próxima hora. Tres horas de sueño, seis de vela; todo previsto como sobre papel de solfa. Es fastidioso romper los condicionamientos. Tendrá que tragarse algunas anfetaminas.

Sobre el tablero, la marcha roja evoluciona por la densa sombra de la Siberia central.

Ya sabes, Ben; yo no digo que todo lo que tú has hecho sean necesidades...

¡Ah! ¿Sí?

¡Ha respondido!

Quiero decir... que aparte de vuestras chorradas sobre las centrales nucleares, en cuestiones de ecología estoy poco más o menos de acuerdo contigo. Mira, ¿te acuerdas de la cabaña a donde íbamos a pasar nuestros fines de semana, cuando éramos críos, en aquel valle detrás de Handford? ¡Pues bien!, ahora todo aquello ha desaparecido: ni hierba, ni árboles, ni cabaña. Tan sólo un abominable arrabal, con una fábrica de no sé qué al fondo. Esto hace reflexionar... En Los Angeles, ¡tan sólo este año han habido quince alarmas por monóxido de carbono! ¡Y decir que se han puesto a construir esa jodida cúpula...! Ya lo ves; no tengo nada contra tus manifestaciones. Ni contra vuestros slogans sobre la tierra: *It's the only one we've got...*

No hace falta ser comunista para tener esas ideas.

Impulsa su pierna izquierda adelante, hasta que la punta de su bota toca la base del pupitre.

Handford. Su juventud...

En Handford no sólo estaba Ben. Estaba también...

El mundo se volvió. Rodando boca abajo, apoyó los codos firmemente en la tibia hierba. La ardilla se echó atrás con un gran salto y se detuvo de nuevo, siempre sentada sobre sus posaderas. Pasó rápidamente una de sus patas delanteras, parecidas a manos, sobre su húmedo hocico, muchas veces, con una mueca cómica. El hombre rió. La ardilla, inclinándose hacia delante, agachó ligeramente sus peludas orejas, preparada para saltar de nuevo, mientras las canicas sombrías de sus ojos espiaban al hombre tendido en la hierba, mientras su hocico tembloroso husmeaba los fuertes efluvios de esta criatura gigante que se movía tan pesadamente. Pero no emanaba hostilidad el gran bípedo tumbado en la hierba. La ardilla, tranquilizada, inclinó la cabeza a izquierda y derecha; luego inició una afanosa limpieza de su larga cola en penacho. *Tsk, tsk, tsk...*, hizo el hombre, chasqueando la lengua. La ardilla no interrumpió su trabajo, pero mientras pasaba los incisivos por los largos pelos de su cola, no dejaba de observar al desconocido con circunspección. El hombre alargó la

mano. La ardilla olvidó su cola, titubeó, dio dos pequeños saltos adelante, silbó. El hombre rió de nuevo; nunca había visto una ardilla tan de cerca, y menos en libertad. Lamentó no llevar comida que darle al animal. Luego pensó que la ardilla era bien capaz de alimentarse ella sola. Pero ¿qué comería, exactamente? Alzó la vista. Envueltos en las ráfagas del viento quejumbroso, por encima de su cabeza, los árboles rugían la marejada irregular de sus hojas y ramas entrechocadas. Habían olorosos pinos de finas agujas casi azules, y entre ellos, como intrusos que se abriesen paso a codazos, otras muchas clases de árboles de hojas caducas cuyos nombres desconocía, y que en aquellos momentos lucían un hermoso color verde. Un pájaro, antes invisible sobre una frondosa rama, se destacó del techo vegetal volando hacia la atmósfera libre del valle. Era un pájaro pardo o gris, no estaba seguro; volaba demasiado rápido para que se pudiera apreciar claramente su color.

Al volver la vista hacia el lugar donde hacía unos segundos se hallaba la ardilla, comprobó que el animal había desaparecido. Esta huida veloz y furtiva lo entristeció, pero no por mucho tiempo; el preciso para que el animal descendiese de un pino con una pequeña pina en la boca. Se instaló ante él, en el mismo lugar que ocupaba antes, y empezó a descortezar la pifia con sus cortantes incisivos y las largas garras de sus patas delanteras. El hombre imaginó que la ardilla había adivinado sus pensamientos y esa idea le complació enormemente. Contempló sonriendo cómo el pequeño y ágil animal separaba una a una las duras y oscuras escamas de la pina para sacar el fruto, que descascarilló inmediatamente para comerse la tierna pulpa blanca interior. Estaba tan cerca que oía claramente el ruido seco del fruto leñoso al romperse, y el roce de los diminutos dientes al cortar la dura piel. Cuando terminó su comida, la ardilla se enderezó sobre sus patas posteriores, arqueó el dorso y en esta postura curiosamente humana cambió con él una mirada penetrante, removiendo nerviosamente su pequeño y móvil hocico. Entonces el hombre alargó su brazo, despacio, muy lentamente, acercando la mano hacia el frágil animal que se puso en guardia, pero sin abandonar su sitio. Con la punta de sus dedos pudo acariciar, ¡oh!, sólo un segundo, el cráneo aterciopelado de la ardilla, que dio media vuelta para trepar con vertiginosa rapidez a la copa de un pino, accionando su ágil cuerpo como un resorte sobre el tronco vertical.

Todavía intentó seguirla con la mirada, pero ya había desaparecido. Entonces se levantó para acercarse al tronco, y posó en el mismo la palma de la mano. La corteza era tibia y áspera contra su piel; arrancó un fragmento y lo redujo a pedacitos entre sus dedos. Luego olfateó la albura del pino, que olía a resina. En algún lugar, entre el follaje, un pájaro desconocido lanzó un trino alegre y amistoso.

El hombre suspiró, pero fue un suspiro de comunión con el mundo, un suspiro de armonía con el viento, los olores, el calor del sol sobre sus mejillas, el monótono canto de los insectos, la presencia visible o invisible de los animales libres y audaces

del valle y las colinas. Descendió lentamente la cuesta que momentos antes había escalado corriendo. Sus pies desnudos aplastaban la hierba crujiente; el sol que no parecía haberse movido en el cielo suntuosamente azul acariciaba su espalda. Ante él, la cabaña rectangular, con su techo de troncos entre los cuales crecían largos tallos amarillos, parecía flotar como un navío panzudo en un mar interior cuya opacidad verde apenas turbaban engañosas oleadas de una estudiada placidez. Detrás de la casa brillaba una serpiente de plata: un riachuelo que venía de un punto cualquiera de las colinas y desaparecía a lo lejos por una brecha invisible. El agua, el cielo, los árboles, la hierba, formaban como un decorado para la cabaña, un telón de fondo realizado tan sólo para ella y para que la vida fuese agradable. De pronto sintió la necesidad de Fegresar a la intimidad; aceleró el paso, chupando la savia dulce de un tallo que llevaba metido entre los dientes.

Venían de muy lejos...

13/07/46 ? 47 ? 48...

Intenta concentrarse en su pupitre, su planisferio, sus visores, sus máquinas...

Pero es demasiado tarde: el nombre ha vuelto, con el calor que lo acompaña y el escalofrío insidioso que se insinúa en sus miembros, en su garganta, tan pronto como evoca, como pronuncia en el laberinto secreto de su cerebro: Vanessa.

—¿Me oyes, Giordano?

—¡Muy bien, Harold!

Pero no, no tan bien, pues casi enseguida grita:

—¿Qué...? ¡Repítelo otra vez!

—¡Alerta G!

Pasa a alerta G, es decir que pulsa sobre el teclado del computador la fórmula para el desenclavamiento de los misiles. Pequeñas luces verdes se encienden un poco en todas partes. El NAOS está listo para vomitar. Hecho esto, realizadas las maniobras y sólo entonces nota la tensión que crece en su interior, que le agarrota, sobre todo a nivel de los intestinos. Esta vez va de verdad. El gran juego.

—Dime, Harold, en nombre de Dios, ¿qué pasa?

—No se preocupe, comandante (¡Me trata de comandante!) La situación se ha complicado un poco aquí abajo y vale más estar preparados. Pero todo indica que se aclarará en cuestión de horas. ¿Sin novedad?

—Sin novedad...

Diciendo esto consulta con su pantalla radar en todas direcciones. Pero la cuadrícula sigue virgen de ecos sospechosos. Alrededor del NAOS el cielo aún está vacío. La voz sin rostro llamada Harold se aleja, se calla, prometiendo llamar cuando

algo...

Quiere decir: cuando haya que lanzar el paquete.

Lanzar el paquete, esto hace pensar en la eyaculación. Levanta la cabeza para contemplar la *pin-up* desnuda clavada a la derecha del planisferio y que parece moverse cuando uno inclina la cabeza de un lado a otro. Es una de esas postales impropriamente llamadas holofotos, por la impresión de relieve que producen. Esta es una rubia estupenda con pechos como balones y muslos abiertos mostrando su guedeja tan reluciente como si se la hubiera cepillado.

Se llama Molly. Al menos, es el nombre escrito bajo la holofoto. Bob no sabe por qué cedió a la costumbre y clavó esa porquería en su habitáculo. Molly nunca se la ha puesto dura. Por otra parte, es muy difícil lograr eso cuando uno está embutido en una combinación espacial, a causa de este condenado tubo de desagüe que sujeta el glande: si el miembro empieza a' hincharse, lo pellizca horriblemente.

Pero Molly no era más que un pedazo de papel, una muñeca fofa, un estereotipo, como tantas otras chicas que ha tenido debajo. Vanessa...

No hay nada que decir sobre Vanessa. Es un pensamiento vagabundo, una quemadura secreta, un recuerdo desencarnado que no quiere desatarse de su carne, que habita en él, que le taladra, y vuelve a visitarle cuando menos se espera.

Vanessa está más allá de las palabras.

Fue hace tanto tiempo.

Era cuando lo de Ben, en la época en que... Pero ya no hay nada que decir de esa época, ni de Vanessa.

Suspira, bruscamente siente calor; le parece que va a dormirse. Reduce dos grados la temperatura de su combinación, aumenta un poco la presión del oxígeno.

El NAOS ruge sin ruido en el vacío, su vientre de metal parece rozar las algodonosas nubes de la naranja azul.

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra...

Un galope súbito le hizo detenerse. Se volvió. Tres caballos lanzados a una carrera furiosa se acercaban a contraluz, en un poderoso galope que el sol bajo, por el brillo loco que ponía en las crines, hacía más espectacular. Esperó, manos en la cintura, a que pasaran los corceles. Para su sorpresa, éstos se detuvieron al llegar cerca de él. Sonó un relincho solitario. Fue el macho quien lo lanzó, con la cabeza levantada y el morro fruncido. La yegua vino hacia él y, flanco contra flanco, las dos bestias resoplaron, mirándole de perfil con su ojo redondo.

El potrillo que les seguía continuaba brincando al trote ligero alrededor de sus padres, saltando ágilmente, coceando con sus cuatro cascos que no conocían el hierro. Luego se calmó y fue a husmear y mordisquear el flanco de su madre, que apoyó un momento su fina y larga cabeza sobre el cuello estremecido del joven. Eran tres hermosos animales de raza, alazanes los dos adultos, más claro el potrillo, manchado

además con algunos toques blancos en la pechera.

Quiso acercarse a ellos, tocar su pelaje reluciente bajo el cual se adivinaban los fuertes músculos. Pero cuando se hallaba tan sólo a cuatro o cinco pasos de los animales, éstos se espantaron, reanudaron el trote y luego el galope. Los vio rodear la cabaña, pararse de nuevo, sin duda para beber en el arroyo que ahora las altas hierbas le ocultaban. La huida de los caballos —aunque huida no era la palabra adecuada— no fue un movimiento de miedo, ni tan sólo de desconfianza, al menos él lo entendió así; los tres animales habían querido manifestarle así su audacia, su espíritu de independencia; quizás otra vez le dejarían palmear sus grupas y quién sabe si montar el gran macho. Otra vez, sí. Aún era demasiado pronto, el mundo era demasiado nuevo.

Tiró el tallo, del que ya había exprimido todo su jugo, y eligió otro, verde y vigoroso, que no pudo cortar con los dedos. Al inclinarse para arrancarlo, vio un pequeño coleóptero negro que huía a toda velocidad por el suelo. Entre dos altos brotes coronados de flores violentas, una araña había tejido su tela geométrica; iluminados de frente por el sol dorado, los hilos brillaban como si fuese una red de platino fundida de una pieza sobre el verdor. Inclinandose hacia delante, de rodillas en la hierba, pudo ver a la tejedora esperando en un rincón de la tela; era una de esas grandes arañas de abdomen abultado, pardo claro con un dibujo simétrico de manchas blancas; cuatro de sus patas adelantadas al frente, las otras cuatro hacia atrás. La araña no se movía, ni tan sólo se sobresaltó al agitar ligeramente uno de los tallos que sostenían la tela. Diríase una partícula mineral, o un trozo de corteza llevada hasta allí por el viento e incrustada contra la redecilla radial.

Se incorporó. Hasta entonces nunca había visto una araña, o mejor dicho, no se había tomado el trabajo de observarla tan de cerca. Muy altos en el cielo, tres o cuatro vertiginosos puntos negros señalaban pájaros, cuervos o quizá rapaces cazando. Se dirigió de nuevo a la cabaña. A causa del sol bajo, su sombra se extendía ante él, inmensa, sobre la pradera luminosa. Algo saltó a su derecha, haciendo un surco en la hierba y ocultándose al refugio de su cobertura: un conejo salvaje sin duda, o una liebre. La pradera entera estaba viva. Cada uno de los seres que la componían existía en simbiosis con la totalidad de los demás. Las mariposas se encargaban de la polinización de las flores que saqueaban, pero eran también la presa preferida de las arañas. Otros mil insectos se entredevoraban en la jungla de hierbas, pero la muerte de unos significaba la vida de otros, y la muerte de todos aprovechaba a la pradera, que gracias a la acción de las bacterias biorreductoras del suelo, asimilaba el fósforo y el nitrógeno mineralizado de los pequeños cadáveres; alimentándose a su vez, crecía y daba alimento a los herbívoros: caballos, gamos, conejos, que a su vez eran perseguidos por los zorros, el lince y el oso de los bosques. El bosque ondulante de las colinas, que crecía sobre el humus que él mismo fabricaba con el depósito de sus

hojas otoñales, formaba un biotipo también, recorrido por el viento portador de semillas, alimentado por las lluvias, respirando por fotosíntesis el carbono, que es la base de toda vida.

Y mientras caminaba a largos pasos hacia la cabaña, pensó que él también formaba parte de este ciclo ininterrumpido de vida abundante; cazaba (o cazaría) algunos animales para satisfacer su necesidad de proteínas, aunque sólo lo imprescindible para no destruir el frágil equilibrio del biotipo; cultivaba también (o cultivaría) algunos frutos, algunas legumbres, que ocuparían su lugar en el ciclo sin desorganizarlo, y él mismo devolvería a la tierra sus desechos orgánicos cotidianos hasta que, llegada la muerte, su cuerpo entero obedeciese al ciclo del carbono. Eso pensaba mientras hollaba la hierba tibia con sus pies desnudos, y esas reflexiones le llenaban de apacible alegría. El trueno estalló cuando sólo se hallaba a unos veinte pasos de la cabaña. Fue a la vez tan repentino y fugitivo que no estuvo seguro de haber oído un ruido real; en un rincón de su sensibilidad auditiva, adormecida por el canto de la pradera, sonó como un gruñido sordo y lejano de nubes entrechocadas. Pero Su conciencia no había registrado el ruido con suficiente atención para conseguir identificarlo. Pensó: «un trueno», simplemente por reflejo adquirido, pero la limpidez del cielo, que ninguna nube alteraba, demostraba claramente lo ilógico de su suposición. Pronto dejó de preocuparle el caso aunque, mientras avanzaba algunos pasos, sintió el cuerpo recorrido por desagradables estremecimientos. Era tan sólo una sensación tenue, en el umbral de la percepción, pero este ligero estremecimiento de su piel y el escalofrío estaban en total desacuerdo con la dulce plenitud en cuyo seno se movía, por lo que las sombras agitaron todavía un instante la superficie de sus vagos pensamientos.

Pero cuando vio recortada en la puerta abierta de la cabaña la silueta iluminada de lleno por la luz anaranjada del sol poniente, las sombras se borraron de su espíritu aún más pronto que la inquietud consecutiva al trueno que le sorprendió. Sólo estaba a diez o doce pasos de la casa de madera cuando la aparición se precisó en el rectángulo oscuro de la puerta, justo debajo del porche. Su corazón se puso a latir locamente en su pecho, la sangre corrió con más rapidez en sus arterias. La emoción le sumergía con sus reacciones fisiológicas involuntarias. La emoción, es decir, la alegría en estado bruto. Echó a correr. Un perro fue a su encuentro, sus ladridos rompieron el aire mientras saltaba a su alrededor intentando morder los bajos de su pantalón. Pero no le importó. Corría. En seguida estuvo cerca de ella, ante ella. No tuvo que correr mucho y pronto estuvo al lado de ella para tocarla. La tocó. Estaba sofocado, muy sofocado y su corazón golpeaba tan fuerte bajo sus costillas, que de momento no pudo decir nada. Y de haber dicho algo, habría sido sólo una frase vulgar, o menos que una frase, dos palabras: ¿Eres tú?, o tan sólo una palabra: Tú. Pero tocarla como lo hacía, con la punta de los dedos y el brazo alargado, la punta de

sus dedos en la mejilla de ella, esto le bastaba, concentraba toda su energía, agotaba toda su capacidad de felicidad. Y además, no era necesario decir: ¿Eres tú? Desde luego era ella. Y era normal que ella estuviera esperándole. ¿No la había dejado unos instantes para dar su paseo por la pendiente de la colina? Por un momento, un pequeño instante, un segundo, o quizá menos, tuvo la impresión desoladora de que era incapaz de responder a estas preguntas tan sencillas, y que no podría decir cuándo ni dónde, pero la impresión se desvaneció antes de llegar a ser formulada claramente en su espíritu. Al contrario, la ola de ternura y de amor que lo invadía le cantaba un estribillo tranquilizador: se encontraban desde siempre, y siempre sería la primera vez. Su índice dibujó la curva de la mejilla, se detuvo en la comisura de la boca; ella volvió un poco el rostro, tomando su dedo entre los dientes, lo mordisqueó, mojándolo de saliva, haciéndolo rodar entre sus incisivos y caninos. El se acercó medio paso, estaba ahora verdaderamente cerca de ella, podía notar el perfume dorado de su piel, los senos desnudos bajo la tela de algodón crudo casi rozaban su pecho. Hundió su mirada en la fuente de los ojos claros, liberó su dedo de la boca que lo sujetaba y pasó toda la palma de su mano sobre la carne dulce y tibia del mentón, del cuello, del hombro. Ella sonrió, sus dientes muy blancos y algo irregulares brillaban entre sus rosados labios. El se acercó todavía más, esta vez se hallaba verdaderamente contra ella, piel a piel, vestido a vestido, y sentía sus muslos firmes contra los suyos, y los senos erguidos se aplastaron sobre su pecho. El gran perro cesó en sus correrías para sentarse cerca de ellos, con la bocaza abierta y la roja lengua colgando fuera de sus colmillos, mientras les miraba con sus ojos moteados de pardo y oro fundido. Apoyó su cabeza contra la cara de ella, la incrustó entre el cuello y el hombro, saciándose del olor de aquella carne tostada por el sol. Empezó a dejar resbalar sus manos planas a lo largo de la espalda, a pasarlas sobre el cuerpo, lentamente, como la nieve que se funde sobre la roca tibia de primavera. Su cabeza pasó sobre los senos temblones, llegó al vientre, se detuvo en la pelvis, sobre el tejido recio de los pantalones vaqueros. Ahora se hallaba de rodillas ante ella, sus manos rodeaban las nalgas y su cara quiso cavar un nicho entre sus muslos, con la boca abierta a la altura del sexo, la nariz aplastada sobre el hueso del pubis. Permaneció mucho tiempo así, sin pensar, pero extático de felicidad y como sin fuerzas. Luego ella le levantó dulcemente y rodeándole la cintura le hizo entrar en la cabaña.

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra galaxia. Y, ¿qué importaba, si no había nadie para verlos llegar? Se desplazaban...

15/18/27 ? 28/29...

Está sobre el norte de Francia cuando la voz de Vandenberg, transmitida por el

complejo MPSS (en su jerga: *Multi Parpóse Sateüite System*), crepita en sus auriculares. Esta vez ya es la alarma general. Por lo visto los Iván han dado treinta minutos a los Estados Unidos para congelar la ronda de los NAOS. Los treinta minutos han transcurrido. La voz comunica al comandante Giordano que doce ABM rusos han sido lanzados contra él desde la base de Kanin:

—Los recibirás dentro de tres minutos cuarenta y siete segundos. Te van a pegar duro. ¡Agárrate bien, Giordano! Te necesitamos. Desde aquí no podemos hacer nada, pero.

Ha comprendido. Debe espabilarse solo. Consulta su pantalla de radar, donde acaba de aparecer una mancha blanquecina: los cohetes soviéticos suben en haz a su encuentro. (3 ? 31") ya no siente ninguna impresión en especial. Su cabeza está fría, sus tripas no están agarrotadas. En el momento de la acción, se ha convertido en una máquina sin autonomía, que funciona según lo programado (3 ? 7"). Se alejará de su órbita en el último instante para engañar a los ABM rojos que se desviarán hacia los señuelos y le olvidarán. Quizá... (2 ? 28"). La mancha blanca se ha fragmentado en un semillero de lúnulas de contorno desvaído (2 ? 1"). Ahora ya puede contarlos. Son doce, se dirigen sin desviarse un ápice hacia la gran mancha central de la pantalla que refleja la posición del *Norbert Weinberg* (1 ? 16"), (0 ? 57"), (0 ? 39"), (0 ? 28"), (0 ? 20"). ¡Ahora! El keroseno y el oxígeno líquido rugen en los costados del NAOS que acelera de modo fulgurante y se desvía de su órbita. Bob se ahoga, su corazón se vacía de sangre, sus visceras parecen reventar en su vientre comprimido. ¡18 G durante doce segundos! Luego los deflectores frontales y de estribor entran en acción y el NAOS decelera regresando a su andadura, mientras que atrás, lejos, o más cerca, cómo saberlo en el espacio, las bolas de fuego blanco cegadoras sacuden fugazmente el negro vinagre del espacio. ¡Lo he conseguido! No, no del todo: los señuelos han sido pulverizados, pero todavía quedan tres ABM que se le pegan al culo. Los ve avanzar hacia el centro de su pantalla, y las tres pequeñas lunas blancas parecen fundirse con la señal del NAOS cuando lanza sus propios ABM. Esta vez la luz blanca le rodea, hace centellear de manera insoportable los cromados de su habitáculo. Cierra los ojos. *Clacclacclac*. Se diría que graniza a su alrededor. Son las partículas ionizadas desprendidas por la explosión de las cargas nucleares que bombardean su cápsula, y que se materializan en el rabioso crepitar del contador de radiaciones. Contempla impasible la aguja que no cesa de girar en la caja: 22 ? 23 ? 24—llega al rojo—26 ? 27—se estabiliza en el 28. Ha recibido 28 REM. La radiactividad normal calculada para una estancia de dos semanas en el espacio es de 1,3 a 1,4 REM. La dosis máxima admisible en una sola exposición es de 25 REM.

Pero se necesitan 500 o 600 REM para matar a un hombre antes de veinticuatro horas.

¡Todavía tienes cuerda para rato! Con los ojos fijos en la pantalla de radar, hace

regresar al *Norbert Weinberg* a su órbita anterior. No le amenaza ninguna otra mosca. La DCA enemiga parece muda ahora. Seguro que los Iván deben estar ocupados defendiendo su territorio y no tienen misiles para desperdiciar con él. ¡La cosa está que arde, ahí abajo! Se halla sobre la región de Moscú, son las dos de la madrugada, pero la noche está completamente iluminada por los cráteres rojos que los megatones abren en la corteza de la Tierra.

¡Y todo eso por el petróleo!

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra galaxia. Y ¿qué importaba, si no había nadie para verlos llegar? Se desplazaban en un gran navío, que no era un navío según se suele entender, ya que no navegaba en realidad...

También habían gatos. Dos al menos, o quizá tres; no llegaba a determinarlo porque todos eran del mismo tamaño y del mismo pelaje: una especie de gris pardo atigrado de negro en el lomo. Ahora no recordaba si habían gatos en la cabaña. Pero ¿de qué se acordaba con exactitud? Su vida era como un sueño que empieza de súbito, pero sin embargo posee para el durmiente todo el valor de la experiencia vivida.

La vida... La vida estaba más allá de las preguntas y de las respuestas, y el velo de bruma que lo envolvía, lo entumecía, se le llamaba simplemente: la felicidad.

Uno de los gatos vino a acurrucarse entre sus piernas, en el compás abierto de sus muslos, pues estaba sentado en el suelo, la espalda contra la pared, bajo una de las ventanas que recortaban un largo rectángulo de crepitante claridad, color oro viejo. El rectángulo de luz invadía la cama, sobre la colcha de lana hecha con retales multicolores de lana, e iluminaba sus piernas y su cuerpo hasta la mitad del busto. Estaba en una vaga postura de yoga, las piernas cruzadas ante sí, los antebrazos descansando en el suelo; de vez en cuando, iniciaba una caricia sobre el espinazo del gato que dormía con sólo un ojo y no cesaba de ronronear de contento. El perro, un gran pastor negro y pardo claro, se había quedado en el umbral de la puerta, acostado sobre el vientre, con las patas estiradas hacia delante, la cabeza alzada, la boca semiabierta, los ojos y las orejas vigilando la vida agitada del valle. Se llamaba Woody. Los gatos no tenían nombre, y a ellos no les importaba. Se podía decir: mis, mis, mis, mis, y venían si deseaban caricias o se les antojaba comer otra cosa que los ratones del prado, a los que perseguían con ferocidad poco ecológica —pero los gatos no hacen caso de nada, son accidentes de la evolución—, y si no tenían ganas de venir, nada podía decidirles a ello; los gatos son así. Nunca había podido decidir si le gustaba o no esa especie caprichosa, pero en todo caso, aceptaba, transigía con el feroz espíritu de independencia y la sutil esclavitud que practican sobre los humanos.

Por tanto, hoy, en aquella hora imprecisa, cuando a sus espaldas el sol caía a plomo por el océano celeste sin parecer hundirse de manera visible, no era a los gatos a quienes miraba, escuchaba, bebía por todos los poros de su piel y de su espíritu,

sino a ella, *ella*, en aquel momento sentada sobre la cama, con una pierna colgando hacia el suelo y la otra encogida, su pie desnudo alojado bajo el otro muslo. Cantaba acompañándose con la guitarra:

*I wonder will it come along in Spring
Will we be in it the while the robbins sing
Will the atom be a bristling and rockets de the whistling
When the world is all in bloom in the Spring.*

No conseguía recordar si ya la había oído cantar y si conocía la canción. No lo recordaba y, no obstante, todas las fibras de su cuerpo y todos los recovecos de su espíritu recibían el frágil impacto de esa voz y la envolvente caricia de las palabras, como si la voz hubiera formado siempre parte de sus sensaciones, como si las palabras hiriesen en lo vivo de su sensibilidad. Las palabras eran dulces y violentas a la vez, se desprendía de ellas como una punzante tristeza nacida de horrores sin cuento y sin significado, y al mismo tiempo como una vibrante promesa de eternidad en la que innumerables días serían parecidos al presente. La voz era a la vez dulce y violenta, era sosiego y advertencia, quería a la vez consolar e inquietar, portadora de esperanza y de temores; y era a causa de sus mutuas relaciones que esta esperanza y este temor eran saludables. La voz alcanzaba los agudos sin quebrarse, se convertía en hilo de agua, hilo de aire, hilo de oro fundido; luego, como una corriente, descendía hacia el aterciopelado grave sin cascarse, sin hacerse añicos. Sabía cantar, pensó. Cantaba bien, y por eso la canción penetraba en él, aquella canción que no conocía y sin embargo conocía; la canción explotaba átomo por átomo en algún lugar de su interior, a profundidades tan gigantescas que no se podían sondear, como tampoco podía entender el sentido de los ecos dolorosos que estas heridas arrancaban a su carne. Sencillamente, el malestar estaba ahí, decrecía, regresaba, mientras que la sucesión modulada de las palabras continuaba a su alrededor, sobre él, en él. Quiso ignorar ese malestar y a ratos lo conseguía, pero otros no. Entonces algo como la sombra de una pesadilla parecía querer aflorar a su conciencia, y en estos instantes fugitivos le parecía que la sombra ocultaba en su vientre brumoso peligros capaces de disolver la eternidad feliz en un infierno de partículas hirvientes. También el tranquilo bienestar que al mirarla sentía, al oírla cantar, era pérfidamente turbado por una sensación sin nombre en su conciencia, sin lugar en su memoria, sin peso en su inteligencia, y que por lo tanto le intoxicaba sutilmente.

Ella cantaba; su guitarra descansaba sobre la pierna izquierda, la que estaba doblada, y su seno izquierdo se apoyaba sobre la brida superior. Sus dedos finos y largos corrían sobre las cuerdas que el sol hacía espejear, y a veces la palma de su mano venía a golpear la tapa armónica entre dos acordes, para puntear el fin de una

cuarteta. La escuchó hasta el final, luchando contra las sombras pasajeras que brotaban de su interior, dejándose llevar al mismo tiempo por la canción.

Era una vieja canción; al menos de veinte o treinta años atrás, y su autor le era desconocido o lo había olvidado. Pero las palabras daban siempre en el blanco.

*Can it be that we'll be drilling in the Spring
Can it be that we'll be killing in the Spring
Oh I'd rather take it easy, give the other guy a breezy
A bright and cheery howdy in the Spring.
Oh! is that the time for dying when it's Spring
And the women to be crying when it's Spring
When gardenias they are selling, is that the time for shelling
When lilacs are in bloom in the Spring.
I would like to know in the Spring
That he won't have to go in the Spring
When the skies are blue above him can I tell him that I love him
If we never meet each other in the Spring.
When the fields are ripe for sowing in the Spring
You can watch the children growing in the Spring
We could have a celebration with folks from every nation
Must we destroy creation in the Spring.
Oh! I'd just like an ordinary Spring
With people laughing just because it's Spring
And how ever he spells his name I am sure he feels the same
For it's great to be alive in the Spring.*

Cuando ella acabó de cantar, su mano izquierda siguió todavía un momento punteando mudos acordes sobre los trastes altos. Una de las cuerdas metálicas resbaló bajo sus uñas, una nota áspera, un sí, vibró largo tiempo. Su rostro estaba en penumbra, el recuadro de luz solar producido por la ventana cruzaba oblicuamente a la altura de sus senos, frontera sombría. El hombre se puso en pie. El gato no cesaba de ronronear en su sueño despierto. Vio a su sombra levantarse al mismo tiempo que él en el rectángulo luminoso y venir a cubrirla a ella. Le dijo que le gustaba la canción. Ella respondió que era una de las que él solía preferir. Murmuró algo con asombro y la cogió de los hombros. La madera de la guitarra golpeó contra el suelo y las cuerdas resonaron largamente. Contemplar su cara cerca de la suya le hacía un bien inaudito. Tenía los cabellos rubio dorado muy cortos, grandes ojos increíblemente azules, la nariz más bien robusta, los pómulos altos y salientes, una gran boca de labios llenos y firmemente dibujados, un mentón triangular y

voluntarioso. Pero el conjunto de estos rasgos pronunciados armonizaba tan perfectamente, que paradójicamente componía un pequeño rostro delicado pero lleno de vida. La besó y sus dientes chocaron, se sonrieron y rieron durante el beso, y durante el beso ella le preguntó riendo si tenía hambre. El no tenía hambre, pero para complacerla le dijo que comería. Entonces ella le llevó de la mano hacia la puerta del fondo que se encontraba en realidad a la derecha, al lado de la chimenea. Atravesaron un pequeño cobertizo hecho de una pared de tablones y lleno de herramientas, hachas, una hoz, azadones, palas, rastrillos, escobas, cizallas, una podadera, plantadores, algunos botes de pintura o de grasa o de no sabía qué, pequeños recipientes de vidrio que contenían clavos, tornillos, tuercas, semillas y productos u objetos más misteriosos aún. El interior del cobertizo olía a madera, a grasa sobre el metal tibio de las herramientas, a polvo untuoso frecuentemente removido. Se dijo que todas aquellas cosas eran suyas, de ambos. Allí estaban los músculos de la cabaña, su reserva de fuerza vha, y apretó más fuerte la mano que le conducía.

Una segunda puerta se abrió y salieron fuera, a la sombra de la cabaña que destacaba masivamente sobre la extensión de la pradera. Sorprendido, reconoció un pequeño huerto cavado directamente junto a la hierba, donde algunos planteles de legumbres crecían en la tierra oscura; en el suelo, hojas lobuladas y abundantes ocultaban el volumen lunar de calabazas anaranjadas y verdes, y finas matas de zanahorias; más arriba, enrolladas en sus tutores, judías y guisantes, todo ello bordeado de groselleros; por fin, al borde de la pradera, algunos árboles, quizá ciruelos o manzanos. Ella le dijo que cogería algunos huevos, y al volverse él vio junto a la pared de la cabaña un cercado protegido con tela metálica, un auténtico gallinero, con aves blancas y pardas que picoteaban. Ella empujó una puerta del cercado y la contempló mientras se inclinaba hacia los bajos ponedores, arqueando su dorso en un movimiento que resaltaba los firmes hemisferios de sus nalgas. El gran perro apareció después de rodear la casa para acercarse a ellos; dirigió algunos ladridos hacia las gallinas ruidosas y cloqueantes del cercado. Luego se acercó a él cruzando con largas zancadas el minúsculo huerto y se frotó contra sus piernas; maquinalmente le acarició el lomo, tomando con la otra mano tres grosellas que saboreó. Todo esto era suyo. ¿Cómo había podido olvidarlo, sorprenderse ante aquel huerto, aquel gallinero, que definían su presencia en el seno de aquel valle, la fijaban en el tiempo, en el pasado, en el futuro, en la eternidad? ¡Seguro! ¡El había removido esta parcela de terreno, la había sembrado, había vigilado el crecimiento de las plantas! ¡Seguro! Sí, sin duda. Probablemente. La niebla algodonosa que anegaba su espíritu pasaría. Era solamente...

Ella le preguntó si venía, y respondió que sí, que venía. Cruzaron el cobertizo, Woody a sus talones, pero antes de entrar se detuvo a contemplar el lento vuelo de un cuervo, que tras un picado perfecto se paseó por la hierba del valle no lejos del huerto

y casi desaparecía entre el verdor, de donde sólo sobresalía su redonda cabeza con el largo pico negro. Pero al otear la lejanía del valle, también vio otra casa muy distante, construida en una colina. Preguntó quién la habitaba y ella mencionó un nombre que le llenó de alegría. De nuevo en la única pieza de la cabaña, ella le preguntó si le gustaría unos huevos con tocino; entonces él se puso a encender el fuego en el hogar apagado, sobre las cenizas que cubrió con viejos periódicos sin entretenerse en leer los titulares ni las fechas, ramitas secas y algunos leños ya partidos. El fuego prendió enseguida y sus largas llamas lucharon valientemente con la luz dorada del sol poniente que no se ponía. Se volvió para ver cómo ella abría una chirriante alacena, de la que sacó un trozo de tocino ahumado, del que cortó cuatro grandes tajadas. Sobre los anaqueles en una hilera de tarros cerrados por una capa de cera vegetal endurecida, descansaban maravillosas confituras que parecían tan transparentes como un jarabe diluido o de un rojo tan sombrío como la más oscura sangre seca. Pronto las lonjas de tocino se frieron en la sartén colocada sobre una parrilla de fundición puesta a media altura en la chimenea, y los gatos, que sí eran tres, rondaban maullando alrededor del festín que se preparaba. El olor del tocino que se freía lentamente dominaba los demás perfumes. Aspiró llenándose los pulmones mientras ella disponía sobre la mesa que campeaba en medio de la pieza, dos platos blancos, dos vasos y una jarra de gres mediada de agua, o quizá de vino. Ella le sonrió notando que la observaba, y su sonrisa le acarició de nuevo.

Mientras ella rompía los huevos en la sartén, fue a acodarse en la ventana, dejando vagar su mirada por los verdes confines del valle, dejándose absorber, beber, por el estremecimiento vegetal. Un trueno lejano rodaba por el cielo. Lo escuchó un momento sin prestarle atención, sin que el ruido retumbante penetrara en el fondo de su conciencia. Sólo cuando el fragor fue lo bastante poderoso para que el impacto de sus ondas sonoras hiciera vibrar bajo sus dedos el alféizar de la ventana, sintió un doloroso sobresalto en todo su cuerpo, una crispación angustiada. Quiso gritar, decir algo, pero la vibración que sentía en su mano se comunicó al paisaje ante sus ojos, y con un sentimiento angustioso de irrealidad, vio temblar las nítidas líneas del valle — dislocarse, disolverse, como si una goma gigantesca pero invisible, se hubiera paseado sobre la pradera y a través de las colinas, desmenuzando las formas, anegando los colores—; el fragor continuaba, monótono, como si en las entrañas de la Tierra, las puertas del infierno se hubieran puesto a rodar interminablemente sobre sus goznes. El valle había desaparecido; ante él sólo había una llanura cubierta de cenizas, resquebrajada, encerrada en un arco descarnado de colinas de piedra viva, que ondulaban en la atmósfera polvorienta bajo un cielo escarlata.

Pero tampoco esta visión era fija: palpitaba, temblaba, como si el artista que la había concebido la hubiese pintado a la acuarela sobre un papel excesivamente mojado. Quiso volverse, intentó llamar una vez más, pero una fuerza oscura le

retenía, le paralizaba. Y mientras la angustia retorció sus entrañas y sus ojos desorbitados estaban fijos en el valle herido por el incomprensible rayo, éste volvió a deformarse de nuevo, se fundió, hirvió, se convirtió en un magma de colores donde grandes superficies verdes se mezclaban con el barro gris mientras, sobre esta mezcla coloreada, las nubes rojas del cielo desaparecían bajo mareas azules que se volvían a formar. Sintió un vértigo helado que le obligó a cerrar los ojos. Cuando volvió a abrirlos un segundo después, o menos, el valle había retornado a su apariencia primera, con el trecho verde de pradera, las sombrías colinas boscosas, el sol anaranjado flotando en un cielo de cobalto. La trepidación había cesado, el fragor apocalíptico fue ahogado por el murmullo acariciante del viento. Se sacudió, respiró profundamente. Algo le agarrotaba todavía las vísceras, algo imperceptible y vagamente amenazador, pero era incapaz de recordar una imagen fija, un sonido definido, como tampoco podía analizar qué le había trastocado de aquel modo. Sus ojos sondearon la abertura del valle, apacible como nunca. Se volvió al fin, cuando ella le llamó para comer, y entonces quiso preguntarle si había visto... oído. . notado. Pero las palabras no acudieron a sus labios, y además ella estaba tranquila, serena, alegre, y su sonrisa no revelaba ningún temor oculto; la luz azul de sus ojos no encubría la menor ceniza. Se sentó frente a ella, sobre el tronco cubierto con un cojín que se hallaba ante la mesa baja; y sus piernas al estirarse bajo la misma, encontraron las piernas de ella, y las rodearon. Se volvió hacia la ventana. Pero sólo se veía la verde transparencia del valle. Empezó a comer; la yema de los huevos reventaba bajo su tenedor como soles estallando en un espacio negativo. Alrededor de la mesa, los gatos esperaban con calma eléctrica las migajas de comida que se les concedían y que tragaban sin masticar. En cambio, Woody chasqueaba furiosamente las mandíbulas cuando atrapaba al vuelo un trozo de pan moreno mojado en grasa fundida. Luego abrieron un bote de confitura de grosellas y arándanos. Pero realmente no conseguía restablecer en su interior la alegre calma anterior a su visión, y no podía dejar de lanzar, a intervalos, una furtiva ojeada hacia las ventanas abiertas al valle.

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra galaxia. Y, ¿qué importaba, si no había nadie para verles llegar? Se desplazaban en un gran navío, que no era un navío según se suele entender, ya que no viajaban en realidad, en el sentido corriente de la palabra. Ellos no vivían al modo de una criatura viviente de aquel planeta antiguamente.

15/49/11 ? 12 ? 13

Es curioso cómo puede dilatarse el tiempo. Todavía estaba sobre Rusia cuando recibió de Vandenberg la orden de soltar su carga. Está sobre Rusia; el NAOS

desciende hacia el sudeste sobre la región de Novossibirsk. Esto quiere decir que sus ICBM son para China. Pero no sabe exactamente para qué objetivos ha sido programada su cabeza electrónica SABRÉ. No lo sabrá jamás, no puede saberlo; sólo es un soldado, obedece, eso es todo. La voz que llega de Vandenberg transmitida por toda una red de satélites pasivos, esta voz lejana, ahora confusa y temblorosa, le ha ordenado apretar el botón al décimo *top*.

Y él lo ha apretado. El casco del NAOS ha resonado como un tambor mientras los nueve ICBM de diez megatones (tres de ellos *tumper*) crepitaban, acelerando primero bajo el mero efecto de las fuerzas de Coriols, luego escupiendo los gases violáceos de su propia combustión. Una monstruosa eyaculación que irá a derramarse sobre el óvulo oscuro que gira allá abajo, completamente arrugado ya por las continuas descargas que recibe.

—Ahora nos toca a nosotros encajar —ha dicho Vandenberg—. ¡Pero podremos con ellos!

—¿Harold? ¿Harold? Ya no os recibo ¿Harold?

Giordano ya puede gritar, sus auriculares sobrecargados de parásitos ya no transmiten ninguna voz humana.

Ya no tiene ICBM, ni ABM. No sirve para nada. Para él, la guerra ha terminado.

Se hunde en su asiento.

Sólo puede esperar

¡Podremos con ellos!

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra galaxia. Y, ¿qué importaba, si no había nadie para verlos llegar? Se desplazaban en un gran navío, que no era un navío según se suele entender, ya que no viajaban en realidad, en el sentido corriente de la palabra. Ellos no vivían al modo de una criatura viviente de aquel planeta antiguamente llamado Tierra, como pudiera vivir una foca, un *maccavethus linolea* o un hombre. Y en cierto sentido, ellos y su navío eran uno. Pero ¿qué importaba...?

Después de tomar el café hirviente, descansaron largo tiempo sentados uno frente al otro, estudiando distraídamente y con ternura las mil pequeñas incongruencias casi invisibles que forman el paisaje de un rostro. Esa hendidura vertical debajo del mentón de él, o los pelos negros que siempre escapan a la navaja de afeitar; esos tres lunares pardos verdosos que nadan en el iris azulado del ojo izquierdo de ella, pero solamente en el izquierdo; esa ínfima cicatriz, como una estrella blanca, en la piel morena de él, cerca de la aleta derecha de su nariz; esta mancha del tamaño de una moneda de diez centavos a la derecha del cuello de ella, donde late la carótida; esos finos pelos negros que unen sus cejas espesas, en él; ese canino superior un poco saliente, en la boca de ella, haciendo más burlona su sonrisa; y otras pequeñas manchas, y otros pequeños pelos, y otros pequeños detalles, y un lunar aquí, y el

comienzo de una arruga allá, la vida en todas partes, a flor de piel, a flor de carne, con huellas de las garras del tiempo, en todas partes, de ese tiempo que, en aquellos momentos, sólo para ellos había cesado de latir...

Ella le preguntó si quería venir y comprendió que le inquietaba su silencio, aquella sombría herida interior que quizás atirantaba un poco sus rasgos. Pero ella conocía la única manera de tranquilizarle verdaderamente. El le agradeció que se expresara con tan pocas palabras, pero con una nueva ternura en sus ojos. Se levantó y le tendió la mano por encima de la mesa. Ella cogió tres dedos, arrastrándole hacia el lecho que crujió cuando se dejaron caer en él. Cayó con todo el peso de su cuerpo, y echó las piernas al aire cuando dieron media vuelta para descansar del todo sobre la cama, bañados por la luz solar. Los senos acariciaban su pecho y el vientre de ella el suyo, pero se volvió a un lado para ayudarla a quitarse la ropa, antes de quitarse a su vez la camisa y arrojarla al suelo. Besó dulcemente el pezón de un seno, luego hundió su cabeza entre los dos hemisferios de su carne tibia y olorosa, mientras sus manos recorrían la curva de su espalda, deteniéndose su índice cada vez en la pequeña bola suave de la verruga que ella tenía debajo de un omóplato. El no quería moverse, deseaba permanecer así indefinidamente, con el rostro oculto en el dulce valle entre los senos que se hinchaban contra sus mejillas. Creyó escuchar, o escuchó realmente, un sordo rugido de fuera, y se crispó dolorosamente contra ese cuerpo protector, contra ese cuerpo-flor en el que desearía refugiarse. Ella le preguntó qué le ocurría; él murmuró que todo iba bien. Ella se quitó poco a poco, para no molestarle, sus pantalones y la braga verde claro, luego le desabrochó el cinturón de sus pantalones que bajó a lo largo de sus piernas. Luego hicieron el amor, no cuatro veces seguidas como en las novelas, sino una sola vez y ya estaba bien, era suficiente. No alcanzaron al mismo tiempo el rápido placer del orgasmo, como en los manuales de sexología, sino primero uno y después el otro: ella, mientras le pasaba delicadamente la lengua entre los labios de su rubio sexo; él derramándose en las entrañas de ella que, aturdida y extática todavía, acariciaba su nuca con lánguida mano. Luego se acurrucó contra ella, por miedo a mirar hacia la ventana donde jugaban los destellos anaranjados que a lo mejor provenían del sol poniente, o quizá de los fuegos devastadores del infierno desencadenado.

Venían de muy lejos, de otro sistema solar, quizá de otra galaxia. Y, ¿qué importaba, si no había nadie para verlos llegar? Se desplazaban en un gran navío, que no era un navío según se suele entender, ya que no viajaban en realidad, en el sentido corriente de la palabra. Ellos no vivían al modo de una criatura viviente de aquel planeta antiguamente llamado Tierra, como pudiera vivir una foca, un *maccavcthus hnolea* o un hombre. Y en cierto sentido, ellos y su navío eran uno. Pero ¿qué importaba, si no había nadie para tratar de comprender lo que eran? Ellos, en cambio, procuraban comprender lo que veían. Aunque «ver», en ese caso, no era la expresión

adecuada.

Comprender. Aprender. Para eso viajaban. Pues han visto el planeta naranja girar imperturbablemente sobre su eje, el planeta Bob Giordano giró todavía treinta veces alrededor de la naranja enloquecida; o sea, durante poco más de dos días. Pronto se cansó de llamar a Vandenberg: sobre más de mil quinientos kilómetros, la costa oeste de los Estados Unidos había retrocedido considerablemente, tragada por el mar. El éter permanecía mudo; su silencio significaba el de la Tierra entera, y la Tierra ya no estaba precisamente entera: las bombas sólo fueron el detonador de convulsiones geológicas mucho más considerables. Grandes hendiduras se habían abierto ante sus ojos en la corteza terrestre (y además había podido verlas en su pantalla de control), y el *tsunami* se había precipitado en ellas. Los volcanes vomitaban fuego por todas partes, y una espesa capa de humo ocultaba casi todo el hemisferio norte.

Estaba jodido. Nadie había podido con nadie, todo el mundo había podido con todo el mundo. Bob Giordano no quiso terminar la órbita trigésimo primera. Se quitó el guantelete derecho. Eran las 13.37 y pico (hora de Vandenberg, que ya no existía) y el NAOS caía como una piedra sobre la provincia china de Wu-An, ahora en tinieblas. El guantelete hizo un desagradable ruido de succión metálica al sacar la mano, luego quedó suspendido ante el piloto, retenido por el hilo de seguridad. Giordano movió libremente los dedos ante su rostro, y observó un rato el funcionamiento de los tendones en el dorso de su mano, entre las hinchadas venas. Luego empujó hacia arriba la visera hemisférica de su casco y resopló. La atmósfera interior del habitáculo era todavía más insípida que la de su escafandra.

Con su mano libre abrió el bolsillito rojo cosido sobre el nylon metalizado del brazo izquierdo, justamente debajo de la bandera. Sacó del mismo un pequeño tubo negro provisto de un pulsador en su base. Con el pulgar en el pulsador, acercó el tubo a sus labios. Lo cogió con la boca como si fuera un silbato.

El NAOS navegaba entre las sombras nocturnas de la Tierra incendiada. Abajo, donde un día estuvo la isla de T'ai-Wan, mugía un mar embravecido.

—¡Salud! —dijo, mordiendo el extremo del tubo. Titubeó; no sabía si debía decir: «¡Salud, Ben!» o «¡Salud, Vanessa!»

No lo supo jamás. Su pulgar había hundido a fondo el pulsador, la pequeña pastilla blanca fue propulsada al fondo de su garganta y apenas notó que la tragaba. Se extinguió enseguida: murió en menos de diez segundos.

... han visto el planeta naranja girar imperturbablemente sobre su eje, el planeta quemado, devastado

Una gran fatiga se abatió bruscamente sobre él. Pájaros de largas alas translúcidas revoloteaban por la cabaña. Su brazo cayó sobre el suave costado que respiraba regularmente. Se dijo que iba a dormir. Los pájaros cada vez hacían más ruido a sus oídos, llenaban la caja de resonancia que era la habitación con una música

aterciopelada, arpegios de viento, acordes apagados de plumas batientes. Respiraba con dificultad. Su cuerpo estaba fatigado; se estremeció ligeramente, se dijo que tenía frío. Ella alzó la colcha de cuadros multicolores sobre sus cuerpos desnudos, se apretó todavía más junto a él, apoyando su cabeza en el hombro masculino. Percibió el olor de sus cabellos, los pájaros rozaban su rostro en giros extraviados. La cabaña a oscuras era una pajarera estriada de trayectorias de cristal, un vaso de ecos perforados por cantos burlones. Estaba tumbado de espaldas, pero no sentía su cuerpo, ni el cuerpo acurrucado contra él. No tenía peso, ni músculos, ni carne, flotaba, se había convertido él mismo en un pájaro girando en el vacío, y sus ojos sólo se abrían ante un muro de oscuridad más compacto que la noche. El susurro de plumas se apagó como si ya no hubiera aire que convirtiera en ondas sonoras la agitación desordenada. Y el muro de oscuridad fue atravesado un millón de veces por una aguja minúscula, y un millón de minúsculos agujeros hicieron aparecer una claridad fría y líquida ante la mirada apagada de sus órbitas vacías, perforado por los cráteres de las bombas, el planeta que ya sólo era costra y cenizas, el planeta–cicatriz, el planeta–desierto, el planeta–infierno donde todavía humeaban algunos rescoldos, el planeta sin vida en lo sucesivo, o casi; el planeta abandonado a las bacterias, a los insectos excavadores, a los bichos y peces de las grandes profundidades.

Han enviado a la superficie sondas que quizá son una parte de ellos mismos, han recogido la ceniza fría, han medido el baile de las partículas ionizadas todavía crepitantes, han calculado: la catástrofe tuvo lugar en una época que podían calcular, tomando como medida de tiempos la rotación del planeta alrededor de su sol, en más de doscientos cincuenta períodos o menos de doscientos sesenta y cinco.

Era un hecho bruto, un dato numérico. Los seres lo asimilaban en su memoria insaciable. Pero las emociones les eran desconocidas; por eso no lloraron. Y la palabra locura no existía en su vocabulario, por lo que no fue pronunciada. Simplemente, enunciaron un concepto general que podríamos traducir por: determinismo histórico.

Sin embargo, los seres llegados de tan lejos aún no se dieron por satisfechos (otro de esos términos inadecuados, que puede interpretarse diciendo que para ellos los efectos observados carecían aún de causa, de motivos). Por tanto, era necesario pedir explicaciones a la raza dominante que había poblado el planeta calcinado. Sin duda, esa raza dominante ahora ya no residía en la superficie, sino bajo la forma de cadáveres, o incluso menos: de polvo...

Sólo que un cadáver puede hablar, y hasta el polvo, cuando se conoce la manera de interrogarle.

Finalmente, los viajeros no tuvieron necesidad de hurgar bajo la superficie radiactiva y recocida del planeta. A su alrededor, como una orla de perfectos ataúdes cromados, media docena de ojivas orbitaban automáticamente, con los cadáveres de

sus pilotos inclinados ante las mudas pantallas de control. Esos satélites y sus ocupantes eran sin duda lo más preservado del fuego nuclear y de los cataclismos geológicos que le siguieron; los brillantes proyectiles eran testigos del hombre, de su tecnología y su civilización.

El navío llegado de lejos se cernía como una pálida luna brumosa alrededor de una de las ojivas, cuyo casco mitad brillante, mitad negro, llevaba la inscripción: *Norbert Weinberg*. Manipulado por fuerzas invisibles, el satélite de metal se abrió como una cucaracha bajo el pico de una urraca, aun quedando intacto, porque la manipulación se realizaba en un plano perpendicular del espacio. Medio tendido en su asiento abatible, el piloto reía con sus dientes sin labios ni encías, con la cabeza apoyada en el hueco de su casco. Sólo quedaba de él un esqueleto perfectamente conservado. Pero no hay nada tan parlanchín como un esqueleto. Los seres llegados de lejos (el navío y ellos quizás eran sólo partes distintas de una misma entidad, como la cabeza y las patas de una tortuga son distintas de la concha, y no obstante están unidas a la misma) manipularon el esqueleto que se disgregó en una infinidad de fragmentos del tamaño de una molécula de carbono, quedando intacto no obstante, porque esta autopsia se realizaba en un plano perpendicular del espacio.

La criatura así visitada, el hombre, el terrestre, el piloto, había poseído en vida dos sistemas mentales distintos, pero complementarios: el consciente y el inconsciente. De nuevo, brevemente, pudieron funcionar en parte.

El esqueleto habló, el esqueleto soñó.

El aparato, la astronave, el laboratorio orbital, el satélite, llamadlo como queráis, en fin, esta gran masa de metal, mitad brillante (níquel-aluminio) mitad negra, gira alrededor del planeta con una monotonía fastidiosa. El planeta, con no menor insistencia, gira igualmente, enorme, pero airoso como una pelota de goma, a la que se asemeja, además, por su granulado superficial, aunque también podría ser una naranja, digamos una naranja azul.

Dentro del aparato, cuyo nombre no importa aquí, que gira imperturbablemente alrededor del planeta, hay un hombre. Pero esto no tiene ninguna importancia. El hombre está muerto. Está muerto desde hace doscientos cincuenta o doscientos sesenta años; se ha deshecho dulcemente, vaciado, desecado sin corromperse en su escafandra casi perfectamente aséptica, en su habitáculo casi perfectamente estéril. Su piel, su carne, sus músculos, sus vísceras, esa masa gris y blanda que fue su cerebro, todo se ha fundido, se ha convertido en polvo, y el polvo ha caído dentro del forro de neopreno; ahora descansa en el fondo de las botas. En el hemisferio del casco con la visera levantada, el hombre, el esqueleto de hombre, ríe dolorosamente. Y cuando, obedeciendo a las rigurosas fantasías de la órbita del NAOS, el sol brilla a través de la escotilla de estribor, se refleja en el retrovisor y viene a iluminar el hueco del casco, los dientes brillan fugazmente y toman el color dorado del marfil viejo.

Quizás entonces, hay como una sombra de ironía en esta risa, testimonio de los sueños del esqueleto.

Pero ¿sueñan los esqueletos?

El navío extranjero se ha ido como llegó, impalpable, inalcanzable, como un cilindro negro en la negrura del espacio. Y sólo queda un viejísimo cadáver mudo, prisionero en su ataúd cromado que gira alrededor de un viejísimo planeta mudo.

El sol inmóvil cae. Sólo el viento murmurador hace estremecerse las hierbas y las hojas, al fondo del valle que se abre como para acogerlo. En medio del valle, mantel verde como un mar rizado, la cabaña de madera tosca rompe el soplo irregular del viento, y su fachada con dos ventanas abiertas luce, anaranjada, bajo la caricia del astro que se eclipsa. Tendido en el umbral, un gran perro pastor duerme, sueña quizás, y sus mandíbulas se cierran a veces sobre presas imaginarias. *Criiic... Criiic... Criiic*, hacen las bellotas al abrirse bajo los dientes de la ardilla sentada en el alféizar de la ventana. En la única pieza de la cabaña, sobre el lecho largo y bajo junto al muro opuesto a la fachada, un hombre y una mujer duermen enlazados. *Bzii... Bzii... Bzii...* hacen las largas patas de las langostas o de los grillos frotando cadenciosamente sus élitros entre las hierbas del valle. Una pareja de gamos pasa, no lejos de la cabaña, con sus pezuñas afelpadas. *Graeueueuh* hace el rugido del lince oculto en las colinas que cierran el valle. El hombre y la mujer enlazados, desnudos bajo una simple colcha, no se estremecen ni siquiera cuando una corneja viene a rozar con su ala negra el techo de la cabaña, lanzando un doble graznido plañidero. El sol es una bola roja que palpita en el horizonte y viene a rozar con su lengua ardiente el lecho; lame las mejillas y la frente de los durmientes, haciéndoles parecer disfrazados de pinturas guerreras o devorados por una fiebre maligna. Pero no se mueven, no respiran sus narices ni circula sangre en sus venas, y sus costados tienen la inmovilidad del mármol. Tres gatos parecidos de pelaje y de tamaño vagabundean por la habitación, yendo y viniendo interminablemente entre la mesa y el lecho. Fuera, el rápido galope de tres caballos se acerca, se aleja, se extingue del todo. Más arriba, en las colinas, la garra aterciopelada de un oso pardo arranca miles de agujas del pino; el olor a resina es más fuerte que nunca en el aire sereno. Los dos durmientes de la cabaña no han despertado. No despertarán jamás, su sueño es definitivo, tiene la profundidad inmutable del sueño de los dioses.

Criiic. la ardilla ha roto su última bellota, olfatea el tibio aire de la tarde, lanza una última mirada a los yacentes, salta del alféizar de la ventana a la suave hierba del valle y corre hacia la cima de la colina más próxima. El navío extranjero se ha ido como llegó. Jamás el silencio de los espacios infinitos ha sido más pavoroso, ni la soledad helada del vacío tan absoluta.

autor

JEAN-PIERRE ANDREVON, escritor de ciencia-ficción, nace en Francia el 19 de septiembre de 1937. Ha usado el pseudónimo de Alphonse Brutsche en sus novelas publicadas bajo la colección Fleuve Noir.

En 1969, escribió su primera novela, *Les hommes-machines contre Gandahar*.

En 1982, recibió un premio literario por *La fée et le géomètre*.

En 1983, Patrice Duvic realizó una antología de sus mejores textos, y ese mismo año publicó *Le travail du Furet à l'intérieur du poulailler*, considera su mejor novela y adaptada para la televisión en 1994.

En 1990, recibió de nuevo un premio literario por «2»3